

A decorative border with intricate floral and scrollwork patterns in a dark blue color, framing the central text.

**YO TE VI  
PRIMERO  
(Spanish  
Edition)**

**CAYETANA PEREZ  
SANCHEZ**

*Yo te vi primero*

*Noa J. Sanz*

1

*Prólogo*

*Podemos pasarnos una vida entera sin encontrar el secreto de nuestra existencia, o podemos*

*hallarlo por casualidad, y sin haberlo buscado.*

*Esta última posibilidad es la mía.*

*Mi mundo, el que hasta ahora yo conocía, se detuvo por completo. Estático. Como si el tiempo*

*hubiese decidido detenerse de golpe.*

*Los latidos de mi corazón, ahora ensordecedores, amenazaban con salirse de mi pecho. Inspiré*

*hondo. Apenas logré llevar un mínimo de aliento a mis pulmones al igual que mis pies decidieron en*

*ese mismo instante y por sí solos, no avanzar. La vena de mi cuello se hizo más visible a medida que*

*tragaba saliva con fuerza.*

*Como los brillantes rayos de sol que empiezan a dejarse ver después de una oscura tormenta... así*

*me pareció ella. Auténtica, preciosa... radiante.*

*Mía.*

*O eso al menos pensé yo, hasta que todo se complicó en tan solo un segundo.*

*Leo.*

*De: Leo.*

*Para: Eider.*

*Asunto: Cita.*

*Mi avión llegará sobre las diez, espero que no te echés atrás.*

*P.D.: No te olvides el pañuelo rojo en el cuello o no podré reconocerte. Tú y tus manías raras de no intercambiarnos fotos...*

*De: Eider.*

*Para: Leo.*

*Asunto: Cita.*

*Reconozco que tengo algunas rarezas, ya lo sabes, ¿pero no crees que de esa forma,*

*todo sea más emocionante? Además tengo un pañuelo perfecto para el caso. Cortesía de mi visita a los San Fermines.*

2

*Y no refunfuñes más .*

*A las diez en punto estoy allí plantada como una maceta.*

*XXOO.*

3

### *Capítulo 1*

Respiro hondo y cierro por un momento los ojos ante el panorama desolador que tengo delante de mí.

Me muerdo la lengua.

No puedo culpar a nadie, yo escogí venir, decidí dejarlo todo. Lo que no sabía es que cuando al fin decidiera mudarme, lo haría en medio de la nada. Si la información que encontré en Google es exacta, el número de habitantes del pequeño pueblo de *Entrepinares* no supera los trescientos cincuenta. Ni siquiera la estación de tren puede decirse que sea de este siglo, y no exagero. Es un poco –no, un poco no, bastante–, arcaica. Sobre todo por el cartel pegado a un poste que anuncia un concierto a cargo de un grupo que no he oído mencionar en mi vida, *Destroyer*. Nada raro a simple vista si no te fijas en la fecha, el veintisiete de marzo de mil novecientos ochenta, hace como treinta y siete años. Yo ni siquiera estaba en proyecto de nacer.

Juro que me he quedado cerca de un minuto sin pestañear decidiendo si bajaba o no del tren. En serio, me ha costado lo mío reaccionar. Por un segundo he pensado que las puertas iban a atraparme en medio.

Todavía sigo preguntándome el motivo incierto por el que al fin he decidido bajar. Me armo de valor, o eso intento. Respiro hondo, muyyyy hondo y allá voy.

Con mi maleta de ruedas a rastras, me deslizo en uno de los tres bancos de madera oscura del andén. Suelto un fuerte bufido cuando casi me quemo el culo de lo caliente que está. Me cruzo de piernas sin dejar de mirar como una posesa en todas direcciones y no puedo evitar y que me asalte de repente la idea de comprar un billete de vuelta. Eso claro está, si es que tengo la suerte de localizar alguna ventanilla de atención al cliente por alguna parte. Es literal cuando digo que aquí no se ve ni un alma. ¿Dónde quedaron los amables recibimientos?

*Joder que desastre.*

¿Qué clase de locura se ha apoderado de mí?

Aquí solo hay montañas y árboles. Bueno y bichos, muchos bichos. Pego un manotazo a un mosquito que acaba de acampar en mi brazo antes de que me pique.

Exhalo. *La he cagado pero bien.*

4

¿Sin embargo, qué otras opciones tenía?

Debato seriamente en mi cabeza. Tampoco es que pudiera quedarme. Bueno no es exactamente que no pudiera, es que mi orgullo no me lo permitía. Y a pesar de haber llegado hasta aquí, sigo pensando igual. Soy de ideas fijas, cabezota, muy cabezota, qué le voy a hacer.

He aceptado. Ya no hay vuelta atrás.

Sonrío de repente sin querer, al observar de nuevo el entorno tan pintoresco. Este sitio me recuerda a uno de aquellos capítulos que solía ver mi abuela de la casa de la pradera. Y encima está a muchos kilómetros de la costa, con lo que a mi me gusta la playa. Gimo provocándome lástima a mi misma. ¿Por lo menos habrá algún río donde remojarse o algo parecido, no? Me temo que la sequía no es para mí, necesito remojarme al aire libre de vez en cuando mientras siento los calentitos rayos de sol sobre mi piel. Es uno de los placeres que más disfruto, uno de mis pequeños caprichillos por así decirlo.

Soplo irritada apartando mi largo flequillo que empieza a meterse en mi ojo.

Vuelvo a lo mismo. Creo que ha sido una mala idea.

*Joder. ¿Por qué no dejo de repetírmelo?*

Mientras tamborileo los dedos sobre mi labio inferior, me pregunto si voy a tener suerte y va a dignarse a aparecer la mujer que tenía que recogerme. Nunca he sido una maniática de la puntualidad pero tampoco suelo llegar tarde, cosa que por lo visto mi anfitriona no comparte conmigo. Pienso que lo peor de llegar a un sitio nuevo que no has pisado en tu vida, es no tener ni la más remota idea de a dónde ir. Aunque mirándolo por el lado bueno, en este pueblo tan reducido no creo que eso sea un gran problema. Espero.

Tamborileo ahora con las uñas sobre el banco de madera oscura. Bufo, *otra vez.*

Encima con este calor...

No soy delicada en absoluto, pero tengo la incipiente sensación de que como siga mucho tiempo más esperando, mis neuronas van a empezar a freírse. Estoy sudando, y no soporto que el pelo se me adhiera a la espalda. Rápidamente intento poner remedio sacando un abanico negro y blanco de mi bolso con el que comienzo a abanicarme enérgicamente, demasiado. Cualquiera que me vea va a pensar que estoy poseída. Joder si lo pienso hasta yo. ¿Qué mierda hago aquí?

Dirijo un soplo hacia el canalillo entre mis pechos y aunque parezco aliviada momentáneamente, es una ilusión pasajera. Me estoy fundiendo.

5

Y tengo ganas de gritar. Mucho. Y fuerte.

Diez minutos, quince, veinte...

Estoy cansada, me lloriqueo interiormente. Y cabreada. Llevo unas cuantas horas de viaje en un tren donde un niño me ha estado sacando la lengua la mayoría del tiempo en el asiento de al lado. Estoy sin comer desde... uff... el desayuno. Eso para mí está como a años luz.

Me levanto en un impulso, agarro mi maleta dramáticamente y la llevo rodando conmigo. Freno de repente, ¿es posible...? Joder, pues claro... No tengo remedio ¿Y si la persona que debe recogerme está esperándome en el interior de la estación? Ruedo los ojos. No. Puedo. Creerme. Que. No. Se. Me. Haya. Ocurrido. Antes. Ya no hay duda, se me han freído al menos la mitad de mis neuronas. Si no más.

Traspaso la pesada puerta de madera oscura y me golpea gratamente el aire frío del interior refrescándome al instante. Me muerdo la lengua. ¡Y yo asándome fuera como un pollo en una barbacoa! Inspiro hondo llenando mis pulmones de aire fresquito, una, dos, hasta tres veces. Parece que mi mal humor comienza a mejorar. Muy lentamente... pero está en ello. Al fondo, una chica de unos treinta años tras la ventana de los billetes –gracias a Dios–, me observa curiosa y embelesada como si yo fuera de un raro espécimen. Tiene su punto gracioso, debe ser que no están acostumbrados a que lleguen hasta aquí muchos extraños. Y no lo discuto. ¿Quién en su sano juicio vendría de visita hasta aquí?

Se está convirtiendo en una costumbre desde que bajé del tren, lo sé, pero vuelvo a dirigir los ojos a mí alrededor. Nadie. Excepto ella y una puerta de cristal al fondo que lleva a una pequeña cafetería. Decido evitar a la fisgona de labios rojos y me dirijo a mi

segunda opción guiada por el olor a café recién hecho. Confieso que es una de mis debilidades. Suelo probar el de casi todos los lugares que visito y luego comparo. Hasta ahora encabeza la lista de los mejores, el de la señora Sáez. Me lo preparaba a diario en la antigua consulta donde trabajaba conmigo (ella como recepcionista), antes de que mi exjefe se viera obligado a despedirme por la arpía celosa de su novia. Bueno, decir novia no es exactamente el título, pero lo prefiero a llamarla de la forma que realmente me gustaría hacerlo. Y te aseguro que no es para nada agradable.

Cuando estoy a punto de empujar la puerta, una voz cálida y femenina me llama por mi nombre a mis espaldas. Inmediatamente me giro hacia ella. Observo que es una

6

mujer morena de pelo corto, mirada simpática y afable, un pelín rellenita, de unos cincuenta años, en vaqueros a la altura de la rodilla y camisa fina azul claro sin mangas.

–Sí, soy yo. ¿Y usted es? –pregunto agudizando la mirada.

–Soy Marta. Perdona por el retraso –dice con cara afligida–, pero mi coche ha decidido no arrancar precisamente hoy. Tiene ya sus años, pero le tengo tanto cariño que me resisto a cambiarlo por mucho que insistan mi marido y mis sobrinos. ¡Qué le voy a hacer, soy una sentimental! –ríe.

–No se preocupe, tampoco llevo tanto tiempo esperando –miento resignada después de escuchar su pequeña charla–. ¿Le apetece un café? –pregunto señalando la cafetería.

–No es mala idea, vamos –me anima tomándome la delantera.

Después de entrar, toma asiento en una mesa y yo la sigo colocando la maleta con ruedas a mi lado. Enseguida se acerca un camarero rubio de unos veinte años y demasiado contento, y toma nuestro pedido después de preguntarle a mi anfitriona las típicas preguntas de cortesía de ¿cómo está? ¿Como va todo por el rancho?, esas cosas.

–Y cómo no, me dedica el debido repaso antes de retirarse.

Entonces la mirada apreciativa de Marta se posa sobre mí.

–Dime, ¿qué te ha llevado a aceptar un trabajo en un sitio tan alejado de la civilización como este?

*Eso quisiera saber yo.*

Atrapo un mechón de mi pelo descuidadamente y lo enrolló en mi dedo índice. Estoy pensando...

–Tengo entendido que no está tan alejado –finjo una sonrisa que no siento–. Hay un

pueblo mucho más grande a pocos kilómetros, ¿estoy en lo cierto? –De momento espero que esto le valga, quiero omitir en la medida de lo posible cualquier explicación. No soy de las que cuentan su vida tan abierta y fácilmente a una extraña. Además de que es un poco bastante complicada.

Asiente.

–Veo que te has informado. A unos cincuenta kilómetros. Es donde acudimos cuando necesitamos un hospital, comprarnos un coche nuevo... esa clase de cosas que no tenemos aquí –informa amablemente y agradezco que no me presione–. De lo que no podemos prescindir es de un buen veterinario cerca, prácticamente todos en el pueblo vivimos de la ganadería.

–Y es por eso que estoy aquí –digo esbozando una sonrisa y encogiéndome de hombros. Quién me mandaría a mí ingresar en la facultad de veterinaria, con la cantidad

7

de opciones que tenía. No es que no me guste, de eso nada, pero tengo un pequeño inconveniente con... uno de esos reptiles largos que se arrastran, se enroscan... aggg. Trago saliva. Ellas y yo, enemigas acérrimas. Y mira tú por donde, he aceptado un trabajo donde tengo la impresión de que debajo de cada piedra hay una de esas escondida, acechando para abalanzarse sobre mí.

Evidentemente me refiero a las serpientes y solo con mencionar su nombre los pelillos se me erizan. Y no es broma.

–Y justo a tiempo. Rafael, nuestro antiguo veterinario, se ha jubilado hace cuatro días y no tenemos a nadie más.

*Ah, qué bien, encima no voy a tener ayuda, ¡qué suerte la mía!*

–¿Tía Marta? –pronuncia una voz masculina y ronca desde la puerta y no puedo evitar que mis ojos viajen hasta allí. Parpadeo un par de veces por si tanto calor, además de las neuronas, me ha dañado la vista. ¡Dios del cielo! Creo que he dejado de respirar. Me pellizco en el brazo. Inspiro hondo lentamente, expiro... ¡Y yo preocupada por las serpientes! Estoy bloqueada. Vagamente escucho un eco lejano en mi oído pero no me esfuerzo por entender lo que dice.

*¡Mierda, debo parecer una boba!*

No sé cuanto tiempo después, reacciono y parpadeo avergonzada. La señora Marta me está mirando esperando una respuesta o yo que sé, no puedo estar segura. ¡Qué

*incómodo!* Me muero si compruebo que se me está cayendo la baba. Automáticamente me llevo la mano a la boca y respiro aliviada. Mis labios y sus alrededores están secos. Me aclaro la garganta.

–¿Qué decía? –pregunto notando como mis mejillas empiezan a calentarse.

–Con las prisas había olvidado que mi sobrino nos esperaba en el coche. –Sonríe algo ruborizada–. He recurrido a él cuando mi carroza, ya sabes..., no ha querido ponerse en marcha. –Le hace una seña con la mano y él se acerca a nosotras.

Me está ojeando intensamente mientras se acerca. Debe haberse dado cuenta de cómo lo miraba embelesada hace un instante. Me rasco nerviosamente la nuca. Vaya primera impresión voy a causarle. Ahora me parezco a la chica indiscreta de la ventanilla.

–Hola –saluda secamente al llegar evitando mis ojos ahora que me tiene delante.

Parece tan incómodo como yo.

De cerca es aún más guapo, sus ojos son de un increíble y vibrante azul oscuro, su pelo negro cae algo desenfadado por su cara perfectamente tallada y sus labios comestibles. Su cuerpo musculoso es para caerte de espaldas, creo que es la primera vez

8

que veo unos vaqueros tan bien puestos. Sí, definitivamente. Ni chico marlboro ni nada, a éste le quedan cien veces mejor. Y casi tengo que esconder las manos para no apretujárselo.

Gimo interiormente. *Me siento como una cochina pervertida.*

Esto no es nada bueno para mí, no señor. La señal en rojo y excesivamente grande de prohibido hombres, aparece dibujada en mi mente.

–Hola –contesto cuando logro encajar la mandíbula.

–Esta es Eider, la nueva veterinaria. Vas a verla muy a menudo por el rancho –me presenta la señora Marta y él vuelve su mirada indiferente y fría hacia mí. Asiente alargando su mano y se la sostengo por un segundo. Literalmente, porque él la aparta como si la mía pinchara. O le diera asco, vete tú a saber.

–Encantado, soy Gabriel –arrastra las palabras algo forzado. Muestra descaradamente que la primera impresión que se ha llevado al verme no ha sido buena. Me observa más como un inconveniente que como a la nueva veterinaria que acude al rescate. Y la verdad es que no me extraña por cómo me lo he comido con los ojos. Yo en su lugar hubiera pensado que es un cerdo.

Antes de que pueda contestarle, el camarero aparece con un café solo con azúcar para mí, una copa con hielo y un té helado para Marta. Sigue igual de sonriente que antes y esta vez mantiene unas palabras amistosas con Gabriel que parece conocerlo. Pongo los ojos en blanco. Pues claro que se conocen, ¿quién no se conoce en un pueblo tan pequeño?

Dedico mi atención a vaciar el café sobre la copa y suspiro satisfecha al pasar por mi garganta el primer trago. Me gusta, no es de los mejores que he probado pero me agrada su intenso sabor.

–Y dígame Marta...

–No soy tan mayor para que me hables de usted, tutéame por favor –me pide después de que ella también le de un sorbo a su té.

–Perdona, iba a preguntarte sobre la forma de organizarse el anterior veterinario, ¿esperaba en su consulta o visitaba las granjas a menudo llevando alguna especie de control?

–Las dos cosas. Tres veces a la semana dedicaba las mañanas a hacer rondas por las granjas y el rancho Vera Cruz, y por las tardes permanecía en la consulta. No todo aquí son animales de granja, como comprobarás, tienen todo tipo de mascotas, algunas un poco peculiares.

9

*Lloriqueo... Aprieto los puños...*

Ha dicho peculiares... Sí, he escuchado perfectamente... *¡Dios que nadie tenga una de esas que tú sabes y yo sé!* ¿Y Por qué siento una repentina ansiedad dentro de mí? Si me paro a analizarlo más de dos segundos, voy a caer redonda al suelo. En serio, no sería la primera vez, ni la segunda... Soy propensa a convertirme en alfombra cuando me topo con una de esas.

–¿Nos vamos, tía? Aún tengo cosas que hacer y una reunión a la que no puedo faltar con un comprador –nos apremia Gabriel que parece impacientarse. Con paso decidido se dirige hacia la barra sacando la cartera del bolsillo trasero de sus vaqueros. Va a pagar la cuenta. Por un momento estoy tentada a replicar, pero su porte autoritario empieza a encogerme. Bueno y porque sigo muerta de vergüenza...

Decido que mejor me callo, de momento.

–Mi sobrino siempre está muy ocupado, pero esté donde esté, siempre acude cada vez

que lo necesito. Parece serio y descortés pero en el fondo tiene un gran corazón. Ya lo irás conociendo.

Asiento dedicándole una grata sonrisa a Marta. No me importa el carácter de su sobrino, no tiene que preocuparse por hacerlo quedar bien frente a mí. Yo solo quiero un trabajo y punto.

Aunque no estoy ciega claro...

—No te preocupes —señalo despreocupada. Colgándome el bolso al hombro, me levanto y agarro el asa de mi maleta—. Estoy lista. —Y entonces mi codo golpea una pared dura e instintivamente me giro para toparme con el cuerpo y la mandíbula tensa de Gabriel. Aún con mis tacones de diez centímetros tengo que inclinar un pelín la cabeza para ver sus ojos. Este hombre parece una torre. El bulto de su garganta se mueve tragando saliva y se aparta de mí retrocediendo un paso—. Perdona, no te había visto —me disculpo pero él ni siquiera me contesta, se limita a esquivarme soltando un gruñido dedicado exclusivamente a mí.

Me quedo un par de segundos con la boca abierta y sin saber que hacer. *Antipático estirado...* Es verdad eso que dicen de que no se puede tener todo. *Guapo pero gilipollas.* Aún así sigo interpretando su reacción. Debo tener una pinta horrible para que me desaprobe de esa forma tan evidente. Intrigada recorro mi aspecto de arriba abajo. Dos veces. Me encojo de hombros. Tampoco luzco tan mal. Unos vaqueros de talle bajo ceñidos, una camiseta de tirantes blanca con una rosa azul bordada a un lado del pecho y por supuesto, mis Manolos que adquirí a muy buen precio en las rebajas.

10

Hago una mueca. Quizás sea mi pelo, debe haberse convertido en una maraña desordenada por habérmelo dejado suelto para el viaje con este calor. Solo a mí se me ocurriría. No soy demasiado presumida, pero tengo la costumbre de que pase lo que pase, mi pelo siempre tengo que llevarlo limpio y medianamente arreglado. Con los dedos intento colocarlo en su sitio mientras reanudo mis pasos y sigo a Marta y al estirado de su sobrino al exterior de la estación.

Justo en la misma entrada hay un Audi reluciente negro con los cuatro intermitentes puestos.

Ruedo los ojos.

*Coche caro para un gruñón gilipollas.*

El mío, que por cierto se ha quedado en el parking del edificio de mi amiga Val, es de segunda mano y me costó cinco mil euros. Imagínate la diferencia.

El viaje dura apenas diez minutos, pero la sensación es mayor por el incesante parloteo de Marta en el asiento del copiloto. Nunca me ha gustado saber la vida de otras personas ajenas a mí, pero ella me hace que lo vea diferente, incluso me gusta que quiera mantenerme al corriente de los cotilleos interesantes del pueblo. Deduzco que yo seré uno de ellos a partir de ahora.

Y reconozco que no me importa, quizás hasta me divierta.

Tan pronto como se detiene el coche, salgo directa a por mi maleta que Gabriel ha colocado en el limpio y vacío maletero antes de emprender el viaje. Quiero alcanzarla antes de que él llegue y así no tener que cruzarme con su arrogancia de nuevo. Pero fracaso en mi empeño porque ya está en la parte de atrás cuando llego. Pestañeo un par de veces, ¡*qué...!* Mis mejillas se tiñen de un rojo intenso cuando sigo la dirección que han tomado sus ojos, ¡me está mirando el escote! Reacciono rápido y disimulo como que no lo he visto, saco mi maleta girándome al instante buscando a Marta. No sé que me impulsa a hacerlo, pero curiosa vuelvo mi cabeza y lo miro de nuevo. *Tonta*. Si es posible que mis mejillas se caldeen más, lo estoy logrando. Sus ojos están ahora evaluando mi trasero. Carraspeo molesta y por fin consigo que me mire a la cara sin una pizca de arrepentimiento o vergüenza por su parte.

–Gracias por traerme –gruño y por primera vez desde que Marta me lo presentó, veo asomar una ligera sonrisa a sus labios. El muy cerdo lo está disfrutando. Sus ojos brillan divertidos. Pero claro... eso mismo he hecho yo la primera vez que lo he visto ¿no? ¿Cómo culparlo?

11

Da igual. Sigue siendo un cerdo.

–Hasta luego tía Marta, no me esperes para la cena –anuncia antes de montarse de nuevo a su reluciente auto y alejarse sin más.

–¡Este chico! ¡Siempre con prisas, ahora tendré que llamar a su hermano para que me acerque al rancho!

Suspiro agradecida. No me gustan los hombres que me hacen sentir incómoda, y menos los que hacen saltar mi alarma de peligro. Rojo, rojo, rojo...

Libre de su presencia, por fin me dedico a inspeccionar el entorno. No hay edificios

altos, el que más, no pasa de dos plantas, el resto son casas en planta baja y muy bien cuidadas. Para nada son casas viejas y ruinosas como esperaba encontrarme. Hay un supermercado, un banco, un taller de coches, un bar de copas, un restaurante y hasta una heladería. Es un pueblo pequeño pero tiene de todo y resulta bastante acogedor.

Apenas se ve gente deambulando por la calle, un par de chicas que salen con bolsas de compra y un hombre de mediana edad en la puerta del taller, eso es todo.

–Y esta es la clínica donde vas a trabajar –anuncia Marta señalando una puerta verde al lado de un escaparate con toda clase de artículos y clases de comida para animales. La tenía justo delante de mis narices y ni siquiera me he fijado.

Culpo al inquietante efecto Gabriel.

–En la parte de arriba tiene un pequeño apartamento donde puedes quedarte, es parte de la clínica. Rafael no lo usaba porque vive en una casa no muy lejos de aquí con su mujer –explica.

–Estupendo, gracias Marta, la verdad es que aún no sabía donde iba a instalarme cuando llegara. Y... el alquiler... –Espero que no sea muy alto... No dispongo de muchos ahorros ahora mismo.

–Ah no, perdona que Lucía no te haya aclarado esa parte por teléfono. La clínica veterinaria fue construida por mi difunto cuñado que en paz descanse y la donó al pueblo. No tienes que preocuparte, podría decirse que tu alojamiento es gratuito. De la luz, agua y esas cosas se encarga mi sobrino Gabriel.

¿En serio? Esto no ocurre en la vida real, esto no me está pasando... ¿No tengo que pagar nada? ¡Venga ya! Tiene que haber truco por alguna parte.

–En cuanto a tu sueldo, puedes estar tranquila, sacarás más que suficiente cada mes, empezando por las granjas y el rancho que pagan una cuota fija. –Me parece demasiado bueno. Ni siquiera me atrevo a replicar. Aunque si me detengo a pensarlo, eso de la luz

12

y el agua... no se yo. No creo que vaya a gustarme que el rarito de su sobrino se ocupe de eso. Estoy segura que podré llegar a alguna clase de acuerdo.

–¿Quién es Lucía? –pregunto.

–Es la secretaria del rancho Vera Cruz, propiedad de mis dos sobrinos. Yo vivo allí también, soy la que se encarga de que coman como dios manda. Lo único que ellos saben de cocina, es introducir una pizza congelada al horno microondas. ¡Y la mayoría

de las veces la queman! –exclama soltando una carcajada.

Sonrío.

–Entonces... ¿ella es la que hizo la selección y decidió contratarme? –investigo.

–No, ella solo te lo notificó. Contratar a un buen veterinario en este pueblo es de mucha importancia. Como ya he dicho, la mayoría aquí vivimos de la ganadería y es primordial el buen estado y los controles óptimos que deben realizarse a los animales. Disponemos de una asociación de ganaderos donde se hacen reuniones regularmente. En la última, se expuso la jubilación inminente de Rafael. Por supuesto, como veterinario de este pueblo durante treinta y cinco años, se tomó en cuenta su opinión. Se expusieron los curriculums seleccionados y tras realizarse una votación, saliste elegida. Tus referencias son impecables y aunque solo cuentas con cinco años de experiencia, decidieron que eras la adecuada. Además, Rafael se ha comprometido a echarte una mano hasta que te sientas segura ejecutando el trabajo tú sola.

Suspiro aliviada ante eso último.

No sé lo que decir, de verdad. Quizás están depositando demasiada confianza en mí. Yo nunca he trabajado sola. Sí que es verdad que mi antiguo jefe es un veterinario prestigioso y he aprendido mucho con él, pero siempre he contado con su segunda opinión para casi todo.

Sonrío agradecida a Marta mientras la sigo al interior de la clínica con mi maleta a rastras. No es la clínica cinco estrellas a la que estoy acostumbrada, pero se ve cómoda y parece tener de todo lo necesario. Hay un pequeño mostrador con una caja registradora, a su lado una agenda que supongo es donde apunta Rafael las citas, y repartidas en las paredes, lejas con varios tipos de comida para perros, gatos, tortugas, hamsters, canarios, etc. También hay artículos de higiene como champú, collares anti pulgas, cepillos, una percha con una selección de trajecitos para perros, camitas esponjosas, jaulas... de todo. Es acogedor pero me asusta a la vez tanta responsabilidad para mí sola. Voy a tener en mis manos la vida de todos los animalillos del pueblo. Respiro hondo. *Pobrecitos.*

13

¿Y si la pifio con alguno de los sementales del rancho, de esos que valen miles de euros? Una extraña sensación de ansiedad se asienta en mi estómago. Empieza a caerme encima la pesada losa de la responsabilidad. Me estoy sofocando y todo.

–Ven, voy a enseñarte las tres salas con todo lo necesario para cualquier intervención. La sigo a una habitación con una mesa de acero inoxidable a un lado y un mostrador también de acero con material de diagnóstico, pinzas, tijeras, una báscula y pequeñas bandejas, todo muy bien colocado, como siguiendo un orden. En la pared un armario blanco con las puertas de cristal que dejan ver una variedad de medicamentos veterinarios. Un ecógrafo y un mueble bajo a la altura de mi cintura repleto de cajones ocupa el otro extremo. Y por último una lámpara de brazo movable con ruedas.

–Este es el quirófano, o uno de ellos porque hay algo parecido en la habitación de al lado. Ven, te lo enseño, tú entenderás para lo que sirven todos esos artilugios mejor que yo.

Marta es una anfitriona excelente y me siento cómoda a su lado, con ella mi ansiedad comienza a disiparse un poco. Solo un poco.

Traspaso otra puerta y mis ojos se abren como platos. Sobre una larga encimera blanca, hay un esterilizador, un lector de microchips, un detector de celo y gestación, así como un pequeño laboratorio con centrífuga, microscopio, agitadores y balanzas. No imaginaba que estuviera tan bien provisto y me siento como una niña con un juguete nuevo. Sospecho que en el enorme armario blanco que va de pared a pared hay mucho más de todo. Y me muero de ganas de inspeccionarlo cuando esté a solas.

–¿Qué opinión tienes por ahora? –pregunta risueña Marta. Ha notado mi cara de asombro y se siente orgullosa de ser ella la que lo ha provocado enseñándome todo esto.

–Sinceramente, creo que no le falta de nada, estoy encantada, de verdad.

–Y ahora la última.

Nos deslizamos hacia la puerta de enfrente y me encuentro con varias jaulas de diferentes tamaños dispuestas en varios puntos de la habitación, sobre una encimera de granito situada a un metro de altura sobre una hilera de cajones.

Me enseña también un pequeño baño en diferentes tonos de azul con toallas a juego.

–Bueno, esto es todo y ahora... –Me atrapa desprevenida cuando agarra mi brazo guiándome por una escalera lateral y perfectamente oculta hasta el piso de arriba.

Enseguida nos encontramos en un pequeño salón muy recogido y sencillo en tonos claros dando luminosidad al reducido espacio, que comunica con la cocina mediante una barra con repisa de mármol con un par de taburetes. Hay un cómodo sofá color

blanco roto y delante, un televisor de pantalla plana de alrededor de treinta pulgadas sobre un mueble bajo en color wengué como la pequeña mesa al lado del sofá.

–Mientras te traigo tu maleta puedes seguir inspeccionándolo, a fin de cuentas va a ser tuyo el tiempo que trabajes aquí –señala, y recuerdo que con la emoción he olvidado mi maleta al entrar.

–Gracias –digo y me giro siguiendo sus instrucciones. Hay una habitación sencilla con cama de matrimonio tras una puerta en la pared derecha del salón, dentro, detrás de otra puerta, un baño con pie de ducha y mampara transparente. No es como mi antiguo apartamento en la ciudad, pero es muy acogedor, me gusta.

Al girarme me llevo el susto de mi vida y ahogo un grito. Alterada, pongo la mano sobre mi corazón en un intento de que aminore el ritmo.

*¡Joder, qué susto!*

–Perdona no quería asustarte –me tranquiliza la voz de otro bombonazo, y esta vez rubio, parado en la entrada al salón y llevando mi maleta. –Soy Daniel, he venido a recoger a mi tía.

¿Son todos en este pueblo así?

Está algo avergonzado por haberme sorprendido y duda si estrecharme la mano o no, al final lo hace y yo se la acepto sin dudar.

–Hola, soy Eider, la nueva veterinaria del pueblo. –Ante mi presentación me dedica una enorme sonrisa visible hasta en sus ojos. Es de alto como su hermano pero no tan musculoso. Aún así... Que está muy bien, vamos.

–Perdonad que haya tardado pero estaba hablando por el móvil –interrumpe Marta un poco acalorada e imagino que es por los escalones.

–No te preocupes tía, nos estábamos conociendo –dice sin quitarme los ojos de encima–. Por cierto, nadie me había advertido de lo guapa que es.

Mis mejillas se tiñen carmesí y en un acto nervioso me paso la mano por mi larga melena castaña. Ha notado mi evidente incomodidad porque su sonrisa se está ampliando de oreja a oreja.

–Uno de los defectos de mi sobrino es que es demasiado directo. Que no te incomode, al final acabas por acostumbrarte a su palabrería –dice sonriendo cariñosamente a Daniel.

–No es palabrería tía, es sinceridad –indica recorriéndome de arriba abajo.

–¿Cómo sabías que estaba aquí? –pregunta Marta a su sobrino.

15

–Mi hermanito el sensato me ha llamado para que venga a recogerte –replica ofensivo.

–No hables en ese tono de tu hermano, sabes lo mucho que se esfuerza para sacarlo todo adelante –lo regaña.

–Claro, lo había olvidado... –dice irónico.

Marta lo mira algo enfadada.

–Anda, vamos a casa que estamos dando una mala impresión a Eider, dejémosla que se acomode tranquilamente.

–Por mí no te preocupes, yo también tengo una hermana y la verdad es que discutimos mucho. Debe ser normal esta cosa entre hermanos –la tranquilizo y ella asiente. Pero una extraña sensación acaba de apoderarse de mí. ¿Desilusión? No soy quien para juzgarlo, yo también llevo lo mío... Aún así...

–He provisto la nevera de todo lo necesario para tus primeros días, abajo en la agenda de Rafael están todos los números de prácticamente todo el pueblo, el mío incluido. Llámame si necesitas algo o simplemente te apetece charlar. Sé lo sola que debes de sentirte en un lugar extraño donde no conoces a nadie –dice Marta amablemente curvando sus labios en una sonrisa alentadora.

–Eso puede arreglarse –dice Daniel mirándome fijamente. Sus ojos están brillantes, llenos de vida–. Yo puedo hacer de guía y enseñarte todo lo que debes saber del pueblo y de su gente. Si quieres paso a recogerte en un par de horas y te invito a cenar en el mejor restaurante. Bueno..., en el único.

Y los tres nos echamos a reír.

No sé lo que decir, es demasiado directo, y presiento que sus intenciones no son única y exclusivamente enseñarme el pueblo, quiere algo más.

Lo pienso por un momento y suelto un pequeño y apenas audible suspiro. Al menos no me intimida como su hermano.

Asiento.

–Está bien, pero que no sea demasiado formal, me temo que he dejado mis modelos de diseñador en mi antiguo apartamento –sonrío encogiéndome de hombros.

*Ya quisiera yo.*

–En este pueblo nadie se fija en tu ropa, en su mayoría son gente humilde y trabajadora, no tienen tiempo de pararse a chismorrear o criticar el vestuario de los demás.

16

Daniel es la antítesis de Gabriel, Daniel es amable y simpático y Gabriel es serio y brusco. Uno rubio y el otro moreno, lo único que tienen en común es lo bien que le asientan los vaqueros.

–Daniel... –le advierte Marta.

–Ya sé tía, como se me ocurra propasarme con ella me los vas a poner de corbata – suelta resignado y yo no puedo evitar soltar una carcajada.

–Pues ahora que todo está aclarado... –concluye Marta–. Ya sabes, si necesitas cualquier cosa solo tienes que llamarme.

–Gracias otra vez Marta por ser tan amable –me despido poniendo los ojos en blanco ante el guiño seductor que me dedica Daniel.

–Eres incorregible... –lo increpa su tía propinándole una palmada en la espalda antes de salir.

Cuando oigo cerrarse la puerta de abajo, salgo de mis zapatos soltando un largo y audible suspiro. Ahora toca instalarme y sacar mi ropa de la maleta. Me deslizo descalza sobre el suelo vinílico color haya, hacia mi nueva habitación disponiendo todo sobre la cama. Sé que para ser un trabajo de duración indefinida he traído poca ropa y cero pertenencias, pero ni siquiera llegué a plantearme la idea de volver a mi apartamento a por mis cosas. Mi hermana sigue allí y aún no soy capaz de estar en el mismo sitio que ella. Tampoco sé tendré el valor de hacerlo algún día.

Tres meses llevo fuera de casa, la que llevaba compartiendo con ella desde los dieciocho, cuando decidimos mudarnos juntas. Hemos compartido de todo, hemos reído y llorado, juntas.

Ya nunca volverá a ser lo mismo.

Mis mejores amigas, Ángela y Valeria, me advirtieron muchas veces pero nunca quise creerlas, por lo visto la hermana que yo conocía no era la misma que veía todo el mundo. Estuve ciega mucho tiempo. Admito que ella es la razón principal de que me haya mudado a cientos de kilómetros, lejos de la gente que conozco, del entorno donde me encontraba segura.

Sara me rompió.

Y me prohíbo seguir pensando en ella.

17

Dos horas después y ya con mis cosas colocadas en su sitio, suena el timbre de la puerta y tengo que hacerme el recorrido pasando por la recepción de la clínica para abrir. Ese es el único inconveniente que veo, pero puedo apañármelas.

Echo un último vistazo a mi apariencia antes de salir y asiento. *Acceptable*. Llevo un vestido negro sin mangas cruzado en la parte de delante, unos tacones negros altísimos por supuesto –son mi debilidad junto con mi pelo–, y me he maquillado sutilmente enfatizando el verde oscuro de mis ojos, terminando por darle brillo a mis labios. Mi cabello cae suelto en ligeras ondas por mi espalda y sus reflejos dorados dan luminosidad a mi tono castaño. Me cuelgo el bolso y allá voy.

Cuando abro la puerta me congelo en el sitio, creo que voy a desmayarme. Igualito que cuando veo una serpiente. Con un traje negro de chaqueta y camisa blanca desabotonada en el cuello, el pedazo de hombre que tengo delante gastándome con los ojos, no es Daniel, es su antítesis.

–¿Decepcionada?

–Eh... –Me está costando articular palabra, otra vez me he vuelto tonta–. Estoy esperando a Daniel –contesto al fin.

–Lo siento por ti, pero a mi hermano le ha surgido algo urgente y he venido en su lugar –explica y noto como se calientan mis mejillas. No es posible que este hombre vaya a ser mi acompañante, el que me enseñe los lugares y las costumbres de este pueblo, me niego a sentirme amedrentada por él toda la noche.

No, no y no.

–Mira, no importa, puedo esperar a que tenga otro día libre, Marta dice que eres un hombre muy ocupado y no quiero entrometerme en tu trabajo o tu vida social –expongo esperando que esté de acuerdo y se despida. *¿Por favor?*

–Mi tía habla demasiado, y da la casualidad de que esta noche estoy libre, así que vamos –establece exasperado tirando de mi mano y arrastrándome a la calle donde nos espera su reluciente Audi negro. Es indiscutible que está acostumbrado a salirse siempre con la suya.

*¿No le había dicho a su tía que no lo esperara para la cena? Evidentemente ya tenía*

*planes. ¿Entonces por qué está aquí?*

–Espera... yo no he dicho que quiera ir contigo –espeto y se detiene en seco soltando bruscamente mi mano.

–Imagino que ya tenías tus planes románticos hechos con mi hermano, pero vas tener que conformarte conmigo por hoy –gruñe.

18

–Yo no tengo ningunos planes románticos, ¡ni siquiera lo conozco! ¡Solo iba a llevarme a conocer algo de este pueblo! –elevo la voz enfadada.

–Claro. –Curva sus labios en una sonrisa despectiva–. Hasta donde yo sé, los recorridos turísticos se hacen con ropa y calzado cómodos, no con un sugerente vestido escotado y tacones de vértigo –me acusa.

–¡No íbamos a hacer senderismo, íbamos a un restaurante! –exclamo soltando un bufido. ¡Me irrita! ¿Y a él que mierda le importa lo que yo lleve?

–No estoy de humor para discutir, si quieres quedarte, adelante, no pienso obligarte. Por un momento me tiento mandarlo a paseo, volver al apartamento y cerrarle la puerta en las narices. Pero confieso que mi diablesa interior se antepone y quiere declararle la guerra. Respiro hondo y me tranquilizo. *Bueno, y porque estoy muerta de hambre, principalmente. ¿He dicho ya que me encanta comer? Amo comer.*

–Voy, pero solo porque tengo hambre –aclaro fingiendo indiferencia aunque en el fondo estoy temblando por tener que pasar la noche a su lado.

Para fastidiarme sonrío victorioso mientras me abre la puerta del coche dejándome claro que siempre gana. Me deslizo en el asiento de cuero negro del copiloto y él toma asiento a mi lado un instante después, embriagándose con el olor de su perfume, exótico, masculino y sexy como él. *¡Dios que calor hace en este pueblo! ¿Será por el calentamiento global?* Desde que llegué no hago más que pensar tonterías, sobre todo en presencia de este hombre.

Dos minutos después, si dos –podríamos haber ido andando–, estaciona en el aparcamiento de un restaurante llamado Veracruz, ¿ese no era también el nombre del rancho? Antes de que se le ocurra venir y abrirme la puerta, lo hago yo y me topo con su duro torso al incorporarme en la acera. Cierra los ojos y noto como inspira antes de volver a abrirlos.

–Tu olor... es... –Sacude su cabeza como saliendo de un trance y vuelve a poner su

rostro frío e impenetrable como en la estación de tren.

¿Y ahora qué pasa con mi olor? ¿Se me ha pegado el aroma a vaca de este pueblo?

Disimuladamente me huelo el hombro... Tuerzo la boca. Pues a mi me gusta mi perfume... Es fresco y sutil, para nada empalagoso como el que llevan mis amigas.

–Vamos –dice posando su mano sobre mi espalda y empujándome dentro–. El restaurante pertenece a mi familia desde hace veinte años, mi padre lo mandó construir  
19

y ahora lo lleva mi tío, el marido de mi tía Marta y su hija, mi prima Claudia –informa en tono guía turístico.

–¡Gabriel! –Exclama una chica morena muy bonita de unos veinticinco años que se acerca sonriente a nosotros–. Hace mucho que no te veíamos por aquí. –Entonces dirige sus ojos hacia mí y su sonrisa se amplía, exageradamente por cierto–. No me digas que por fin vas a presentarnos a... –Pero antes de que termine, él la interrumpe.

–Es la nueva veterinaria del pueblo, solo estoy enseñándole un buen sitio para venir a comer –explica tajante antes de colocar una línea dura en sus labios.

–Hola, soy Eider –me presento ya que Gabriel se empeña en llamarme veterinaria–. He llegado hace unas horas y todavía no conozco nada de aquí y te confieso que estoy muerta de hambre.

–Pues has elegido el mejor lugar del pueblo para eso, por cierto, soy Claudia, la prima de Gabriel. –Nos dirige hacia una mesa junto a la ventana y desplaza mi asiento educadamente.

–Gracias. –Me doy cuenta de que esta chica va a caerme bien.

Gabriel se acomoda en la silla de enfrente atrapando la carta entre sus manos. Por su rostro, sé que sabe exactamente lo que quiere, solo está colocando una barrera entre nosotros.

–¿Puedo sugerirte un plato o tienes algo en mente? –me pregunta Claudia.

–Sorpréndeme –sugiero y ella asiente dirigiéndose después a su primo.

–¿Lo de siempre Gabriel?

–Sí, en su punto y trae también un Ribera del Duero tinto.

Después de recoger las cartas, Claudia nos deja solos.

–Perdona, no te he preguntado si querías vino, puedo pedirte otra bebida si quieres – dice cordial y frunzo el ceño.

–No, vino está bien. –¿Está siendo amable conmigo? Eso es nuevo. Y creo que me gusta, sobre todo porque ha elegido mi vino favorito.

–¿Por qué dejas la ciudad para venir a un sitio tan recóndito como este? ¿Lo aprueba tu familia? –me interroga cambiando bruscamente de tema.

Cambio de opinión en este instante. No me gusta su indiscreción, como tampoco me gusta que quiera saber sobre mi familia.

–¿Por qué quieres saberlo?

–Porque escondes algo, lo veo en tus ojos. Y las personas que no son sinceras no me gustan.

20

No hace falta que me lo restriegue, desde el minuto uno, ya me había dado cuenta que no era santa de su devoción.

–No entiendo lo que tiene que ver mi pasado con la sinceridad, no es como que para ser veterinaria necesites saber lo que piensa mi familia o por qué estoy aquí, no es de tu incumbencia. Además, creo que ya soy mayorcita para dar explicaciones.

*Y mucho menos a ti.*

–¿Y a Daniel sí? –pregunta enfadado.

–No sé ni por qué te has molestado en traerme hasta aquí, cuando es evidente que no te caigo bien, podrías haberte negado si es que Daniel te lo ha pedido.

–No, no me lo ha pedido –refunfuña. Y no desmiente que no le caigo bien.

Si no se lo ha pedido, dime tú a mí, por qué ha ido a recogerme. ¿Se ha ofrecido él? ¿Por compromiso? ¿O será que se lleva la exagerada hospitalidad en este pueblo?

–Vale, déjalo, tengamos la cena en paz. Yo no te pregunto nada sobre tu vida y tú tampoco lo haces sobre la mía –concluyo.

El no deja de mirarme fijamente.

Y me está poniendo nerviosa.

Gracias a Dios, Claudia elige ese preciso instante para romper el incómodo momento llevando la botella de vino a la mesa. Mientras la descolcha, mira de uno a otro, divertida. Debe hacerle gracia que nos estemos apuñalando con los ojos. Tras verter el vino en las dos copas, se retira de nuevo y aprovecho para dar un sorbo. A ver si me relajo. El líquido entra acariciando mi garganta y un gemido involuntario sale de mis labios. *Joder, está de muerte.* Y entonces mi mano se congela en el aire antes de llevar

la copa de vuelta a la mesa. Gabriel está tenso y aprieta la mandíbula, ¿qué le molesta ahora?

–¿Tienes que gemir de esa forma por un simple trago de vino?

Guau, eso sí que no me lo esperaba. Por un instante no sé ni que decir.

–Lo... siento. Ha sido espontáneo. Perdona, se que hay gente a la que le molestan los ruiditos comiendo. Tú debes de ser de esos.

–No, no soy de esos... –dice lentamente.

No hay quien lo entienda.

Vuelve a mirarme intensamente.

–Y... dime, ¿te has vestido así para provocar a mi hermano? –murmura apretando ligeramente la mandíbula.

¿Qué coño...?

21

–No has dicho eso –replico notando como la sangre bulle en mis venas. ¡Pero de qué va este imbécil! Si quiere enfurecerme lo está consiguiendo. Me acerco a él taladrándolo con los ojos–. No entiendo a qué está jugando, señor Gabriel –dibujo comillas en el aire cuando digo señor–. Yo no me visto para provocar, ya te he dicho que no conozco a Daniel. Eres prepotente, brusco y tremendamente arcaico en lo que se refiere a las mujeres. Si aún sigo aquí es porque tengo hambre y me encanta comer, pero cuando termine –me acerco a su cara– no pienso volver a cruzarme contigo.

–Eso no va a ser posible, lo siento por ti. –El también se acerca–. Vas a tener que verme en el rancho a menudo.

–Puedes esconderte detrás de una vaca cuando vaya, si tanto te molesto. –He dicho una tontería lo sé. Llevo soltándolas sin pensar desde que llegué a este pueblo.

–Limítate a hacer tu trabajo y olvídate de mi hermano –ordena muy serio clavándome su penetrante mirada.

–No entiendo tu problema, no es un niño pequeño al que tienes que proteger.

–Créeme, no es a él a quien intento proteger.

Pongo los ojos en blanco. No sé qué intenta decirme, realmente empieza a exasperarme. *Estará como un tren pero es inaguantable.* Si hay una frasecita estúpida como la de que las rubias son tontas, seguro que hay otra para los morenos de ojos azules. *¿Imbéciles?* Buena opción.

Otra vez Claudia rompe *¿el encanto?*

Lo ignoro mientras nos sirve y mis fosas nasales le piden a mi cerebro que mande la orden a mis dedos de atrapar el tenedor y probar el manjar que se expone en mi plato. *¡Dios del cielo, qué pinta tiene esto!*

–Espero que te guste, es pularda en salsa de uvas –indica depositando también un filete al punto para Gabriel antes de irse.

No puedo esperar, deslizo el tenedor en mi plato y lo pruebo. *Umm*. La carne de la pularda se deshace en mi boca deleitando mi sentido del gusto, está exquisita y no puedo evitar comentarlo.

–Creo que no he probado algo tan sabroso en mi vida, o al menos de lo mejor que he comido.

–Lo he notado, nunca he conocido a una mujer que disfrutara tanto con la comida, eres inusual –dice con voz ronca.

Sonrío cuando me viene algo a la cabeza. Mi amigo Leo me decía eso mismo cuando chateábamos. No es que comiéramos alguna vez juntos, eso nunca ocurrió. Pero lo sabía

22  
todo de mí. Nos lo contábamos a diario en nuestras interminables charlas por Internet. Claro que eso fue antes de que me dejara colgada en el aeropuerto y dejáramos de hablarnos. Ni siquiera me dio una explicación ni contestó a mis mensajes después de eso. Incluso lancé a la basura de la terminal mi pañuelo rojo de los San Fermes. Entonces recuerdo también a Ángela y Valeria.

Y sonrío, ampliamente.

–No sabes lo que fastidia eso a mis amigas. Siempre están metiéndose conmigo.

–¿Les fastidia? –pregunta extrañado.

–No en plan serio ni nada de eso, es solo que no entienden que coma de todo y nunca engorde. Supongo que es mi metabolismo.

En ese momento la melodía de mi móvil sale de mi bolso y sonrío, estoy segura de que es una de ellas. Lo atrapo después de unos segundos revolviendo el interior y contesto con una sonrisa en los labios.

–Lo sé, me echas de menos –le digo a Valeria deseosa de escuchar su voz. Nos hemos visto esta mañana temprano antes de marcharme, pero se siente como que ha pasado una eternidad. Me instalé en su casa por motivos que no me apetece traer a mi memoria y he

vivido allí hasta esta mañana.

–Me había acostumbrado a tus increíbles platos de pasta, ¿qué voy a hacer sin ti? –se queja.

–¿Aprender a cocinar? –Ruedo los ojos.

–Sabes que por más que lo intento siempre hay algo que me estropea el plato, soy un desastre.

Eso es cierto, Valeria te puede aconsejar de moda como una famosa estilista, de peluquería, de maquillaje, pero no tiene idea de cocina. Lo intenta, eso sí, pero lo único que consigue hacer bien, en sacar una ensalada de su envoltorio y preparar platos de fruta en trocitos.

–Puedes venir aquí cuando quieras y cocinaré para ti –le sugiero y mi ceño se eleva al advertir la cara de perro rabioso que me está regalando Gabriel. Vuelve a estar enfadado, ¡qué novedad! ¿Será esta vez por descolgar en mitad de la cena? Se que no es de buenos modales pero aún así...

Resignada me despido de Valeria prometiendo llamarla al día siguiente para ponerla al día.

Al colgar me topo con su mirada de reproche.

23

–Te prohíbo que traigas a tu novio al apartamento de la clínica. Es tu zona de trabajo, no tu picadero –ordena secamente.

¡Y yo pensando en disculparme! ¡Ja!

Automáticamente apoyo el codo en la mesa y cansadamente poso mi frente sobre la mano. Inspiro, expiro, inspiro, expiro. Necesito controlarme antes de hablar o voy a soltarle el grito que se ha estado mereciendo desde que lo vi por primera vez.

Carraspeo.

–Mira –hago una pausa y aguanto la palabra *gilipollas* en la punta de la lengua–, yo no tengo novio, hablaba con Valeria, una amiga. –Ni siquiera sé por qué le explico nada–. Y creo que lo que yo haga en el apartamento después de trabajar es asunto mío. Si quiero convertirlo en un puto picadero como tú lo has llamado, lo hago y punto, tú no eres quién para impedírmelo.

–¡Y una mierda! –gruñe bebiéndose de un trago el vino que le quedaba en la copa–. Y ahora, si has terminado, nos vamos. Todavía tengo trabajo que hacer antes de

acostarme.

¿Tiene trabajo o tiene que trabajarse a alguien? No entiendo por qué la segunda opción me molesta, ni siquiera me cae bien, qué mas me da si tiene a alguien esperándolo. No ha dejado de regañarme, enfadarse, cuestionarme y dedicarme miradas rabiosas desde que me recogió en la clínica. Rectifico, desde que me recogió en la estación. Se ha comportado como un machista absoluto. ¡Y no lo soporto!!! Debería levantarme, arrojarle la servilleta a la cara y largarme en este preciso instante. Pero contrariamente a mis deseos, decido que voy a fastidiarlo un poquito más, quiero ponerlo de mal humor. En el fondo creo que hasta me divierte. No, estoy segura. –Aún falta el postre, me apetece algo de chocolate –lo desafío y suelta un bufido. –Eider... –la sensualidad con la que pronuncia mi nombre me estremece enviando pequeñas corrientes por todo mi cuerpo, es extraño a la vez que excitante–. Si tengo que verte cómo saboreas el postre me va a dar un infarto.

*Mierda. ¿Qué ha querido decir con eso?*

Ha vuelto a dejarme sin habla. Me desconcierta. Mira que he conocido tipos raros a lo largo de mi vida, pero este, se lleva la palma con creces. ¿Será bipolar? Su mirada vuela hacia mis labios que me estoy mordiendo inconscientemente. El azul de sus ojos se ha vuelto más oscuro y creo que me está empezando a dar miedo. Se acabó.

24

Finalmente me rindo y bufo notablemente. ¿De verdad le supone tanto esfuerzo estar conmigo?

–Está bien, ¿puedo pedir que me lo envuelvan para llevar?

–Por supuesto. –Y suspira aliviado.

¡Suspira aliviado!

25

## *Capítulo 2*

La todavía débil luz del amanecer se cuela por mi ventana despertándome. No se si fue por las dos copas de vino que tomé durante la cena de anoche, o el trozo de tarta de chocolate que me zampé al llegar, pero la verdad es que he dormido como un tronco. Ayuda la brisa sin contaminar que durante toda la noche ha estado acariciando mi cuerpo, no como el ambiente tóxico y seco de la ciudad. Allí, o pones el aire

acondicionado o no hay manera de pegar ojo en verano. Abrir las ventanas se convierte en una tarea imposible. Por no mencionar el silencio y la tranquilidad que gobierna aquí. Como un gato me desperezo sobre la cama con una sonrisa en mis labios, me va a gustar vivir aquí, hacía mucho tiempo que no me sentía tan relajada y reconozco que me encanta.

El baño no es muy grande, sin embargo me alegro de no tener que compartirlo con Valeria. Ella tiene tantos artículos de belleza repartidos por cada hueco libre, que tengo que hacer malabarismos cada vez que entro a la ducha, o entraba, porque eso fue antes de que aceptara el trabajo. Ahora tengo un apartamento enterito solo a mi disposición por primera vez en mi vida. Todo exclusivamente para mí. Y ni siquiera me ha tocado la lotería.

Y me siento libre, independiente.

Pero también estoy sola a partir de ahora.

Deslizo por mis piernas la única prenda que llevo para dormir, mis bragas, me sujeto el pelo con una pinza y me cuelo tras la mampara de la ducha. El agua templada es bienvenida y resbala por mi cuerpo en un delicioso cosquilleo, nada que ver con el que me provocaba la pasada noche el ranchero. Oh si, es brusco, prepotente y mandón pero tiene su cosilla...

Me regaño mentalmente. ¿Qué hago yo pensando en este hombre en la ducha? ¿Es que no he aprendido lo suficiente en los últimos meses?

No puedo ni quiero albergar emociones. No me lo permito. Y menos después de la forma tan brusca con la que se despidió de mí en la puerta de la clínica. Demasiado evidente que estaba deseando deshacerse de mí. Podía haberse evitado el chirriar de

26  
ruedas al doblar la esquina, porque yo, ya lo tenía bastante clarito. ¿Se puede ser más arrogante?

Al salir de la ducha y después de secarme, me enfundo unos vaqueros de talle bajo y una camiseta ceñida negra de manga corta. Me abstengo de ponerme mis taconazos y los sustituyo con los deportivos blancos que normalmente uso para el trabajo. Nunca se sabe si hay que salir huyendo de algún animal rabioso, sobre todo en un lugar tan a las afueras como este. Delante del espejo me recojo mi larga melena ondulada en una coleta, cepillo mis dientes y por último, me embadurno la cara de mi crema hidratante

favorita.

Ya estoy lista para empezar mi primer día de trabajo en Entrepinares. .

Con una taza de café caliente en las manos, me deslizo por las escaleras hacia el mostrador de la clínica. Es hora que revise la agenda de Rafael, sus libros de cuentas o lo que quiera que haya dejado en los cajones, porque por lo que veo, la informática no era una de sus compañeras en el trabajo. No hay un ordenador por ninguna parte y voy a tener que solucionar eso pronto. Vengo de la ciudad, allí no se escribe a mano desde... ni siquiera lo recuerdo, la verdad. Para lo único que usaba el bolígrafo era para plasmar mi firma en algún albarán y anotar la próxima visita a los clientes en una tarjeta.

Debajo del mostrador hay varios cajones grandes y dedico un rápido vistazo a lo que contiene cada uno de ellos. Lo que busco está en el último, los demás contienen pequeños artículos veterinarios de venta al público y distintos tamaños de bolsitas y cajas de embalaje para pequeños pedidos. Antes de sentarme a leer lo que contienen los libros y las carpetas, quito el cerrojo a la puerta por si algún cliente decide entrar.

Respiro hondo.

Es mi primer día.

El primero cruza la puerta dándome la bienvenida con el simple gesto amable en su cara, tiene el pelo blanco y alrededor de setenta años.

¡Qué madrugadores son aquí!

–Buenos días Eider –dice y frunzo el ceño porque sabe mi nombre, me pregunto si al ser un pueblo tan pequeño, han pegado fotos mías por ahí anunciando mi llegada. Algo así como la recién llegada, en vez de la más buscada–. Soy Rafael.

Ah, el antiguo veterinario, ahora me encaja.

27

Él continúa sin esperar que conteste o al menos le devuelva los buenos días. Parece que está apresurado.

–He venido a ayudarte hasta que puedas desenvolverte tú sola. Te prevengo antes de que salgas corriendo de que hay granjeros algo difíciles de tratar y algún que otro fanfarrón en el rancho –dice con humor–. Pero nada de qué preocuparte. Con un poco de mano firme, los tendrás comiendo de tu mano en menos de lo que piensas.

No se yo... Como sean todos como Gabriel... Lo de salir corriendo no va a parecerme tan malo.

–Encantada de conocerte Rafael y muchas gracias por ofrecerte, la verdad es que te confieso que estoy un poco asustada, nunca he trabajado sola.

–A mí me pasó lo mismo hace más de treinta años. –Suelta una risilla–. Ocupé el puesto cuando recién acababa de salir de la facultad y pasé algunos momentos difíciles e incómodos, pero logré esquivarlos cada uno de ellos. –Dirige su mirada hacia las carpetas extendidas sobre el mostrador y continúa–. Te estarás preguntando por qué no está todo informatizado.

Me encojo de hombros, no quiero que piense que critico su forma de trabajar.

–Las nuevas tecnologías y yo, no nos llevamos muy bien. Lo he intentado, hasta llegué a comprar un portátil de esos, pero no tengo paciencia, así que se lo regalé a mi nieta.

–No importa, por lo poco que he podido ver, está en perfecto orden, creo que no voy a tener problema. –Lo digo en serio, este hombre es un entusiasta del orden, los archivos están determinados por año y establecidos cada uno de ellos por orden alfabético. Puedo asegurar que no tiene nada que envidiarle a las nuevas tecnologías.

–He tenido mucha ayuda por parte de mi hija Lucía, sus consejos me han servido de mucha ayuda. –¿Lucía? He oído ese nombre antes, si no me equivoco lo mencionó Marta.

–¿Su hija trabaja en el rancho?

–Veo que ya te han hablado de ella, es una de las secretarias del rancho Veracruz. Aquí parece estar todo conectado con ese rancho. Hago una mueca imperceptible para Rafael. *¡Qué suerte la mía!* Si estoy en lo cierto, deduzco por los comentarios de Marta, que el que dirige el mencionado rancho, no es otro que mi gran enemigo Gabriel.

–Marta la mencionó ayer cuando me recogió en la estación. En el poco tiempo que estuvimos juntas, me puso al tanto de algunas cosas. Sin embargo, me temo que aún me queda mucho por saber.

28

–Podrás conocerla esta misma mañana cuando visitemos el rancho. Eso si ya estás lista y no te importa comenzar hoy, claro. Podemos iniciar ahora el recorrido.

Asiento cruzando mi bandolera por mi torso mientras él agarra automáticamente el maletín veterinario, como pienso que lleva haciendo los últimos treinta y cinco años. Resulta que también tengo aparcada en la puerta una camioneta Chevrolet Silverado a

mi disposición y tras ponerme al volante, Rafael me dirige mejor que un navegador. Diez minutos después, llegamos a la granja de los Sánchez donde nos recibe un matrimonio de unos sesenta años y sus tres hijos. Los tres son muy parecidos, pelo castaño claro y estaturas similares.

Al principio me muestro un poco cohibida ante su escrutinio, sobre todo por parte de los tres mosqueteros –sus hijos–, que calculo, van desde los veinticinco a los treinta y cinco años. Me reafirmo en que aquí no viene mucha gente de fuera. Me observan como si quisieran leer mi mente. Es raro. Al instante y como si percibieran mi incomodidad, enseguida comienzan a gastar bromas y consiguen que al fin me relaje un poco. Respiro calmada. Si estoy en lo cierto, son personas amables y van a facilitarme mucho mi trabajo aquí.

Miguel es el mayor. Según sus hermanos, necesita una esposa ya, porque se le está pasando el arroz. Luis, el mediano tiene una sonrisa contagiosa y los chistes le salen sin pensar, es muy divertido. Y el pequeño es Iker, un poco más reservado que sus dos hermanos pero eso lo hace interesante.

Tienen un criadero de pollos en una inmensa nave ventilada y todos se dedican a su cuidado y manutención, es como la herencia familiar o algo así. Tanto la madre, Gloria, como su marido, Juan, me van explicando como funciona todo y los tipos de enfermedades más frecuentes que afectan a los animalillos.

Hay cientos de ellos, parecen diminutas bolas blancas de peluche saltarinas y aunque en la ciudad no suelen tenerlos de mascota, la teoría la sé a la perfección. Espero no fallarles.

–Después del trabajo solemos ir a tomar unas cervezas al *Cinco s*, podrías pasarte por allí –me invita atentamente Miguel al acabar el recorrido. Deduzco que quiere alisarme el camino para que me sienta bienvenida.

Y de veras que se lo agradezco.

–¿Cinco s? –pregunto intrigada.

29

–Es un bar. El nombre es por el apodo del dueño, lo llamamos así desde el instituto, es su marca a la hora de... ya sabes... –Se revuelve el pelo de la nuca incómodo. No entiendo.

–Es lo que tarda en eyacu... –sigue Luis por él pero su madre no lo deja acabar.

–¡Luis! ¡Esa boca! –lo regaña.

No puedo evitar que se me escape una sonrisa.

–Lo siento mamá, pero si va a vivir en el pueblo, es imprescindible. Debe saber que si por una equivocación se lía con él, va a quedarse a medio. –No puedo evitarlo y suelto una carcajada que me obliga a sujetarme el estómago, los demás se me unen ante la mueca de disgusto de la señora Sánchez.

–Y contigo no, claro –espeta su madre.

–Yo soy todo un hombre, madre.

–Mira que eres sinvergüenza, ¿a quién habrás salido?

Se oye un carraspeo colectivo y todos miramos al señor Sánchez que se hace el distraído quitándose una mota de polvo de su camisa de cuadros remangada. Me muerdo la lengua para no volver a echarme a reír.

–Bueno –dice Rafael desviándonos a todos del embarazoso tema–, es hora de irnos Eider, aún nos quedan varios lugares que visitar.

Asiento.

Antes de ponernos en camino, Gloria atrapa mis manos entre las suyas pillándome desprevenida.

–Marta me ha contado que has venido sola.

Afirmo con la cabeza.

–Puedes contar con todos nosotros para lo que necesites, sobre todo con mis muchachos, no me cabe duda que estarán encantados de acudir en tu ayuda. –Su sonrisa me relaja, considero que es una buena mujer y sospecho que sus hijos, aunque un poco atrevidos, también lo son.

–Gracias Gloria. –Estoy emocionada, una mujer que apenas conozco me brinda hospitalidad, aún queda gente buena en el mundo que ofrece sin esperar nada a cambio. Es difícil encontrar personas así en el lugar del que vengo. El interés, la envidia y la avaricia mueven y lo dominan todo en la ciudad. Que triste.

–Rafael tiene nuestro número, cualquier cosa, no lo olvides –concluye Lucas y vuelvo a asentir agradecida.

30

La segunda visita es a una granja de cerdos de engorde, propiedad de los hermanos Contreras. El recibimiento no es tan grato como en el de los Sánchez, pero no puedo

quejarme teniendo en cuenta lo que estos dos hombres piensan sobre que una mujer trabaje fuera de casa. No han dudado un instante en soltarme que si estoy allí, no ha sido precisamente por su voto. Sus palabras literales de bienvenida han sido: “*Este no es trabajo para una mujer*” .

Ni siquiera voy a discutir. Supongo que lo llevan aprendido desde pequeños, eso del machismo.

Las edades de Joaquín y Nicolás, que así se llaman, rondan entre los cincuenta y son bastante parecidos, de pelo castaño oscuro y estatura media. Lamentablemente su sonrisa no es algo que pueda describir porque sigo sin verla después de media hora recorriendo la zona. El mayor menciona la *trichostrongilosis*, infección por gusanos estomacales que han pasado varios de sus cerdos en las últimas semanas y Rafael me describe amablemente con pelos y señales los síntomas que lo llevaron a detectarla y el tratamiento al que los sometió. Lo absorbo todo como una esponja para el futuro cuando Rafael no esté conmigo, dios sabe como voy a lidiar con este par de refunfuñones cuando eso ocurra.

Respiro aliviada cuando cruzo sobre mi Chevrolet prestada, la enorme verja de hierro que limita el terreno de los Contreras y acelero incorporándome a la carretera. Después coloco mi espalda todo lo recta que puedo intentando llevarla a su sitio, creo que poco a poco me he ido encogiendo con sus miradas desconfiadas.

Hago una mueca. Me ha dado un pequeño tirón.

–Te encontrarás a más de uno como ellos aquí, pero no tomes a mal su actitud. Son gruñones por naturaleza pero no muerden. En el fondo son buena gente, es el trabajo estresante de la granja lo que los pone de mal humor –dice Rafael desde el asiento del copiloto con un tono calmado que advierte que no tengo por qué preocuparme.

–No se preocupe Rafael, estoy acostumbrada a tratar con gente malhumorada. En la ciudad me topaba con ellos a diario. –Estaban los que llevaban mucha prisa y lo querían todo al instante. Luego los que regateaban con los precios. Al que no le importaba el precio, quería que tratara a su mascota como si fuera de la realeza. Lo peor era cuando alguna fallecía y me gritaban que era mi culpa por no haber echo lo necesario por salvarla. En fin, creo que he visto casi de todo, hasta lo que no quería ver...

31

–Me alegro porque en unos minutos vas a tratar con el peor. Su humor es de mil

demonios, sobre todo en los últimos meses. Es perfeccionista hasta la saciedad, ha nacido para dar órdenes y siempre espera que se cumplan. –Suelta una risilla–. Le hace falta a su lado una mujer con carácter. Algún día dará con la horma de su zapato y me alegrará ver como sucede. Pero como te he dicho anteriormente, este tampoco muerde. Es un hombre de palabra y siempre se puede contar con él para todo.

¿Por qué tengo la impresión de que sé de quién habla? Entrecierro los ojos torciendo mi boca a un lado y la imagen del demonio sexy de ojos azules acude a mi mente. ¡El mismo que no me soporta!

Te aseguro que ni por cinco mil euros querría cruzarme con él en este momento.

Aprieto las manos en el volante.

*Joder.* ¿No tengo opción, verdad?

Sigo las instrucciones de Rafael, y para mi tormento, el rancho Veracruz aparece ante mis ojos.

–Mierda –susurro.

–¿Decías?

–No, nada, que hay mucha hierva –disimulo.

Rafael me mira ceñudo pero no insiste.

–Aquí es –informa.

Traspaso el gran arco de piedra de la entrada y me tenso al instante. Hay montones de vacas sueltas pastando. Aminoro la velocidad y las contemplo. Parecen mansas pero no puedo evitar inquietarme ante su tamaño. Respiro hondo. Soy veterinaria de ciudad, *dios mío*, solo he tratado con mascotas, lo más grande que ha pasado por mis manos ha sido un San Bernardo de noventa kilos. ¿En qué lío me estoy metiendo? Solo de imaginarme introduciéndole la mano a un ejemplar de quinientos o seiscientos kilos para parir, me estremezco de pies a cabeza.

Madre mía, si me oyera mi profesor de obstetricia y reproducción de la universidad...

Respiro hondo. Pero ahí no termina mi tortura porque también hay toros y un cercado con al menos cinco caballos. Cojo aire frenando al llegar a la zona donde hay un grupo de cuatro coches más aparcados, dos utilitarios y dos cuatro por cuatro. Estaciono a su lado.

Me obligo a controlar el temblor de mis piernas antes de bajar. Esto es una locura, no sé si voy a poder manejarlo. ¿Habrá siquiatra en el pueblo vecino?

–¿Necesitas ayuda? –pregunta una voz masculina, profunda, fría y familiar en mi ventanilla que me agarra desprevenida y me sobresalta. El demonio de ojos azules me está desafiando con la mirada y sigo queriendo adivinar la razón de tanta descortesía hacia mí.

*¡Joder si ni siquiera quiero estar aquí!*

Me controlo a duras penas, salto fuera de la camioneta sin soltar la puerta por miedo a perder el equilibrio y me planto frente a él. Voy a caerme redonda al suelo y no va a ser por miedo a que venga un toro y me tope. Gabriel me desorienta.

Lleva unos vaqueros descoloridos, botas marrones y una camiseta blanca en la que se marcan sus bíceps. Luce su pelo negro algo despeinado y caliente, como estoy notando mis mejillas. Aparto la mirada algo desconcertada y enfadada conmigo misma por sentir un extraño hormigueo en mi estómago.

–No gracias, puedo yo solita –respondo tratando de parecer impasible.

–Este es Gabriel –dice Rafael cuando llega a mi lado.

–Ya nos conocemos –refunfuña Gabriel.

De verdad que sigo exprimiéndome el cerebro y no logro entender por qué le caigo tan mal si apenas me conoce. Debe ser de esos hombres raritos, maniáticos, perfeccionistas a los que les molesta todo. Y como yo soy la nueva, pues eso, se ceba conmigo.

*¡Qué angustia, de verdad!*

Carraspeo.

–Me recogió con Marta de la estación –omito deliberadamente lo de la cena. Lo único bueno que saqué de la pasada noche fue la comida tan deliciosa del restaurante, porque la compañía... dejaba mucho que desear. Aunque si lo pienso un poco, también puede que de tanto moverse entre ganado, eso de gruñir se le haya quedado como parte de su persona. Arqueo los labios sin querer en una media sonrisa.

–Pues entonces empecemos.

La tensión en el rostro de Gabriel es palpable durante todo el recorrido, debe haberse dado cuenta que permanezco pegada todo lo que puedo a Rafael desde que bajé del coche como un conejito asustado. Reconozco que tantas cabezas de ganado juntas me impresionan. Y ahí vuelvo con mis recelos, ¿qué clase de veterinaria soy? Si yo fuera la

jefa, me despediría al instante yo misma.

33

–Mañana tendrás que hacerte cargo de vacunar a las vacas, los toros los dejaremos para después del examen de semen –dice Gabriel dirigiéndose a mí en tono autoritario. Vacunas, examen de semen, *yo haciendo eso...*

Cojo aire y asiento.

Espera... Tengo las letras NO en mayúsculas dibujadas en mi mente. Han aparecido de golpe.

Al final va ser que no.

No pienso hacerlo. Voy a regresarme a la ciudad, la vida del campo y la cría de ganado no son para mí. ¿Cómo pude ser tan tonta de pensar que era el mejor cambio posible?

–No te preocupes, de primeras te parecerá demasiado trabajo, pero hasta que te hagas a esto, yo te ayudaré –me tranquiliza Rafael.

Ni aún así. Agradezco sus palabras de apoyo pero no pienso quedarme.

Gabriel me señala una construcción en planta baja. Yo sigo la dirección que marca.

–Ahí está la oficina, cualquier cosa que necesites puedes hacérselo saber a alguna de mis secretarias, ellas me harán llegar el recado, o cualquier otra cosa, lo que sea.

–Ya que lo mencionas voy a ver a mi hija Lucía, no tardo –nos informa Rafael alejándose de nosotros.

Vaya tela, me deja sola con... éste. Me cruzo de brazos desviando mis ojos a los cordones de mis zapatillas de deporte. Flojito me pongo a silbar haciéndome la despistada, *¿se nota mucho?*

–¿Asustada? –pregunta divertido.

–¿Y por qué debería estarlo? –me envalentono–. Llevo cinco años tratando con animales como estos, para mí es pan comido –miento descaradamente y sé que no se lo ha tragado. Normal, como va a tragárselo. Debo de tener el pánico reflejado cínicamente en mi cara, si me lo noto hasta yo y eso que no me veo.

–Claro, debe ser que en la ciudad los hay a montones paseando por las calles –suelta irónico.

–¿Tienes algún problema conmigo, Gabriel? –No puedo evitar preguntarle, mi curiosidad apremia demasiado. Básicamente desde que lo conocí.

Tensa la mandíbula y por un momento creo que no va a contestarme, pero lo hace.

–Tú eres mi problema Eider. No puedo imaginarme por qué estás aquí. Por qué una chica como tú ha cambiado la ciudad por un pueblo ganadero en medio de la nada.

Alguien que llega en el tren con tacones de vértigo y cabello sedoso y suelto, no cambia  
34

el asfalto por el polvo, ni las grandes discotecas, por bares de trabajadores. Tú eres de fiestas y de vestidos bonitos, a mí no me engañas.

Sí, ahora quiere pasarse de listo. No me conoce, no sabe una mierda de mi o de lo que me gusta.

Lo acuso con la mirada.

–Mis motivos no son asunto tuyo como tampoco lo es la ropa o los zapatos que me pongo. –Enfadada me giro directa a la cerca de madera que rodea al ganado para no ver su cara. Apoyo los brazos en ella sin percatarme de los ojos de uno de los toros que me está observando curioso. Inclino la cabeza hasta posar la frente sobre mi antebrazo derecho. Esto no va a funcionar, no puedo trabajar en un sitio como este, me siento como si mi título de veterinaria me hubiera tocado en la tómbola.

Cuando levanto de nuevo la cabeza, me congelo en el sitio. Los pies no me responden y mi boca está abierta apunto de gritar pero no me sale nada de los labios. Me obligo a respirar hondo, me cuesta, pero todavía puedo hacerlo. Parpadeo por si es una alucinación por tanto estrés de última hora. Mis ojos se agrandan. No, no es una alucinación, hay un enorme toro olisqueándome a cinco centímetros de mi cara. Para colmo la mano de Gabriel se posa sobre mi hombro y sé que está notando en su palma cómo tiemblo. Ahora tengo sentimientos encontrados, el miedo al toro y el extraño hormiguelo en mi hombro bajo la mano de Gabriel.

*Loca de remate.*

–No hagas ningún movimiento brusco Eider, no es buena idea. Están en su época de apareamiento y no son demasiado cordiales si alguien les grita en la cara –me susurra divertido pegado a mi oído. El muy cerdo se está riendo de mí. Si pudiera moverme en este momento ya le hubiera arreado un buen rodillazo en su zona de apareamiento.

–Ya te he dicho que no me asustan, es mi trabajo –susurro volviendo a mentir. Estoy muerta de miedo aunque me separe un cercado de madera. Podría jurar que si el toro decide derribarlo, nada se lo va a impedir.

–Claro, por eso estás temblando en pleno mes de julio y a treinta y cinco grados –  
suelta sarcástico. Y encima estás susurrando tan flojo que apenas puedo escucharte.  
¿Para no alterarlo? –ríe en mi oreja.

–¿Sabes donde puedes irte...? –murmuro apretando los dientes.

Vuelve a reírse.

Y yo voy a matarlo cuando salga de esta.

35

Me gira lentamente atrapando mi cintura delicadamente. Me suelta al instante cuando  
estamos cara a cara y a un metro mas o menos de la cerca de madera.

Intenta meterse en mi mente. Tiene los ojos demasiado fijos en los míos. Me está  
poniendo más nerviosa que el toro. Aparto la mirada hacia donde ha desaparecido  
Rafael hace un momento y suelto el aire que no sabía que estaba conteniendo.

Con lo bien que estaba yo con mis cachorritos, mis loros, mis gatitos, hamsters,  
conejos de angora...

Me rindo. En serio que voy a hacerlo. Ni siquiera voy a terminar el recorrido en la  
granja que me queda, me largo de este pueblo y punto.

Decidido.

–De acuerdo, tú ganas. Sí, me dan miedo. No estoy acostumbrada a tratar con bichos  
semejantes, así que me vuelvo a mi ciudad. Seguro que hay alguien más eficiente  
esperando este puesto. Yo no soy para nada esa persona.

–¿Te rindes? –pregunta duramente. Te creí más fuerte y decidida. No entiendo como  
puedes tener el valor de recorrer cientos de kilómetros para mudarte al otro extremo del  
mundo y tenerle miedo a un par de toros. No me encaja en tu perfil.

¿Valor? ¡Ja! Yo no llamaría valor a salir huyendo. Lo llamaría cobardía.

Soy una cobarde.

Lentamente, Gabriel se acerca a mí, demasiado, creo. Inclino la cabeza hacia atrás  
para poder mirarlo a los ojos, ahora que no llevo mis tacones me siento insignificante a  
su lado. Por un momento nos quedamos en silencio perdidos cada uno en la mirada del  
otro. Esta vez no la aparto y es extraño. Demasiado. Como un *Deja vu*.

Y no me gusta como me siento.

Rafael elige ese momento para reaparecer en escena y como si despertáramos de un  
sueño, nos separamos a la vez.

Es el momento de ser clara.

Y me siento como la mierda.

–Rafael, siento tener que decirte esto, pero no voy a...

–Eider quiere dejar la visita a la otra granja para mañana, va a quedarse más tiempo aquí, tenemos que concretar lo de las vacunas –interrumpe mi renuncia sin dejar de mirarme a los ojos.

Gimo en silencio. Gabriel quiere acabar conmigo.

–Es buena idea –dice Rafael.

36

–Yo la llevaré después de vuelta a la clínica, tengo entendido que ahora es usted el que recoge a sus nietas del colegio.

–Es cierto, ese es el inconveniente de estar jubilado, que mis hijos piensan que tengo la obligación de hacerlo. –Coloca los ojos en blanco.

No sé lo que intenta Gabriel pero no me gusta. A regañadientes y sin tener idea de qué va a pasar a continuación, rebusco en el bolsillo trasero de mis vaqueros y le paso a Rafael las llaves de la Chevrolet.

Resignada y asustada, no lo voy a negar, lo veo marcharse por el camino de tierra dejando una pequeña estela de polvo a su paso.

Y me ha dejado, con... éste.

–¿Qué intentas hacer? –pregunto cruzándome de brazos.

–No puedes renunciar sin haberlo intentado antes, voy a ayudarte –ofrece.

*¿Qué?*

–¿Por qué? Es evidente que no soy buena para esto.

Evita mis ojos centrándose en el ganado que pasta detrás del vallado.

–Demoraría demasiado tener que buscar otro veterinario y yo no dispongo de ese tiempo. Necesito que mis vacas sean vacunadas cuanto antes y el semen de mis toros analizado.

–Rafael se prestaría amablemente a ayudarte con ello. Y estoy segura que te agradecería que lo apartaras de la tarea de abuelo por un par de días –ruego y él se revuelve el pelo de la nuca incómodo buscando otra buena razón.

–Eider... piensa en lo cansado que debe sentirse a su edad. Sé que no va a negarse si se lo pido, pero creo que debe tomarse su merecido descanso sin excepciones. Los

demás podrían enterarse y aprovecharse de su buena voluntad y no sería justo para él. Visto así tiene razón, sin embargo, ¿cómo voy a clavarles una aguja a esos bichos si tiemblo cuando estoy cerca de ellos? ¿Y el análisis de esperma? Agggg.

–Está bieeen –decido–, te ayudo mientras buscas una sustituta o sustituto que ocupe mi puesto.

– ¿Y si decides quedarte?

–Créeme, eso no va a ocurrir –niego enérgicamente con mi cabeza.

–¡Eider, preciosa! –exclama Daniel saliendo de la oficina e interrumpiendo nuestra charla.

Escucho claramente un bufido de Gabriel acompañado de un murmullo de palabras que no logro descifrar.

37

–Hola –saludo y no puedo evitar devolverle la sonrisa que me está dedicando.

–Siento lo de ayer pero surgió una reunión de última hora a la que no podía faltar. – Y conforme lo está diciendo fulmina a Gabriel con la mirada. Vuelve a ablandarla al posarla sobre mí.

–No importa, podemos ir otro día –lo animo.

–¿No tienes trabajo? –gruñe Gabriel a su hermano.

–Estoy en mi descanso –se defiende y vuelve a dirigirse a mí–. ¿Quieres que te acompañe? Seguro que soy mejor guía que Gabriel, por lo menos más simpático. – Enseña sus perfectos dientes blancos y por alguna razón me relajo.

–Eso me gustaría.

–Estupendo. Pues que Daniel te enseñe cómo tratar al ganado ya que tan interesada estás en su compañía –escupe Gabriel alejándose hacia la oficina a grandes zancadas y no sé si sentirme aliviada o necesitada de su presencia a mi alrededor.

Es todo tan confuso...

–Ese es Gabriel –señala Daniel en tono pasivo–, solo piensa en trabajo, trabajo y más trabajo. Me apuesto lo que quieras a que cuando está tirándose a una mujer, piensa que es un toro inseminando a una vaca.

Me sonrojo imaginándome a Gabriel con una mujer, pero un instante después pongo cara de asco ante la cochinada que acaba de soltar Daniel.

Más tarde, como una hora o así, ya me siento más segura con las vacas a mí

alrededor, incluso las toco sin miedo. Otra cosa son los toros, no puedo evitarlo pero les tengo respeto. Aún esto lidiando con ello.

Examino que me gusta la presencia de Daniel, es divertido y tiene anécdotas de todo tipo, y tanta cháchara ha hecho que me olvide momentáneamente de querer marcharme. No me parece tan difícil después de sus explicaciones pertinentes hacer mi trabajo. Creo que él y yo vamos a llevarnos bien.

–¿Vendrás entonces mañana a empezar con la vacunación masiva? –pregunta riéndose al llegar a la zona donde están los coches de los trabajadores aparcados.

–Eso creo.

La melodía del móvil de Daniel comienza a sonar en el bolsillo de sus pantalones negros de vestir y él lo coge.

–Dime. Sí, de acuerdo. –Y cuelga antes de explicarme que Gabriel acaba de pedirle que me lleve a casa. Él está demasiado ocupado para hacerlo–. Siempre está demasiado  
38

ocupado, lo que te decía. Anda vamos, así tenemos más tiempo para charlar y quedar más tarde. –Lo da por hecho y yo aún no he abierto la boca. Me cae bien, sí, pero su coqueteo exagerado me dice que quiere algo más que ser amigos y eso no va a suceder. Rotundamente no.

–Hoy no puedo, he quedado con los hermanos Sánchez en un bar del pueblo. –miento. Como un salvavidas la sugerencia del trío Sánchez acude a mi cabeza. Y por una vez hoy, me alegro de haber pensado con claridad.

–Vaya, se me han adelantado, ¿qué tal mañana? –insiste.

No sé como darle largas, a ver si tengo suerte y le surge otra reunión importante.

–Lo hablamos mañana –concluyo dejándole claro con mi gesto que no quiero discutirlo más.

Cuando llegamos a la puerta de la clínica, como por arte de magia recibe otra llamada de Gabriel obligándolo a regresar al trabajo. Suelto un suspiro de agradecimiento y por un instante me pasa por la mente dar un grito de triunfo pero me contengo. Me estaba costando una paciencia infinita despedirlo. Él solito se estaba auto invitando a comprobar si soy buena cocinera.

Joder y me estaba agobiando y no soporto que me agobien.

–En otra ocasión será, mi hermano el gruñón requiere mi presencia en el rancho y si

no aparezco va a dejarme sin la paga –suelta una carcajada–, como si pudiera hacerlo. A veces se cree mi padre y eso me pone enfermo. –No me gusta su tono de voz a la hora de hablar de su hermano, aunque, ¿quién soy yo para criticarlo? En las últimas semanas he llamado de todo a mi hermana menos guapa. No sé si Gabriel se lo merece pero Sara sí.

39

### *Capítulo 3*

Mi primera visita de la tarde, llega protagonizada por una tímida niña de unos nueve años sosteniendo un gatito blanco de angora en sus brazos. Titubea un poco al traspasar la puerta, me mira algo nerviosa esperando mi reacción o mi aprobación, no estoy segura. Le ofrezco una sonrisa tranquilizadora y lentamente llega hasta el mostrador. Miro de vuelta hacia la entrada y otra vez a ella. Nadie más la acompaña. Tuerzo la boca entre asombrada y extrañada. Intuyo que en este pueblo son demasiado confiados a la hora de dejar a los niños solos por la calle. Deja tú a un niño solo en la ciudad a ver que ocurre. Me estremezco solo de pensarlo. Ni siquiera están seguros cambiando a la cera de enfrente.

–Hola –saluda la niña con una vocecita apenas audible. Con un suspiro, inclina la cabeza hacia su mascota.

–Hola, soy Eider, la nueva veterinaria, ¿es tuyo? –le doy la bienvenida sin dejar de sonreírle, no hay nada peor para un niño tímido, que toparse con alguien serio y prepotente. Trato de infundirle seguridad.

–Sí –murmura y por fin levanta la carita hacia mí.

Es una niña preciosa rubia de ojos azules y con la tez muy blanca.

–Es lindo, me encanta su pelo largo ¿y a ti? –Me acerco y lo acaricio recibiendo un ronroneo en respuesta. La niña me sonrío.

–Sí, a veces se lo cepillo y a él le encanta. Se llama Peludo.

–¿Y qué le pasa a Peludo? –pregunto tranquilamente y a ella se le empañan los ojos, me temo que va a echarse a llorar de un momento a otro.

*¡ Y yo no puedo ver a un niño llorar!*

–Anda a pata coja desde ayer, ¿se va a morir? El perro de mi abuela empezó igual y a los tres meses se murió –expone atropelladamente y comienzan a caerle las lágrimas.  
*Mierda.*

–Verás como Peludo va a ponerse bien –la tranquilizo–. Déjame ver. –Lo atrapo de sus brazos y lo acurruco sobre los míos. Espero no estar equivocada o esta niña me va a odiar el resto de su vida–. Ven, vamos a llevarlo dentro a mi sala de reconocimiento. –Y me sigue con la espalda recta y decidida como si yo fuera su heroína. Se limpia las lágrimas mientras camina.

*Menos mal.*

40

Al depositarlo en la mesa de acero, advierto que la pata delantera derecha no la apoya del todo, la niña está en lo cierto. Se la levanto con mucho cuidado y Peludo intenta soltarse, no le gusta nada que esté husmeando en su pata dolorida.

–¿Vas a clavarle una aguja? Porque a mí me dan miedo –murmura la niña dejando escapar un sollozo.

–Aún no lo sé. Pero si tuviera que hacerlo sería por su bien, ¿quieres que lo cure verdad?

Asiente soltando un lastimero suspiro.

Le examino detenidamente la pata y veo rápidamente cual es el problema.

–Peludo se ha clavado una pequeña astilla en la patita, no es nada. –Agarro unas pinzas de una de las pulcras bandejas con utensilios de cura, y se las muestro–. Voy a sacársela.

Ella mira muy atenta cada uno de mis movimientos. Sus manos descansan en tensión una sobre la otra sobre la mesa de acero, esperando.

–¿Ves? Ya está. –Deposito la pequeña astilla sobre la mesa y ella la observa detenidamente.

–¿Ya está curado? –pregunta esperanzada y con los ojos muy abiertos, demasiado para su carita tan pequeña.

–Bueno... va a seguir andando a pata coja un tiempo más por la herida. Un par de días, quizás alguno más, y estará como nuevo –afirmo devolviéndole a peludo.

–Muchas gracias –dice satisfecha, pero al instante sus ojos parecen ensombrecerse–. Deberías haber estado aquí cuando se enfermó Lucas, a lo mejor lo hubieras curado como a Peludo –suspira.

Imagino que Lucas era el mencionado perro de su abuela.

–Quizás lo de Lucas era algo más importante que una astilla, hay enfermedades que

no se pueden curar por mucho esfuerzo que pongamos en ello –explico y ella se encoje de hombros.

–Mi abuela pasará a pagarte más tarde, vivimos justo enfrente, la casita con la puerta roja. Ah y me llamo Julia.

Se que en la ciudad hubiera cobrado por sacar una simple astilla por orden de mi jefe, pero aquí no puedo hacerlo. Además, aquí cuento con la ventaja de que soy algo así como mi propio jefe, y me niego.

–Por ser mi primera cliente no voy a cobrarte nada, quizás la próxima vez.

41

–Vale, porque mi abuela dice que la semana que viene hay que ponerle la vacuna y desparasitarlo también, lo pone en su libro verde, lo tiene desde que nació.

–Tener una cartilla de vacunación es perfecto. –Me hace pensar que aún sin ordenador, a Rafael no se le ha pasado nada.

–¡Adiós Eider! –exclama Julia despidiéndose de mí.

En señal de despedida levanto mi mano y le sonrío abiertamente mientras la observo atravesar la puerta de la clínica. Mira a cada lado de la calzada y después cruza al otro extremo. Como acaba de decirme, se adentra con su gato en la casa de la puerta roja. Eso me tranquiliza aunque acabe de conocerla.

Hacia las ocho de la tarde y con los débiles rayos del sol del atardecer colándose por el cristal del escaparate, mi teléfono comienza a sonar con una melodía que no esperaba volver a escuchar en mucho tiempo. Es el tono asignado a mi hermana. Ni siquiera entiendo el por qué no la he bloqueado ya. Cierro los ojos y cuento hasta tres, respiro hondo. Cuelgo sin dudarlo y vuelve a sonar de nuevo a los dos minutos. Sé exactamente lo que se propone, quiere inquietarme con su insistencia, ha sido su método desde siempre hasta que conseguía que yo la sacara de sus embrollos. Esta vez no va a conseguirlo, lo que le pase a partir de ahora no es asunto mío.

Después de repasar mentalmente mis tareas para mañana y preparar lo necesario para las dichas vacunas, cierro la puerta de la clínica con llave y me impulso escaleras arriba hacia mi apartamento.

Nada más llegar, me descalzo y saco ropa limpia del armario. Mi mano se detiene cuando estoy descolgando una camiseta de la percha...

Su imagen..., aquella imagen..., otra vez viene a mi cabeza... Sara tiene la capacidad

de angustiarme como nadie. Me encojo como un armadillo cada vez intenta entrar de nuevo en mi vida, me chafa el ánimo, me deprime.

Reanudo lo que estaba haciendo. No puedo seguir permitiéndole que me haga esto. Salgo de mis vaqueros y mi camiseta, quedándome en ropa interior. Trasteo el grifo de la ducha hasta que consigo que el agua salga ligeramente templada y termino de desvestirme. Por un momento me dejo llevar por la agradable sensación refrescante de mi cuerpo mojado, pero al siguiente estoy enjabonándome como una autómata para salir cuanto antes. Esta noche no puedo quedarme aquí, necesito salir y arrancarme esa dañina imagen y la dura realidad de haber sido una ilusa durante años.

42

Y tengo la mejor opción de todas.

Me enfundo unos vaqueros negros ajustados de talle bajo, una camiseta negra sin mangas, de pico, e indiscutiblemente mis Manolos. El pelo lo dejo suelto cayendo en suaves ondas por mi espalda y como último toque me aplico brillo en los labios. No me gusta maquillarme demasiado. Le tomé manía hace unos años cuando me desperté en la cama con *él* con la apariencia de un panda y no dejó de reírse durante la siguiente media hora. Contó la anécdota montones de veces a sus amigos y volvía a reírse con ellos. *Qué simpático.*

A las ocho y media salgo hacia el *Cinco* echando el cerrojo a la puerta de la clínica. Me he fijado que ni siquiera tiene reja de seguridad, alarma o cualquier otro sistema. Hago una mueca torcida, ¿cómo se puede ser tan confiado en los tiempos que corren? Si esto lo cuento en la ciudad, te aseguro que nadie va a creerme. Con la cantidad de robos y allanamientos que suceden allí a diario. Inverosímil.

Me planto en la acera observando a mí alrededor tratando de localizar el dichoso bar. Y lo veo, el nombre sobresaliendo de la fachada en un cartel luminoso rojo como a unos cien metros. Me impulso hasta allí. Lo bueno que tiene vivir en un pueblo pequeño es que no hay que coger apenas el coche. Excepto en mi caso, para ir a las granjas o al rancho. Y te aseguro que me encanta. En la ciudad apenas había espacio para más coches en la carretera. Colas interminables de vehículos, que si bien al principio me ponían de los nervios, con el tiempo terminaron por acostumbrarme, aprendí a llevarlas con humor. Con la ayuda de los programas de radio, claro.

Me centro de nuevo en el bar. A simple vista tiene aspecto de ser algo decadente, me

recuerda a las tabernas antiguas que todavía permanecen abiertas porque sus dueños, ya mayores, se resisten a abandonar el negocio que con tanto esfuerzo lograron levantar para el sustento de su familia. Hay un pequeño porche de madera a un lado de la puerta, ocupado con unas cuantas mesas y sillas de plástico verde con el logotipo de una conocida marca de cerveza. La puerta de madera oscura, está dividida por grandes cuadrados de cristales opacos hasta la mitad y cuando al fin llego, respiro hondo y me encuentro empujándola sin pensarlo.

El sonido inconfundible de uno de los temas más conocidos de un famoso cantante pop me recibe al entrar, mis ojos se agrandan. Es tan distinto a cómo lo había imaginado... No es para nada un bar anticuado con jubilados jugando al dominó y bebiendo chatos de vino barato. El fresquito del aire acondicionado acaricia mis brazos

43

y mi cara como el olor de un ligero y primaveral ambientador acaricia mis fosas nasales. Hay una enorme barra de madera oscura y reluciente al fondo, bordeada con taburetes del mismo color. A un lado hay unas cuantas mesas con sus respectivas sillas y cuatro rinconeras acolchadas que imagino es lo mas parecido a un reservado que tienen por aquí. Es acogedor y me gusta, sobre todo por la iluminación tenue y dorada en algunas mesas por lamparitas de aceite.

Mientras mis pies me llevan hacia la barra vacía, otro cantante español reemplaza al anterior y mi sonrisa se amplía. ¡El tiempo que hacía que no pisaba un bar con buena música! Automáticamente tarareo la letra y descubro que mi mal momento a causa de Sara, ha quedado relegado a un segundo plano, en un lugar alejado en mi mente.

Espero que tarde mucho en regresar o mejor que no lo haga.

–Tú debes ser Eider –anuncia una bonita mujer de pelo negro y corte desenfadado a la altura de la mandíbula cuando me poso en la barra. Calculo que debe tener un par de años más que yo, también es como cinco centímetros más alta. Lleva una camiseta negra de manga corta ceñida con el nombre del local justo encima del pecho y unos vaqueros ceñidos como su camiseta. Es voluptuosa, de curvas marcadas y algo rellenita, pero eso la hace sexy.

–Esa soy yo –contesto y caigo en que sabe mi nombre y no me ha llamado veterinaria como los demás. *Las noticias vuelan.*

Me deslizo en un taburete frente a ella y su escrutinio no me molesta, entiendo que

ahora mismo soy la distracción mas reciente que tienen por aquí y su deber es curiosear para contarlo después. Es ley de vida en los pueblos pequeños. O eso dicen, tampoco es que yo tenga experiencia.

–La sobrina de Sergio, o Cinco como lo llaman sus amigos, se ha encargado de informarnos hace un rato de cómo has salvado a su gato de la muerte –aclara esbozando una sonrisa.

Julia es sobrina del dueño del bar, eso explica la velocidad que han tomado las noticias. Le sonrío a su vez.

–Yo no diría que de la muerte, pero sí, lo he salvado. –Si se le puede llamar eso a sacarle una astilla de la pata. Ni siquiera ha necesitado cura.

Le devuelvo la sonrisa.

–Y dime ¿cómo te ha ido tu primer día?

44

–¿Sinceramente? –pregunto y ella asiente divertida–. He pensado en regresar a la ciudad como unas catorce veces desde esta mañana. –Quizás han sido veinte, no estoy segura. –Me coloco el dedo índice en mi labio inferior tratando de recordar.

–¿Sigues pensándolo?

–Con cerdos y pollos puedo lidiar, pero los enormes toros y las vacas del rancho son otra historia, me intimidan tanto como su dueño. –Me muerdo el labio. Soy una bocazas.

La camarera hace un gesto como entendiendo de lo que le hablo.

–Gabriel puede ser un poco molesto y autoritario a veces, pero no muerde. –Suelta una carcajada–. Con respecto al ganado, supongo que acabas acostumbrándote, o eso dicen por aquí. No es que yo lo haya tratado mucho tampoco, lo mío es la barra, ya me ves. Llevo trabajando aquí desde los dieciocho. –Rueda los ojos como si acabara de recordar algo–. Por cierto, perdona por mi falta de tacto. Me llamo Sheila y soy la novia de Sergio. –Me ofrece su mano y yo se la estrecho. Me muerdo los labios para no preguntarle si el mito ese de los cinco segundos es cierto. Reprimo una sonrisa.

–Encantada de conocerte. –Cruzo los brazos sobre la barra y pido una cerveza mientras Sheila me explica por qué el bar está prácticamente vacío a estas horas.

Básicamente que después de las nueve, es cuando los trabajadores vienen hasta aquí en estampida buscando una cerveza fría y algo de diversión después de un largo día de

trabajo. Casi que me da un poco de miedo la estampida de la que habla.

También me informa que en la parte de atrás de la barra hay dos mesas de billar, dos dianas para jugar a los dardos y un futbolín. Sonríe diabólica. La cantidad de partidas que me echaba contra mis compañeros de instituto en un bar cercano a la hora del almuerzo. Ahora son pocos, o casi ninguno podría decir, los que pueden ganarme una partida. Soy una experta.

—¡Pero si ha venido nuestra nueva amiga, Eider! —exclama una voz masculina y risueña a mi espalda y no puedo evitar girarme en su dirección. Me encuentro con los tres hermanos Sánchez viniendo hacia mí. La diferencia de esta mañana a ahora, es abismal. Van repeinados, limpios y realmente se ven sexys. No de manera exagerada pero resultan encantadores. El mayor, Miguel, lleva vaqueros y una camisa azul oscuro de manga corta por fuera del pantalón. El mediano, Luis lleva unos vaqueros por la rodilla y una camiseta negra de pico marcando sus bíceps. Y el pequeño, Iker viste más

45 elegante, unos chinos azul marino y una camisa de manga corta blanca con los dos primeros botones sueltos.

Los recibo con una marcada sonrisa.

—He decidido aceptar vuestra oferta y venir a conocer el mejor bar del pueblo.

Luis toma asiento a mi lado e Iker me flanquea al otro, Miguel ocupa el otro taburete al lado de Luis.

A medida que pasan los minutos más gente invade el bar y Luis me los va presentando, al menos a los que él cree que puedo conocer porque me los está clasificando en dos listas, la de buen tío y la de ni te acerques. Sus hermanos están en todo momento de acuerdo con él.

Yo ruego los ojos casi todo el tiempo.

—¿Y el dueño del rancho Veracruz? ¿Qué pensáis de él? —No sé de dónde me ha salido la inoportuna pregunta pero ya no hay remedio.

—¿Gabriel? —pregunta Luis y yo asiento—. En realidad él no es el dueño absoluto, aunque todos lo tengamos como si lo fuera. Su hermano... bueno, aunque posee la mitad del rancho no es muy dado al trabajo, más bien se dedica a fundirse el dinero que genera Gabriel. Son como la noche y el día, completamente diferentes. Daniel es ameno y divertido, como si no existieran más problemas en el mundo que rellenar los

formularios necesarios para comprarse un coche nuevo. Cada cierto tiempo se pasea con una chica diferente del pueblo vecino porque las del nuestro, las ha repasado a todas. Y Gabriel es todo lo contrario. Serio, cumplidor y su mayor entretenimiento son las reuniones de ganaderos y compradores. Todos aquí en el pueblo pensamos que acabará casándose con Lucía, la hija de Rafael.

Sé perfectamente quien es Lucía aunque no la conozca todavía, me molesta pensar en ellos juntos. Le doy un trago a mi botellín de cerveza y compruebo que me cuesta tragar. Niego interiormente. No, nunca más, ya he pasado por eso y las secuelas aún giran como un carrusel en mi cabeza.

Pero aún así quiero saber...

—¿Por qué dices que acabarán casándose? ¿Están juntos?

—Todavía no, pero lo estarán. Lucía es muy insistente y persuasiva cuando quiere algo y a él lo quiere desde hace algunos años. Gabriel ha logrado esquivarla hasta ahora pero no va a poder resistirse durante mucho más tiempo.

—Si yo fuera él, hubiera caído a la primera insinuación —suelta Luis.

46

—¿Tan guapa es? —pregunto.

—Guapa no es la palabra que la define, lo que ocurre es que viste demasiado... —hace un gesto ahuecando sus manos delante de su pecho, adivino que insinuando que es exagerado—, explosiva para trabajar en una simple oficina en el rancho. Los peones cuentan que su hermano Daniel y ella estuvieron liados un tiempo y que por eso Gabriel la rechaza. No deben de gustarle los artículos de segunda mano.

Los tres se echan a reír.

Yo no. Eso de que llamen artículo a una mujer, no me hace la más mínima gracia por muy sueltecilla que sea. Cada uno es como es y todo es respetable por mucho que no nos guste.

—¿Crees que es cierto? —pregunto convirtiéndome oficialmente en una cotilla.

—Ella lo niega y Daniel solo se ríe si le preguntan, eso en lenguaje de hombres es sí, por su puesto. —Entrecierra los ojos al mirarme—. ¡No me digas que te has dejado engatusar por Gabriel! —exclama receloso Miguel y casi escupo la cerveza de mi boca. Luis me da unas palmaditas en la espalda hasta que vuelvo a respirar.

*Joder que directo.*

Antes de contestarle hago una seña a Sheila y en un momento tengo otro botellín delante de mí.

–Va a ser que no –niego con la cabeza–, no es mi tipo, tiene apariencia de tener un palo metido por el... ya me entendéis.

Ríen a carcajadas y yo me uno a ellos.

–Entonces te van los buenos chicos desinhibidos como yo –prueba Luis y le doy un codazo a Iker que parece haberse quedado dormido con la cerveza en la mano–. Tu hermano está que se regala, ¿no hay nadie interesante por aquí que lo distraiga? –pregunto intentando incluirlo en la conversación, parece deprimido por algo. De repente me dedica una lenta sonrisa y me mira directo a los ojos. Los suyos son increíbles, la iluminación de los focos de la barra se proyecta en ellos dándole un efecto parecido al momento cúspide del orgasmo. *Vale, ahora estoy pensando en orgasmos.* Voy a terminar loca de remate como siga aquí.

Me paso la mano por la frente y resoplo. *¿Cuántos meses llevo sin sexo? Ya ni me acuerdo.*

–Mi hermano tiene el defecto de fijarse siempre en quien no debe –murmura Luis, muy cerca de mi oído y mi bello se eriza. Inclino de nuevo el botellín sobre mis labios y trago media cerveza de golpe.

47

El brazo de Luis se enrosca en mi cintura y me atrae juguetonamente hacia su costado.

–Lo siento Eider pero el corazón de Iker está ocupado –canturrea melodramáticamente–. Vas a comprobarlo en unos minutos. Su ánimo va a dar un giro de ciento ochenta grados cuando llegue la hermana de Cinco. Se incorpora al trabajo un poco más tarde porque tiene que estudiar –cuenta mientras descaradamente Miguel me despoja de su brazo. Luis ni se inmuta, debe estar acostumbrado.

–¿Ella lo sabe? –murmuro a Luis pero el que me contesta es Miguel.

–De eso no hay duda, Lucas no puede callarse la puta boca –resopla–. Pero Leire es inaccesible.

–¿Tiene novio? ¿Está casada? –Es este pueblo, no hay duda ya, yo nunca he querido saber con tanta pretensión la vida de nadie. Debe ser contagioso.

–Ni lo uno ni lo otro. Lo primordial para ella es su hija –revela muy serio y caigo en

que puede que yo la conozca.

–¿Julia? –pruebo.

–¿La conoces? –pregunta Luis alzando la ceja.

Julia debe tener unos nueve años, lo que me lleva a deducir que su madre es mayor que Iker o por el contrario la tuvo demasiado joven.

–Sí, eso creo. Hoy ha estado en la clínica. Sheila ha mencionado que era sobrina de Sergio, así que supongo que es ella.

Luis asiente.

–Leire la tuvo con solo dieciséis años con su novio de toda la vida. Fue muy sonado en el pueblo. Ya sabes... a esa edad... –aclara.

¿De toda la vida? No sé a qué edad se echan novio por aquí, pero con dieciséis años difícilmente es toda la vida, sin embargo, no lo discuto.

–Estaban juntos desde la guardería, lo suyo fue amor a primera vista.

Ahora entiendo un poco mejor lo de toda la vida.

–¿Y dónde está él ahora?

Los tres se ponen serios de repente.

–Murió en un accidente de coche cuando Julia contaba con dos años. Desde entonces Leire no ha estado con nadie más –revela Miguel.

Ahora mi ánimo también decae. Imagino lo duro que tuvo que ser para ella cuidar a una niña tan pequeña, sufriendo a la vez la pérdida de la persona que amaba.

48

Y yo me quejo por lo que me hizo Sara. A su lado, lo mío parece insignificante ahora. Hay tantas vidas rotas en este puto mundo, tanta desolación, tantas pérdidas... Lo sé, debería replantearme seriamente las cosas con mi hermana pero... el maldito agujero sigue en mi pecho. Y no puedo. No puedo perdonarla. No en un futuro cercano al menos.

–¿Os importaría no hablar como si yo no estuviera presente? Porque resulta que lo estoy y me cabrea mucho –gruñe molesto Iker. Y de repente su mirada se ilumina ansiosa y sigo la dirección de sus ojos. Una bonita y menuda chica de unos veinticinco, quizás menos años, acaba de entrar a la barra. Es rubia de pelo liso cortado a diferentes capas a la altura de media espalda, está muy delgada, tanto que si mi instinto no me falla, adivino que la treinta y cuatro es su talla de vaqueros. Su pecho es de un tamaño

medio, una noventa o así y es más o menos de mi estatura. Me recuerda a una muñequita Nancy. No me extraña que Iker esté loquito por ella. Es preciosa, realmente bonita.

Nos saluda y yo me presento como lo que soy, la nueva veterinaria de Entrepinares. Ella sin dudarle, me ofrece su ayuda en lo que necesite y decido en ese mismo instante que quiero alegrar esa triste mirada atormentada que no ha dudado en posarla anhelante sobre Iker. Podría jurar que ambos sienten lo mismo. Sin embargo, veo que el miedo está ahí, planeando sobre la cabeza de Leire. Es irremediable no darse cuenta.

Cuando llevo mi tercera cerveza, por fin puedo conocer al legendario Cinco, y esta vez no puedo reprimir una carcajada. Lo he intentado, en serio, hasta he apretado la mandíbula, pero ha terminado por escaparse de mi boca. Y debe estar acostumbrado porque se lo toma con humor.

–Imagino que los cabeza de alcorneques que tienes por compañeros de barra, ya te han ido con el chisme –dice plantándole un beso en los labios a su novia que acaba de unirse a él.

–Eso fue esta mañana. –Me hago la pensativa colocando el dedo índice sobre mi labio– exactamente a los treinta minutos de conocernos.

–Son como la vieja del visillo, no hay cotilleo que puedan callarse. ¡Ni siquiera han aguantado un día! –exclama Cinco rodando los ojos.

–Eh tío, ¿nos estás llamando chismosos? –inquire ofendido Luis.

–Exactamente –espeta Sergio y por sus miradas sé que ambos estás de broma.

49

Hablamos un rato sobre su sobrina Julia y Leire se nos une. Es evidente que adora a su hija porque me está escuchando embelesada y a cada instante pregunta por sus reacciones. Se deshace en halagos hacia ella y por los comentarios de Sergio, evidencio que él se ha convertido en algo así como en un padre para la niña.

A mi cuarta cerveza ya me estoy riendo como una descosida con los comentarios chistosos de Luis, las muecas de burla de Miguel a sus espaldas y los refunfuños de Iker. Los reto a un fútbolín y ante mi asombro un Iker más animado acepta el reto sin dudarle como sus hermanos. Pronto nos vemos rodeados de ganaderos y peones del rancho vitoreándome y animándome. Voy a machacarlos.

La primera bola me lleva cinco segundos incrustarla de un golpe seco en la portería

contraria y montones de silbidos se elevan sobre la música. Choco la palma de mi mano con la de mi compañero Iker y vuelvo a atrapar los mandos.

–Eso ha sido suerte Eider, estábamos con la guardia baja –protesta Luis–. Disfrútalo porque va a ser el único tanto que consigas clavar en mi portería.

Hago un movimiento de caderas al ritmo de la música con una enorme sonrisa triunfal.

–Luis..., no me lloriquees y agarra los mandos –canturreo.

El segundo gol tarda en llegar, pero lo encajo también dando un ¡sí! y otro choque de palmas. Aprovecho las condolencias que los trabajadores les ofrecen a mis contrincantes y refresco mi garganta con un largo trago de cerveza. Me noto algo pasadita ya y sé que es el momento de parar o mañana voy a pasarlo muy mal en el trabajo. Aprieto los ojos y hago una mueca. *Mierda*. Olvidaba que tengo que vacunar a montones de vacas refunfuñonas, no, ¿o era su dueño el refunfuñón?

–Estás teniendo suerte, nada más –ataca de nuevo Luis y decido levantarle un poco el ego.

Le toma un momento marcar en mi portería y lo celebra a lo grande dando saltos y bailando al ritmo de la música. Se detiene en seco cuando ve mi sonrisa de medio lado, me contempla fijamente y niega con la cabeza cerrando los ojos.

–¡No me jodas Eider, me has dejado marcar!

Suelto una carcajada y todos a mi alrededor me imitan.

–Estar tanto tiempo entre pollos y huevos te está haciendo perder habilidades, te veo algo lentito.

50

Se toma mis palabras como un reto y esta vez me clava el siguiente después de defender ambos nuestra portería con empeño. Lo felicito y por fin se relaja. Los hombres y su no saber perder. Pero la tensión en su cara no tarda en aparecer de nuevo cuando el marcador se decanta por mi equipo ganando cuatro a dos, la última está en juego y vuelvo a marcar. Eufórica me cuelgo del cuello de Iker dando saltos hasta que Miguel recorre el trayecto que nos separa y literalmente me arranca de sus brazos.

–Aguafiestas –bufo recolocando mi escote. Peino mi cabello introduciendo mis dedos en él y lo echo hacia atrás. Necesito tomar aire y estoy cansada, es hora de volver a mi apartamento–. Bueno, una que se va –anuncio y enseguida me veo flanqueada por Luis

a un lado y Miguel al otro.

Iker mira la escena divertido.

–Te acompañamos –ofrece Miguel.

–No hace falta, vivo aquí al lado.

–Es peligroso que vayas sola.

Suelto una carcajada.

¿Peligroso? Lo único peligroso que hay en este pueblo perdido de la mano de Dios son los toros de Gabriel. Sonríe como una boba. Y su sonrisa, y su cuerpo, todo en él es peligroso. Uy, me tambaleo. Mis dos guardaespaldas me pasan los brazos rodeando mi cintura.

–¿Os imagináis la impresión que voy a causar si me ven salir del bar colgada de vosotros?

Miguel se frota la nuca con la mano libre y Luis me suelta.

–Tienes razón, pero saldremos a tu lado por si tropiezas con esos tacones.

Ha mencionado mis tacones... Curvo mis labios.

–¿A que te gustan? Vamos confiésalo –Mi sonrisa estúpida no me abandona, levanto una de mis piernas y les muestro uno.

–Me encantan –carraspea Luis–, estás caliente con ellos.

– ¡Esa boca! –gruñe Miguel.

–Joder, le pareces a mamá.

–Eider es una señorita, trátala como tal.

–Anda, no disimules, tú piensas exactamente lo mismo –digo en tono meloso a Miguel.

51

–Eh, dejadlo ya los dos. Por si no os habéis dado cuenta, Eider quiere irse a casa –los regaña Iker agarrando mi mano. Con delicadeza me guía hacia la calle ante las miradas de asombro de todos en el bar, Leire incluida, sobre todo ella.

–Oye –susurro en su oído–, ¿por qué nos miran todos?

Él me sonrío y me susurra también.

–Eres la primera mujer a la que agarro de la mano. Imagínate lo que deben estar pensando, ya sabes...

Como estoy algo lentita por las cervezas, sigo esperando que se explique. Lo miro y

él continua, pero esta vez en la calle, tras atravesar la puerta—. Bueno, pues que tú y yo...

Y entonces caigo en lo que intenta decirme. Y abro los ojos como platos. Y me suelto de golpe.

–Joder, lo siento, lo siento. Esto puede causarte problemas con Leire –gimoteo—. Pero te recuerdo que has sido tú quien me ha sacado de la mano –protesto cruzando los brazos sobre mi pecho.

–Si no te saco yo, mis hermanos habrían acabado peleándose por ti. Y con respecto a Leire, ¡qué me importa! Me pregunto si corre sangre por sus venas, es fría como el hielo excepto cuando se menciona a su hija, ni siquiera me tiene en cuenta. –Suelta una risa amarga—. Ni a mí ni a ningún otro.

*Consuelo de tontos.*

–Quizás tenga miedo a enamorarse y perder de nuevo –suspiro.

En ese momento aparecen Luis y Miguel acabando con el momento confesión. Froto mis brazos empezando a notar el fresco de la media noche y retrocedo al ver las intenciones de Luis de abrazarme. Él se para en seco visiblemente molesto.

Y me veo en la obligación de querer explicarme.

–Si os he dado la impresión de ser una fresca, no era mi intención y lo siento, en serio. Tampoco busco ni quiero pareja, novio o como queráis llamarlo. ¿Y ahora? ¿Podéis dejar de pensar en mí como una posible candidata sexual y ser solo amigos?

–No eres una candidata sexual –gruñe Miguel–, al menos para mí, tú vales mucho más que eso.

–No tengo buena experiencia con respecto a los hombres y menos con las relaciones. Me han molido emocionalmente y no estoy dispuesta a pasar por nada remotamente parecido. Os aseguro que podéis hacerme ver que sois los hombres más maravillosos del planeta y aún así, no sería capaz de confiar plenamente en ninguno de vosotros. –

52

Sonrío quitando seriedad al asunto—. Pero reconozco que en este pueblo, los hombres sois como el diablo tentando a Dios en el desierto.

Mi último comentario los divierte, Iker me guiña un ojo, Miguel curva sus labios y por el gesto sugerente de Lucas, adivino que está pensando en no tirar la toalla.

–No vamos a fastidiarla contigo Eider, eres como un soplo de aire fresco y nos gusta

tu compañía, pero..., en el futuro... cuando decidas dejar atrás a los hombres de tu pasado...

–Déjalo ya, Luis –le riñe Iker.

Cuando llego a mi apartamento después de rendirme y permitir que me acompañen hasta la misma puerta, me descalzo subiendo pesadamente las escaleras con los zapatos en mi mano izquierda, con la derecha me agarro a la barandilla de madera y me impulso hacia arriba. Me siento realmente cansada y no es solo por las cervezas. Hago una mueca soltando una risilla, en realidad Sheila me ha invitado a un par de tapones de tequila con sal y limón para celebrar mi llegada a Entrepinares y no es una bebida que tolere muy bien, me tumba a los pocos asaltos.

Me desplomo en el sofá revisando mi móvil. Con tanta novedad hoy, olvidé por completo que lo llevaba en el bolso. Tengo dos llamadas perdidas de Ángela y una de mi madre. Arqueo una ceja, ¿mi madre? Da igual. Ahora no puedo ni quiero pensar. Me desvisto quedándome en ropa interior sin importarme siquiera donde voy dejando la ropa a mi paso. En el baño, me desmaquillo, me lavo los dientes y por último me cepillo el pelo. Debo por un instante entre el sofá y la cama, y gana la cama. Subiendo las piernas al colchón después de hacer a un lado la sábana fina, me recuesto de lado ahuecando la almohada bajo mi cara, cierro los ojos que empiezan a escocerme y a los pocos minutos me duermo.

53

#### *Capítulo 4*

Los débiles rayos de sol del amanecer se cuelan por la ventana del salón arañando suavemente mis párpados. Guiño los ojos un par de veces y los abro. No sé cuanto tiempo tardaré en acostumbrarme a despertar en un sitio desconocido, o cuando se convertirá en familiar y conocido, o si nunca lo hará porque voy a marcharme cuando decida por fin que ese sitio no es para mí. No espera..., ya lo hice. Le pedí a Gabriel que me buscara sustituto.

Qué patética me veo ahora. Ni siquiera he aguantado un día en rajarme.

Sujetándome la cabeza me incorporo en la cama. La pasada noche no pensé que iba a levantarme con esta resaca, me pinchan las sienes y hasta el trino de los pájaros me molesta. Suspiro cerrando los ojos, tengo la sensación que voy a odiar todas y cada una de las horas de este día, sobre todo porque voy a tener que escuchar montones de

mugidos a la vez, resonando como un eco en mi cabeza. Dios, y tengo que soportar también los gruñidos de Gabriel, eso me molesta más que las vacas. Espero que mis tres amigos de fatigas se encuentren peor que yo por haberme animado a beberme esos tapones de tequila antes de mi última cerveza, me daría por satisfecha si los pollos les soltaran unos cuantos picotazos en mi honor.

Después de darme una larga ducha, me embadurno de protector solar y me enfundo unos vaqueros cortos con una camiseta beige de tirantes anchos, en los pies, mis deportivas blancas. Recuerdo el calor que pasé ayer en vaqueros largos y me alegro de haber metido un par de cortos en mi maleta cuando salí a toda prisa del apartamento que compartía con Sara. Irónico, también se ha quedado con mis cosas, ¿puedo ser más perdedora?

Joder, si que lo soy, ni siquiera le planté cara.

A menudo me pregunto por qué no siento la misma rabia hacia *él* y mi respuesta siempre es la misma, no me importaba lo suficiente como para causarme tanto daño, en cambio, mi hermana sí. Ella era mi amiga, mi confidente, siempre he arreglado su vida por muy desastrosa que fuera.

Apoyo las palmas de mis manos sobre el lavabo y aprieto los ojos. Si no tuviera un monumental dolor de cabeza gritaría hasta quedarme afónica.

54

Mas despejada, termino de arreglarme recogiendo mi pelo en una cola y me aplico brillo de labios, es hora de meter cafeína a mi organismo.

Husmeo en la nevera y pienso en cómo agradecerle a Marta el haberla aprovisionado. Ha pensado en todo, incluso en la leche condensada que me gusta ponerle de vez en cuando a mi café, como hoy que lo necesito extra dulce para contraatacar la resaca. No es que salga para tirar cohetes en esta humilde cafetera con jarra de cristal, pero puedo vivir con ello. O eso, o visitar el bar de Cinco o el restaurante Veracruz cuando me apetezca uno bueno.

Al dar el primer sorbo, ya sé que no me va a espabilar tanto como yo quisiera. Y encima, una indescriptible tensión está empezando a apoderarse de mi cuerpo por lo que me espera.

*¡Dios qué ganas tengo de salir corriendo!*

La melodía de mi móvil resuena en mis oídos como fuertes martillazos. Bufo. Va a ser

un día muyyyy largo. Lo atrapo entre mis manos y ojeo la pantalla.

Si pensaba que mi día no podía empeorar más, Rafael me informa que no puede acompañarme, su nieta se ha puesto enferma y va a quedarse en casa con ella. Me dejo caer en el taburete, arrojo el móvil en la isleta de madera de la cocina y hundo la cabeza entre mis brazos. Respiro hondo, una, dos, tres veces. El karma, esto es por pasarme anoche con la bebida, no cabe duda. Pero quedarme aquí sentada lamentándolo no va a solucionar nada.

Me levanto en un impulso. El trabajo es el trabajo. Y como me decía mi padre: si estás para las fiestas, para el trabajo también.

Esta mañana los toros están separados de las vacas tras un cercado de madera dentro del gran cercado. Respiro aliviada. De esta forma parece todo como más seguro.

Estaciono en el lugar destinado a las visitas, cerca de la oficina y salto de la camioneta llevando mi maletín en la mano. No hemos hablado de ello pero espero que las vacunas las tenga Gabriel en su poder, porque después de revisar la clínica dos veces, no las he encontrado por ningún sitio.

Como nadie sale a recibirme, me encamino a la oficina y tras llamar con los nudillos, paso dentro. Una Barbie pechugona con labios fucsias se levanta de la silla de su

55

escritorio nada más verme. Hace una mueca algo extraña arrugando su boca, creo que le hago la misma gracia que a su jefe. *¡Qué le vamos hacer, que se una a mi club de fans!*

Aunque también puedo presentarle a la desequilibrada de mi hermana, seguro que tendrían muchas cosas en común. De apariencia son muy parecidas.

–¿Puedo ayudarte? –pregunta recorriéndome de arriba abajo.

–Busco a Gabriel –respondo. Su cara se tensa, apoya el trasero lentamente sobre la encimera de caoba de la mesa y tamborilea sus largas uñas mientras me sigue estudiando descaradamente.

–¿Y se puede saber para qué lo buscas?

Se me ocurren montones de respuestas para fastidiarla pero me da que va a clavarme esas uñas de arpía en la yugular. Tiene cara de psicópata, en serio. Ahora que lo pienso, esta debe ser la famosa Lucía, acosadora de Gabriel, hija de Rafael.

–Soy la nueva veterinaria –informo. Voy a tener que colgarme un cartelito en mi camiseta, empiezo a cansarme de contestar siempre lo mismo.

–¿No podían haber elegido a un hombre? –espeta volviendo a contraer sus labios.

Como siga así, se le va a hacer una arruga, o al menos eso me decía mi abuela para que no me enfadara.

Le sonrío burlona. Es la segunda vez que escucho eso desde que llegué al pueblo.

Y como que me importa una mierda.

–¿Algún problema? –pregunta una voz profunda y masculina a mi espalda que no tardo ni un segundo en reconocer.

Me giro y lo veo. *Joder*. Lo que yo decía, un día muyyyy largo. Inspiro hondo y suelto el aire de golpe. Su gesto no es de bienvenida, *¡qué va, es de voy a estrangularte!* ¿Qué malo he hecho ahora? ¿Está prohibido entrar aquí? Tendrían que haberme dado un manual de instrucciones de este pueblo y del trato a su gente al bajar del tren. ¡No hay quien los entienda!

–Si es mal momento, volveré después –suelto esperanzada.

La tensión en la pequeña recepción puede cortarse con una navaja y yo no quiero estar aquí, tanta energía negativa no es buena para mi paz interior. Qué pena que no haya clases de yoga en Entrepinares, me vendrían de perlas. En la ciudad me volví adicta a ellas una temporada, lo hice para tranquilizar a mi fiera, la misma que quería tirarle de las greñas a mi hermana y arrastrarla por todo el apartamento.

–Llegas tarde –me acusa.

56

–¿Tarde? Son las nueve en punto y que yo recuerde no quedamos a ninguna hora –protesto.

Me agarra del brazo arrastrándome fuera de la oficina ante la mirada furiosa de Lucía. Yo forcejeo y me suelto.

–Eh, tranquilo, no sé qué mosca te ha picado pero no soy uno de tus animales –gruño.

–A mis animales los trato con respeto, en cambio a personas que no se lo merecen ni me molesto –dice apretando la mandíbula.

–Y deduzco que yo soy una de ellas.

No me contesta y cambio de tema.

–En la ciudad no abríamos la clínica hasta las diez, salvo urgencias, claro.

–No estás en la ciudad, estás en un pueblo ganadero donde es imprescindible el cuidado temprano del ganado, sin excepciones. Pero claro, ¿cómo ibas llegar antes?

Noto sarcasmo en su voz y sigo sin explicarme su enfado. ¿De verdad se toma tan en serio su trabajo? Ahora me siento una tonta. Evidentemente él lleva razón, en los ranchos se empieza muy temprano. Debí haberlo pensado antes.

Mi dolor de cabeza se está intensificando aún después del ibuprofeno, instintivamente me masajeo una sien.

—¿Resaca, Eider? —me acusa apretando la mandíbula.

*Mierda, lo sabe.*

Tendría que haber imaginado que en un pueblo tan pequeño las noticias corren a la velocidad de la luz. Ahora me pregunto qué es lo que sabe exactamente. Su mirada me está poniendo nerviosa.

Pero da igual, no pienso entrar en eso.

—¿No tenías prisa? —suelto indiferente. No tengo ni idea por donde empezar pero aún así me giro hacia el cercado de madera.

— ¿Dónde crees que vas?

—A trabajar ¿y tú? ¿Piensas dejar de ser tan borde y decirme por dónde empiezo?

—¿Crees que es adecuado tu atuendo de trabajo? —bufa—. Apareces en un rancho lleno de trabajadores, todo hombres, en pantalón semi corto. ¿Te gusta ser el centro de atención? ¿Te gusta que babeen por ti?

Me paralizó, si me pinchan no sangro, ¿de verdad ha dicho toda esa mierda? Cierro los ojos, inspiro, cuento hasta tres. *Tranquila Eider*. Solo llevas dos días aquí, no puedes acabar tan pronto en comisaría por agresión. Suelto muy despacio el aire de mis pulmones, me giro aguantando el puñetazo que quiero pegarle en la puta cara.

57

—Mira chulo arrogante hijo de... —Vuelvo a inspirar y suelto el aire tratando de tranquilizar a mi fiera—. Debo parecerte idiota si piensas que voy a pasarte por alto la sarta de estupideces que has soltando por tu boca. ¡Me importa una mierda lo que pienses de mí! ¡Te lo advertí! ¿Recuerdas? Te pedí que contrataras a alguien en mi lugar, así que hazlo cuanto antes, porque la que no va a soportar una más de tus frasecitas neandertales soy yo. Crece Gabriel, en esta época, las mujeres también quieren ir cómodas, no nos gusta achicharrarnos por el calor—. Miro a lo lejos y veo a uno de sus trabajadores enseñando su torso y me da más munición para atacarlo—. Tus hombres van sin camiseta ¿Lo hacen para distraer a las mujeres de por aquí? Creo haber

visto un par de ellas en tu oficina...

Lo escucho soplar fuerte.

–¿Has terminado? –gruñe y vuelve a agarrarme del brazo, esta vez sin arrastrarme.

No me replica y eso me confunde. Por el contrario creo que he visto aparecer en sus ojos una chispa de diversión. Este hombre desvaría—. Las vacunas están en la cámara de la nave del fondo, vamos.

–Se me ha olvidado el capote –murmuro mientras lo sigo y los labios de Gabriel se arquean ligeramente, ¡está conteniendo una sonrisa!

–¡Eider! –oigo que me llama un muchacho junto a una especie de cajón de madera donde mantienen a una vaca inmovilizada. Lo conozco, Luis me lo presentó anoche y me ruborizo porque no recuerdo gran cosa de lo que hablamos. De lo que si me acuerdo es de que estaba en la lista de los buenos.

–Hola –lo saludo tratando de recordar su nombre. Nada. Para colmo Gabriel nos está fulminando con la mirada a los dos.

–¿Os conocéis? –pregunta tenso.

Antes de que yo pueda abrir la boca, el muchacho se me adelanta.

–Sí, nos conocimos la pasada noche en el bar de Cinco. Ella estaba con los Sánchez y Luis me la presentó.

*¡Que chivato! Cuéntale también las cervezas y los tapones que bebí. Ufff hombres.*

–Con los Sánchez... los tres... –murmura fríamente antes de adentrarse en la nave. Debe correr el rumor de que me lo hice con los tres, estoy segura. Me imagino sus comentarios, *“una chica experimentada de ciudad, claro, ella está acostumbrada a los tríos y esas cosas”*.

–¿He dicho algo malo?

58

–¡Qué va! No te preocupes, es que a tu jefe no le caigo muy bien, y si a eso le añadimos que tiene un carácter de mil demonios, pues ese es el resultado, ¿no crees?

–Es un buen jefe. La mayoría del tiempo trabaja como los demás. Es normal verlo arreglando el cercado, abasteciendo al ganado, incluso atiende él mismo los partos de las vacas y después se ocupa de los terneros. No como su hermano que jamás lo hemos visto mancharse las manos. Gabriel tiene a sus espaldas la responsabilidad de muchas familias que dependen del rancho.

Sí, muy trabajador, eso lo he oído unas cuantas veces ya... Pero desde el principio ha sido un borde conmigo sin conocerme. Y eso no es justo.

–Ahí viene –digo cuando lo veo aparecer de nuevo con una nevera en las manos, las vacunas.

–¿Empezamos? –pregunta evadiendo mis ojos.

Tendré que acostumbrarme.

Después de inyectar vacunas subcutáneas en la tabla del cuello en más de un centenar de vacas, me siento exhausta y hambrienta. Como me había informado Hugo, (así se llama el muchacho) Gabriel es increíblemente trabajador, prácticamente se ha ocupado de todo dándome una vista increíble de su musculoso cuerpo en vaqueros y camiseta blanca mientras revoloteaba de acá para allá atrayendo a las vacas. Tengo que reconocer que si tuviera un carácter simpático, sería el hombre perfecto. En un par de ocasiones ha hecho el amago de coger el dobladillo de su camiseta deseando sacársela, pero cada una de las veces, me ha mirado dejando el dobladillo de nuevo en su sitio.

Apenas me ha dirigido la palabra a no ser para hablar de trabajo, en varias ocasiones he visto cómo recorría interesado mi cuerpo deteniéndose en mi escote y en mis piernas desnudas, pero solo por unos segundos porque al instante volvía a cubrirlo el velo de la frialdad.

–Hemos terminado por hoy –anuncia. Asiento y recojo mis utensilios colocándolos cuidadosamente en el maletín.

De lejos veo acercándose a Daniel y me tenso. A ver como voy a salir esta vez del paso. Viene directo hacia mí. Gabriel se queda rezagado hablando con uno de sus trabajadores.

–Perdona que no te echara una mano, he estado muy ocupado con el papeleo y eso. Ya, papeleo. Como que iba a pringarse con el caro traje de Armani que lleva puesto.

59

Este a mí no me engaña.

–De todas formas no era necesario, Gabriel se ha ocupado de todo, hasta yo he sido casi prescindible.

–El bueno de Gabriel –murmura fríamente solo para mí. Después, en un menos de un segundo su cara cambia–. Me preguntaba si querrías venir a... –el timbre de mi móvil comienza a sonar y para mí es como mi tabla de salvación. Es perfecto. Le hago una

seña con la mano para que espere y le doy la espalda.

Es mi madre otra vez. No se si prefiero antes escuchar la proposición de Daniel. El dolor de mi cabeza desaparecido por unas horas vuelve con más intensidad y cierro fuerte los ojos que empiezan a nublarse. Suena y suena en mi mano hasta que por fin respondo.

–¿Mamá?

–Eider cariño, ¿dónde te metes? ¡No contestas mis llamadas!

–Lo siento, he estado muy ocupada cambiando de trabajo.

–¿Qué ha pasado con el anterior?

*El anterior... si ella supiera.* Espera que se entere que estoy a cientos de kilómetros de casa y verás. Pero no voy a decírselo, no puedo, al menos por ahora. No permito que Sara lo sepa.

–Ya te contaré, es una historia un poco larga y ahora no puedo, estoy trabajando. ¿Te llamo después?

–Espera, es solo un momento –suspira al otro lado de la linea– ¿Has hablado con Sara? Me contó que ya no vives con ella, que prefieres a tu amiga Valeria. Y que tampoco coges sus llamadas ¿Qué te está pasando Eider? ¿No estarás metida en cosas raras verdad?

–Mamá, no estoy metida en nada raro de verdad, pero ahora no es un buen momento... –murmuro.

–Mira Eider, soy tu madre y a mí no puedes engañarme. Sé que hay algo, pero ya que insistes en alejarnos a tu hermana y a mí, tendré que contártelo.

¿Contarme qué? Ahora empiezo a ponerme nerviosa. ¿Estará mi madre enferma? ¿O Sara?

–Va a casarse con David.

Por un momento dudo en si he escuchado lo que creo que he escuchado... Contengo el aliento unos segundos, tantos que creo que empiezo a notar la falta de aire...

¿¿¿Qué???

60

Mis piernas empiezan a temblar, se están volviendo inestables a cada décima de segundo que pasa. Por segunda vez en dos días, apoyo los brazos y mi frente sobre la vaya de madera del cercado. Esto no puede estar pasando. El calor que sentía hace unos minutos se ha evaporado reemplazado por el frío gélido de la locura que amenaza con explotar en mi cabeza. Cojo aire repetidas veces.

Sara va a casarse con David.

–Eider cariño, ¿estas ahí? ¿Es él la razón de que dejaras el apartamento? Sé que fue tu novio en el pasado, pero Sara insiste en que lo vuestro terminó mucho antes de que decidieran salir juntos. No debes guardarle rencor por eso, es tu hermana y sabes que te quiere muchísimo. Y en estos momentos tan felices para ella debes estar a su lado, te necesita...

Me quiere muchísimo..., me necesita... *Farsante*.

–¿Te encuentras bien? –susurra Daniel cerca de mi oído.

Asiento silenciosamente y vuelvo con mi madre.

–No es por él... De hecho... ¡David puede pudrirse en los confines del infierno! –estallo sin poder evitarlo. Es liberador y no me arrepiento.

–¡No puedes hablar así del prometido de tu hermana! –chilla enfadada.

–¡Que no puedo! Créeme que sí. Es embustero, rastrero, cerdo, la peor de las ratas...

–¡Eider! –chilla de nuevo.

–¡No pienso ir a esa boda! –aseguro. La sangre empieza a hervir en mis venas, noto calentarse mis mejillas. Con la mano libre me aferro fuerte a la valla.

–¡Es tu hermana! –exclama.

Mi hermana, mi hermana... La que me engañó como mi peor enemiga, la que se acostaba con mi novio y luego me sonreía en el desayuno. La novia caprichosa por la que me despidió mi jefe, la que me confesó que no podía verme feliz mientras ella no lo fuera, y que por eso se las ingenió para quitármelo todo. Una hermana que sé que no lo es, porque vi mi parte de adopción en la caja fuerte que mi padre tenía alquilada en el banco. Nadie sabe que lo sé excepto él. Quiso que lo supiera antes de divorciarse de mi

madre por alguna razón que no me contó y sigo sin saber después de tanto tiempo.

–Por favor –suplico notando como empieza a formarse un nudo en mi garganta.

Lágrimas de impotencia resbalan por mi cara–. No insistas. –No puedo contarle la clase de serpiente que tiene por hija, no puede enterarse que comete los mismos errores que su exmarido por el que sufrió tantos años.

61

–Esto no se queda así Eider, necesito una explicación convincente y tarde o temprano vas a dármele. Y te quiero en esa boda, en tres meses –finaliza y me cuelga.

Tengo dos hombres a mi espalda que estarán preguntándose la clase de persona que soy por hablarle así a mi madre. Suspiro guardando el móvil en el bolsillo trasero de mis vaqueros, me limpio las mejillas con el dorso de la mano y entonces me giro para ver dos caras interrogantes. Daniel, confuso, está parado con las manos en los bolsillos y Gabriel cruzado de brazos con enfado extra.

–Tengo que irme –logro decir recogiendo mi maletín que dejé apoyado al cercado.

–Sí, será lo mejor –murmura Gabriel y por alguna razón su desaprobación me afecta más de lo que quiero admitir. Incrementa la ansiedad que está creciendo en mí desde que mi madre me ha soltado la bomba.

Avanzo decidida hacia la Chevrolet.

–Eh... quería invitarte a comer –dice Daniel alzando la voz. Me detengo y no me hace falta pensar la respuesta, mis labios prácticamente la escupen.

–No puedo, lo siento. –Ahora mismo ni yo misma me aguanto. Reanudo mi camino hasta deslizarme en el asiento de la camioneta agradecida por su inexistente réplica. Arranco sin mirarlos y salgo a toda prisa de allí.

Estoy híper ventilando mientras conduzco y me obligo a misma a calmarme. No debería de dolerme tanto, pero lo hace. Y no es por David, de eso estoy segura... Es... *Joder Sara, ¿como pudiste? ¡Y cómo sigues retorciéndome el puñal!*

Me hago a un lado en el arcén porque ya no soy capaz de ver la carretera con los lagrimones que están bañándome la cara. ¿Cuánto tiempo más seguiré afectándome? Ni siquiera a cientos de kilómetros puedo deshacerme de ella. Siempre encuentra la forma, por muy retorcida que sea de hacerme daño.

Y yo sigo permitiéndoselo. Dime como le explico a mi destino que no quiero que esté allí.

Saco un pañuelo de papel de mi bandolera y me seco las lágrimas. Respiro hondo varias veces hasta que creo que ya estoy recompuesta. Arranco de nuevo el motor. Necesito una cara amiga, pero a la vez que no me conozca, que no sepa nada de mí, ni se pare a juzgarme como juraría estaba haciendo hace unos minutos Gabriel.

62

### *Capítulo 5*

En el momento que traspaso la puerta del restaurante Veracruz, me topo directamente con Claudia. Su sonrisa espontánea me dice que se alegra de verme y yo se la devuelvo aunque intuyo que la mía no es muy convincente.

–Bienvenida Eider –dice.

–Hola Claudia. Te confieso que tengo un pequeño problema –hago una pequeña pausa mientras me muerdo el labio–, son las tres de la tarde, acabo de terminar de vacunar a montones de vacas y no me apetece llegar a casa y ponerme a cocinar.

¿Alguna sugerencia? –Intento que mi sonrisa finalmente se vea sincera. Creo que lo consigo.

Claudia suelta una risilla y asiente.

–Has venido al mejor lugar indicado para eso. Acompáñame. Hoy no eres la única con ese problema...

La sigo y conforme voy adentrándome al comedor escucho unas risas masculinas que me resultan familiares. Ay, no...Y entonces los veo, a mis tres mosqueteros sentados cerca de la ventana, en vaqueros y camisetas similares básicas de manga corta pero en diferentes colores. Y mi subconsciente me está gritando a voces que lo último que necesito ahora son más problemas. Pero en el mismo instante que veo sus caras de júbilo al verme, lo ignoro totalmente.

–¡Pero si es nuestra chica! ¡Y se nos ha puesto coloradita del sol! –exclama Luis dando un salto de su silla, los demás se levantan igual de entusiasmados al verme. Y descubro que yo también me alegro de verlos, ellos son lo más parecido a unos amigos que tengo aquí.

¿Coloradita? Debo parecer una gamba y ni me he dado cuenta con el disgusto. Con la mañana que llevo a pleno sol, ni protector ni nada.

–Siéntate con nosotros –sugiere Miguel.

En ese momento toda la basura que tenía en mi cabeza y el nudo que se había alojado

en mi estómago parecen disiparse. Y esta vez dibujo una enorme sonrisa con ganas.

–Tenía entendido que vuestra madre es una excelente cocinera –digo mirando de uno a otro sus caras de... no sé definir si de arrepentimiento o de niños que acaban de cometer una trastada.

–Y lo es, solo que cuando no está enfadada y hoy está que muerde –confiesa Iker.

63

–¿Enfadada? –pregunto tomando asiento entre Iker y Miguel, frente a Luis.

–Digamos que hemos llegado algo tarde al trabajo hoy, ya sabes...

–Ya, los tapones de tequila. –Suelto una carcajada–. A mí me ha pasado algo parecido. –Y recuerdo la cara de Gabriel nada más verme esta mañana.

–Lo malo es que el castigo no es solo por hoy, va a durar una semana. Ni desayuno, ni comida, ni cena –lloriquea Luis.

–No es que yo me alegre, pero a mi me viene fenomenal –dice Claudia cuando aparece, ofreciéndome la carta.

Los tres la miran con cara de pocos amigos y a Claudia le divierte. Me guiña un ojo. Como no tengo problemas con la comida, le pido que me sorprenda como la vez anterior. Ella asiente antes de irse.

–Prueba esto –Miguel me ofrece una tabla de embutidos, Luis me alcanza un trozo de pan de pueblo, e Iker llena una copa de cerveza para mí. Suelo beber agua con las comidas pero hoy voy a hacer la excepción, necesito relajarme.

–Y..., ¿has estado trabajando en el rancho con –ejem–, esos pantalones? –murmura molesto.

–¡Dios, me recuerdas a Gabriel! ¿Pero qué os pasa a los hombres de este pueblo? ¿Las mujeres aquí no los usan?

–Sí, si que lo hacen pero... –traga saliva–, tú eres nuestra chica y... en el rancho hay demasiados trabajadores deseosos de hincarle el diente a una bonita chica de ciudad –dice Luis en voz baja.

–¡Si escucho algún comentario más sobre mis pantalones, me largo! –amenazo y va en serio. Retrógrados. Me hacen sentirme como si me paseara en ropa interior.

–Está bien, nada de pantalones –asegura Miguel y los demás asienten.

Pasamos la siguiente media hora riendo y charlando sobre mi día en el rancho. Les cuento que una vaca le ha estornudado a Hugo en la cara, que otra, de un empujón a

mandado mí trasero al suelo, (creo que esa es la primera vez que he visto reír a Gabriel, y qué guapo estaba). La jeringuilla ha salido volando por los aires y llevo un pequeño rasguño en el codo que él me ha curado amablemente y con delicadeza. En ese momento he pensado que no era tan ogro después de todo, que tenía un lado tierno. Pero como todo lo bueno siempre se acaba, ha vuelto a ser impenetrable en cuanto ha terminado.

–Estoy lleno –dice Luis.

64

–Como yo, pero no puedo resistirme al postre, es una de mis debilidades junto con el buen café. –Claudia acaba de traerme un helado de turrón y estoy dando buena cuenta de él.

–Entonces te va a encantar comer en nuestra casa, los mejores postres los hace nuestra madre. Lo que quieras. Todo lo que puedas imaginarte. Tarta de manzana, de queso, pastel de tres chocolates, selva negra, buñuelos, bizcocho de zanahoria, de chocolate, de nata...

Agrando los ojos.

–Ya, lo he pillado, pero después de lo de anoche no creo que sea bien recibida en vuestra casa. A estas alturas vuestra madre ya debe saber que estaba con vosotros. Incluso me tache de mala influencia.

–Tienes razón, lo sabe, ese es el motivo principal de nuestro castigo. Pero nada de mala influencia, al contrario. Cree que no te tratamos como te merecías, nos ha sermoneado extensamente por querer corromper a una buena chica. Para ella no hay duda que somos los culpables de que tú acabaras un poco... ya sabes... tambaleante – explica Iker.

Detengo la cucharilla a medio camino de la boca, mis ojos abiertos como platos.

Suelto la cucharilla y me tapo la cara.

–Qué vergüenza –murmuro asomando los ojos entre mis dedos. Descubro que los muy cretinos se están riendo de lo lindo a mi costa.

En un gesto juguetón Miguel me rodea con su brazo.

–No te preocupes, no es tan malo como crees.

–¡Que no es tan malo! Llevo solo tres días aquí y mi reputación ya está por los suelos. Además de hacérmelo la pasada noche con tres a la vez, ahora también piensan

que soy una borracha.

–¿Con los tres? Ese rumor no lo he escuchado todavía –dice Iker soltando una carcajada.

–Sí, creo que Gabriel lo piensa –digo y me escondo de nuevo tras mis manos. Soy la comidilla del pueblo entero, he desbancado a Sergio y sus cinco segundos–. ¡Y dejad de reiros, esto es por vuestra culpa! –protesto.

–Hablando del rey de roma... –comienza Luis

–Por la puerta asoma –acaba Miguel. Y noto como su cuerpo se tensa a mi lado pero no me suelta.

65

*Ay Dios, que no sea él.* Vuelvo a asomarme entre la cortina de mis dedos y lo veo en la barra. Sus labios son una dura e inflexible línea y sus ojos no abandonan ni un segundo el brazo de Miguel sobre mí. Después de mantener unas palabras con su prima Claudia, se aventura hacia nuestra mesa. *Joder, joder, joder.*

–Señorita Silva... –dice secamente. Ya ni siquiera me llama por mi nombre, debe odiarme hasta la saciedad–. Veo a qué venía tanta prisa.

Coloco nerviosamente las palmas de las manos sobre mis muslos desnudos y noto la piel erizada. Mi lengua ha decidido no moverse. Estoy muda.

–Gabriel –saluda Iker. Sus hermanos solo hacen un gesto con la cabeza.

–Gabriel, menos mal que has llegado, llevo esperando a tu hermano más de una hora, debe haberse olvidado que tenía que llevarme al rancho –dice la voz apresurada de Marta atravesando el comedor hasta nosotros. Sonríe abiertamente al fijarse en mí–. Hola Eider, mi hija Claudia me ha dicho que estabas aquí. Y por lo que veo muy bien acompañada. –Sonríe amablemente.

El ambiente puede cortarse con el filo de un cuchillo si te fijas en la cara amenazante que Gabriel está imponiendo a mis amigos. Estos tampoco es que se queden cortos a la hora de mirarlo a él. No, de eso nada, a estos tres no los achanta nadie, ni siquiera el prepotente dueño de medio pueblo.

–Tengo prisa tía, ¿nos vamos? –apremia Gabriel con voz fría y dura.

–Tú y tus prisas –lo regaña Marta y luego se centra en mí–. Deberías venir al rancho a cenar un día de estos. Seguro que al acabar tu jornada te sientes un poco sola aquí.

–¿Sola? –El tono irónico de Gabriel tensa mi cuerpo, lo está malinterpretando todo.

Tampoco me sorprende... Pero sí tengo ganas de gritarle que no sea tan antiguo y que las mujeres podemos tener amigos. Si no le replico es por respeto a Marta. Quizás en otra ocasión.

–¿Nos vamos? –insiste girándose y avanzando solo hacia la puerta.

–Espero que me la estéis cuidando bien, muchachos –advierte Marta a mis tres mosqueteros.

–Descuide Marta, de eso no le quepa duda, está en las mejores manos –dice Luis. El brazo de Miguel sigue sobre mi hombro, acabo de darme cuenta. Me remuevo incómoda y lo aparta por fin.

–Gracias por la invitación, lo tendré en cuenta –digo a Marta antes de que siga a su sobrino.

66

Gabriel ya ha salido al exterior. Respiro aliviada. ¿Por qué me afecta tanto lo que piense de mí?

Cuando termino mi helado ya me siento mejor, nada como el dulce para apaciguar el alma herida. La noche que encontré a Sara en mi cama con David me tragué yo sola un bote de un kilo de helado de nata con caramelo, mi favorito. Me costó estar los dos días siguientes con gastroenteritis, pero valió la pena. Reemplacé el dolor de mi corazón por el de mi estómago.

–¿Nos vemos de nuevo esta noche en lo de Cinco? –pregunta Luis.

Ruedo los ojos.

–Creo que voy a dejar que se acallen los rumores, quizás el fin de semana. –Digamos que hoy sería capaz de beberme las existencias de tequila del bar y no puedo permitir que mis inestables emociones vuelvan a tumbarme. Intento ser más fuerte que ellas.

–Volvamos al trabajo entonces –dice Miguel sonando resignado.

Decidida a que nada me deprima nuevamente, me deslizo en el asiento de mi –de momento– camioneta, tomando rumbo al pueblo de al lado mientras se hace la hora de abrir la clínica. Necesito algo de ropa y un portátil urgentemente. Subo el volumen de la radio y mi cuerpo cobra vida al ritmo de *Shawn Mendes*. Me contoneo dando pequeños golpecitos al volante, canto a plena voz hasta que mi garganta me da un toque de atención cesando abruptamente el despliegue inútil de talento. Exhalo. Soy Consciente de que lo hago para no romper a llorar, como también lo soy que desperdicié dos años

de mi vida con alguien a quién ahora estoy segura no amaba. Y por ello, siento rabia, detesto cada minuto que pasé entre sus brazos, me asquea imaginarme como se escabullía de mi cama en plena noche para follarse a mi hermana en la habitación de al lado. ¿Cómo fui tan estúpida? ¿Cómo estuve tan ciega?

Apenas sin darme cuenta, atravieso el cartel del pueblo vecino y nada más entrar compruebo la diferencia. ¡Un centro comercial! Dios, si estoy repentinamente emocionada y todo, con lo que me gusta ir de tiendas. Aunque no es muy grande, imagino que tendrá de todo, o eso espero. Sobre todo, lo más importante que he venido a buscar. Envidio a Rafael por tenerlo todo tan bien organizado sin un ordenador, pero yo soy presa de las nuevas tecnologías, qué le voy a hacer.

67

Estaciono en el parking exterior y antes de salir del coche, suelto mi cabello dándome un pequeño masaje en la parte superior de la cabeza. Trato de peinarlo lo mejor que puedo con los dedos y cuando advierto en el espejo retrovisor que estoy presentable además de colorada por el sol, fluyo decidida al interior dedicando un último vistazo a mi reflejo en los cristales de la entrada.

Bordeo las diferentes tiendas que componen el centro hasta que doy con la que busco. Una vez que estoy dentro, un sonriente dependiente se acerca a mí ofreciéndome su ayuda, algo que si te soy sincera, odio cada vez que voy de compras. Prefiero pedirla si la necesito. Le devuelvo la sonrisa despachándolo hasta nuevo aviso y me dedico a inspeccionarlo todo. Después de media hora viendo precios, comparando, leyendo descripciones..., me decido por un portátil de diecisiete pulgadas que trae un maletín negro de regalo. Suspiro para mis adentros entrecerrando los ojos cuando me planto en la caja. Voy a tener que pagarlo a plazos. Mi economía no está muy boyante en este momento y no tengo otra opción si quiero modernizar los registros de la clínica.

–¿Qué crees que estás haciendo?

Me congelo abriendo los ojos como platos, mi pulso se acelera al triple de su ritmo normal al escuchar esa voz a mi espalda. Lentamente me giro, su tono molesto constante empieza a ponerme furiosa y no puedo evitar plantarle cara.

–Hola de nuevo a ti también. ¿Tengo prohibido salir de compras o algo así? ¿O es que tengo que pedir permiso al alcalde de Entrepinares para pisar el pueblo vecino? Ah, no espera, seguro que tú también eres el alcalde... –digo entre cabreada y divertida. Sí,

es difícil imaginar estar en los dos estados a la vez, pero yo lo estoy.

No me contesta a eso. Está rígido y noto como se hincha la vena de su cuello.

Traga saliva mientras me mira fijamente a los ojos. Aguanta unos segundos en silencio.

–El portátil, ¿por qué lo compras? –pregunta. Su tono se ha suavizado notablemente.

–Lo necesito tanto personal, como laboralmente –respondo y ni siquiera se por qué me molesto en hacerlo. No le debo ninguna explicación, con mi dinero hago lo que me da la gana.

–No eres tú quien debe ocuparse de proveer a la clínica con uno, yo me haré cargo.

Me lo arrebató de las manos dejándome ahí plantada y con la boca abierta. ¿Pero qué se ha creído? No soy uno de sus peones para darme órdenes o imponérmelas. Bufo siguiendo sus pasos hasta que lo alcanzo, agarro su brazo y tenso, se detiene.

–Tú no me conoces por las malas, Gabriel –adviento apretando los dientes.

68

–Tú a mí tampoco, Eider, y créeme que vas a conocer mi peor parte como sigas sacándome de mis casillas –me desafía apretando él también la mandíbula.

–Devuélvemelo –le ordeno y él se gira haciendo caso omiso–. ¡Gabriel! –chillo pero no se detiene hasta que no deposita de nuevo el portátil en el estante de donde lo he cogido. La sangre empieza a hervirme en las venas, estoy que hecho humo. ¡Dios, si no fuera una señorita le patearía el trasero!

¡Espera! ¿Y quién ha dicho que lo soy?

–Hay mejores que ese –gruñe.

–Lo sé, –gruño yo también– pero ese es el que puedo permitirme. –Alzo mi brazo para cogerlo de vuelta pero él me detiene agarrando mi mano. No sé lo que se siente cuando te da la corriente, pero debe ser muy parecido a esto. Me suelto de un tirón. Su pecho se eleva en una respiración profunda antes de acercarse a mi oído.

–¿Te gusta desafiarme, Eider?

Me estremezco al notar su aliento en mi oreja y noto como mi cuerpo entero se eriza de repente. Sacudo la cabeza tratando de despejarla. Creo que lo consigo.

–¿Ahora soy Eider? Hace un rato era señorita Silva.

–Hace un rato estabas rodeada de tíos que te comían con los ojos. –Respira hondo–.

Y no me extraña –murmura deteniéndose en mi escote más de lo necesario.

Mis mejillas se calientan en un instante.

–¡No voy a volver a discutir contigo sobre mi vestuario!

–¡Pues no vuelvas a usarlo!

–Ni lo sueñes. –Me cruzo de brazos arrugando los labios.

Un brillo intenso asoma en sus ojos y sé que estoy siendo un gran desafío para él, no está acostumbrado a que pasen por alto su autoridad y quiere doblegarme. Conmigo se equivoca. Ha topado con la mujer más testaruda que pueda imaginarse.

Soy Eider Silva. A mi no me doblega nadie. Y menos un hombre.

Desviando por fin sus ojos de mí, vuelve su atención a la exposición de portátiles.

Se detiene justo en el que yo he pasado por alto al ver el desorbitado precio.

–¿Estás de broma no? –pregunto. Durante un solo momento sus ojos tocan de nuevo los míos, me agito automáticamente. Otra vez.

–¿Te parece que bromeo? –responde con otra pregunta mientras agarra uno empaquetado de la estantería y lo coloca bajo su brazo—. La clínica la cedió mi padre y yo tengo la obligación de aprovisionarla con todo lo necesario. Y esto es necesario para ti, así que no discutas.

69

–¿Tenías que elegir el más caro?

–Yo siempre elijo lo mejor –dice guiñándome un ojo. Después me rodea encaminándose a la caja.

Parpadeo tres veces. Sigo plantada en el sitio como una maceta. ¿Acaba de guiñarme un ojo? Sacudo la cabeza, ¿*en serio*? Sujeto un mechón de pelo detrás de mi oreja revelando dos pequeños aros de plata y un pequeño diamante, exhalo. No puedo detenerme, sigo sus pasos colocándome pegada a su espalda, tanto que noto el calor que desprende su cuerpo. Me erizo. Él se tensa a mi lado mientras desliza su tarjeta en el lector y teclea rápidamente el pin.

–Esto no se va a quedar así –le susurro cerca de su oído, tanto como mi estatura en zapatillas de deporte me lo permite. Podría envolverme en sus brazos y nadie advertiría mi presencia. Ruedo los ojos. *Eider...*

Como sé que no puede verme, aprovecho para devorarlo con los ojos, sobre todo a su perfecto trasero sexy enfundado en vaqueros desgastados que me muero por apretujar entre mis manos.

Aprieto los puños.

*Se me está pegando la rareza de los habitantes del pueblo.* Sacudo la cabeza arrojando fuera esos pensamientos, o al menos lo intento.

*Eider para.*

Él me regala una deslumbrante sonrisa cuando acaba y recoge el ticket.

Definitivamente le encanta salirse con la suya, tanto como a mí ver cómo lo hace.

Nunca pensé que diría esto, pero mi pecho se ha hinchado en el momento en que he visto cómo su sonrisa se dirigía hacia mí.

Y me regaño mentalmente por ello. Mucho.

Una vez que estamos fuera, Gabriel va directo hacia mi camioneta como si supiera exactamente el sitio exacto donde la he estacionado. Al llegar, descubro por qué. Su todo terreno negro está justo al lado. Sí, tiene un todoterreno. Resulta que el Audi reluciente con el que me recogió en la estación, es de su hermano. Me enteré por un trabajador cuando vacuné a sus vacas.

Lo pienso un instante y un luminoso acaba por encenderse en mi cabeza, ¿estaba siguiéndome? Quiero pensar que no, definitivamente no lo creo. ¿Por qué hacerlo? Le abro la puerta del copiloto y suavemente coloca el paquete en el asiento.

70

–Esta tarde a última hora me pasaré a instalarte algunos programas –me informa indiferente antes de endurecer el tono–. Eso claro está, si no tienes nada mejor que hacer con tus... amigos.

–Estabas tardando en mencionarlos –murmuro. Siento la necesidad de explicarme, quiero que aleje esa mala imagen de mujer fatal que tiene de mí–. No sé lo que te habrán contado pero no es cierto. La pasada noche solo me tomé unas copas con ellos, charlamos, me presentaron a otras personas del pueblo y echamos una partida al fútbolín. Después de eso me acompañaron al apartamento, nada más.

–No recuerdo haberte pedido ninguna explicación. Si estás con uno de ellos o con los tres, a mí no me importa mientras no interfiera en tu trabajo –dice desviando la mirada hacia su bolsillo donde disimula buscando el mando del coche.

Que me confiese abiertamente que no le importa una mierda, me irrita, ¿pero a quién quiero engañar? ¿Por qué iba a importarle? ¿Y por qué me importa a mí que no le importe?

Me desinflo como un globo al que acaban de pinchar y sin replicarle rodeo la camioneta y me deslizo dentro.

Adiós a la ropa que pensaba comprarme.

–No hace falta, sé que andas muy ocupado, yo lo solucionaré –informo enfadada después de bajar la ventanilla. Veo como frunce el ceño y arranco antes de que pueda pronunciarse.

¿Dónde queda mi famosa señal luminosa de peligro?

No hay quien me entienda.

71

## Capítulo 6

Siento el impulso de salir corriendo y me agarro fuerte al mostrador para no hacerlo. Sabía que tarde o temprano esto podía pasarme, ¿era tan ilusa de dudarlo? Siempre hay alguien en alguna parte con una de estas paseando tranquila por casa. *Dios, parezco un palo rígido.* Trago saliva. La sangre no parece llegarme al cerebro. Gotas de sudor fría resbalan por mi espalda hasta perderse en la cinturilla de mis vaqueros, voy a entrar en pánico en cualquier momento, lo noto. Por desgracia ya me ha pasado antes.

Tengo que diagnosticarla y para eso tengo que tocarla. *¡Tengo que tocarla!*

*Joder, ¿por qué me persiguen estos bichos?*

–Es la primera vez que rechaza la comida en cinco años, no sé que le está pasando – me informa Daniel en tono preocupado mientras su amiguita pitón de metro y medio se le enrosca en el brazo.

¡Qué casualidad que precisamente él tenga una! Instintivamente me abrocho hasta el último botón de mi bata blanca taladrando con la mirada la manivela de la puerta de la sala de diagnóstico de la clínica.

–Yo la veo estupenda, lo más probable es que se esté alimentando de pequeños roedores que tengas por casa y no te has dado cuenta, ¿hechas en falta al gato?

Daniel suelta una carcajada.

A mi no me hace ni chispa de gracia.

–En casa no tenemos gato, nos gustan más los perros. Y antes de que lo preguntes, no, no nos falta ninguno. Eider, la pitón no se pasea por casa buscando alimento, la tengo en el terrario.

Qué bien, ahora sí que es definitivo, tengo que tocarla. Me aclaro la garganta.

No se si felicitarme por estar todavía en pie.

–Um... ¿Por qué cuando necesitas que suene el móvil no lo hace? Ahora mismo sería capaz hasta de hablar con mi hermana—. ¿Podrías de algún modo colocarla en la mesa? –indico incómoda mientras obligo a mis pies a moverse. Me coloco unos guantes respirando hondo en todo momento, creo que ahora es el momento de desmayarme.

Demasiado despacio me acerco a la mesa de acero, el bicho me está mirando ¡*Oh dios!*

–¿Eider? –la voz de Gabriel llega a mis oídos desde recepción aliviando momentáneamente mi agonía. Nunca me había alegrado tanto de ser interrumpida. Y

72

encima adoro que sea Gabriel. Me disculpo rápidamente con Daniel y salgo en su busca.

Cuando llego me apoyo en el mostrador sin poder evitarlo, cierro los ojos y respiro hondo repetidas veces mientras me desprendo de los guantes azules de látex.

–¿Te encuentras bien? –pregunta Gabriel y por fin logro abrir los ojos.

Niego con la cabeza. Estoy sin aliento.

Él parece preocupado y se acerca colocando su mano en mi frente.

–Estás fría y tu cara está pálida –expresa ansioso levantando la vista a algo detrás de mí—. ¿Daniel? –lo llama extrañado.

–¿Hermano?

No puedo mirar, no puedo, no puedo, estoy segura que vuelve a llevarla enroscada en su brazo.

Gabriel nos observa repetidamente a su hermano y a mí como en un partido de tenis.

–¿Podemos hablar un momento a solas, Eider? –pide Gabriel y yo asiento sin vacilar.

–¿Qué es eso que tienes que decirle que no puedo escuchar? –ataca Daniel.

–Daniel no seas maleducado, –logro decir en tono divertido aligerando el ambiente y deseosa de distanciarme—. ¿Puedes esperarme dentro? –le pido y el asiento refunfuñando entre dientes.

En el momento en que Daniel sale, Gabriel atrapa mi mano arrastrándome hasta una de las sillas de la zona de espera y me da un empujoncito para que tome asiento. Él lo hace a mi lado sorprendiéndome con tanto despliegue amable de su parte.

–Tienes fobia a las serpientes –afirma directamente. Lo sabe.

–¿He sido tan evidente?

–No sé como Daniel no se ha dado cuenta.

Escondo la cabeza entre mis manos inclinándome sobre mis rodillas.

–Estás pensando que soy un fraude de veterinaria –murmuro avergonzada.

–Eso no es cierto, pienso que eres valiente por intentarlo aunque probablemente caigas desmayada al suelo en cuanto la toques –dice recordándome al instante las palabras de mi amigo Leo cuando chateábamos por Internet.

Qué extraño... ¿Por qué lo recuerdo ahora?

Atrapa mis manos entre las suyas devolviendo la calidez perdida a mi cuerpo, me caliente rápidamente. Gabriel es la mecha y yo la cerilla.

–Yo...

–Tranquila ¿vale? Yo lo arreglo.

73

–Pero... me avergüenza que lo sepa la gente.

–Hasta donde yo sé, en el pueblo solo Daniel tiene una mascota como esa.

–El va a contarlo. –No me explico por qué confío en el silencio de Gabriel y no en el de Daniel, con lo mal que nos llevamos.

–¿Y yo no? –pregunta satisfecho. Prácticamente he admitido que confío en él.

–¿Cómo vas a arreglarlo? –insisto evadiendo mi respuesta.

–Yo seré tus manos, guíame.

–¿Hablas en serio? –pregunto esperanzada.

–Muy en serio.

–Sigue estando Daniel.

–Mi hermano va a tener que marcharse a recoger a mi tía –dice sacando el móvil del bolsillo de sus vaqueros. Después de una corta conversación con Marta en la que le pide el favor, asiente en mi dirección—. Todo arreglado.

–Marta querrá una explicación ¿qué vas a decirle?

–Que quería estar a solas contigo –suelta con voz ronca y mis mejillas se encienden aunque estoy segura que no lo ha dicho en serio.

Al instante en la habitación de al lado suena el móvil de Daniel rompiendo el momento incómodo y ambos nos mantenemos a la espera, yo controlando mis pulsaciones y él mirando en todas direcciones menos en la mía. Se arrepiente de sus palabras y no sabe como afrontarlo ahora. Uno detrás de otro, nos levantamos esperando que en cualquier momento aparezca Daniel.

–Gracias –susurro y él asiente impasible. Se cruza de brazos con las piernas ligeramente entreabiertas en una pose de lo más tipo duro y me muerdo el labio. Sus bíceps se marcan en su camiseta azul oscuro, como sus ojos, y apenas puedo apartar los míos de la caliente visión. Sacudo la cabeza y me concentro en los pasos acercándose de Daniel.

Se muestra frío cuando llega y sé que se muere por saber lo que pasa entre nosotros. Con su amiguita sobre su mano y brazo, me está reconociendo de arriba abajo, la ropa, los labios... Busca una prueba, la evidencia de que acabo de liarme con su hermano en la sala de espera. Después hace lo mismo con Gabriel y este le sonrío arrogante. Típico.

–Tengo que irme, pero sigo necesitando saber lo que le pasa a mi pitón.

–Yo me encargo –dice Gabriel y Daniel se la pasa cuidadosamente sin dudar, debe tenerle mucho cariño a su serpiente para que olvide las diferencias y rivalidades y se la confíe.

74

–No te preocupes –logro decirle aún sabiendo que no podré acercarme a menos de un metro de ella. Lo más probable es que tenga que llevarla al pueblo vecino, y a mí, a la sala de urgencias del hospital.

Lo veo atravesar la puerta cabizbajo, todo lo contrario a como estoy acostumbrada a verlo y me siento mal por no ser capaz de ayudarlo.

Contengo la respiración a medida que Gabriel y yo avanzamos hacia la sala de diagnóstico. En todo momento no aparto los ojos de la serpiente que se envuelve sin ningún obstáculo en su brazo y su cintura. Si no es por el respeto que le tengo al dichoso animal, estaría pensando en ocupar su lugar.

–Vale –hago una pausa–. Extiéndela si puedes sobre la mesa –digo desde el umbral de la puerta.

–Puedes acercarte, en serio, no muerde, es muy tímida –me tranquiliza.

–En serio, no me pidas eso si no quieres ver como rebota mi cabeza al caer al suelo.

–Confía en mí –me pide buscando mis ojos pero yo no puedo apartar los míos de la serpiente. Sus ojos amarillos brillantes, su piel escamada negra con dibujos amarronados y vientre crema.

Niego enérgicamente, no puedo hacerlo.

–Eider, mírame. –Vuelve a intentarlo y esta vez consigo mirarlo. Extiende su mano

libre y me la ofrece. Doy un pequeño paso, luego otro, cuando estoy a un metro, me freno.

–Has dicho que serías mis manos.

–Está bien –desiste bajando su mano. Poco a poco la despliega de su brazo hasta dejarla sobre la mesa donde vuelve a enrollarse sobre sí misma. Exhalo fuerte, por mucho que quiera que Gabriel lo haga por mí, él no reconoce los síntomas cuando algo va mal, vuelvo a colocarme los guantes.

–Este sería el mejor método de tortura para mí, no dudaría en cantar como un canario. La carcajada de Gabriel me tranquiliza aligerando el tenso ambiente que yo misma he creado.

–Margarita es muy mansa, de verdad.

Encima tiene nombre de bonita y delicada flor, que apropiado para un bicho de estos.

–Vale, voy a tocarla pero te juro que voy a soportar un infierno interior.

Gabriel se está divirtiendo de lo lindo con mi reacción, su sonrisa es cada vez más amplia y el azul intenso de sus ojos ahora es más claro.

75

Cuento mentalmente hasta tres, contengo el aliento y lo suelto de golpe, Gabriel atrapa mi mano y junto a la suya la posa sobre Margarita. Acabo de darme cuenta de que tengo los ojos apretados y no sé si voy a tener el valor de abrirlos.

–Abre los ojos –murmura Gabriel.

Su tacto escamado es apenas imperceptible por el látex pero puedo sentirlo, Gabriel desliza nuestras manos sobre el reptil y el miedo se va disipando, el problema ahora es otro y no tiene nada que ver con la fobia a las serpientes. Si no fuera por el espécimen que está bajo nuestras manos, esta sería la situación más erótica de mi vida. Para confirmarlo Gabriel carraspea a mi lado y por fin abro los ojos.

Trago saliva. La palpo delicadamente, él sin soltarme ni un segundo. Compruebo que vuelvo a respirar con normalidad y me centro en lo que veo. Exteriormente no hay nada raro que me indique su falta de apetito, así que vamos a la peor parte.

–¿Podrías abrirle la boca? –murmuro. Sus ojos ahora más oscuros se detienen en los míos. Se aclara la garganta.

–Claro –dice con voz ronca y procede a soltarme y a abrirle la boca.

Veo la causa rápidamente sin tener que acercarme demasiado, está inflamada.

–Tiene infección, pude ser por algún problema de falta de higiene en el terrario o simplemente por alguna mordedura de una presa viva. Hay que pincharle un antibiótico.

–Eso tendrás que hacerlo tú, sabes que las agujas no son lo mío –dice Gabriel.

Lo sé, lo comprobé cuando vacuné a su ganado.

–Eso puedo hacerlo pero tendrás que sujetarla.

Él asiente.

Nada más administrársela, me siento aliviada pero sigo pretendiendo mantener las distancias con ella, incompatibles totalmente.

–Será necesaria otra dosis en veinticuatro horas, puedo pinchársela en tu casa, así no tendrás que volver a traerla.

–Se lo diré a mi hermano.

–¿Te importaría –hago una pausa– estar allí cuando lo haga?

Me sonrío.

–Claro que no.

Mientras Gabriel se las ingenia para meterla en su bolsa de viaje, me apresuro a escribir los datos en una libreta hasta que pueda pasarlos al portátil que sigue en su caja de embalaje.

76

–Son más de las nueve y estarás cansada. Podemos dejar la puesta en marcha del ordenador para mañana.

Será lo mejor, además seguro que su Lucía alias gata salvaje lo está esperando.

–Puedo hacerlo sola, no me importa. Además, estos chismes ya traen casi todos los programas básicos instalados. Y tú seguro que tienes mejores cosas que hacer que perder el tiempo en mi portátil.

–Que te quede claro algo, Eider. Yo nunca hago nada que no quiera hacer, nunca. – aclara contundente sin apartar sus ojos de los míos.

No sé que responderle a eso, me desconcierta. No soy santa de su devoción y contrariamente a eso, esta noche ha sido mi tabla de salvación. Ha sido tolerante, comprensivo, y extremadamente paciente.

De repente la puerta de la entrada se abre de golpe, dando paso uno detrás de otro a mis tres mosqueteros. Más inoportunos imposible. Declaro abiertamente que son mi perdición.

–De eso nada, nuestra chica no debería seguir trabajando a estas horas, te vienes con nosotros –dice Luis.

Contengo la respiración, los ojos de Gabriel echan chispas, un paso adelante con él, tres para atrás. ¿Cómo voy a salir de esta?

–Vamos a llevarte a casa, nuestra madre ha accedido a levantarnos el castigo si tú venías –sigue Miguel.

Me están colocando en un compromiso difícil de rechazar.

–Solo amigos... –suelta Gabriel antes de atravesar la puerta hacia la calle como alma que lleva al diablo. *Joder, otra vez pensando lo peor.* Menos mal que no se ha olvidado de Margarita.

–¿Qué mosca le ha picado a ese? –pregunta divertido Luis.

Suspiro. Qué le vamos a hacer. Tengo una invitación a cenar y resulta que estoy famélica.

–No sé si arrepentirme por haber confesado mi debilidad con la comida –les digo.

–Por no hablar del postre, riquísimos profiteroles caseros rellenos de nata –me tienta Iker.

Woa, eso sí que es jugar sucio en toda regla.

–Desde que nuestro padre le regaló la thermomix está que se sale –agrega Miguel.

–Déjalo, me habíais convencido sin mencionar el postre.

77

En contra de los deseos de mis tres amigos, hago el trayecto en mi propio vehículo mientras enumero en mi mente las tareas para mañana, o al menos eso intento. Lucas se ha empeñado en venir conmigo y su incesante parloteo me desconcentra, es clavadito a mi amiga Valeria, la diferencia está en el tema de conversación. Mientras Lucas me habla con pelos y señales sobre su día agotador limpiando la enorme nave de pollos, Valeria se debate entre qué color de uñas le va mejor a su nuevo vestido de fiesta de Rosa Clara.

–¿Qué pasa entre tú y Gabriel Cruz? –pregunta sorprendiéndome. Mi boca se abre dudando por un segundo antes de contestar. Tamborileo con los dedos sobre el volante.

–Nada –consigo decir.

–Yo diría que él no piensa lo mismo.

–Estás imaginando cosas, igual que el resto de los habitantes del pueblo.

–El resto de los habitantes, no nos mira a mis hermanos y a mí como Fredy krueger.

–No exageres. Es un poco dominante, mandón, serio y prepotente, pero no quiere asesinar a nadie.

–Yo no estaría tan seguro.

Nuestra extraña conversación se acaba cuando cruzamos el arco de piedra de su finca y Gloria sale a recibirnos. Es indiscutible que esta mujer me quiere como nuera, reconozco esa cara porque es la misma que ponía la madre de mi ex cada vez que me veía. Chasqueo la lengua, lo único bueno que tenía David en su vida, era su madre. ¡Y como cocinaba!

–¡Bienvenida Eider!

Apenas he sacado la llave del contacto cuando agarra mi brazo llevándome al interior de la casa. Ruedo los ojos. Ya sé a quién han salido sus hijos.

Su casa no es tan grande como parece ser la de Gabriel a simple vista, sin embargo es muy acogedora. Los muebles son sencillos y para nada aparatosos. Y está pintada en colores claros para engrandecer el espacio. Me gusta. Sobre todo las fotos tan simpáticas ocupando la superficie de un aparador en el salón comedor. Salta a la vista que estos tres han sido traviosos desde pequeños. Es raro en la foto que no sale alguno de ellos o los tres haciendo el tonto.

Después de una cena copiosa y abundante, Juan me sirve un tapón de orujo que dice que es para una buena digestión. Nunca me ha gustado su sabor, pero voy a comprobar

78  
si eso de la digestión es cierto porque me siento como un globo hinchado a punto de explotar. Al primer trago guiño los ojos, ¡qué asco! Al segundo vuelvo a guiñarlos pero ya no me parece tan malo, el resto me lo bebo de un trago.

Joder, me arde la garganta.

–¡Así se hace! –exclama Luis bebiéndose el suyo.

–¿Otro? –pregunta Miguel y yo niego rotundamente. Mis mejillas ya están lo suficientemente calientes, en la cena me han servido vino un par de veces y ahora esto. No quiero beber más.

Reconozco que me ha encantado cenar con toda la familia. Me ha hecho recordar momentos de mi pasado, cuando mis padres aún estaban juntos, y Sara y yo nos llevábamos bien. O eso pensaba yo. Ahora creo que solo maquinaba a mis espaldas la

mejor forma de hacerme pedazos, ya no sé lo que pensar.

–¿Un café en el porche? –sugiere Miguel, es evidente que quiere alargar la cena para que no me vaya.

–No gracias, no podría pegar ojo después.

–Pues un te, manzanilla, menta poleo...

Suelto una carcajada, me recuerda a un camarero.

–No puedo con nada más, de verdad. –Ojeo mi reloj y veo que son las once, ya debería estar acostada si quiero visitar la granja Cresta Dorada antes de la temida extracción de semen de los toros de Gabriel–. Además ya es tarde.

–Puedes volver siempre que quieras. Serás siempre bien recibida, además a mis chicos les viene bien tener una figura femenina a parte de la mía en casa.

–¿Tú, femenina, madre? –suelta Iker divertido.

Todos nos reímos ante su comentario, la verdad es que Gloria de femenina tiene poco, la he visto trabajar en la granja como a uno de ellos y viste también como ellos.

–¿Quieres volver mañana al restaurante del pueblo a comer? –le advierte Gloria y los demás volvemos a reír.

–Gracias por todo, Gloria, de verdad que me ha encantado cenar con vosotros –digo en serio y no es por quedar bien, me encanta esta familia, me han acogido como a uno más y apenas me conocen. Les sonrío agradecida mientras me pongo en pie.

–Te acompañamos al coche –ofrece Luis y todos salen a despedirme. Me siento como una celebridad, no estoy acostumbrada a tanto despliegue de amabilidad hacia mi persona y reconozco que me gusta.

79

Ahora que lo pienso, no son los únicos, Gabriel también me trató igual esta tarde hasta que ellos aparecieron en la clínica.

Hago una mueca. Otra vez Gabriel en mi cabeza.

La sacudo.

Cuando aparco la camioneta frente a la clínica me topo con la imponente figura de Daniel en la puerta. Lleva unos vaqueros, camisa negra y su pelo rubio ligeramente despeinado. En general, algo desaliñado a como estoy acostumbrada a verlo.

Y me extraña.

–No me digas que trabajas hasta tan tarde, veterinaria, o a caso... –Planta una mueca

de desprecio— No espera, con el bueno de Gabriel no, porque él estaba demasiado ocupado con Lucía llevándola a cenar fuera del pueblo. —Se mete el dedo índice en la boca pensativo—. ¿Con quién has estado hasta tan tarde, Eider? ¿Son ciertos los rumores de que te tiras a los tres hermanos Sánchez a la vez?

¿A qué ha venido eso? Juro que acabo de notar como todo el color de mi cara me abandonaba.

Conozco a la perfección los cotilleos que se dicen de mí, pero no le consiento el tono de voz en el que acaba de soltarlo. Es como si lo diera por hecho y es evidente que ha bebido y bastante. Me está asustando. Realmente no lo conozco y no sé si es agresivo o sólo dice estupideces hirientes cuando bebe. Instintivamente retrocedo un paso hacia la camioneta topando mi espalda con el cristal de la ventanilla. Siento que algo se ha encendido en mi estómago aparte del miedo y es rabia al saber que Daniel está con Lucía.

—¿Qué quieres, Daniel? —pregunto tratando de no parecer asustada. A mi alrededor no hay ni un alma, no puedo entrar a mi apartamento porque él está apoyado justo en la puerta impidiéndome el paso. ¿Cómo hago para que se vaya?

—Invítame a entrar a tu apartamento y te lo cuento.

—Estoy cansada Daniel, mañana tengo que levantarme muy temprano. Podemos hablar en el rancho.

—He visto como miras a mi hermano... —suelta una risa irónica—. Siempre el bueno de Gabriel —arrastra las palabras.

—Te estás equivocando conmigo.

—Todas loquitas por él, pero el que se las lleva a la cama soy yo —revela soltando una carcajada.

80

Pues yo no soy una de ellas.

—En serio Daniel, quiero acostarme.

—Conmigo... —dice en tono sugerente.

—No voy a acostarme contigo, así que por favor apártate de la puerta, quiero entrar.

—Solo pienso moverme si me llevas contigo arriba.

—No pienso dejarte entrar, por favor, vete —le ruego y se despega de la puerta avanzando lentamente hacia mí. Me fijo en sus ojos rojos cargados de deseo y sé que su

determinación es atraparme.

–¡Para! –ordenó, pero no se detiene–. Voy a gritar Daniel –amenazo.

–Nadie va a oírte Eider, aquí todo el mundo duerme a estas horas, son muy madrugadores –dice en tono despectivo.

A toda prisa consigo meterme en la camioneta y cierro por dentro. Al instante él forcejea para abrir y como no lo consigue, golpea con su puño la puerta.

Mis manos tiemblan.

Todo lo rápido que puedo y los temblores que ahora se han extendido por todo mi cuerpo me lo permiten, meto la llave en el contacto. ¿Se ha vuelto loco?

–¡Abre la puta puerta! –chilla plantándose delante del coche.

Lo miro horrorizada y arranco dando marcha atrás. Él echa a correr hacia mí y rápidamente cambio la marcha y acelero esquivándolo. Sobre el volante mis manos parecen gelatina. Las aprieto fuerte.

No se donde ir, tampoco me importa ahora. Solo quiero alejarme todo lo que pueda de ese perturbado.

Inspiro, expiro, inspiro, expiro, así unas cuantas veces. Quiero que cesen las convulsiones pero no lo consigo. No estoy segura de poder conducir por mucho más tiempo.

En todo momento vigilo el espejo retrovisor por si ha decidido seguirme. Estoy muerta de miedo, joder. Pasan los minutos y nada. Gracias a dios no hay rastro de él. Tanto por delante como por detrás, la carretera está desierta.

Eso no me consuela.

Conduzco hasta que llego al pueblo vecino y la iluminación parece hacer un efecto calmante en mi organismo. Mi respiración vuelve a ser acompasada, mis manos sobre el volante han dejado de temblar y ya circula de nuevo la sangre por mis venas.

Respiro.

*¿Qué coño ha pasado?*

81

Soy un imán para atraer los desastres.

Me detengo en la puerta de una cafetería con amplias cristaleras y apago el motor. No sé lo que hacer a partir de ahora, no se como voy a manejar esto, ni si quiera sé como calificarlo, ¿agresión, acoso? ¿Iba a hacerme daño o solo quería asustarme? Apoyo la

frente en el volante y cierro los ojos.

*Mierda.*

Pienso, pienso y sigo pensando por lo que me parecen horas.

Sé que le dije a Gabriel que esperaría a mi sustituto pero ahora no sé si voy a poder aguantar aquí mientras lo hace. Voy a tener un miedo horrible a quedarme sola en el apartamento, o a que Daniel me aborde de nuevo en cualquier otro sitio.

Pego un brinco en el asiento cuando el tono de mi móvil suena de repente en mi bolso. Empiezo a hervir cuando veo la pantalla. Lo que me faltaba.

Respiro hondo y lo cojo.

–Enhorabuena David –escupo al descolgar. No sé como puede casarse con mi hermana sabiendo que también se acostaba con mi jefe. Debe ser que le gusta compartir.

–Hola Eider, tenemos que hablar en persona. Dime donde estás y mañana voy a buscarte –me suelta y aprieto los dientes.

Buen intento, pero no pienso decirle mi paradero ni por todo el oro del mundo.

–¿Qué parte no entendiste, de no quiero verte más en mi puta vida?

–Nena, no lo decías en serio, estabas celosa.

–Para estar celosa tendría que haberte querido y créeme que al sexo yo no lo llamo amor. Y de eso creo que tampoco teníamos mucho.

–Lo dices porque voy a casarme con Sara y estás dolida.

–¿Sabes qué? En el fondo me alegro de que sea con ella, sois tal para cual, ni tú vas a serle fiel, ni ella a ti tampoco.

–Si lo dices por lo de tu jefe, solo se acostó con él una vez y fue porque estaba molesta conmigo –la defiende y pongo los ojos en blanco. ¿Una vez? Es más ignorante de lo que yo pensaba.

–¿Eso es lo que te ha contado? –¿Qué clase de persona es mi hermana? ¿Cómo no me di cuenta antes de lo manipuladora y calculadora que era?

–Ella no me mentiría –gruñe.

82

–Claro, como tampoco me mintió a mí durante dos años, como tampoco te metía en su cama cuando salías de la mía con la sangre fría de mirarme a la cara después como si no pasara nada.

–Eso es diferente, está enamorada de mí.

No puedo evitarlo y suelto una carcajada, eso mismo le dijo a mi jefe antes de que decidiera concederle el capricho de despedirme. ¿Pero quién soy yo para abrirle los ojos un ciego que no quiere ver?

—¿Y tú, David? ¿Por qué lo hacías? ¿Comprobabas la eficacia de la viagra?

—Nunca me ha hecho falta la viagra, tu hermana se paseaba prácticamente desnuda por el apartamento cada vez que no estabas, me ponía tan caliente que fue imposible resistirme, no soy de piedra, Eider. Y tú... tú siempre llegabas tarde y estabas cansada, o pasabas tus ratos libres chateando con ese amigo tuyo, ¿Leo? Prácticamente nunca tenías tiempo para mí.

Masajeo mis sienes soltando un suspiro, claro que llegaba tarde, me quedaba después del trabajo a limpiar la clínica y cuando llegaba a casa solo quería darme una ducha y lo reconozco, hablar con Leo. Después me acurrucaba en mi cama. Recuerdo que me fastidiaba cuando quería acostarse a mi lado, me molestaba porque quería estar sola.

—Pasabas demasiado tiempo en nuestro apartamento, te empeñabas en imponerme tu presencia cada día, si realmente te hubiera querido, jamás me habrías estorbado, y tú lo hacías, ni siquiera sé por qué estaba contigo —reflexiono y me pregunto por qué he tardado tanto en darme cuenta.

Al otro lado de la línea, David se ha quedado en silencio por un momento, sé que no ha colgado porque lo oigo respirar.

—Eso es un golpe bajo Eider —dice decepcionado—. Si estás intentando hacerme daño...

Antes de que siga, lo detengo.

—Es tarde, David, y de verdad que no me interesa en absoluto seguir hablando contigo. Por mucho que Sara quiera que lo olvide, o lo que quiera que esté intentando utilizándote de correo, no va a conseguirlo. No pienso ir a vuestra farsa de boda —concluyo antes de colgar lanzando el móvil al asiento de al lado.

Cuatro horas y tres cafés diferentes después, decido volver a mi apartamento temporal. Mi pulso vibra cuando me aferro al volante pero el motivo no es ni el sicópata

83

de Daniel ni la charla esclarecedora con mi ex. Definitivamente es la cafeína que me he empeñado en tragarme para no dormirme.

Ahora no tengo sueño pero estoy nerviosa y mi pulso no es el indicado para robar

panderetas.

Me toma unos segundos escudriñar los alrededores cuando estaciono en la puerta de la clínica. Apago el motor y cuando estoy segura que Daniel no ha decidido acampar en la puerta, me deslizo fuera de la camioneta.

Me voy. Vuelvo a la ciudad.

Ahora.

Al entrar, corro escaleras arriba a través de la recepción de la clínica hacia el dormitorio, alcanzo mi maleta de la parte superior del armario y comienzo a estampar mi ropa dentro.

*Vuelvo a casa*, o eso es de lo que intento convencerme porque ni siquiera tengo una casa propia a la que regresar. Me dejo caer en el borde de la cama hundiendo la cabeza entre mis manos, cierro los ojos y suelto el aire.

Estoy huyendo de nuevo.

Cuando me decido a ducharme son casi las cinco de la mañana y a pesar del escozor en mis ojos, no puedo acostarme ahora, tengo que coger el tren y antes hay personas en este pueblo de las que tengo que despedirme. Despedirme... la sola mención de esa palabra me oprime el pecho, no volveré a ver a ninguno de ellos.

Cierro los ojos y dejo que el agua tibia resbale agradablemente por mi cara y mi cuerpo mientras trabajo mentalmente buscando una explicación convincente que darles. Si les explico que me siento amenazada por Daniel, estaría contándoles una verdad a medias. Sinceramente, no sé si le tengo más miedo a mi incompetencia como veterinaria. No siempre Gabriel va a estar ahí para sacarme las castañas del fuego y me aterra un mal diagnóstico que pueda causar algún daño irreparable a cualquier animal. También va a ser un gran alivio no tener que hacer la extracción de semen que tenía programada con Gabriel en un par de horas.

*Mentirosa.*

Siento pesadez en mi estómago con solo pensarlo, él cuenta conmigo y por una extraña razón, no quiero defraudarlo.

Pero tengo que hacerlo. No tengo valor para enfrentar todo esto.

84

Después de quitarme la espuma, me seco envolviéndome en una esponjosa toalla beige como las que había en casa de mi madre adoptiva. Reconozco el olor a suavizante,

es exactamente el mismo.

Marta ha pensado en todo.

Me planto frente al espejo y apoyo las palmas de las manos en el frío lavabo. Observo que mis ojos están rojos y tengo unas marcadas ojeras. Estoy segura de lo que va a pensar sobre mi aspecto cualquiera que se cruce conmigo, apuesto lo que sea a que está relacionado con alcohol y tríos.

Crea fama y échate a dormir.

Suelto un fuerte suspiro. Quizás sea mala idea pasar a despedirme después de todo, no quiero que Gabriel se quede con una imagen errónea de mí.

Embadurno mi cuerpo con crema hidratante antes de vestirme con unos vaqueros, una blusa sin mangas con un escote considerable aguamarina y unas cuñas que combinan con mi blusa. Me seco el pelo dejándolo suelto en ligeras ondas, me aplico brillo en los labios y recojo mi ropa sucia que introduzco en un bolsillo interior de la maleta para lavarla en casa de Valeria. Arrugo mi frente, la mía también hasta que consiga otro trabajo y pueda pagar un alquiler.

Tardo unos segundos en despedirme del pequeño apartamento y arrastrarme escaleras abajo con mi maleta, me detengo con la mano en el picaporte dispuesta a salir a la calle. Realmente me gustaba vivir aquí.

Me sentía libre, independiente.

Por fin me obligo a traspasar la puerta por última vez y mis pasos me llevan pesadamente hacia la parte de atrás de la camioneta donde coloco mi maleta. Me deslizo detrás del volante y bajo la ventanilla.

Inspiro hondo.

El olor del campo al amanecer inunda mis fosas nasales. Cierro los ojos. Me encanta la sensación del aire limpio y puro llenando mis pulmones, es... relajante.

Y voy a echarlo mucho de menos.

Mas temprano de lo que Gabriel me espera, traspaso la entrada de piedra del rancho Veracruz. Trago saliva. La presión en mi pecho vuelve, mi pulso se acelera. Daniel está en alguna parte no muy lejos de aquí, espero que durmiendo la borrachera.

85

A mitad del camino de tierra que llega primero a la oficina y después a la casa, detengo la camioneta al ver a un jinete que se aproxima al galope en un espectacular

caballo negro. Rápidamente lo distingo porque el cielo ya empieza a clarear, es Gabriel. Agarro fuerte el volante, si pensaba que no podía encontrarlo más irresistible aún, me equivocaba.

Ahogo una risa histérica mordiéndome el labio.

Debo estar loca si por un segundo he considerado quedarme por él.

*Prohibido, ¿recuerdas?*

Se detiene a mi altura y frunce el ceño cuando posa los ojos en la parte delantera de la camioneta, espolea al caballo y lentamente va rodeando el vehículo hasta llegar a mi puerta, sus ojos se detienen ahora en el lateral y después en mí, está furioso. Entonces caigo. Ni siquiera me había parado a mirar los desperfectos que Daniel provocó, ¿qué voy a decirle?

Me encojo en el asiento.

Me está evaluando más de lo necesario.

—¿Qué le ha pasado a la camioneta? ¿Y esa cara? ¿No te han dejado dormir tus amigos? —tensa la mandíbula.

Aprieto las manos en el volante.

Ni un solo voto de confianza hacia mí.

En un arrebato inesperado se baja del caballo y abre mi puerta arrastrándome al exterior, tira de mí brazo hasta pegar mi espalda contra el lateral y posa sus manos una a cada lado de mi cabeza. En ese momento noto que estoy tiritando, mis ojos empiezan a empañarse. ¿Por qué siento que defraudo a todo el mundo?

Después de lo que parece una eternidad atrapada en sus ojos, él traga saliva.

Sutilmente desliza las yemas de sus dedos por mi mejilla y por mis labios. Exhala.

—Empezaré de nuevo —murmura con voz ronca y se aparta unos pasos de mí.

Revuelve su pelo y me recorre con ojos vidriosos de arriba abajo—. ¿No vienes a trabajar, cierto? —pregunta y sé que lo dice por mi ropa y mi pelo suelto.

—No —murmuro—. Vengo a despedirme.

—¿Te marchas? —Contiene el aliento hasta que me ve asentir.

—Sabes tan bien como yo que soy un desastre, si no llegas a aparecer ayer en la consulta, estoy segura que habría caído desmayada al suelo —murmuro.

—Sabes tan bien como yo que no te vas por eso, así que ahora la verdad —ordena y estoy a punto de contarle el detonante de mi decisión pero no puedo hacerlo, no voy a

ser la causante de que empeore la relación con su hermano—. Las abolladuras... sé perfectamente lo que son Eider, soy un hombre y no es la primera vez que golpeo algo con mi puño.

Ante esa mención me encojo y él lo nota.

—Nunca le he pegado a una mujer, ni pienso hacerlo, si eso es lo que estás pensando — aclara y vuelvo a ponerme recta—. ¿Quién lo hizo? ¿Fue uno de los Sánchez?

—¡No! —exclamo—. Ellos nunca me harían daño, han sido muy amables conmigo desde que llegué.

—¿Entonces?

—No importa.

—A mí me importa —confiesa y noto como empiezo a desmoronarme. Quiero que me envuelva entre sus brazos, quiero esconder mi cara en el hueco de su cuello y hartarme a llorar.

—Estoy cansada y quiero irme Gabriel —murmuro—. Fue una mala decisión aceptar el trabajo, no me gusta el campo, soy una chica de ciudad como tú me llamaste —miento y por su cara desilusionada sé que he dado en el blanco.

—Solo llevas aquí unos días. Aún no has tenido tiempo de acostumbrarte...

Niego con la cabeza. No quiero que me convenza.

Tras unos segundos mirándome en silencio, suspira resignado.

—Si es lo que quieres... —Elude mis ojos agarrando las riendas del caballo—. Adiós Eider —concluye antes de montar y salir en un rápido galope.

Mientras lo veo alejarse, las lágrimas que he estado conteniendo comienzan a derramarse por mi cara, tengo un agujero en el pecho en el lugar donde debería estar mi corazón y me pregunto por qué me duele tanto si apenas lo conozco.

Cuando decido acabar con el dramatismo, me limpio con el dorso de la mano, sujeto mi cabello detrás de la oreja, me deslizo tras el volante y arranco.

Esto también lograré sortearlo, como siempre hago.

Lo siento por mis tres mosqueteros que van a desilusionarse, pero el poco valor con el que contaba para despedirme, se ha esfumado con Gabriel.

Totalmente.

A las nueve y cinco de la mañana me acomodo en el asiento mientras el tren se aleja

de la estación de Entrepinares. Espero que el chico de la cafetería le devuelva las llaves de la camioneta a Gabriel como me ha prometido que haría.

87

Cansada cierro los ojos. Empiezo a sentir un fuerte dolor de cabeza por la falta de sueño y la última imagen de Gabriel alejándose decepcionado no me ayuda.

Es la primera vez en mi vida que me siento así. Su decepción me está machacando más y más a cada kilómetro que me alejo. A excepción de Leo, nunca antes me había importado tanto lo que pensara un hombre de mí.

Buscando una respuesta en el desorden de mi cabeza y después de una interminable media hora dándole vueltas y vueltas a mis pensamientos, me dejo atrapar por el sueño.

88

### *Capítulo 7*

Me cuesta abrir los ojos. Estoy tan a gusto que no me importa si se pasa mi estación. Suspiro relajada. No recuerdo que mi asiento fuera tan blandito y cálido antes de cerrar los ojos, ni siquiera recuerdo haberme puesto una almohada. Me remuevo y entonces lo noto. Los latidos de un corazón que no es el mío suenan bajo mi mejilla. Contengo la respiración. No había nadie en el asiento de al lado cuando el tren se puso en marcha. Deslizo mi mano lentamente y noto como sube y baja al ritmo de la respiración de mi acompañante, estoy segura que estoy durmiendo sobre su pecho. Aprieto los ojos. Estoy avergonzada y no sé como voy a disculparme con quien quiera que esté aguantando parte de mi peso. Me toma unos segundos abrir los ojos. Ahogo un grito porque estoy prácticamente encima de él, mi pierna derecha está sobre las suyas y mi cuerpo está girado totalmente sobre su lado derecho. Vuelvo a apretar los ojos. *Tierra trágame*. Es un hombre y su olor... me resulta familiar, me obligo a levantar la cabeza, respiro hondo y me topo con los ojos más increíbles que visto en mi vida, los de Gabriel.

–Hola –dice y me incorporo en un impulso volviendo a mi asiento.

–¿Qué... qué estás haciendo aquí? –pregunto notando el rubor intenso en mis mejillas.

–Vamos a un mercado ganadero, necesito comprar unas cuantas cabezas más –explica sonriendo.

–¿Vamos? –Espero que Daniel no esté con él y menos aún Lucía. –Miro de un lado a otro nerviosa. No los veo por ningún sitio.

–Tú vienes conmigo, ¿eres la veterinaria del rancho no? Necesito que los revises antes de hacer la compra.

–Me he despedido esta mañana, te he dicho que me vuelvo a casa.

–Lo siento pero no puedes, en tu contrato especifica claramente que no puedes dejarlo hasta que otra persona ocupe el puesto. También dice que si alguien te molesta, acosa, agrede o intenta abusar de ti, debes denunciarlo sea quien sea.

–Eso no lo dice en el contrato –digo girándome hacia la ventanilla. Respiro hondo. Lo sabe.

–Lo digo yo, Eider, he visto los nudillos de mi hermano. ¿Por qué no me lo dijiste esta mañana? ¿Qué te hizo? –me regaña enfadado y sé que no es por mí.

Lentamente vuelvo a mirarlo y la preocupación en sus ojos me suelta la lengua.

89

–Me estaba esperando en la puerta de la consulta cuando regresé de la granja de los Sánchez. Quiso... quería entrar conmigo al apartamento, yo me negué y él se enfadó, se impacientó, o como quieras llamarlo. Como no se apartaba de la puerta, volví a la camioneta, me encerré y en ese momento fue cuando la golpeó ordenándome que abriera, yo me asusté y arranqué. Pasé parte de la noche en el pueblo vecino –le cuento escuetamente.

Se tensa apretando la mandíbula.

–Sé cómo es mi hermano, caprichoso, envidioso, rencoroso... pero nunca lo creí capaz de forzar a una mujer.

–Había bebido –trato de excusarlo pero eso no lo tranquiliza, a mí tampoco.

–Últimamente se excede demasiado y no sólo con el alcohol.

–No voy a volver a Entrepinares, Gabriel. Demándame si quieres pero no pienso hacerlo.

–Daniel no va a volver a acercarse a ti, ya me he ocupado de eso.

No se a que se refiere cuando dice que ya se ha ocupado, suena bien pero olvida el pequeño detalle de que soy una incompetente en mi trabajo.

–Gabriel... los dos sabemos que no soy buena para este trabajo.

–Tus informes no dicen lo mismo.

–En la ciudad solo me ocupaba de animales domésticos.

–Olvidas que te he visto trabajar, confío en tu buen juicio y quiero que seas tu la que

se ocupe de mi ganado.

–¿Por qué yo? Ni siquiera te caigo bien, siempre piensas lo peor de mí.

–Lo que yo piense de ti, no afecta para nada en tu trabajo, además –elude mis ojos– no sé por qué debería importarme tu vida privada. Lo siento si te ha molestado que interfiera, no volverá a ocurrir.

Si no le importa mi vida privada, ¿por qué siempre que puede me restriega mi asuntillo con los Sánchez? ¡Me desconcierta!

Lo pienso.

Puedo ir con él a comprar su dichoso ganado, no es que esté obligada a volver a Entrepinares.

Pero después me marchó.

–Este es el trato –digo–. Te acompaño a ese mercado ganadero, pero después... se acabó. Tienes ese tiempo para que tu jefa de personal o quien se encargue de eso, te

90  
busque alguien en tu ausencia. Me imagino que alguien aparte de mí habrá solicitado el puesto ¿no?

–Supones bien, pero hay un problema...

–¿Cuál?

–No quiero contratar a otra persona –murmura indiferente.

–Mira que eres cabezota Gabriel –lo acuso. Antes de que pueda replicarme anuncian la próxima parada y él me sonrío.

–Nos bajamos aquí.

Ruedo los ojos, por esta vez lo dejo ganar pero sólo hasta que compre su dichoso ganado.

Con mi maleta rodando por toda la estación, sigo a Gabriel. Sobre su hombro, lleva una bolsa de viaje y me pregunto cuánto tiempo piensa quedarse, ni siquiera se me ha ocurrido pensar el tiempo que conlleva una compra de este calibre.

Resoplo y me detengo apartándome un mechón de pelo del ojo, Gabriel también lo hace y se gira mostrando sus dientes blancos tras una enorme sonrisa.

–¿Calor?

¡Qué gracioso!

–No me digas que tú no lo tienes, porque yo empiezo a pensar que voy a derretirme

en cualquier momento.

–En diciembre te quejarás del frío, anda vamos. –Agarra mi mano libre y tira de mí.

La sensación me hincha el pecho, me encanta ver mi pequeña mano entre la suya.

–A lo mejor te equivocas y en diciembre estoy en el Caribe tostándome bajo el sol – bromeo. No sé donde estaré pero en Entrepinares no.

–A lo mejor tienes suerte, quién sabe... –Aprieta mi mano y ahora sí que voy a derretirme y no por culpa de los más de treinta grados que marca la pantalla enganchada en uno de los postes de la estación.

Cogemos un taxi y nada más entrar, inspiro largamente el aire fresco de su interior.

Unos segundos después siento que he vuelto a componerme y mi cerebro está activo otra vez. Me giro hacia Gabriel que parece querer mimetizarse con la puerta y mantenerse lo más alejado posible de mí. Bufo. Gabriel y sus contradicciones.

–¿Cuánto tiempo se tarda en hacer una compra de ganado? –murmuro.

–He quedado con el vendedor mañana a primera hora, si todo va bien y cierro el trato, un par de días.

91

–¿Mañana? ¿Un par de días? ¿Y qué vamos a hacer mientras tanto? –pregunto y él carraspea–. Además creí que íbamos a un mercado.

–Y así es, he quedado con él allí. Y no repitas todo lo que digo, pareces un loro –se burla.

Tuerzo los labios. ¿Es mi impresión o está más animado y resuelto que de costumbre? Definitivamente.

–¿Y donde se supone que vamos a dormir?

–No se supone, he reservado una suite en un hotel.

–¿Una? –me muerdo el labio.

–Tiene tres habitaciones, Eider –aclara.

–Ah, es que nunca he estado en una... –Sueno tonta y me siento igual. ¿Qué esperaba, que compartiéramos habitación?

*Joder, sí.*

Por la ventanilla ojeo las calles por donde vamos pasando y compruebo que no es un gran pueblo tampoco, pero sí más grande y bastante menos rústico que Entrepinares.

Hay más tránsito de vehículos y tiene más habitantes por lo que veo. Por un momento

me quedo pensativa, sin darme cuenta lo he estado comparando todo con Entrepinares como si fuera algo mío. Confieso que me gusta su tranquilidad, su aire limpio, la mayoría de su gente. Ideal para asentarse. Sacudo la cabeza, no sé que me impulsa a pensar eso y tampoco quiero saberlo porque en un par de días vuelvo a la ciudad. El taxi se detiene cortando todo rastro melancólico que pueda alojarse en mi cabeza. Examino detenidamente la fachada rojo granate del hotel y me apresuro al exterior. Me gusta a primera vista, no es ostentoso y se ve acogedor. No creo que Gabriel haya tenido mucho en lo que elegir pero con lo poco que lo conozco, tengo la certeza de que habré escogido el mejor.

–Es bonito.

–¿Has llegado a esa conclusión solo con ver la fachada? –pregunta en tono burlón e indiferente. ¿Llegará a ser simpático y cariñoso alguna vez conmigo?

–La imaginación es vida, o por lo menos nos ayuda a llevarla mejor, deberías probar a utilizar la tuya –lo pincho.

–Créeme que lo hago, y más de lo que quisiera –murmura desviando los ojos a mi escote.

Ruedo los ojos. Hombres...

92

–Ah claro, olvidaba que sí que la utilizas, aunque solo sea para montarte películas X sobre mí y los Sánchez –espeto atrapando mi maleta que el conductor del taxi me alcanza del maletero, giro sobre mis talones y lo dejo que pague la factura.

Me alcanza cuando estoy atravesando las puertas correderas, agarra mi mano y me detiene antes de llegar al mostrador.

–Si no quieres que me monte películas, no salgas tras ellos cada vez que vienen a buscarte, cualquiera en mi posición pensaría lo mismo –murmura en mi oreja.

–Eres un machista, ¿una mujer no puede tener amigos del género masculino?

–Ellos no te quieren como amiga –gruñe.

–Mira que eres obtuso Gabriel, lo que tengo con ellos puedo asegurarte que no es de ese tipo y ellos lo saben. Se lo dejé bastante clarito la primera noche. Ni pareja, ni novio... nada de nada.

–¿Y sexo?

–Si quisiera sexo te buscaría a ti –bromeo sacándole la lengua.

–La que busca encuentra, Eider –me suelta dejándome sola y patidifusa. Eso me pasa por bocazas. Mientras se aleja hecho un buen vistazo a su trasero y mi imaginación perversa acude al ataque. Mis manos bullen de nuevo por apretujarlo. Confieso que sí que lo he dicho en serio pero él no tiene por qué saberlo.

–Estaba bromeando –susurro cuando tomo lugar a su lado en recepción.

–Yo también –susurra y me guiña un ojo. Tiene una facilidad para cambiar su estado de ánimo que me desconcierta.

Una rubia con cuerpo de Barbie lo está atendiendo. Demasiado amable para mi gusto, pero puedo entenderla, es el efecto Gabriel. Estoy segura que yo también pongo esa cara de boba complaciente en las escasas ocasiones que no estoy cabreada con él.

–112 –me informa Gabriel ofreciéndome una llave. ¿Todavía quedan hoteles que se abren con llave? Hago una mueca, demasiado tiempo en la ciudad.

–¿Hay alguien enfermo? –bromeo señalando el número.

–Nunca se sabe –por un segundo clava sus ojos azul oscuro en los míos antes de sonreírme y mis piernas se debilitan tanto, que tengo que apoyarme en el mostrador. ¿Cómo una simple mirada puede convertirme en gelatina? Definitivamente, en estos dos días el 112 va a tener que acudir a mi rescate a practicar la RCP.

–Tengo hambre –murmuro, obligando a mi mente a enfocarme en una de mis aficiones favoritas, comer. Gabriel asiente antes de coger mi maleta y arrastrarla con él

93

hacia el ascensor. Lo sigo—. ¿Has estado aquí antes? –pregunto cuando se cierran las puertas y nos quedamos solos.

–Viajo a muchos lugares por motivos de trabajo y este es uno de ellos.

–¿Siempre viajas en tren?

–Es la primera vez –revela y frunzo el ceño—. Siempre voy en mi propio vehículo o en avión, pero hoy he hecho una excepción.

–¿Puedo saber por qué?

–Necesitaba tu consejo y tú estabas en el tren. Y ya sabes el dicho, si Mahoma no va a la montaña...

–¿Rafael siempre viajaba contigo? –pregunto inocentemente suponiendo que así es.

–No –dice secamente justo cuando las puertas se abren. Bruscamente agarra mi maleta y con su bolsa al hombro sale pitando buscando la suite. Pero no pienso dejar las

cosas así, si esto es una treta para que no deje el empleo, no va a funcionar.

–Gabriel –lo llamo pero no se detiene–. ¡Gabriel! –chillo y por fin se vuelve hacia mí.

–¡Qué! –Gruñe.

–¿Me lo explicas?

–No tengo nada que explicar, yo te contraté y necesito que estés aquí, punto.

–¿Tú me contrataste? Tenía entendido que fue una elección entre todas las personas de la asociación.

–Yo soy el presidente de la asociación, Eider. Y yo decidí independientemente de los votos a favor o en contra, que tú trabajarías en Entrepinares –confiesa dejándome sin palabras.

–¿Por qué yo? Y no me digas que por mi expediente porque sé que no es mejor que el de cualquier otro.

–Simplemente confié en que lo harías bien, me pareciste la más capacitada para el puesto, eso es todo. –Y vuelve a girarse hasta que se planta frente a la 112.

Hay algo que no me está contando, lo sé porque esquiva mis ojos cuando mis preguntas de algún modo lo incomodan. Dejo el tema para más adelante y lo sigo.

Porque pienso enterarme, que no le quepa duda.

Cuando estamos adentro, me deja elegir habitación. Después de recorrerlo todo, no me decanto por la principal, quizás porque la cama es demasiado grande y en lo que he pensado nada más verla, no ha sido precisamente en dormir. Por no hablar del

94

gigantesco jacuzzi del baño. Sacudo la cabeza. Se la dejo a Gabriel por si decide darse un homenaje con la Barbie de recepción.

–Me quedo con la del fondo –informo cuando salgo al salón con televisión, sofás blancos y barra de bar. Gabriel está con el móvil pegado a su oreja y asiente en mi dirección, después se da la vuelta y sale al balcón con vistas a un hermoso bosque frondoso. Yo prefiero quedarme dentro al amparo del aire acondicionado, el paisaje seguirá estando ahí por la tarde cuando refresque.

Mi teléfono móvil comienza a sonar y cuando logro alcanzarlo de entre la pelotera de mi bolso, Valeria me sermonea.

–¿Se puede saber por qué no se te ha ocurrido contarme que te llamó tu ex?

–¿Y tú cómo te has enterado?

–Tu queridísima hermana ha estado por aquí insistiendo en que le diga tu paradero.

–¿Se lo has dicho? –pregunto nerviosa.

–Sabes que jamás se lo diría. Me ha contado lo de la llamada y que no quieres ir a su boda. Parecía afectada y todo.

–Es una farsa, como todo lo que ha interpretado delante de mí durante dos años, quizá más—. Empiezo a preguntarme si sabe que soy adoptada y por eso disfruta arrebatándomelo todo, no encuentro otra razón más poderosa que esa...

–Lo sé, Eider, pero sabes que tarde o temprano va a encontrarte, sabes que puede llegar a ser muy persuasiva cuando quiere.

–Pues como no contrate a un detective privado, no veo como.

–Pues yo la creo capaz de liarse con uno, para convencerlo de que te busque gratis – dice y suelta una risilla.

–Es cierto, así que espero que no se le ocurra esa idea.

–Y dime, ¿cómo fue tu conversación con David? –pregunta muy seria.

–Al principio pensé que perdía el tiempo, después me alegré de que llamara. ¿Sabes? No sé cómo no me di cuenta antes de lo que él significaba para mí, no sé como confundí nuestra amistad con algo más. David era para mí como una mascota que te hace mimos y carantoñas cuando vuelves del trabajo, no me importaba si se quedaba o se iba a su apartamento, creo que en raras ocasiones lo eché de menos cuando no estaba. –Hago una corta pausa–. Me avergüenzo de no haberme dado cuenta antes, pero aquello no era amor, simplemente me acostumbré a verlo por casa. *Simplemente me conformé.*

–Eso no suena muy bien.

–Lo sé y David se enfadó cuando lo hablamos ayer.

95

–No me extraña, apuñalaste su ego de machito. ¿Entonces? ¿Vas a perdonarlos?

–David lo hizo por puro calentón y lujuria, Sara... ella fue para hacerme daño.

Estudiado y premeditado, como lo que hizo con mi antiguo jefe. Quería verme sin novio, sin trabajo y destrozada. Pero no contaba con que yo siempre salgo a flote, y que David no me importaba tanto como ella creía.

–Así se habla –dice y en ese momento Gabriel entra guardándose el móvil en el bolsillo de sus vaqueros. Su pelo negro, algo revuelto, como si se hubiese pasado la mano varias veces. Al verme al teléfono, me señala la hora del reloj, debe tener tanta

hambre como yo.

–Valeria, hablamos en otro momento que mi jefe me espera.

–¿Tu jefe? ¿Cuándo piensas hablarme de él? ¿Es viejo? ¿Joven? ¿Está bueno?

–No, sí y un alto número en la escala –susurro y Valeria suelta una carcajada.

–¡Que calladito te lo tenías!

–Te quiero, adiós. –Y cuelgo ante el ceño fruncido de Gabriel–. ¿Vamos? –lo animo.

–¿Otro... amigo? –pregunta y ruedo los ojos. No pienso contestarle. Si llevara la cuenta de todos los rollos que me ha colocado...

Me atuso el pelo mientras nos deslizamos al interior del restaurante. No suelo ser muy presumida pero al lado de la imponente figura de Gabriel, me siento con la necesidad de estar más presentable. A cada paso, mis tacones rompen el silencio provocando miradas curiosas y cuchicheos, es como caminar sobre la alfombra roja con montones de objetivos enfocándome. Mientras hago una panorámica del restaurante buscando mesa, me doy cuenta que el repaso hambriento de una morena despampanante sobre Gabriel, tiene poder sobre mí, me cabrea que se lo esté comiendo con los ojos y para nada me gusta ese sentimiento. ¿Celos? Imposible. Pero algo hay, me aseguro cuando la veo levantarse directa hasta nosotros y un aguijonazo me pincha sospechosamente en el estómago. *¿En serio?*

–¡Gabriel, querido! ¿Cómo tú por aquí? –ronronea la morena sacando pecho. Muestra exageradamente sus dientes blanqueados mientras lo recorre de arriba abajo. Al instante su sonrisa decae cuando posa los ojos sobre mí, pero solo unas décimas de segundo porque vuelve a colocarla en su sitio cuando vuelve sobre Gabriel. Lleva un diminuto vestido azul que enfatiza el color de sus ojos, es decidida y segura de sí misma, confía en su atractivo para conquistar a los hombres aunque por lo que veo, Gabriel no ha  
96

caído en sus redes o ha dejado de hacerlo. Podrían haber sido pareja en el pasado, incluso puede que todavía tengan algo. *Me está dando una arcada.*

Y me achico.

–Elena... –saluda Gabriel asintiendo levemente.

–Pensé que ya no hacías negocios por esta zona.

–Te equivocabas –dice secamente.

Me estremezco cuando la mano de Gabriel se posa suavemente sobre mi espalda.

–Si tienes tiempo podríamos quedar después... –murmura Elena colocándose estratégicamente más cerca de él.

*Zorrón.*

Contengo el aliento cuando Gabriel rodea mi cintura y me aprieta contra su costado, ¿me necesita como escudo? Suelto una risa interior, cualquiera lo diría con ese imponente y musculoso cuerpo. Le sigo la corriente sobre todo porque me encanta sentirlo junto a mí. *Demasiado aunque no estoy dispuesta a admitirlo.*

–Lo siento, como ves estoy acompañado –informa antes de atrapar mi mano entre la suya.

Descubro que disfruto demasiado con esta representación.

–Tengo hambre... –murmuro cerca de su oreja como una niña mimada. Elena me fulmina con la mirada y sé que se muere por tirarme de las greñas. Él me sonrío agradecido y me da un apretón en la mano.

–Saluda a tu marido de mi parte –concluye Gabriel antes de guiarme hacia una mesa en el fondo. Elena me dedica una mirada de advertencia mientras me alejo y sé con certeza que ella y yo nunca nos llevaremos bien. Tampoco quiero.

–No sabía que te dieran miedo las mujeres guapas –murmuro cuando nos sentamos.

–Si me dieran miedo las mujeres guapas, no estaría aquí contigo –declara y me sonrojo. ¿Es un cumplido?–. Elena es... Digamos que no tiene escrúpulos y es capaz de cualquier cosa para conseguir lo que quiere. Hubo una temporada en que era a mí a quien quería.

–Por lo que veo eso no ha cambiado –refunfuño sin poder evitarlo.

–No soporto a las mujeres que se regalan tan descaradamente, incluso con su marido a un par de metros. Es repulsivo.

No es eso lo que yo tengo entendido. Ayer salio a cenar con Sofía y por lo que se menciona en el pueblo, ella se regala a diario.

Carraspeo.

97

–¿Qué? –pregunta.

–Nada.

–Di lo que estás pensando –me ordena.

*Mandón.*

–En el pueblo se dice... –comienzo pero me avergüenza seguir, no quiero que piense que entro al trapo de los cotilleos.

–Eider... –gruñe.

–Está bien. –Ruedo los ojos—. Se dice que Sofía te persigue a diestro y siniestro, que está deseando echarte las redes.

–¿Y?

–La pasada noche la llevaste a cenar, así que...

–Así que qué.

–Que no es cierto que no te guste que se te regalen, en el fondo eres igualito a los demás, te encanta que te lo pongan fácil y tú por supuesto, te aprovechas.

–No me metas en el saco de tu ex, yo jamás me he aprovechado de nadie, jamás he estado con nadie que no me gustara realmente solo para satisfacer mi deseo sexual y menos aún me acostaría con una mujer casada o comprometida.

*¿Cómo sabe que hay un ex?*

–Tú no sabes nada de mi ex, ni siquiera sabes nada de mí –espeto apretando los dientes.

–Tienes razón, pero solo una mujer despechada hablaría así de un hombre.

Antes de que pueda replicarle, el camarero aparece con la carta y reprimo mis ganas de golpearlo en la espinilla, de momento. Tiene suerte de que mi prioridad sea llenarme el estómago.

Después de ojear la carta, me decido por un filete bien hecho con verduras a la plancha. Gabriel pide lo mismo junto con un Rivera del Duero tinto. Sonrío complacida, es el mismo que pidió en el restaurante de su prima y uno de mis vinos favoritos.

Cualquiera diría que conoce mis gustos.

–¿No es un poco mayorcito su marido para ella? –pregunto desinteresadamente cuando volvemos a estar solos. Junto a Elena, en su mesa, hay un hombre trajeado de unos veinte años mayor que ella.

–Es lo que tiene querer ser rica a toda costa, que no importa la edad, solo la cuenta bancaria.

–¿Os conocéis desde hace mucho?

98

–¿Eso importa? –dice cortante.

–Vale, lo pillo, es solo que parece tan interesada en ti...

–Nunca la he alentado a nada, al contrario, siempre rehúso su compañía, quizás por eso sigue en su empeño de llevarme a la cama desde que su padre me la presentó.

–¿Su padre?

–Sí, hacía negocios con él de vez en cuando.

–¿Ya no los haces? –pregunto y noto como su expresión se endurece.

–No, como te he dicho antes, Elena puede ser muy persuasiva cuando quiere algo.

Como no lo consiguió conmigo, manipuló a su padre con mentiras para que dejara de hacer tratos conmigo. –Suelta una risa irónica–. Como si lo necesitara.

–Pues a su marido no parece importarle su comportamiento de zorrilla desesperada.

Gabriel sonrío ante mis últimas palabras.

–Está acostumbrado, en el fondo sabe que lo engaña, pero no le importa mientras siga volviendo a su lado cada noche. El dinero es lo más importante para ella y él puede darle todo el que quiera.

Debe tenerla como un trofeo. No me cabe la menor duda de que esta también se llevaría bien con mi hermana, las dos son dañinas y calculadoras, no importan los medios mientras lleven a cabo su propósito.

Ataco mi filete sin dudarle cuando el camarero lo pone sobre la mesa, está tan tierno que prácticamente se deshace en mi boca. Suelto un gemido involuntario y la mano de Gabriel se detiene a medio camino de llevar su propio trozo a la boca. Sus ojos están fijos en mis labios, está tenso y me regaño mentalmente por ser tan ruidosa. Recuerdo que en la cena de mi primera noche en Entrepinares actuaba parecido. Me va a acomplejar.

–Lo siento, esta mañana no he desayunado y esta carne está deliciosa –me defiendo encogiéndome de hombros.

Él carraspea incómodo, suelta el tenedor sobre el plato y se lleva la copa de vino a los labios. Tras un largo trago, me mira detenidamente mientras mastico.

–Así que hay un ex –dice. Sus labios son una línea dura.

–Lo hay –confirmo.

*Y tú ya lo sabías y me incomoda no saber como lo has averiguado.*

–¿Qué pasó?

–Nada que no tenga superado ya.

–¿En serio? –pregunta irónico.

99

–No me estropees el mejor momento del día, Gabriel, sería un desperdicio si me sentara mal la comida. No veo por qué debería contarte mi vida, ni siquiera sé por qué te interesa.

–Hace un momento tú estabas de lo más curiosa sobre Elena y yo, me lo debes. Es cierto, había algo primitivo que me impulsaba a querer saberlo todo. Por un momento lo pienso, tampoco va a matarme contarle superficialmente lo que pasó.

–Se llama David, estuvimos juntos dos años. Durante la mayor parte de ese tiempo, él mantenía una relación paralela con otra persona, me enteré y lo dejé, eso es todo.

–¿Él es la razón de que decidieras aceptar el trabajo?

–No, necesitaba un trabajo. –Y desaparecer para no cruzarme con Sara.

–No me creo que no tuvieras otras opciones.

–Pues créelo, no las tenía. No que no fueran en la misma ciudad que ellos.

–¿Dejaste tu antiguo trabajo?

–No, no lo dejé. Mi jefe me despidió porque... –Me doy cuenta de lo que estoy apunto de revelar y cierro la boca de golpe. Por lo menos tuvo la decencia de pagarme una indemnización por despido.

–¿Por qué?

–Eso no importa,

–A mí me importa –insiste.

Suelto el aire de mis pulmones y decido contárselo.

–Su... novia, amiga, rollo o como quieras llamarlo, le pidió, no, más bien le exigió, que me despidiera. Insistía repetidamente en que yo era una tentación demasiado grande y no soportaba saber que yo pasaba todo el día con él en la consulta. Mi jefe le concedió el capricho de echarme. –Dudo si seguir o no. Sigo–. Lo más gracioso de todo, es que ella era la misma persona con la que me engañaba mi ex.

–¿Estaba con los dos? –pregunta arqueando una ceja.

–Exacto –afirmo.

–Esa persona... ¿tiene algo contra ti? –su tono me dice que está intrigado.

–¿Por qué lo dices? –Finjo no entenderlo.

–¿Con tu jefe y tu novio? A mi me suena a algo personal.

–No tengo ni idea –miento.

Gabriel recarga mi copa y por su silencio repentino, imagino que está buscando una explicación a la historia. Me encojo de hombros agarrando de nuevo el tenedor, por mí  
100

perfecto, la tregua va a dejarme acabar con mi filete porque no pienso desperdiciarlo por mucho que me incomoden sus preguntas. *Está de muerte.*

A medio camino a la boca, mi mano se detiene en seco. La amiguita casada de Gabriel me hace señas a unos dos metros de nuestra mesa. Él no puede verla porque está situada a su espalda. Me anima a seguirla y yo, como me he vuelto una curiosa desde que llegué a Entrepinares, me levanto y le sigo la corriente.

*Hora de divertirse.*

–Perdona pero tengo que ir al baño –suelto de repente.

–Claro –asiente Gabriel y me escabullo detrás de Elena.

Cuando llego al pasillo del baño, una mano con uñas largas de manicura francesa, me arrastra al interior. Por un instante creo que va a estamparme contra el mármol blanco y gris del lavabo, pero me suelta cuando cierra la puerta tras ella. Me escanea de arriba abajo colocando una mueca de desprecio en sus labios de silicona.

–Ni por un instante pienses que vas a interponerte en mi camino, tú eres una guarra más de las que calientan su cama, mientras que yo, soy su futura esposa –escupe venenosa.

Por un momento no sé lo que decir y solo quiero echarme a reír. ¡Joder y lo hago, no puedo evitarlo! *Esta tía está loca.*

Ella me mira irritada.

–Te olvidas de algo, ¿no crees? –Consigo decir cuando me calmo–. O mejor dicho de alguien en la ecuación. Si quieres te refresco la memoria, ¿te importa si llamo a tu marido y vuelves a repetirlo todo delante de él? Aunque sería una pena que te retirara el crédito de tus tarjetas ¿verdad mona? –suelto irónica.

–Tú no vas a decir absolutamente nada, además, mi matrimonio con ese viejo está apunto de acabar.

–No me interesa tu vida privada, ni siquiera me importa lo que pienses sobre Gabriel y yo. Es más, diría que no le gustas, pierdes el tiempo. –Niego con la cabeza mientras ella aprieta los labios–. Te aconsejo que no te arrastres. Ser patética es la peor artimaña

para ganarse a un hombre, de verdad... a ellos no les gusta eso. –En un acto reflejo atrapo su mano en el aire cuando está apunto de caer sobre mi mejilla–. Si no quieres tener que explicarle a tu maridito por qué tu nariz está rota, no vuelvas a levantarme la mano– Rujo empujándola contra la pared. Ella resbala y da con su culo en el suelo. – Ups.

–¡Zorra! –grita y yo le sonrío dedicándole una reverencia.

101

–Nunca emprendas una batalla sin conocer a tu oponente, o de antemano tendrás la guerra perdida –digo impulsándome hacia la puerta. Antes de salir me giro para despedirme, ella sigue en el suelo–. Ha sido un gran placer conocerte –murmuro mientras salgo. A mi espalda, una retahíla de insultos llega directa a mis oídos y yo, lejos de ofenderme, suelto una fuerte carcajada sin poder evitarlo.

De vuelta a la mesa, después de necesitar unos segundos para calmarme, me topo con el ceño fruncido de Gabriel. No sé lo que muestra mi cara pero puedo imaginármelo, el sofoco ha debido llegar a mis mejillas. Le sonrío como si nada, deslizándome en la silla frente a él, cojo la copa y doy un par de sorbos.

*Joder no gano para sustos. Estoy rodeada de locas por todas partes.*

–¿Estás bien? –pregunta desviando sus ojos al ver a Elena salir a toda prisa del restaurante. Su marido la sigue pegado a su espalda como un perrito faldero y entonces descubro por qué. Su ajustadísimo vestido lleva una considerable raja en la parte del trasero y él se está esforzando porque no muestre su ropa interior. Ha debido hacérsela al caer al suelo.

–Estupendamente –confieso mordiéndome la lengua para no reírme y Gabriel suelta una carcajada.

–Dime que tú no has tenido nada que ver con eso –dice señalando hacia la puerta por donde Elena ha salido. Escondo la cara entre mis manos y rompo a reír de nuevo, aliviando toda la tensión acumulada en el baño. Cuando consigo controlarme, me recompongo y lo miro. Sus ojos verdes están más claros que de costumbre, parece complacido y su sonrisa me desarma por completo. Lo confieso, estoy metida en problemas.

–Ha resbalado en el baño –canturreo.

–¿Ha resbalado?

–Eso he dicho ¿Pedimos el postre? –cambio de tema y él asiente.

Minutos después, tengo ante mí una variedad de pequeños trozos de tarta. Tiramisú, de queso, de tres chocolates, tarta de limón, tocino de cielo y selva negra.

Exhalo fuerte. No sé por donde empezar.

–No hacía falta que pidieras uno de cada, con uno era suficiente –digo mordiendo mi labio y él agarra una cucharilla.

–No te preocupes, pienso ayudarte. –Y prueba el tiramisú.

102

Como una boba, me quedo mirando el destino de la cucharilla, el movimiento de sus labios... Gabriel me descubre y aparto la mirada disimulando una difícil elección, me decido por la de queso, recubierta de arándanos.

–Está deliciosa –declaro perdiéndome en su sabor, su textura suave, tiene el punto exacto de dulzor. Gimo y ahora es Gabriel quien mira mis labios. Traga saliva y noto como se remueve incómodo en la silla.

–¿Tienes que saborear la comida como si fuese el mejor orgasmo de tu vida? –  
refunfuña y mi mano se detiene cuando estoy apunto de probar la selva negra. Su mirada se ha vuelto más oscura y su mandíbula está tensa. *Es imposible comer con este hombre cerca. De verdad que me está traumatizando.*

No tenía idea de que mi forma de comer pudiera compararse con un orgasmo, es la primera vez que me dicen algo así, ni siquiera Ángela o Valeria que me han visto comer infinidad de veces. Suelto la cucharilla sobre el plato y coloco lentamente las manos sobre mis piernas.

–¿Debería disculparme? –pregunto. Gabriel también ha dejado de comer y se frota la nuca.

–Olvida lo que he dicho.

*Como si pudiera hacerlo.*

Los próximos minutos comemos en silencio, Gabriel apenas engulle un par de cucharadas más, evitando mirarme en todo momento, yo ni me lo pienso y termino probándolo todo. Lo sé, no tengo remedio, incluso empieza a molestarme el botón de mis vaqueros, me aprieta. Respiro hondo. No sé ni como voy a levantarme de la silla.

–¿Café? –pregunta. En otras circunstancias me alegraría escuchar esa palabra, otra de mis favoritas, pero no puedo con nada más.

–¿Quizá después? –sugiero.

–Después –asiente sacando la cartera del bolsillo trasero de sus vaqueros.

Seamos realistas, si mi cuenta corriente tuviera los mismos ceros que la suya, probablemente insistiría en pagar yo, pero como soy una pobre asalariada, no pienso objetar. Además esto cuenta como dietas de trabajo.

Resoplo al levantarme de la silla y no puedo evitar al fin soltarme el botón de mis vaqueros.

–¿Incómoda? –murmura divertido.

103

–Un poco –protesto mientras salimos del restaurante—. Es tu culpa por tentarme con siete postres diferentes, eso es jugar sucio.

–Confieso que no he podido evitarlo, nunca he visto a nadie disfrutar tanto de la comida como tú y me encanta.

Ruedo los ojos, cualquiera diría que intenta cebarme como a sus vacas.

–Hay una piscina en la parte de atrás, si te apetece podemos nadar un rato.

Nadar... ¿Cómo voy a poder nadar después de esta comilona? Corro el riesgo de hundirme en el fondo con mi peso.

–Mejor no, prefiero pasear un rato, ve tú si quieres. –Y entonces recuerdo que Elena debe estar suelta por ahí a la caza y captura de su próximo marido y no quiero dejar sin protección a Gabriel. No es que la necesite, pero la idea de que ella se pavonee en bikini delante de él me cabrea. *¿Me cabrea?* Sacudo la cabeza. Debo estar algo tocada por el vino, de lo contrario no entiendo por qué debería importarme con quien se acuesta Gabriel. Decidí hace unos meses que las relaciones no son para mí, decidí no involucrarme con nadie.

*¿De verdad sigo pensándolo?*

–Pasearé contigo si no te importa –dice y respiro aliviada. Mentalmente me castigo y trato de ignorar a la parte de mí que quiere saltar de alegría.

Nuestros pasos nos llevan hacia la zona de recreo del hotel. Tras unas puertas de cristal, nos topamos con una barra de bar, rodeada de taburetes altos. Al fondo una mesa de billar, un par de dianas y máquinas de videojuegos. Me llama la atención la que simula a un coche de carreras con pedales y volante. Sonrío. Soy bastante buena en eso. En una cafetería ciber que frecuentaba en la ciudad con mis amigas, yo encabezaba la

lista de las mejores puntuaciones. Recuerdo como le molestaba eso a mi ex, que presumía de ser un experto en toda clase de videojuegos.

Como guiada por una mano invisible, me impulso hasta allí sin preocuparme si Gabriel me sigue. Me acomodo en el asiento de cuero negro y pruebo las marchas. Es muy parecida a la que yo conozco y me encuentro con ganas de sobrepasar mi record. Aún sin mirar, siento la presencia de Gabriel a mi lado, giro mi cabeza y lo veo con la sonrisa más grande que le he visto nunca, si no estuviera sentada caería redonda al suelo.

–Creo que debí leer mal tu edad en tu curriculum –dice divertido.

–Que yo sepa, los videojuegos no tienen límite de edad –digo burlona.

104

–Cierto –afirma mientras rebusca en sus bolsillos una moneda. Yo la encuentro primero en el mío y comienzo la partida. Elijo el circuito más difícil porque los otros me los sé de memoria, tres, dos, uno... piso el acelerador y durante unos minutos sorteo obstáculos y salto sobre puentes rotos, un deportivo naranja intenta echarme en todo momento de la carretera pero logro esquivarlo, lo que no me espero es un camión en sentido contrario y me estrello de lleno contra él.

–Vaya –se queja Gabriel.

–No importa, me queda otra vida –Y sigo un rato más hasta que caigo al mar. Cuando Gabriel comprueba en la posición que he quedado suelta una carcajada.

–Pensé que solo eras buena en el fútbolín.

No recuerdo haberle dicho eso. Ruedo los ojos. Claro que lo sabe, Entrepinares y sus chismosos.

–Soy buena en muchas cosas –advierdo y Gabriel carraspea. Sacudo la cabeza de un lado a otro. Hombres, siempre pensando en lo mismo–. ¿Quieres probar o temes quedarte el último?

–No soy aficionado a los videojuegos, lo siento. Sin embargo, hay algo que se me da muy bien.

–¿Y qué es? –pregunto interesada mientras me pongo de pie.

–Póker.

–Estás de suerte porque a mí también.

Una sombra oscurece sus ojos, asiento cogiendo mi mano, me arrastra hasta la barra y

pide las cartas de póker. Parece que se ha convertido en un reto para él. Hasta que no llegamos a una mesa un poco apartada en el fondo, no me suelta. Tomamos asiento y tras echarme una mirada intensa, comienza a barajar.

–Está bien, ¿qué apostamos?

–¿Puedo elegir? –pregunto mordiendo mi labio. Sinceramente me gustaría dejarlo sin ropa pero Gabriel es mi jefe y yo trabajo para él, no sería buena idea. Además de que estamos en un sitio público–. Lo pienso... Tapones de tequila –me decido al fin.

–Eh... –carraspea–. No creo que sea buena idea, Eider. –Se frota la nuca, inseguro.

–¿Qué problema hay? No tenemos que trabajar hasta mañana, si bebemos más de la cuenta, tenemos habitación para dormir la mona.

–Sigo pensando que no es buena idea, podríamos cometer alguna estupidez por culpa del alcohol y luego te arrepentirías –murmura.

105

–Son muy pocas cosas de las que me he arrepentido en esta vida –digo divertida–.

Además, pienso ganarte, el único que va a tumbar vas a ser tú.

–Está bien, luego no digas que no te lo advertí.

–Reparte –demando y él lo hace encantado. Le indica a la camarera que se acerque y pide una botella de tequila y dos tapones.

Gabriel saborea su primera victoria revelando orgulloso sus cuatro reinas. Me observa esperando lo inevitable y se muestra satisfecho cuando hago un guiño al beberme de un trago el tapón. Esta disfrutando ahora que ha comprobado que puede ganarme sin problema, pero no pienso rendirme.

El segundo tapón me pasa mejor gracias a la rodaja de limón y el toquecito de sal.

–¿Te plantas? –pregunta distraído.

–Ni lo sueñes, esto es sólo el calentamiento. Reparte –ordeno y su sonrisa se amplía.

No sé si es por el tequila o por el vino de la comida, pero cada vez lo veo más guapo e irresistible. Deseo desabotonar la hilera de botones de su camisa blanca remangada y recorrer su torso con las yemas de los dedos. Soplo distraídamente sacudiendo la cabeza. Me estoy calentando como una locomotora a vapor y no puedo pararlo.

Demasiado tiempo sin sexo.

–¿Te encuentras bien? –pregunta preocupado.

–Estupendamente, solo un pequeño problemilla de sobrecalentamiento pero se me

pasará.

–¿Sobrecalentamiento? –se mofa soltando una carcajada.

–¡Deja de reírte y reparte! –bufo.

–Deberíamos dejarlo.

–¿Ya te rajas?

Se encoje de hombros y comienza a repartir. Mis cartas no tienen mejor pinta que las veces anteriores, pero pienso marcarme un farol como Gabriel la vez anterior.

Demasiado fácil gano esta mano y estoy segura que me ha dejado ganar y no me gusta que me dejen ganar. Ahora entiendo el enfado de Luis en el bar de Cinco .

–Por tramposo te bebes dos –digo enfurruñada.

–No he hecho trampa...

–Sí que lo has hecho, me has dejado ganar y eso es trampa.

Gabriel vuelve a encogerse de hombros y se bebe de golpe los dos taponos sin rechistar.

–Ya estamos en paz, dos y dos. Paremos el juego.

106

–De eso nada, además, reconoce que en el pueblo hacéis partidas clandestinas y por eso sabes jugar tan bien –murmuro notando como mi lengua empieza a enredarse.

–¿Partidas clandestinas? –Suelta otra carcajada–. Tienes un mal perder Eider.

–Cuando le eche un ojo a un futbolín, te vas a enterar. Pienso darte la paliza de tu vida.

Vuelve a reír. Es la primera vez que lo veo reírse tanto. O reírse simplemente. Le sienta bien escapar del rancho. Está feliz y relajado. Y me encanta verlo así.

–Eso tendrá que esperar, ahora deberías subir a la habitación.

–¿Para qué?

–Para echarte un rato.

–Ya, claro, así tu puedes ir a lucirte delante de la morritos a la piscina, ja.

–¿Morritos? –Arquea una ceja.

–Elena de Troya.

–Has bebido demasiado, vamos –dice muy serio mientras se levanta arrastrándome con él. Con mis dedos entre los suyos me lleva hasta la puerta del ascensor y pulso el botón antes de que él lo haga. Le guiño un ojo y el gruñe algo que no llego a entender. Al cerrarse las puertas escucho una respiración profunda a mi lado.

–Necesito una ducha fría, muy fría.

–Yo también –confieso soltando su mano. Su contacto no me ayuda a enfriarme, todo lo contrario. Pego mi espalda a la pared del ascensor y cierro los ojos, su cercanía no es buena, me hace querer trepar y rodear su cintura con mis piernas y... Sacudo la cabeza por enésima vez. No pienso beber más cuando esté con él.

–Eider... –advierte.

–Perdona, yo... voy a encerrarme en mi habitación hasta mañana, no te molestaré más, si quieres irte con tu amiga, hazlo, o con la rubia tetona de recepción, no me incumbe –digo inclinando la cabeza hacia el suelo. Soy una mentirosa, claro que me importa y mucho, el problema es que no quiero que me importe–. Ha debido ser la serpiente –me recorro de arriba y abajo buscando en los brazos alguna mordedura–. Me ha envenenado y tengo alucinaciones. Es la única explicación.

–Explicación a qué –dice serio a la vez que me agarra de los brazos y se planta a escasos centímetros de mí.

¿Por qué tarda tanto el ascensor en llegar?

–Tengo calor... –ronroneo–. Y quiero hacerte cosas... –Él me suelta abruptamente pero no se aleja.

107

–¿Qué cosas? –pregunta con voz ronca.

Por un instante me pierdo en la profundidad de sus ojos igual que él en los míos. Estoy enojada conmigo misma por sentirme así pero no puedo evitarlo. Cuando se pasa la lengua por su labio inferior, quiero gritar de frustración, me está torturando.

Antes de que conteste, la puerta por fin se abre y me impulso rápidamente al exterior, Gabriel suelta una maldición y me sigue. Hasta que llegamos a la 112, va pegado a mi espalda, si me detengo de golpe, seguro que cae de culo.

Cuando estamos dentro, mis pies toman carrerilla hasta la ducha y sin pensármelo dos veces me descalzo y me meto debajo con la ropa puesta. Me estremezco de lo fría que está pero es lo mejor si quiero que mi cuerpo recupere su temperatura normal.

–¿Pero qué...? –dice Gabriel y al momento siento sus brazos envolviéndome. Lo primero que pienso es que va a sacarme a rastras de la ducha, pero lo descubro ensimismado en los bultos prominentes que apenas esconde mi blusa mojada. Cierra los ojos y respira hondo varias veces. Duda hasta que también se mete debajo del choro de

agua fría, me suelta dándome la espalda y apoya las palmas de las manos en la pared. Está tratando de controlarse igual que yo, al contemplar como su camisa blanca se le va pegando al cuerpo volviéndose prácticamente transparente. Automáticamente aparto la mirada, agarro una toalla, me envuelvo en ella y salgo de la ducha. Tengo que evitar la tentación porque sé que no es real, llevo mucho tiempo sin estar con un hombre y el alcohol me hace estar caliente y receptiva, nada más.

—¿Dónde crees que vas? —pregunta y me obligo a girarme en su dirección. Uno a uno se está desabrochando los botones de la camisa sin apartar sus ojos de los míos, saca un brazo y luego...

—Dios. Mío. Agárrame que vuelco —suelto sin pensar al ver el tatuaje que empieza en el lado izquierdo de su pecho y acaba enroscado en su brazo, ¿cómo no lo había visto antes? Ahora entiendo su negativa a quitarse la camiseta cuando vacunamos a las vacas. Aprieto fuerte la toalla alrededor de mi cuerpo. Esta es la peor de las torturas. Gabriel es mi fantasía de hombre echa realidad, es todo lo que he pedido durante toda mi vida. Me muerdo el labio para hacerme daño. Gimo. No estoy pensando con claridad, en un par de días voy a regresar a la ciudad y no volveré a verlo... —Yo... nunca hubiera pensado... no sé, pareces tan serio, tan dominante... —Dejo a medio mi teoría al ver la mano de Gabriel que se extiende para coger la mía. Su mandíbula está tensa y cuando me atrapa me impulsa hacia su pecho.

*A la mierda con la sensatez.*

108

—Hasta los más serios y dominantes tienen debilidades, Eider, y confieso que tú eres la mía. —Traga saliva—. Desde hace mucho —susurra contra mis labios.

—Yo... me refería a... —balbuceo mientras la toalla se escurre cayendo a nuestros pies. *¿Desde hace mucho?* He debido entenderlo mal.

—Sé a lo que te referías —murmura antes de atrapar mis labios entre los suyos.

No sé si es el suave cosquilleo del agua resbalando por nuestros rostros, o sus manos deslizándose desde mi espalda hasta llegar a mi trasero lo que me estremece, pero entre mis piernas empieza a crecer un calor apenas contenible. Hago lo que he estado deseando hacer desde que he visto su torso desnudo, se lo acaricio con un ansia desconocida para mí, con hambre, con el más crudo deseo. Recorro con mis dedos su tatuaje y lo escucho suspirar en mi oreja. Voy a prenderme como una antorcha en

cualquier momento. Me saca la blusa por los brazos y la arroja lejos, sus ojos oscurecidos me están devorando. Menos mal que llevo un sujetador sexy casi transparente. Atrapa mi cintura con sus grandes manos y las va deslizado hacia arriba, hasta que llega a mi pecho. Suavemente me lo acaricia hasta que reemplaza sus manos por su boca. Me muero porque lo haga sin ropa de por medio, quiero que los saboree, que los absorba, que juegue con su lengua.

–Gabriel –gimo pidiendo más.

–Si quieres que pare lo haré –murmura contra uno de mis pezones.

–¡No! –chillo y eleva su rostro con una sonrisa arrogante dibujada en él.

–Sin arrepentimientos –afirma pero sé que me está preguntando.

–Sin arrepentimientos –Pero al decirlo la imagen de Lucía me viene a la mente y me enfrío de golpe, lo empujo cruzándome de brazos.

No pienso hacer lo que me hicieron a mí.

–¿Qué pasa? –pregunta desconcertado.

–Tienes novia y no voy a contribuir a que le pongas los cuernos, lo siento.

–No tengo novia.

–¿Y Lucía?

–Lucía no es mi novia, la pasada noche solo acudimos juntos a una cena de trabajo, es una de mis secretarias.

–Ya, claro.

–Hablo en serio –dice y me está convenciendo con sus ojos fijos en los míos.

Por experiencia sé, que cuando un hombre miente, la mayoría de las veces evita mirarte directamente. No sé si esta vez me equivoco, pero voy a darle el beneficio de la  
109

duda. No lo esquivo cuando me atrapa de nuevo contra su pecho. Respiro hondo. El tacto de sus dedos sobre mi piel me enloquece, como si ejerciera alguna especie de atracción hacia ellos. No puedo pensar en nada que no sea Gabriel y lo que me está haciendo. Atrapa mis labios entre los suyos y reconozco que estoy perdida, no hay vuelta a atrás. Jadeo contra su boca, estoy sintiendo el deseo más primitivo y enloquecedor que haya sentido antes, me supera. Me alza en sus brazos llevándome fuera de la ducha, hacia la titánica cama que deseché nada más verla por miedo a sucumbir a lo que pensé que haría en ella con Gabriel.

Cuando me deja en el suelo para quitar la colcha, sigo cada uno de sus movimientos, su ancha espalda desnuda no me deja parpadear, sus fuertes brazos aumentan mi deseo. Quiero que me aprisione con ellos y también quiero chuparlo entero como si fuera un helado de chocolate.

Gimo mordiendo mi labio y Gabriel me descubre, soy demasiado ruidosa. Su sonrisa se agranda mostrando sus dientes, sus ojos lo delatan, está tan excitado como yo.

–Estás empapada –murmura ojeando mi pelo y mi ropa.

–Tú también –susurro. Él se acerca con los pies desnudos y me tenso, el corazón va a salirme disparado del pecho como no termine esta agonía. Contengo el aliento cuando posa los ojos sobre mi pecho. Suelto todo el aire de mis pulmones. Mi sujetador aguamarina semitransparente luce expuesto y Gabriel me acaricia provocando que me moleste el encaje. Quiero que me lo quite, que sus manos toquen mi piel desnuda. Con cuidado me empuja hacia la cama y yo me dejo caer. Enseguida lo tengo sobre mí, arrancándome lo que me queda de ropa. Me vuelve loca el pensar lo que viene a continuación, creo que lo he deseado desde la primera vez que lo vi. Por fin su boca cae desesperadamente sobre cada parte de mi cuerpo, su lengua se desliza aumentando la sensación insoportable entre mis piernas. Jadeo incontrolablemente. Esto es demasiado bueno. Gabriel atrapa mi mano y la aprieta sobre la dura erección que esconden sus vaqueros, *Mierda, aún no la he visto y ya sé que va a ser titánica como la cama.* Me apresuro sin más preámbulos a desnudarlo también.

–Eider... –gime. Su agonía no es más llevadera que la mía y me ayuda con sus pantalones.

Su boca vuelve a caer sobre la mía y no puedo evitar morderle suavemente el labio, estoy tan caliente que podría encender una hoguera. Nuestros cuerpos, ya desnudos, se frotan el uno con el otro, es una sensación casi indescriptible, como si fuésemos las dos

110  
únicas piezas de un puzzle que encajan a la perfección. Excitante. Y juro que jamás en mi puta vida he sentido nada remotamente parecido a esto y no exagero.

–Gabriel, no puedo más.

–Lo sé, pero antes tengo que buscar... –empieza a alejarse de mi. No lo dejo y le rodeo fuerte la cintura con mis piernas

–No hace falta, estoy protegida –confieso y sus ojos se clavan indescifrables en los

míos, no sé si le gusta la idea o le disgusta. Conociéndolo está pensando lo peor. Tengo que explicarme antes de que se levante y se vaya.

–Tomo anticonceptivos para regularme el periodo –explico y parece relajarse un poco. Los hombres dan por hecho que cuando una mujer los toma, es porque tiene una vida sexual activa.

Independientemente de las dudas que esté teniendo, no pienso dejarlo echarse atrás. Lo agarro del culo –como he querido hacer montones de veces– empujándolo contra mi centro más caliente y no puede resistirse a eso. Su mandíbula está tensa y las gotas de agua de su pelo mojado se deslizan por su frente. Con los ojos clavados en los míos me embiste fuerte agarrando mis caderas, la sensación de tenerlo dentro me desborda, noto como mi vagina intenta adaptarse a su gran tamaño y por su cara extasiada adivino que le encanta que esté tan apretada. Estoy al límite, sospecho que no me va a bastar con una sola vez, necesito el resto de la noche para que nos saciemos el uno del otro. Gimo, lloriqueo, no aguanto y me dejo llevar. Gabriel se viene conmigo.

*En. Mi. Puta. Vida.*

Esto me va a arruinar para el resto de mi vida. ¿Dónde voy a encontrar otro hombre que me haga sentir lo indescriptible?

Intento que mis pulsaciones vuelvan a su estado normal mientras noto las de Gabriel igual de desbocadas que las mías porque sigue sobre mí. No me molesta su peso, al contrario, me encanta tenerlo así. Le acaricio la espalda hasta llegar a la parte más prominente. Se la aprieto... ¡Qué voy a decir, me encanta su culo!

–Lo siento –murmuro y Gabriel se ríe contra mi cuello.

–Yo también –murmura respirando todavía agitado–. Pero podemos arreglarlo, la próxima vez iremos más despacio.

Espero que con próxima se esté refiriendo a dentro de dos minutos y no a otra ocasión. Sigo deseándolo con la misma intensidad que antes.

–¿Te gustaría probar el enorme jacuzzi? –pregunta con voz ronca mientras sale de mí y se hace a un lado en la cama.

111

–¿Contigo?

–Sí, a menos que quieras bañarte sola –dice examinando detenidamente los gestos de mi cara. Duda y no está seguro de que yo quiera seguir con esto.

–Ni hablar. –Y le confirmo que quiero tanto como él.

112

### *Capítulo 8*

Me estiro en la cama como una gatita saciada, restriego mis ojos hasta que logro abrirlos, gimo. Mi cuerpo no tiene la más mínima intención de levantarse hoy. Estoy cansada, como si hubiera corrido veinte kilómetros de golpe.

Pego un respingo cuando una mano cae sobre mi pecho y me lo amasa por un momento hasta que vuelve a relajarse de nuevo. Parpadeo. Mi corazón está latiendo desbocado.

*Joder. Mierda.*

Acabo de recordarlo todo. Y cuando digo todo, es todo.

No quiero mirar, no sé si son remordimientos o algo parecido lo que siento de golpe, estoy en un lío. ¿Cómo he podido acostarme con Gabriel?

Por el rabillo del ojo lo observo, está dormido. Soplo en silencio y espero unos segundos hasta que creo que no va a despertarse. Inhalo, exhalo, inhalo, exhalo. Con mucho cuidado aparto su mano y ruedo de la cama hasta el suelo enmoquetado soltando un quejido al caer. Me paralizó rezando por no haberlo despertado, levanto los ojos y respiro aliviada. Sigue durmiendo. Comienzo a recoger mi ropa húmeda del suelo, mi sujetador no lo veo por ningún sitio y desisto de buscarlo. Salgo de la habitación lo más rápida que puedo, eso sí, no sin antes echarle una última ojeada al cuerpo desnudo de Gabriel. Me muerdo el labio. No voy a rebanarme los sesos buscando una explicación a lo que he hecho, Gabriel es mi tentación, mil veces más que todos y cada uno de los postres irresistibles que colocó ante mí el día anterior.

Cuando llego a mi habitación, corro hacia la ducha. Las dudas sobre como afrontarlo a partir de ahora se apoderan de mí, necesito salir de aquí y tomar el aire, necesito un café. No es que haya cometido un crimen ni nada de eso, solo ha sido sexo, nada más, pero... siento cosas que no debo sentir, ahora mismo me muero por volver a la cama con él, devorarlo entero y después quedarme dormida en sus brazos.

No puedo permitírmelo.

Me enfundo un vestido de gasa blanco con florecitas rosa pálido con cuello halter, que colgué arrugado de la maleta y hoy milagrosamente está perfecto. Hago una mueca. Habrá sido el servicio de habitaciones mientras estábamos fuera. Atrapo mi último par

de zapatos que traje conmigo y me deslizo en ellos, son del mismo tono rosa de mi

113

vestido, exactamente como el brillo de labios que pienso aplicarme en cuanto me cepille los dientes y seque mi pelo.

Me digo que no me estoy arreglando para él, pero en el fondo sé que estoy mintiendo como una perra.

Quince minutos después, o un poco más, no estoy segura, cierro la puerta de la suite a mis espaldas y respiro hondo antes de ir al restaurante en busca de mi desayuno. Estoy famélica.

Hay varias mesas libres al fondo, sin embargo, la que a mí me llama la atención está ocupada por alguien de pelo negro y espaldas anchas. Mi estómago pega un brinco porque reconozco a la perfección su silueta, la pasada noche me la aprendí de memoria, la acaricié tantas veces con mis manos que llegó un momento que creí que lo iba a desgastar. ¿Cómo ha podido llegar antes que yo? *Joder, qué incómodo, ¿qué voy a decirle?*

Respiro hondo, me armo de valor y decidida, me planto allí como si nada. Finjo que no he tenido la mejor noche de sexo de mi vida.

–Buenos días –suelto con voz neutra.

–¿Lo son? –pregunta sin levantar los ojos de su tablet. Adivino que está ojeando las noticias.

Su pelo todavía está mojado por la ducha y luce una camisa gris cinc con corbata negra como sus pantalones. Está muy guapo y no puedo evitar pensar en ese tatuaje bajo su camisa. Mi vientre empieza a calentarse y los latidos de mi corazón se incrementan el doble de lo normal. *Esto no está bien, Eider, nada bien.*

Por fin aparta los ojos de las noticias y me mira. Me estremezco. El azul de sus ojos, hoy parece más claro y su boca es besable al cien por cien. Me pellizco mentalmente. ¿Cómo he podido abandonar tan rápido la cama de este espécimen?

Carraspeo mientras tomo asiento a su lado.

–Yo... –Pero antes de que me exprese aparece el camarero con un surtido de dulces, tortitas, tostadas y hasta huevos con bacon. Mis ojos se agrandan.

–No estaba seguro de lo que te apetecería, así que he pedido de todo –dice y me pregunto cómo estaba tan seguro de que yo aparecería. Ruedo los ojos. Pues claro, soy

un libro abierto en lo que se refiere a la comida, me imagino que no ha dudado ni por un segundo que tendría hambre.

–Gracias –murmuro y me vuelvo de gelatina cuando me dedica una sonrisa.

114

–¿Te encuentras bien? –pregunta y yo frunzo el ceño. No sé a que se refiere—. El tequila, pensé que tendrías dolor de cabeza.

Ahora que lo pienso no tengo resaca de ningún tipo, estoy estupendamente.

–Mi cabeza está bien, aunque estoy cansada. –Y nada más decirlo me sonrojo violentamente. Yo y mi boca.

–No habrás dormido suficiente –murmura arrogante mientras se lleva la taza de café a los labios. Se está burlando de mí, sabe perfectamente que a lo que hemos dedicado la noche, no ha sido precisamente a dormir. Si es posible que me sonroje más, lo hago. Probamos todas las superficies de la suite, la última vez ha sido contra la puerta de la habitación. Creo que tengo un moretón en la espalda de cuando me he clavado la manivela.

Ataco un croasan fingiendo que me interesa más mi desayuno que una posible contestación. ¿Finjo? ¡Que va! Definitivamente afrontaré lo que sea cuando tenga el estómago lleno.

–¿A qué hora has quedado con el vendedor? –pregunto queriendo terminar con el momento incómodo del día después. Evito mirarlo directamente en todo momento, la indiferencia sería mi aliada si supiera como usarla, solo de pensar todo lo que hicimos...

–¿Tan desesperada estás por terminar aquí y marcharte? –me acusa enfadado.

–No estoy desesperada, solo era una pregunta –murmuro sin levantar los ojos de la taza de café.

–¿Podrías mirarme, por favor? ¿Tanto te arrepientes de lo que pasó entre nosotros que no tienes el valor de mirarme a la cara?

Me tenso, dejo el tenedor en el plato y lentamente clavo los ojos en los suyos.

–No me arrepiento de nada, es solo que...

–Si lo que dices fuera cierto, no me habría despertado solo –dice bruscamente y se levanta dejando la servilleta de tela sobre la mesa—. Te espero en diez minutos en recepción –dice secamente antes de marcharse.

No me gusta sentirme culpable mientras lo veo alejarse. Estoy enojada conmigo

misma. Entiendo pero no quiero entenderlo. No quiero saber, no quiero escuchar las voces que me animan en mi cabeza a seguirlo, a convencerlo de que volvamos a la habitación. Cuando te han hecho daño, lo último que quieres cuando por fin lo tienes superado, es dar la ocasión de volver a colocarte en un escenario parecido.

Y no quiero, con Gabriel no. Me importa más de lo que debería y estoy segura que esta vez no lo superaría.

115

Por primera vez en mi vida, dejo mi desayuno a medio y me levanto también.

Encuentro a Gabriel hablando animadamente con la recepcionista del hotel. Aprieto los puños. Estoy celosa como el demonio, esa sonrisa la quiero solo para mí. Con los primeros botones sueltos de su camisa azul cielo, la muy zorra está inclinada sobre el mostrador mostrándole parte de sus atributos.

Y yo nunca he sido celosa, ¡y lo odio!

Mi móvil elige ese momento para sonar y delata mi presencia, Gabriel se gira y me ve, yo lo ignoro. Descuelgo mientras salgo hacia la entrada.

–¿Sara? –Sé que me prometí no volver a hablar con ella pero estoy tan rallada ahora mismo que ya ni siquiera me importa.

–¡Eider, querida hermana, por fin me contestas!

–Resulta que hoy es tu día de suerte –digo irónica–. Dime, ¿a qué debo el placer de tu llamada? Si es por lo de tu boda, siento chafarte la noticia, ya la conozco.

–No voy a disculparme si es lo que esperas. Desde el principio David se interesó por mí, si no te lo dijo antes fue por lástima.

Lástima. ¿De qué estupidez quiere convencerme ahora? Olvida el pequeño detalle de que ahora, sí se de lo que ella es capaz. Ahora, aunque demasiado tarde, sí que la conozco. Y no va a envenenarme más.

Respiro hondo.

–No voy a entrar en tu juego... –decido–. Tú y David estáis hechos el uno para el otro, tienes lo que te mereces.

–Si de verdad no te importa como dices, ¿por qué no vienes a la boda?

–Tengo un trabajo al que no puedo faltar –miento–, estoy muy lejos de la ciudad y me es imposible asistir.

–¿Y se puede saber en que parte del mundo estás? David y yo podríamos ir a

visitarte. Quizás hasta me guste el sitio para celebrar la boda.

JA. JA.

Su cinismo me atraviesa como una daga de doble filo, está obsesionada con hacerme la vida imposible, me odia.

–Lo siento pero en el lugar donde trabajo no se permiten arpiás.

–Demuestras que sigues enferma de celos –suelta una risilla.

116

Me controlo, respiro hondo varias veces, aprieto los puños y noto como se me clavan las uñas en la palma. Esta persona hiriente que me habla es mi hermana.

–Si no tienes nada más inteligente que decir, lo siento pero has agotado tu tiempo, tengo que dejarte. Ha sido un horror hablar contigo, no te molestes en volver a llamar –digo todo lo serena que puedo.

–¿Hay alguien en tu nueva vida? Deberías presentármelo. –Suelta una carcajada–. ¿O tienes miedo de que me encuentre más caliente y sexy que a ti?

Se acabó. Cuelgo buscando la sombra de la pared lateral del hotel, me apoyo en ella y aprieto los ojos como estoy apretando el móvil en la palma de mi mano. Es curioso que haya mantenido la calma toda la conversación hasta que me ha mencionado a ese alguien en mi vida. Solo de imaginarme a Gabriel con Sara se me revuelve el estómago. Y Siento pánico.

No me doy cuenta que estoy llorando hasta que noto algo caliente resbalando por mis mejillas, duele. La saqué de todos y cada uno de sus líos, muchas veces cubrí su turno en el restaurante donde trabajaba porque ella estaba de fiesta o en la cama con resaca, la cuidé cuando estaba enferma, intenté animarla a estudiar, siempre quise que aspirara a algo más en la vida.

–¿Te encuentras bien? –pregunta una voz familiar y me sobresalto abriendo los ojos de golpe.

–Sí –murmuro limpiándome la cara con la palma de la mano. De su bolsillo saca un pañuelo de tela, se acerca y lentamente seca los restos de mis lágrimas. No parece que siga enfadado, le sonrío correspondiendo su gesto y él me devuelve la sonrisa antes de atrapar mi mano entre la suya.

–Vamos, regresamos al pueblo –anuncia y me arrastra con él hacia un Mercedes Benz negro aparcado en la entrada.

–¿Qué has dicho? –Me detengo en seco sacudiéndome de su mano.

–He dicho que volvemos a Entrepinares.

–¿Lo has dicho en plural?

–Sí, Eider, tú y yo.

–De eso nada, te deje bien claro que después de esto, se terminaba, ya no soy más la veterinaria de tu pueblo. Además, ¿Qué ha pasado con la cita con ese vendedor?

–Nunca ha habido ninguna cita –confiesa dejándome de piedra. Él no parece darle la misma importancia que yo. Como si no acabara de soltarme la bomba, tranquilamente me está animando a entrar en el coche.

117

–¿Y se quiere saber qué hacías tú en el tren? –pregunto cruzándome de brazos– ¿Y de dónde ha salido el coche?

–No podía dejar que te marcharas ¿has olvidado el antibiótico de Margarita?

–No hablas en serio.

–Muy en serio, ¿Y el análisis del esperma del ganado? Y por no hablar de lo solos que van a estar tus tres enamorados sin ti.

–Me tomas el pelo. –Sacudo incrédula la cabeza de un lado a otro–. La sola mención de la serpiente de tu hermano, es motivo más que suficiente para salir corriendo en el primer tren, por no hablar de que jamás he manipulado el... –carraspeo incómoda– miembro de un toro. –Ignoro a propósito el comentario de mis tres amigos.

Suelta una carcajada a mi costa.

–No tienes que manipular su miembro, utilizamos un electroeyaculador, Eider.

–Sé lo que se utiliza, la teoría la sé a la perfección, pero aún así...

–Yo te ayudaré... en todo.

No entiendo la terquedad de este hombre, ¿por qué tanto empeño en que siga trabajando en el pueblo? Soy un desastre y él lo sabe...

Lo pienso por un momento... La verdad es que no quiero volver a mi antigua vida, pero...

–Olvidas algo.

–Si es por lo que ha pasado entre nosotros... –empieza.

No quiero que siga, estoy casi segura que va a soltarme el rollo de que no ha significado nada y ahora mismo no estoy de humor para que me estropee una de las

mejores noches que he tenido en mucho tiempo, si me aprietas, nunca.

–Me refería a tu hermano, yo... no sé...

–Por eso no te preocupes, personalmente voy a encargarme de que no se acerque a ti. Y si quieres denunciarlo, estás en tu derecho, no voy a disuadirte de que no lo hagas.

–No voy a denunciarlo, por esta vez.

–Es tu decisión, pero no le vendría mal pasar una noche en el calabozo para acallar su ego.

Niego con la cabeza, todos tenemos un mal momento y probablemente ese fue el de Daniel, voy a darle el beneficio de la duda.

–¿Y bien? ¿Regresas conmigo?

Estoy muy tentada, quiero ser la eficiente veterinaria que Gabriel y el pueblo se merecen que sea, que sus animales estén en las mejores manos, pero no estoy segura de

118  
ser esa persona. Lo que sí tengo claro es que si vuelvo, la relación entre Gabriel y yo tiene que ser estrictamente laboral.

–Está bien, regreso contigo. Pero no te prometo que sea indefinido.

Me dedica una sonrisa arrogante que hace que mis piernas se tambaleen, apuesto a que no ha dudado un segundo que aceptaría.

–¿De quién es este coche? –pregunto cuando me deslizo en el asiento de cuero negro.

–Es alquilado.

A medio camino de abrocharme el cinturón me detengo.

–¡Espera, he olvidado mi maleta en la habitación!

–No la has olvidado, está en el maletero. Mandé traerla mientras desayunabas.

–Pero... –Me da un poco de vergüenza que una extraña haya hurgado en mis cosas y me haya echo la maleta, no me gusta que toqueteen mi ropa interior.

–Estoy seguro que no te falta nada, son muy eficientes en su trabajo.

Eficientes, sobre todo su amiguita la rubia de recepción con la que tonteaba hace unos minutos. Termino de ajustarme el cinturón apartando mi pelo a un lado, suspiro hondo y me acomodo en el respaldo del asiento. Va a ser un largo viaje.

Interminable.

Por el rabillo del ojo, examino detenidamente la forma en que conduce, cómo su mano derecha va de la caja de cambios al volante, y cómo su fuerte y musculosa pierna

pisa el acelerador. Trago saliva. Tenerlo tan cerca, su olor, la simple elevación de su pecho en cada respiración..., hace que vuelva a revivir con pelos y señales la pasada noche. Ahogo un gemido mordiéndome el labio. En la ducha, en la cama, en el jacuzzi, contra la pared...

–¿Tienes calor? –pregunta de repente. Ha debido ver el sonrojo de mis mejillas. Me encojo en mi asiento muerta de vergüenza.

–Un poco –murmuro. *Pero es por ti, por lo que me hace tu presencia, por lo que tus manos y tu lengua me hicieron, por no hablar de lo bien que se sentía tenerte dentro de mí.*

Deteniendo los ojos más de lo necesario en mis piernas, lleva su mano hacia el panel central del coche y baja los grados del aire acondicionado. Está serio y tenso, como si hubiera recordado el motivo por el que me ha dejado desayunando sola en el restaurante del hotel. O al menos eso pienso.

119

Y me siento con la responsabilidad de querer explicarme.

–Si me he marchado esta mañana antes de que despertaras, es porque me ha entrado pánico. No sabía como ibas a reaccionar cuando me encontraras a tu lado. Ya sabes... habíamos bebido... –murmuro y hago una pausa– Ni siquiera sé como tenía que reaccionar yo. Si te he dado la impresión de que me arrepiento de lo que pasó, no es cierto. En absoluto. Pero que no me arrepienta no quiere decir que quiera que se repita. Si vamos a trabajar juntos... no creo que debamos, ya sabes...

–Sí, ya sé –gruñe. No es buena idea que lo sepan tus... amigos.

–Es la segunda vez que los mencionas hoy, ellos no tienen nada que ver en esto, así que déjalo ya.

–Lo dejaré cuando dejes tú de aceptar todas sus invitaciones, resultas demasiado evidente.

Me muerdo la lengua para no gritarle.

–No sé en qué siglo te has estancado pero no es en el mismo que vivo yo.

–En el siglo en el que un hombre no puede ver a su mujer en compañía de otros – protesta–. Me lo tomo como que generaliza, yo no soy su mujer.

–Pues qué suerte que yo no sea la tuya –suelto girándome enfurruñada hacia la ventanilla. Él gruñe algo que no logro entender y se construye el silencio entre nosotros.

El viaje es largo y aburrido, y duermo la mayor parte del tiempo. Me da pena por él porque imagino que debe estar igual de cansado que yo gracias a nuestra noche movidita, pero es muy testarudo y las dos veces que me he ofrecido a conducir, se ha negado rotundamente. Debe ser que no se fía de mi capacidad frente al volante. Sonrío. Si él supiera... que lleva razón. Reconozco que soy un poco torpe, sobre todo cuando se trata de trayectos que no he recorrido nunca. El peor día de mi vida en la carretera se remonta tres años atrás, cuando llevaba a mi madre al podólogo.

Imagínate la escena. En plena ciudad, cuatro carriles en el mismo sentido, yo en el de la izquierda, hasta ahí bien. El problema es cuando me doy cuenta que voy a ciento veinte, a trescientos metros está mi salida y no tengo forma humana posible de pasarme tres carriles a la derecha porque las vías están atestadas de coches. ¿Y qué se me ocurrió a mí? Pues agitar un pañuelo por la ventanilla y ponerme a pitar como una loca para hacerme hueco, provocando que el tráfico se ralentizara considerablemente. Al final lo conseguí sin que nadie chocara por mi culpa, pero me llevé una multa de trescientos 120

euros por conducción temeraria. ¡Qué casualidad que pasara por allí un coche camuflado de la guardia civil!

Vuelvo a observarlo por el rabillo del ojo. Está con la mirada en la carretera y parece tenso, sus manos sujetan fuerte el volante, como si estuviera esforzándose por no llevarlas a otro sitio. Resoplo. No sé ni como me ha convencido para que vuelva al pueblo. Después de conocer de primera mano lo que sabe hacerle a mi cuerpo, ¿cómo voy a comportarme como si nada y seguir trabajando a su lado?

Mis próximos días van a ser un infierno.

Yo también estoy apretando las manos en mi regazo para evitar la tentación de colocárselas en la pierna, acariciarle el pelo mientras conduce, o tocarlo, solo tocarlo. Con eso me conformo. Cierro los ojos y trato de concentrarme en otro tema. Si él supiera que estoy pensando en subirme encima de él y hacerle un chupón en el cuello...

*Joder Eider, estás mal de la cabeza.*

—¿Tienes hambre? —pregunta de repente sobresaltándome.

—La verdad es que no mucha, pero un café estaría bien. —Y nada más decirlo, Gabriel se desvía hacia la derecha, a un restaurante de carretera.

—De todas formas queda menos de una hora de camino, podemos comer en el

restaurante de mis tíos.

–Si no te importa, prefiero irme directa a mi apartamento –digo insegura con los ojos al frente.

*Patética.* ¿De verdad espero que se trague que quiero prescindir de una buena comida?

–Si quieres evitarme, espera a después de comer. Los dos sabemos que es lo más sensato teniendo en cuenta que la comida es uno de los dos placeres de la vida que más disfrutas –dice guiñándome un ojo.

–¿Dos? ¿Y según tú, cuál es el otro? –Y cuando lo digo cierro la boca de golpe. Ha colocado una sonrisa arrogante en su cara y sé exactamente a lo que se está refiriendo. Detiene el coche en una plaza libre de aparcamiento, justo frente a la puerta del restaurante, después se gira en su asiento hasta quedar frente a mí. Por largos e interminables segundos me examina sin hablar. No puedo descifrar su mente y mis latidos aumentan su ritmo. Me encojo en el asiento notando como empiezan a calentarse mis mejillas. Me hago la despistada desviando los ojos hacia el cartel del restaurante, me muero por saber lo que esconde el brillo azul intenso de sus ojos. Tamborileo los dedos sobre mi pierna. Como no diga algo voy a estallar en llamas de un momento a  
121

otro, o mejor me desintegro y acabamos antes con la tortura. Incómoda por su escrutinio, me envalentono y lo miro también. Por fin se decide a hablar.

–¿De verdad tengo que recordarte cuál es el otro? –pregunta con voz ronca.

Si puedo ponerme aún más roja, lo hago. Ni de broma pienso contestar a eso.

Salgo del coche colgándome el bolso en un movimiento algo brusco. El aire caliente no es bienvenido y soplo resignada.

Estoy abriendo la puerta del restaurante cuando noto que me agarra de la mano y me frena.

–No sé si te has fijado en la cantidad de camiones que hay en el aparcamiento. Si fuera tú, no entraría sola.

–No me dan miedo un montón de camioneros –digo con aire indiferente mientras deslizo mi pelo detrás de la oreja.

–Tú misma. –Y me suelta.

Me arrepiento de mis palabras en el momento exacto en el que pongo dentro el

primer pie y decenas de miradas hambrientas me recorren entera sin ningún pudor. Me muerdo la lengua por haber declinado la protección simbólica de Gabriel. Los hombres no te miran igual si piensan que ya estás pillada. Antes de que me de la vuelta y salga en dirección contraria, el brazo de Gabriel me rodea la cintura. Respiro aliviada al sentirlo – *dios que bien sienta* –, me aprieta contra su costado y como si fuera la cosa más natural del mundo para él, me guía hacia la barra. Por el rabillo del ojo, compruebo que la mayoría de las miradas han vuelto al lugar donde estaban antes de que yo atravesara la puerta. Reconozco que desde siempre me han incomodado los momentos así. No entiendo esa obsesión de la gente por controlar a cada persona que aparece por la puerta. –¿Café solo? –pregunta con una sonrisa de te lo advertí.

–Sí, por favor. –Y me siento en un taburete de madera a pocos centímetros de la barra también de madera. Gabriel se limita a quedarse de pie, muy cerca de mí, demasiado. No es que me queje pero me está malacostumbrando y cuando vuelva a estar sola, voy a arrepentirme de haberlo dejado acercarse tanto a mí, y no me refiero solo a físicamente. He escuchado hablar de sensaciones, de lo diferente que se siente todo cuando la persona que está a tu lado es la que está destinada a estar contigo. Siempre he pensado que eran historias ficticias, que la gente quiere creer que de verdad existe tu otra mitad para no perder la esperanza, para seguir alimentando el largo camino de la vida y hacerlo llevadero.

Ahora no sé qué pensar.

122

Estoy siguiendo cada uno de sus movimientos mientras se dirige al camarero, sus manos, sus labios al hablar... Es como si lo hubiera visto hacerlo millones de veces antes.

Y es una sensación aterradora.

De repente me noto extraña, un sudor frío me atraviesa de golpe, aprieto los palmas de las manos sobre mis piernas y me obligo a respirar.

No puede ser...

Independientemente si existe o no mi otra mitad, acabo de darme cuenta de algo...

Y creo que he dejado de respirar.

No, por favor. Llevo una enorme bocanada de aire a mis pulmones y suelto el aire de golpe. Solo lo conozco de... ¿cuatro días, cinco?

Estoy loca por él. Su sola presencia estimula cada parte de mí, por insignificante que sea. Me masajeo la sien derecha porque acaba de instalarse un suave pinchazo de advertencia en mi cabeza. Esto no me está pasando. No. El amor duele, hace daño, te rompe en mil pedazos.

Y yo no quiero eso. Por nada del mundo.

–¿Te encuentras bien? –pregunta Gabriel preocupado cuando deposita el café frente a mí. Él ha pedido lo mimo.

–Sí, no... no lo sé –confieso. ¿Qué voy a hacer ahora? Tengo unas inmensas ganas de echarme a llorar hasta quedarme seca. ¿Cómo he podido dejar que ocurriera? No quiero ni puedo depender de sus miradas, de que me encuentre deseable, de que me necesite, de que me eche de menos como estoy segura que voy a echarlo de menos a él.

–Si es por este sitio, lo siento.

–No. Es... me duele la cabeza, eso es todo –miento notando el desconcierto en sus ojos. Estoy deseando llegar al apartamento, tengo que alejarme, convencerme de que es transitorio, necesito creérmelo para poder dejarlo atrás sin remordimientos. Mi madre adoptiva tardó dos años en recomponer sus pedazos cuando mi padre la abandonó. Yo no quiero eso para mí. No si puedo evitarlo.

Para más tortura interna mía, me está acariciando suavemente el pelo que cae sobre mi espalda, llevando miles de corrientes estremecedoras hacia mi cuero cabelludo. *¿Cómo sabe que tranquiliza ese gesto cuando estoy nerviosa?*

–Gabriel –le riño, pero creo que ha salido más como un gemido.

–Pasa la noche conmigo –susurra en mi oreja girándome en el taburete hacia él.

–Ya hemos hablado de esto.

123

–¿Qué es lo que te da miedo? –Clava directamente los ojos en los míos, como si quisiera ver dentro de ellos.

No le contesto. Directamente me limito a levantarme y colocarme el bolso al hombro. Lo miro por un instante, o una eternidad, no se. Y tengo sentimientos encontrados. Gana la razón, el corazón pierde.

–Deberíamos irnos ya –murmuro fríamente.

–Ni siquiera has probado el café.

No es que me esté muriendo por hacerlo, pero me bebo un trago quemándome la

lengua al hacerlo. Ni siquiera me quejo. Lo importante ahora es llegar a Entrepinares y alejarme todo lo que pueda de él, al menos fuera del trabajo.

–Ya lo he probado, ¿podemos irnos ya? –insisto.

–Si es lo que quieres –dice bruscamente antes de atrapar mi mano entre la suya y arrastrarme al exterior.

Cuando estamos cerca del coche me suelta de golpe y termina el trayecto a pasos agigantados dejándome detrás. Se desliza en el asiento del conductor y me espera con las manos rígidas en el volante. No sé lo que dicen sus ojos porque acaba de colocarse las gafas de sol, pero es evidente que acabo de enojarlo y mucho.

¿Es lo que yo quería, no?

124

### *Capítulo 9*

Por fin estoy en mi apartamento tirada boca arriba en la cama. No dejo de darle vueltas a todo. Podría culpar a los tapones de tequila, sería más fácil, pero hay un pequeño inconveniente que no puedo omitir, ya estaba ardiendo por Gabriel antes de bebérmelos, lo he estado desde la primera vez que lo vi aparecer con ese porte arrogante y autoritario en la cafetería de la estación.

Un pitido intermitente y estridente desde la calle, me lleva a levantarme y asomarme a la ventana. No quiero, pero mi sonrisa tiene vida propia y se ensancha. La sensación refrescante en mi pecho me dice que no puedo dejar atrás todo esto, tan fácilmente. Mis tres jinetes del Apocalipsis acuden a mi rescate como siempre.

Iker está en el volante del todoterreno con el logo de su granja, Miguel en el lado del copiloto y Luis con medio cuerpo fuera de la ventanilla en la parte de atrás.

–¡Veis! ¡Ya os dije que nuestra chica no podía haberse marchado sin despedirse! –chilla Luis a sus hermanos que me estudian inseguros.

–¿Dónde te metiste ayer? ¡Te buscamos por todas partes después de que la chica de la estación nos contara que habías cogido el tren! –exclama Miguel.

Apuesto a que tampoco se le olvidó mencionar que Gabriel también subió a ese tren.

–Me ausenté por trabajo, compra de ganado y eso –miento. No puedo decirles que en realidad volvía a la ciudad, no son los únicos que me han acogido bien en el pueblo, pero sí los que me han hecho sentir que puedo echar raíces en un sitio nuevo y lejos de la gente que conozco.

–Ah, nos despistó un poco las maletas que llevabas contigo –indica Iker.

Ruedo los ojos, no se le ha escapado nada a la chica.

–No sabíamos el tiempo que demoraría la compra y ya sabéis como somos las chicas con la ropa...

–Fuiste con Gabriel –acusa molesto Miguel interrumpiendo mi explicación.

–Él me necesitaba por trabajo, igual que podríais necesitarme vosotros.

–¿Estás diciendo que si fuera preciso viajarías también con nosotros? –pregunta Luis y después añade con un carraspeo– ¿Por trabajo?

–Pues claro –reconozco abiertamente. Sería muy divertido.

125

–Interesante saberlo porque la semana próxima vamos a una convención y como comprenderás necesitamos de tus conocimientos veterinarios –continúa alegremente.

–¿Cuál es el tema de la convención? –pregunto rodando los ojos.

–Eh... –duda–. Sobre el efecto del calentamiento climático en los animales.

–Dime que no has soltado lo primero que se te ha venido a la cabeza.

–¿Se ha notado mucho?

–Quizás lo hubiera tomado un poco más en serio viniendo de Miguel, pero de ti... –suelto una carcajada.

–¿Tan serio te parezco? –protesta Miguel que acaba de bajarse del coche.

Esta situación me recuerda a la escena de Romeo y Julieta en el balcón, a excepción que yo tengo tres romeos y Julieta solo tenía uno.

–Un poco, ¿pero alguien tiene que ser el sensato de los tres no?

–Eso es verdad –asevera Iker asomando la cabeza por la ventanilla.

–Bueno, ya que no hay viaje, ¿vienes a casa a cenar? –me pide Luis amablemente.

–Nuestra madre ha preparado pierna de cabrito al horno con patatas y verduras asadas

–contrataca Miguel usando toda la munición que les quedaba para tumbarme.

Solo he comido un sándwich desde que Gabriel me dejó en casa, hace como un par de horas y mi estómago ya está rugiendo de nuevo.

Espera... hablando de Gabriel...

Soplo fuerte.

Todavía tengo algo desagradable que hacer.

Ante todo soy veterinaria y aunque quiero posponer lo inevitable con todas mis

fuerzas, no puedo. Mi ética profesional me lo impide.

Margarita necesita la segunda dosis. *Mierda.*

–Aún tengo trabajo –digo de mala gana.

Miguel hace una mueca de disgusto y Luis bufa. Iker solo contempla la escena desde el asiento del conductor arqueando una ceja.

–Pero puedo acercarme cuando termine –los animo.

Se oye un suspiro de alivio colectivo y sus gestos me llenan. No tienen ni idea de lo importante que es para mí que quieran que pase tiempo con ellos, en su casa, con su familia. ¿Cómo fui tan estúpida de subirme a ese tren sin despedirme?

Quince minutos después, estoy conduciendo camino al rancho Vera Cruz.

126

Me he duchado y me he enfundado en unos vaqueros largos de pitillo y una camiseta ceñida de tirantes anchos negra. Llevo mis zapatillas de deporte y el pelo recogido en una coleta.

Eficiente al cien por cien.

Nada de maquillaje ni ropa seductora. Nada que haga pensar a Gabriel que quiero cautivarlo. Eso se acabó. ¿Recordará que prometió ayudarme? Joder, espero que sí.

Cuando estaciono cerca de la entrada de la gran casa de la familia Vera cruz, me estoy sermoneando interiormente por haber venido. Estoy nerviosa. Me quedo dentro del coche buscando el valor necesario para poner un pie en esa casa.

Ahí vive Gabriel y el acosador de su hermano. No sé lo que es peor.

¿Cómo voy a reaccionar si Daniel aparece? Y lo que es peor, ¿seguirá con su empeño de hacerme daño? Me están temblando las piernas solo de pensarlo.

Después de lo que parece una eternidad, me armo de valor y por fin salto de la camioneta al camino de piedra que lleva a la casa. Alrededor hay una extensa variedad de plantas y árboles ornamentales dibujando un bonito y cuidado jardín. Debe ser obra de su tía Marta, la mujer es polifacética y sabe hacer de todo un poco.

–Pensé que nunca te decidirías a bajar del coche –dice una voz a mis espaldas que me eriza el bello del cuerpo. Lentamente me giro y me topo con el imponente y cuidado rostro de Daniel. Bueno, eso si evito mirar el moretón en su ojo derecho. Está serio y... ¿arrepentido? Sus ojos no están tan vivos como de costumbre, puedo asegurar que la luz que lo caracterizaba ya no está ahí. Y no sé si sentir pena por él.

–Sí, bueno. Dadas las circunstancias... ¿No crees que es normal que tenga miedo a poner un pie en la casa donde sé que voy a encontrarme contigo?

–Lo siento mucho, Eider –dice suplicante.

–¿Qué le ha pasado a tu cara? –pregunto preocupada y me reprendo por ello. ¿Por qué me importa si quiso hacerme daño?

–Tu fiel defensor se despachó a gusto conmigo. –Coloca una sonrisa amarga en su boca.

Realmente no sé exactamente qué pasa entre ellos, pero ahora que lo miro detenidamente, pienso que en el fondo Daniel necesita la aprobación de su hermano, quiere hacerle notar que está ahí.

–Daniel...

127

–En serio que lo siento. No sé que me pasó, me pasé bebiendo y necesitaba a alguien que no fuera una de las caras que veo siempre a diario. Te quería a ti. –Se revuelve nerviosamente el pelo de la nuca mientras trata de disculparse.

No se que contestarle a eso.

Guardo silencio y entonces Daniel sigue hablando cabizbajo.

–Estoy arto de esto, Eider, de vivir aquí, de ser la sombra autodestructiva de mi hermano. Quiero irme a la ciudad, ¿tengo sueños, sabes? No quiero vivir el resto de mi vida en este pueblo. Me asfixio.

–¿Y por qué no te vas?

–Porque Gabriel amenaza con anular mis cuentas.

–¿Y puede hacerlo?

–Hasta que yo cumpla los treinta sí, por lo visto mi padre confiaba más en el buen juicio de mi hermano que en el mío. Lo asignó mi albacea hasta entonces.

Los padres siempre tienen una buena razón para hacer lo que hacen. No puedo juzgar a los de Daniel porque no los conocí, pero imagino que lo dispusieron así por su bien, mientras maduraba lo suficiente para manejar su propio dinero sin malgastarlo.

–¿Y cuál es tu sueño? –murmuro y veo como se enciende una pequeña chispa en sus ojos.

–Ven, quiero enseñarte algo. –Y agarra mi mano llevándome con él.

Me resisto, dudo, que lo haya escuchado no quiere decir que me fíe de él. Sigue

dándome un poco de miedo.

–No voy a hacerte daño –murmura mirándome a los ojos. Puedo ver cuan vulnerable se está mostrando ahora.

Al final me convence.

Cruzamos la puerta blanca lacada con una aldaba dorada en el centro y nos sumergimos en un recibidor grande y espacioso con unas escaleras de mármol al frente. Daniel aprieta mi mano y rápidamente me hace subir por ellas como si temiera que alguien nos descubriera. Al instante estamos en una habitación con montones de dibujos enmarcados en la pared. Parecen estar hechos a carboncillo y son muy expresivos. Me encantan.

–¿Son de cómics?

Asiente sin perderse ni un minuto mi reacción al verlos.

–Imagino que son tuyos.

–Si –duda. No sabe si van a gustarme y sigue estudiándome.

128

–Son buenos... –afirmo mientras hago un recorrido por la habitación deteniéndome un momento en cada uno de ellos. Envidio su talento, yo siempre he sido malísima en dibujo.

Observo el cambio repentino en la cara de Daniel, está complacido y feliz.

–¿Lo piensas en serio?

–Por supuesto, parecen estar vivos...

–Nunca antes había dejado a nadie entrar aquí, eres la primera que lo hace.

–¿Nadie? ¿Ni tu tía?

Niega con la cabeza.

–Dirían que es una pérdida de tiempo y que sigo sin madurar.

–Pues yo no lo creo, pienso que si les hablaras de lo que de verdad te gusta hacer, te apoyarían.

–No los conoces como yo, ellos no ven más allá del rancho, sobre todo mi hermano.

–Deberías tratar de explicárselo. –Y conforme lo veo negar con la cabeza, los ojos se me van por inercia hacia la repisa interior de la ventana. *Mierda*. Me detengo de golpe horrorizada. Un sudor frío me envuelve en un segundo y al siguiente lo veo todo negro.

–Eider... –murmura una voz–. Despierta. Vamos Eider...

Lentamente me obligo a abrir los ojos y pego un respingo cuando miro a mí alrededor.

–Tranquila, estás en mi habitación, no te alteres.

Que no me altere. ¡Que no me altere dice! Cierro los ojos de nuevo. Debí estar pasando por un momento de locura transitoria cuando decidí por mi cuenta presentarme en su casa.

Estoy en la esponjosa cama de Daniel y su amiguita de ojos amarillos y brillantes me está mirando desde el terrario de la ventana como si yo fuera un manjar exquisito.

Me obligo a respirar. Repetidamente, sin pausa.

Voy a matar a Gabriel cuando lo vea, me prometió que estaría aquí conmigo y me ayudaría. Me mintió. Rata traicionera.

Noto un leve escozor en la frente y automáticamente mi mano viaja hasta allí. Daniel la atrapa antes de que me toque.

–Tienes un pequeño corte en la frente, te lo hiciste al caer al suelo –hace una pausa–. He desinfectado y curado la herida, así que mejor no te toques.

–¿Me he caído?

129

–Desmayado más bien. No se si sentirme alagado o el hombre mas desdichado del planeta por perder el sentido al ver mis dibujos.

Si el supiera...

–Debe haber sido el calor y que apenas he comido hoy.... –Me incorporo de golpe buscando mi bolso donde llevo el antibiótico de la culpable de mi desmayo. Eso me recuerda que tengo un poco de prisa, he quedado para cenar.

Mentalmente busco una canción para tenerme distraída mientras me preparo para lo inevitable. Tarareo en silencio concentrándome en la letra. No puedo pensar en ese bicho o voy a volver a morder el polvo. Me enfundo los guantes de látex, saco la jeringuilla y la clavo en el antibiótico. Rezo para que Daniel me ayude sin descubrirme.

–¿Puedes sacarla y sujetarla mientras se lo inyecto?

–Claro. Ah y gracias por tratarla, hoy ya está mejor, incluso se ha comido un ratón. Sonrío falsamente. Mi estómago se encoge. ¡Qué asco! Podría estar echándose una siesta también en vez de estar mirándome como si fuera una hamburguesa.

Carraspeo. No quiero mirar, no quiero mirar. Gabriel, me las va a pagar.

Contengo la respiración y me acerco, le clavo la aguja. Uno, dos, tres. Ya está. Rápidamente pongo distancia y disimulo quitándome los guantes y desechando la aguja. –¿Puedes tirar esto en algún sitio? –pregunto un poco acelerada. –Si, claro. Déjalo ahí, yo me encargo después. Y ¿Eider? –Lo miro. Esta colocando de nuevo a Margarita en el terrario–. Gracias otra vez... por todo.

Le sonrío antes de salir por la puerta. ¿Como ha pasado de ser enemigo denunciado a amigo confidente? Y mira que cuando yo le tomo manía a alguien no es fácil que cambie de opinión... pero en este caso...

Me acompaña todo el camino de vuelta a la camioneta y no puedo evitar buscar a Gabriel con la mirada a cada paso que doy. Él sabía que venía y ni se ha molestado en aparecer. Rastrero.

Me acomodo en el asiento de la camioneta y bajo la ventanilla. Apoyo el brazo, me coloco las gafas de sol en la cabeza y lo miro. Quiero darle un consejo antes de irme. ¿Alguien tiene que hacerlo, no?

–Deberías perseguir tu sueño.

El me sonrío ampliamente.

130

### *Capítulo 10*

Al día siguiente me levanto lo suficientemente temprano para ver como empieza a clarear el día. El azul claro, con el oscuro y un poco de gris se mezclan en el horizonte dando paso a los tenues rayos de sol. La brisa fresca de la mañana se cuele por la ventana mientras me deslizo en mi ropa práctica y cómoda para el trabajo de hoy.

Extracción de semen.

Sin comentarios.

No recuerdo un solo día en la ciudad en el que me levantara con tanta energía como hoy. Me gusta mi trabajo. Me gusta este pueblo y su gente.

*Estoy jodida.*

La pasada noche en la casa de los Sánchez me reí como no recordaba. Les estoy tomando tanto cariño como ellos a mí. En el momento en que Gloria deslizó la tarta selva negra delante de mis ojos, supe que no podía dejar que esta familia saliera de mi vida.

De ninguna manera.

En el momento que llego al rancho y aparco en la zona de visitantes, junto a la oficina, Gabriel montado en su caballo trota hacia mí. Está imponente como la última vez que lo vi en ese mismo lugar. Es tan sexy, caliente y guapo que me duele mirarlo. Si Ángela o Valeria me vieran rechazar a alguien así, me encerrarían en un psiquiátrico o peor aún, se lo rifarían entre ellas.

Desmonta al llegar a mi lado pero no me estudia como hace siempre, como me gusta que haga, en cambio, se muestra indiferente.

Eso duele.

–No era necesario que te desplazaras hasta aquí, yo mismo te llevaré las muestras más tarde para que las analices.

Me está diciendo que no me quiere cerca. Blanco y en botella, leche.

–Eso no es lo que habíamos hablado. Tú me pediste...

–He cambiado de opinión –dice secamente–. Ya que te empeñas por activa y por pasiva en convencerme de que no eres apropiada para el puesto, voy a facilitarte las cosas.

131

Acaba de clavarme una daga afilada en pleno pecho. Quiere que me vaya.

Eso duele todavía más.

–¿Y por qué no me dejaste que me marchara? ¡Fuiste tú quien insistió! –grito muy enfadada–. ¿Sabes qué? ¡Que te jodan!

–¡Eso ya lo has hecho tú! –ruge atrapando mi muñeca justo cuando iba a volver al coche.

–Nunca debí haber aceptado quedarme –digo apretando los dientes y veo como vuelve el viejo Gabriel echándome un vistazo de arriba abajo. Sus ojos en llamas. En un impulso me arrastra a sus brazos atrapando violentamente mis labios entre los suyos. Me resisto al principio, de verdad que lo hago, pero termino por rendirme y seguir el juego a su lengua. Gimo en su boca. De golpe me aparta mirando alternativamente de mis ojos a mis labios ahora hinchados por su beso. Después se fija en el corte de mi frente y hace una mueca.

–¿Y esa herida? –pregunta tenso.

–Esta herida es por tu culpa –murmuro–. Me prometiste que estarías conmigo, que me ayudarías con Margarita ¿y qué hiciste? Dejarme sola con Daniel. ¿Y yo qué hice?

Caer redonda al suelo.

Él suelta una maldición y se revuelve nervioso el pelo de la nuca. Se aleja unos pasos de mí.

–No creí que vinieras...–sopla de espaldas a mí–. ¿Y... mi hermano? ¿Se atrevió a tocarte? –Se gira de nuevo hacia mí visiblemente cabreado.

–No –murmuro y noto como sus hombros se relajan.

–Fui a la clínica y no estabas –murmura muy cerca de mí.

–Salí a cenar –confieso escuetamente. Que no me pregunte con quién, que no me lo pregunte.

–¿Sola?

Ahí está. Si le digo la verdad va a enfadarse pero si no lo hago, va a enterarse por otras personas antes de la hora del almuerzo.

–Gloria Sánchez me invitó a su casa.

–Claro –dice ásperamente.

–¡Deja de pensar siempre lo peor! –exclamo enfadada.

–¿Y qué estoy pensando? ¿Qué mientras que a mí me rechazas, a ellos no puedes negarles nada? No soy estúpido Eider –dice alejándose mí y repasando el golpe del puño de Daniel en la camioneta.

132

–Siempre tergiversas todo... –Si lo rechazo es porque tengo miedo a que se incruste demasiado bajo mi piel, a que no pueda marcharme nunca de aquí o peor aun, tengo miedo a darle poder para hacerme daño.

–Déjalo. Ya me lo dejaste bien claro ayer. Yo soy tu jefe y tú trabajas para mí. Eso es todo. –Reanuda sus pasos y monta de nuevo a lomos de su caballo dejándome sola.

El día en la clínica se torna algo movido, he desparasitado y vacunado a un par de gatos. Un perro ha necesitado puntos en una pierna y un hámster tenía la panza hinchada de la ingesta masiva de pipas. Por último, Gabriel ha mandado a su dulce y voluptuosa secretaria a dejar las muestras que portaba en una nevera metálica.

–Gabriel me manda decirte que no es necesario que le lleves los resultados. Llama a la oficina y yo vendré a recogerlos –dice sonriendo victoriosa. Su escote no deja nada a la imaginación, lleva los pechos prácticamente fuera del ajustadísimo vestido rojo. Apuesto a que no lleva bragas porque no se marca ni una finísima tira. Nada.

Alcanzo a ver un atisbo de maldad en sus ojos, esta mujer puede hacer mucho daño si se lo propone. Me recuerda a una vívora. No creo en el mal de ojo, pero si existe, estoy segura que cuando ella salga por la puerta, voy a tener todos los síntomas. La energía negativa que desprende me está angustiando, quiero que se vaya.

–De acuerdo. Llamo en cuanto lo tenga. –Pensando que va a marcharse ya, agarro la nevera para meter su contenido en el frigorífico hasta esta tarde cuando lo analice en el laboratorio. Me detengo cuando me doy cuenta de que no se mueve—. ¿Se te olvida algo? –pregunto y sonrío malévolamente de oreja a oreja.

–El primer día que entraste por la puerta de la oficina, pensé que podrías ser mi rival... Mírate, no me llegas ni a la suela de los zapatos –escupe como la serpiente venenosa que es.

Me muerdo la lengua tan fuerte que noto el gusto metálico de la sangre. Nunca he sido una verdulera y no voy a empezar a serlo. Todo lo serena que puedo, le contesto.

–Tienes razón, jamás podría compararme contigo. A diferencia de ti, yo no me acuesto con el hermano del hombre que quiero atrapar.

–Zorra... –me insulta. Y por segunda vez atrapo la mano de una amiguita despechada de Gabriel cuando está a punto de golpear mi mejilla. ¡Qué violentas son las mujeres en esta parte del país!

–¿Algún problema? –pregunta Marta al entrar y ver la escena.

133

–No, Lucía ya se iba. –Me lanza una mirada asesina solo para mí y después de dedicarle una falsa sonrisa a Marta se despide por fin.

–Nos vemos en el rancho tía Marta.

–Le he dicho millones de veces que no me llame tía –dice cuando Lucía sale—. Es capaz de todo para conseguir entrar en la familia. Pero por mucho que quiera aparentar ser la mejor candidata delante de mí, no va a conseguirlo. Mientras yo viva, no dejaré que se case con ninguno de mis sobrinos.

–Hola Marta –saludo para desviarla del tema.

–Perdona que haya dicho todo eso pero cuando he visto que iba a abofetearte... Te aseguro que de haberlo echo, la habría agarrado de las greñas. Dios sabe que si sigue trabajando en el rancho es por su padre. Rafael no sabe la clase de persona que tiene por hija y con su edad puede que le diera un infarto si llegara a enterarse.

–No tiene importancia, de verdad. Ella ha pensado que yo... bueno que se ha llevado una impresión errónea sobre Gabriel y yo.

–Qué pena –suelta un suspiro.

Arqueo una ceja.

–Bueno y, ¿qué te trae por aquí? –cambio de tema.

–Asegurarme de que no vuelves a aplazar una cena. Te esperamos esta noche en casa. ¿Qué? ¿Esta noche? Gabriel va a estar allí, no puedo ir. Estoy segura que él no sabe que su tía iba a invitarme. Tengo que salir de esta como sea. Noto como me estoy poniendo de todos los tonos de rojo.

El tono de mi móvil me rescata y en este momento me da igual que sea Sara, David o la Santa madre superiora la que llama, se lo agradezco a quien sea.

–Perdona Marta, tengo que contestar.

–Claro, voy un momento a visitar a una vecina y regreso enseguida.

Levanto el móvil del mostrador solo cuando Marta sale por la puerta. Mi sonrisa se amplía.

–¿Ángela?

–Hola nena, ¿qué tal estás?

–¿Trabajando y tú?

–Pues ahora mismo estoy con Valeria observándote desde el escaparate.

Automáticamente se me van los ojos hacia allí. Suelto una carcajada cuando las veo saltando y haciéndome señas con la mano. Sin esperar a que entren, salgo corriendo a la

134

calle y puedo asegurar que en el momento en que me envuelven en sus brazos soy la mujer más feliz del mundo.

Han venido hasta aquí por mí.

–¿Qué hacéis vosotras aquí? –Cuando nos separamos ya no se están riendo, ahora veo sus caras de preocupación, no es una visita de cortesía.

Algo anda mal.

–¿Qué pasa?

–Para empezar... lo sentimos –dice Valeria.

–¿Lo sentís? –Tiene que ser algo muy malo para que hayan recorrido ochocientos kilómetros solo para decírmelo en persona. Me tenso. Mis pulsaciones se aceleran.

Antes de que me mate la angustia, Ángela por fin se pronuncia.

–Sara escuchó una conversación nuestra a escondidas. Bueno, lo que se dice escuchar...

–No te andes por las ramas, Valeria –la regaña y ella continúa.

–Nos grabó hablando sobre ti. –Respira hondo y yo cuento mentalmente hasta tres.

Estoy a punto de ponerme a gritar–. No sé como logró hacerlo sin que la viéramos pero escondió su móvil en una planta cerca de nuestra mesa en la cafetería de Lucas. Lo peor es que mencionamos el nombre del pueblo. –Valeria mira a Ángela y de vuelta a mí–. Eider, tu hermana sabe que estás en Entrepinares.

*Mierda.* Si me pinchan en este instante, no sangro.

Por un momento me quedo como paralela a la conversación, como si no fuese conmigo la historia.

Parpadeo y vuelvo a la realidad.

–¿Y como os habéis enterado? –logro preguntar aunque las venas se me estén congelando progresivamente.

–Tu ex, apareció en mi apartamento y confesó –dice Ángela.

–Esto es todavía más raro ¿Por qué ha delatado a su novia? –Cada vez entiendo menos a David. Primero se molesta porque le revelo que nunca estuve enamorada y ahora descubre a Sara. Los hombres y su mente incomprendible.

–No lo sé Eider, pero es muy probable que esté empezando a conocer realmente lo fría y calculadora que es tu hermana. Te aseguro que parecía devastado cuando nos lo contó. Nos advirtió, quiere que estés preparada.

–Sé exactamente a lo que viene, quiere quitarme lo que tengo aquí.

135

–La diferencia es que ahora vamos a estar esperándola. Sus mentiras y maquinaciones no van a funcionarle esta vez.

Yo no estaría tan segura de eso, Sara siempre consigue lo que quiere a cualquier precio. Nunca le ha importado lastimar a alguien en el camino. Mis pensamientos van a mil revoluciones por minuto, tengo que encontrar una solución y parar a Sara de una vez por todas.

–Imagino que habéis venido en tren.

–Exacto.

–Pues si Sara no ha venido en el mismo viaje con vosotras, quiere decir que todavía no está en camino. Hasta mañana no vuelve a pasar otro tren procedente de allí. A no ser... que conduzca hasta aquí, con Sara nunca se sabe –deduzco.

–Esperemos que no.

Gimo en voz alta al ver la figura de Marta acercándose desde la acera de enfrente.

Demasiadas cosas que solucionar. ¿Qué voy a decirle?

–¿Quiénes son estas chicas tan guapas? –pregunta Marta cuando llega hasta nosotras.

Ahora que por fin reparo exteriormente en ellas, tengo que darle la razón a Marta. Están muy guapas. Ángela tiene el pelo como ricitos de oro, sus ojos son color miel y mide unos cinco centímetros más que yo. No está delgada pero sus curvas están justo donde deben. Su cara es redondita y con la vida que desprenden sus ojos y la eterna sonrisa en sus labios se la ve preciosa. Valeria es más alta que nosotras y su cuerpo es tan delgado que podría pasar por una modelo de pasarela. Está obsesionada con las dietas, el deporte es obligatorio en su día a día y cuida su aspecto al máximo. Como ahora. Mientras que Ángela lleva unos vaqueros y una camiseta azul cielo de tirantes anchos con pasamanería de pedrería, ella lleva un elegante vestido rosa chicle de tubo con cuello a la caja y manga huevo. Su pelo negro lo lleva suelto sobre su espalda con marcadas ondas de peluquería y su maquillaje aun después de diez horas en el tren, está impecable.

Antes de que pueda contestarle a Marta, Valeria se adelanta.

–Somos amigas de Eider, hemos venido a visitarla. Yo soy Valeria y esta es Ángela.

–Encantada, yo soy Marta. Me alegra saber que Eider tiene buenas amigas que se preocupan por ella. Es importante que sepa que no está sola aunque su casa esté a muchos kilómetros.

Mi casa... ni siquiera se donde está. Quizás tenga que buscar otro sitio más lejos que este, ahora que Sara sabe donde encontrarme. En el momento en que ponga un pie en

136  
Entrepinares, todo va a cambiar. Estoy segura. Es mi hermana pero no puedo evitar pensar en la forma negativa en que lo hago.

–Marta, ¿lo entenderías si dejamos la cena para otro día? –Espero que no siga insistiendo con el asunto, que advierta que tenemos cosas de las que hablar.

–Entonces mañana, no se hable más y si tus amigas siguen aquí están invitadas

también. Hace mucho que mis sobrinos no están rodeados de chicas guapas y les vendrá bien un poco de distracción, sobre todo a Gabriel –me mira por el rabillo del ojo–, en su vida solo tiene tiempo para el rancho y los negocios.

–Estaremos encantadas de aceptar, Marta –dice Valeria con una sombra de sospecha en sus ojos. No sé la cara que habré puesto al escuchar el nombre de Gabriel pero por la intensidad con la que me mira, debo haberme delatado.

–Os voy a llevar a cenar al restaurante de la hija de Marta, sirven una comida increíble –digo en mi apartamento, a solas con mis dos amigas después de habernos puesto al día. Con casi todo, claro. De Gabriel solo les he contado que es mi jefe y punto. Y he omitido totalmente lo ocurrido con Daniel. No quiero preocuparlas cuando parece que el tema ya está zanjado.

Cuando estoy preparando mi ropa para darme una ducha, nuevamente como el día anterior, una pitorrada desde la calle hace que ruede los ojos.

No. Puede. Ser.

Estos tres van a causarme un verdadero trauma, sobre todo porque no tengo el valor de negarles nada. Gabriel tenía razón cuando me lo reprochó. Y no lo culpo ahora, aunque confieso que en su momento me molestó que lo dijera. En su lugar...

imagínate... que tres amigas lo andaran buscando siempre... Me convertiría en la niña del exorcista. Eso se llama egoísmo, ¿no? Lo peor es que lo sé, como también sé que por mucho que me guste el rancho, no puedo tener nada con él. Y menos ahora que Sara sabe donde encontrarme. Sería su arma de ataque contra mí.

Dejo la ropa sobre la cama y me asomo a la ventana. Esta vez los sorprendidos son ellos cuando animo a mis dos amigas a asomarse conmigo, no puedo evitar soltar una fuerte risotada ante sus miradas de asombro.

Los tres a la vez saltan del todoterreno.

–Desde el mismo instante en que te vi aparecer por la granja, supe que nuestras vidas iban a cambiar. Supe que traerías montones de sorpresas contigo y no me equivoqué. –  
137

Luis hace una pausa mientras nos estudia detenidamente una por una, después mira a sus hermanos–. Decidme que no me he muerto y estoy en el cielo.

Nosotras reímos a carcajadas.

–Definitivamente estamos en el cielo –dice Miguel y lo sorprende comiéndose con

los ojos a Ángela. No me lo esperaba de él con lo serio y protector que fue siempre conmigo. Me siento un pelín celosa.

–Oye, Eider, ¿no sabes si habrá por aquí algún puesto de redactora? –pregunta con voz sensual Valeria a la vez que estudia a Luis y a su seductora sonrisa

–Definitivamente aquí no hay periódico, nena, pero podrías mandar tus artículos por correo electrónico, ¿no has pensado en eso? –me burlo.

–Si hay que fabricar un periódico, pues se fabrica y punto –fanfarronea Luis y volvemos a reír.

–Entonces solo nos queda ricitos de oro –dice Iker notando como yo, que Miguel no deja de mirarla – ¿Qué pides tú?

–Lo vais a tener un poco más fácil con ella. Ángela es escritora de cuentos infantiles, ella puede trabajar en cualquier parte si su imaginación se lo permite.

–Definitivamente me lo permite –murmura Ángela un tanto sonrojada. Ella también ha reparado en Miguel. Qué fuerte.

–Ángela, Valeria, estos son los hermanos Sánchez. Iker, Miguel y Luis –a la vez los voy señalando–. Chicos... estás son mis mejores amigas, tratadlas bien o os las veréis conmigo.

–Lo nuestro es la hospitalidad hacia las chicas que vienen nuevas al pueblo, y lo sabes. ¿Tienes alguna queja sobre eso? –dice arrogante Lucas.

–Bueno... eso es discutible... pero aparte del cartelito de promiscua que me colgaron la primera noche por vuestra culpa..., la verdad es que no tengo queja. Además con lo bien que cocina vuestra madre sería tonta si dijera lo contrario, estaría echando piedras sobre mi tejado.

–Estoy algo confundida –susurra Valeria en mi oreja–. Por la cara que has puesto antes, pensé que ese tal Gabriel... ya sabes, que te gusta y eso. Pero ahora no sé que pensar con estos tres hombretones rondando bajo tu ventana. Al parecer os lleváis muy bien.

Se exactamente donde quiere llegar. Otra vez me viene Gabriel a la cabeza. Y me hace sentir mal. Si de verdad le gusto, no debe de estar pasándolo nada bien con mis escapadas a la casa de estos tres.

–No me interesa ninguno de ellos del modo en que estás pensando, –Valeria respira

aliviada— solo son buenos amigos que me han recibido con los brazos abiertos desde el primer momento en que llegué. Incluso quieren ponerme un sitio fijo en su mesa cada noche. Toda su familia es adorable. —Achico los ojos y la miro fijamente—. No me digas que la quisquillosa y perfeccionista de mi amiga está interesada en alguno de ellos. ¿No decías siempre que no creías en los flechazos a primera vista?

—Siempre hay una primera vez para todo y aunque su estilismo no es precisamente el que yo elegiría para él, ese tal Luis está cañón —sigo sus ojos y estoy convencida de que la forma tan informal y despreocupada que tiene Luis de vestirse, va a cambiar a partir de ahora. No sabe el pobre lo que le espera.

—¿No os han enseñado que cuchichear es de mal gusto? —protesta Luis alzando la voz y nos callamos de golpe.

Ruedo los ojos. Miguel y Ángela permanecen en silencio perdidos el uno en el otro.

¿Eso es normal, o les ha dado un aire? Debo ser yo la única rarita aquí. O no, ahora que lo pienso, Iker está igual de asombrado y escéptico que yo. Me mira arqueando una ceja y yo me encojo de hombros.

Rompo el silencio cuando me canso de tanto encantamiento repentino.

—Bueno, ¿y se quiere saber a qué habéis venido?

—Nuestra madre nos manda a buscarte.

Como me temía, Gloria ya me ha hecho un sitio permanente en su mesa.

—¿Os importa si nos apuntamos también? —pregunta Valeria.

Espero que Marta no se entero de esto, o se va a sentir muy ofendida de que sí acepte la invitación de Gloria. Pero es que no puedo explicarle que en el rancho está la tentación personificada musculosa, sexy y caliente que me haría postrarme como una ofrenda. *Gabriel, nene, haz conmigo lo que quieras.*

Aug. Ángela acaba de darme un codazo en las costillas.

—¿Soñando despierta? No sé en que dimensión estabas, pero no era en esta. Tus amigos granjeros decían que no hay problema. ¿Vamos?

Nunca he visto a mis amigas tan dispuestas a conocer y relacionarse con alguien, me están dejando asombrada. Que cierto es ese proverbio que dice que nunca se termina de conocer a la persona que tienes a tu lado.

—Aún tengo que cerrar la clínica.

—Pueden venir con nosotros mientras nos alcanzas, tenemos espacio de sobra en el

todo terreno.

139

–De acuerdo –suelten las dos sin pensarlo. Antes de que me de tiempo a debatirlo con ellas, ya están deslizándose escaleras abajo hacia la calle. Ten amigas para esto. ¿No se supone que habían venido a verme a mí?

Resoplo.

140

### *Capítulo 11*

Suelto uno por uno los botones de mi bata blanca con demasiada lentitud. Por mucho que quiera estar contenta por la llegada de mis amigas, no puedo evitar pensar en a razón de que estén aquí. En cualquier momento puede aparecer mi hermana y reconozco que no sé como manejarla. No he vuelto a tenerla delante desde aquel día en que la encontré en mi cama encima de David. ¿Se puede ser más retorcida que eso?

El timbre de la puerta de abajo comienza a sonar, me precipito por las escaleras y en un instante estoy abriéndole a Julia, la sobrina de Cinco, que esta vez viene con su abuela. La angustia que refleja en su cara la mujer me preocupa.

–Siento molestarte pero me preguntaba... si no te importaría cuidar de Julia hasta que su madre salga del trabajo. –Hace una pausa y yo no se que decir. Me ha pillado totalmente desprevenida–. Sé que aún no te he dado la bienvenida como es debido pero como la niña me habló tan bien de ti, pensé... –ruega angustiada. Independientemente de cual sea el motivo, esta mujer necesita ayuda–. Mi hermana, que vive en el pueblo vecino ha tenido un accidente de coche. Siempre le digo que ya está muy mayor para conducir pero no me hace caso. En lo cabezota ha salido a nuestro padre... –explica atropelladamente. Está nerviosa–. Está en el hospital y no tiene a nadie, sus hijos viven en la ciudad y tardarán en llegar... –Sus ojos llorosos me tocan una fibra sensible.

–No se preocupe, yo me ocuparé de Julia. ¿Le importa si la llevo conmigo a casa de los Sanchez?

–En absoluto, le diré a su madre que la recoja allí. Por cierto, me llamo Adela.

–Cuidaré bien de ella Adela, puede irse tranquila.

–No sé como agradeceréte, de verdad, esto significa mucho para mí. Si tienes tiempo, cuando vuelva podrías comer con nosotros.

Me resigno, ¿tan flaca me veo que todos quieren cebarme?

–Claro –asiento tomando la mano de Julia que ha permanecido en silencio hasta ahora. Su abuela se despide besando su mejilla.

–¿Tienes hambre? –le pregunto llevándola conmigo arriba. A ver si por fin consigo darme esa ducha. Está muy seria y por un momento creo que va a echarse a llorar–. ¿Has estado alguna vez en la granja de Los hermanos Sánchez? –Sacude la cabeza negando.

–Pero conozco a Iker.

141

–¿En serio? ¿A qué es muy simpático?

–Sí, él me regaló a peludo. –Toma ya, eso no lo sabía. ¿Y yo que pensaba que su relación con Leire era nula?

La dejo jugando con mi móvil en el salón cocina, hasta que me arreglo con un sencillo vestido holguero verde oscuro, con un cinturón fino blanco como mis tenis que ha rescatado Valeria de su apartamento. Sí, es raro. Yo con vestido y sin tacones. Me dejo el pelo suelto, me aplico crema hidratante y por último me cuelgo el bolso al hombro.

Encuentro a Julia muy entretenida viendo un video de una niña de mas o menos su edad, dando clases de como maquillarse. Me quedo pasmada porque la niña en cuestión conoce más trucos que yo. Me muero.

Consigo que me devuelva el móvil y juntas bajamos la escalera camino a la calle. Le abro la puerta de la camioneta y ella se sube sin hablar apenas. No quiero atosigarla, pero la cotilla descubierta recientemente que vive en mí, quiere saber. Sigo el interrogatorio que quedó a medio antes, cuando me siento tras el volante y arranco.

–¿Lo... conoces del pueblo? A Iker, me refiero.

–Bueno, si, pero también habla mucho con mamá cuando es la feria del pueblo. Me compra algodón de azúcar y me regala tickets para las atracciones. Me gusta, y a mamá también, aunque no lo dice. Sonríe mucho cuando está cerca de nosotras y se pone un poco roja.

Qué calladito se lo tenía Iker. Y yo pensando que era un amor imposible. A estos dos solo les falta un sutil empujoncito.

–¿La feria? ¿Y eso cuando es?

–Cuando el verano se está acabando y ya hace fresquito por la noche.

–¿Entonces no falta mucho, eh?

–Mamá dice que un mes o así. ¿Vas a venir?

Me encantaría, quiero decirle, pero para entonces Gabriel ya me habrá encontrado sustituta y estaré muy lejos de aquí. Lo que me pincha por dentro es que yo fui la que se lo pidió y descubrir que en el fondo no quiero irme, no hace sino aumentar mis tormentos.

–Claro –contesto desanimada.

–¡Pero si es mi princesa favorita! –exclama Iker cuando descubre que Julia viene conmigo. Con la sonrisa más grande que le he visto desde que lo conozco, la ayuda a  
142

bajar de la camioneta. Me ignora totalmente, la alza en sus brazos y se la lleva dentro. Suspiro. La escena tan tierna remueve algo dentro de mí, puede que Leire no comparta mi opinión, o esté demasiado asustada para admitirlo, pero Luis sería un gran padre para Julia. Apuesto a que el problema es el miedo. Siempre el miedo. Y no puedo criticarla por ello porque yo estoy haciendo exactamente lo mismo.

Me doy cuenta rápidamente como están sentadas mis amigas y sus nuevos pretendientes a la mesa. Juntos, muy juntos. Gloria está besando, no, más bien agobiando a la pobre Julia antes de sentarla a su lado. Iker la flanquea al otro. Juan me señala la silla vacía a su lado y después del largo día me relajo disfrutando de cada bocado.

Le explico a Gloria el problema con la abuela de Julia y los ojos de Iker se salen de sus órbitas cuando señalo que Leire va a pasar a recogerla al salir del trabajo. La niña palmea su espalda cuando casi se atraganta. ¿Tanto le afecta que venga?

–¿Dices que va a venir aquí? –pregunta incrédulo.

–Pues sí, eso he dicho, ¿algún problema? –murmuro. Quizás hay algo que yo no sé, no quiero meter la pata.

–Lo que pasa es que nuestro hombrecito tiembla como un flan cuando la ve –dice Luis divertido.

Julia se ríe divertida.

–Al menos él tiene algo de vergüenza, porque lo que es vosotros dos... –Gloria está regañándolos—. ¡Parece que no hubierais visto una mujer en años! ¡Con tanto acaparamiento no dejáis a las pobres muchachas respirar!

–Déjalos, mujer, a ver si por fin tenemos suerte y se nos casan. ¡A este paso voy a morirme sin conocer a mis nietos! –exclama Juan ilusionado.

Ángela y Valeria se miran cómplices. Me parece mentira que Valeria no se haya puesto amarilla con la sola mención del matrimonio y los nietos. ¡Hasta hace una semana lo hacía!

Este pueblo tiene algo, ya no me cabe duda.

Como no voy a entender nada por mucho que me esfuerce, sigo atacando la comida. Gloria es la mejor cocinera que he conocido hasta ahora, no puedo ni quiero dejar de probarlo todo, es adictivo. Hoy me estoy perdiendo en la tarta de queso y frambuesas, está para morirse.

143

–No sé como puedes zamparte todo eso y estar así de delgada, es frustrante –gruñe Ángela.

–Quizás mi madre biológica era modelo o algo así. –Me detengo de golpe por haber sido tan bocazas. Solo mis amigas saben que soy adoptada.

Pero todo sigue como si nada.

–Las modelos también hacen dietas, no están estupendas sin ningún esfuerzo –explica Valeria. Así que no, ese no es el motivo. Tú eres una especie rara en peligro de extinción, créeme, me paso horas en el gimnasio y apenas quemo nada.

–Porque no tienes nada que quemar. Mírate, pareces un palo con tetas.

–Que graciosa, si estoy así es porque no me inflo a pastel antes de acostarme –hace una mueca–, como otras.

La familia Sánchez esta encontrando muy divertida nuestra charla y sonrían todo el tiempo. Los imito arqueando mis labios. Es evidente que en esta familia como solo hay chicos, no habrán tenido este tema de conversación en la vida. Somos algo así como una novedad para ellos, y muy agradable por lo que estoy viendo.

El timbre de mi móvil dificulta nuestro tira y afloja. Como prácticamente hemos terminado de cenar, me disculpo con ellos y salgo al porche.

–Eider... –dice su voz ronca al otro lado. Inspiro hondo. Dios me ayude pero me moría por escucharlo.

–Gabriel –murmuro.

–Ya sé que es un poco tarde... y puede que estés ocupada o durmiendo...

–No estoy durmiendo, ¿ocurre algo?

–Tengo una yegua dando a luz y por lo visto el potrillo está atascado, ¿Te importaría si paso a recogerte?

–Mejor voy yo –suelto rápidamente.

–No me importa pasar a recogerte, además creo que es mejor, hay tramos de la carretera que están muy oscuros y...

–La camioneta lleva luces, no va a pasarme nada –ruedo los ojos.

–Insisto.

Ya vamos a tenerla otra vez, mira que es cabezota.

Me muerdo el labio.

–No estoy en casa. –Contengo el aliento.

–Si estás ocupada... mira déjalo, no importa. Perdona que te haya molestado, llamaré a alguno de mis hombres –dice serio y decepcionado.

144

–Gabrieel –gruño–. No estoy ocupada, ¿vale? Además es mi trabajo cuidar de los animales, para eso me contrataste, ¿recuerdas? Y si te empeñas en recogerme por mí está bien, así comprobarás por ti mismo que no hago nada malo. Solo estoy cenando con mis amigas de la ciudad y la sobrina de Cinco en casa de los Sánchez.

Por un momento pienso que ha colgado pero vuelvo a escucharlo.

–En diez minutos estoy ahí –Y cuelga.

La casa de los Sánchez tiene un espacioso porche que permite contemplar cada estrella luminosa del cielo. Las estoy viendo en todo su esplendor entre el suave balanceo del columpio. Julia está conmigo riendo a carcajadas por alguna historia divertida que Iker está contando. Valeria ha ido a dar un paseo con Luis y Ángela conversa animadamente con Miguel, ambos en dos sillones de mimbre junto a la mesa. Es como estar en la casa de la pradera. Pego mi espalda al respaldo del columpio cerrando los ojos, el olor de la granja no es para nada mi fragancia favorita, pero hay algo en el ambiente que hace que quiera inhalar hondo. Se respira tranquilidad, armonía, todo lo que nunca tuve en mi vida.

Tan pronto como estoy pensando que Gabriel no va a aparecer, unos faros irrumpen a lo lejos recorriendo el camino de arena y piedras que lleva hasta la casa. Me impulso hasta las escaleras deteniéndome en lo alto. También puede que sea Leire pero

compruebo que no lo es, cuando mi debilidad de hombre salta del todoterreno enfundado en unos vaqueros desgastados, una camiseta negra y el pelo algo revuelto. ¡Madre mía! Me muerdo el labio cuando sus increíbles ojos retadores se posan en mí. Está tan enfadado que por un instante pienso que va a saltar sobre mí.

Ángela y Miguel deben haber advertido su mal humor porque en un segundo los tengo a mi lado con Iker de refuerzo. Cuando estoy apunto de hablar, Luis también aparece seguido por Valeria. La cara de Gabriel no cambia, solo frunce el ceño.

Esta situación se nos va a ir de las manos.

O no.

–Gabriel, te presento a mis amigas Ángela y Valeria. –Gabriel asiente en su dirección pero vuelve a posar los ojos sobre mí. Han venido a verme desde la ciudad y Gloria ha sido muy amable de invitarnos a las tres a cenar.

–¡Hola Gabriel! –chilla Julia echando a correr escaleras abajo hasta engancharse a sus piernas. Él se agacha a su altura, la envuelve en un abrazo y revuelve su pelo. Ante mi asombro, su cara se suaviza por completo. ¿No tenía idea de que la niña fuese tan

145

importante para él? Una mano invisible me aprieta la garganta, me siento mareada.

¿Acaso Gabriel y Leire...?

–¿Cómo estás preciosa? –le pregunta con voz sedosa.

La pequeña le sonrío coqueta.

–Eider está cuidando de mí mientras mami sale del trabajo. Y Gloria me ha hecho macarrones con queso y he comido tarta. –De repente, como si recordara algo, suelta una carcajada– ¡Eider se ha comido dos trozos! –Gabriel atrapa mis ojos por un momento y después sonrío a Julia.

–¿Solo dos? –pregunta divertido. Me pongo roja como un tomate. ¡Oye, que no soy un saco sin fondo!

–¡Si probé de todos esos postres diferentes en el hotel, fue por tu culpa! ¡Me querías cebar como a tus vacas! –digo enfurruñada y todos me miran con la boca abierta y por primera vez desde que ha venido lo veo sonreír de verdad.

–Difícilmente podrías pasar por una de mis vacas –dice distraído y vuelve su atención a Julia–. Hay alguien en el rancho que te echa de menos ¿lo sabías? –¿De verdad esa voz tan dulce es de Gabriel?

–¿Rapuncel? ¿Puedo ir a montarla?

–Claro, pero antes tienes que consultarlo con tu mamá.

Tengo la horrible sensación de estar adentrándome en el infierno. Las tartas están danzando de repente en mi estómago, inspiro, expiro, inspiro, expiro. ¿De verdad he estado tan ciega? Yo pensando que estaba con la arpía venenosa de Lucía cuando en realidad está con la bonita y dulce Leire. Gimo rascándome la nuca. Creo que voy a vomitar.

–¿Te encuentras bien? –murmura Val en mi oreja.

Yo asiento, después niego.

–No lo sé –confieso.

–¿Este es tu jefe? –ahora susurra.

Asiento de nuevo.

–Oh dios, ¿como no lo había visto antes? Estás...

–Sssssss. Joder Val, ni se te ocurra decirlo –la callo. De repente a nuestro alrededor todos se han quedado en silencio. Gabriel ya se ha enderezado y me está mirando intensamente. Quiero golpearlo. ¿Por qué todos los hombres mienten? ¿Viene en su genética o qué?

–¿Nos vamos o esperamos a Leire? –pregunta. Está deseando verla.

146

Siento rabia, impotencia... ¿Por qué se acostó conmigo? Leire es buena persona, no se merece esto. Dios, voy a matarlo en cuanto tenga la oportunidad.

Iker se adelanta a mi respuesta atrapando la mano de la niña con delicadeza.

–Puedo cuidarla hasta que llegue.

–¿Vas a enseñarme los gatitos ahora? –pregunta esperanzada Julia dando saltitos.

–Lo prometido es deuda pequeña. Voy a enseñarte esos gatitos.

–Entonces vamos –apremia Gabriel.

Lo sigo aunque no muy estable. Si poto en su todoterreno es culpa suya por ser un cerdo. A medio camino, me detengo girándome de golpe. Me he olvidado de las chicas.

–Um, Lucas... ¿podrías llevar a las chicas de vuelta?

–No hay problema.

–Y por cierto Gabriel... te estaremos vigilando –amenaza Miguel.

–¿En serio? –ruedo los ojos. Gabriel lo ignora, o eso pienso y se coloca tras el

volante. Gira la llave en el contacto, baja la ventanilla y asoma la cabeza.

–Ella no es vuestra –dice alzando la voz.

–En eso te equivocas Gabriel Cruz, ella es nuestra desde el día en que puso un pie en Entrepinares, no lo olvides.

Gabriel maldice acelerando de golpe.

–Un día de estos voy a partirles su bonita cara, uno por uno.

Yo permanezco en silencio, más que nada porque aún estoy recuperando el aliento y tratando de no vomitar. Aprieto mi espalda en el asiento y cierro los ojos descansando sobre el reposacabezas. Respiro hondo un par de veces. Tengo que dejar de comer tanto por la noche, no es sano.

–¿Te importaría ir más despacio? –murmuro y al momento suelta lentamente el acelerador.

–Lo siento –dice secamente.

–¿Por qué me ocultaste lo de Leire? –murmuro decepcionada y dolida. No puedo morderme la lengua mucho más.

–¿Qué pasa con ella?

–Venga ya, sabes perfectamente a lo que me refiero.

–No. No lo sé. Dimelo tú –dice alzando la voz muy molesto.

–En el hotel dijiste que no estabas con nadie. ¿Y ella?

–¿Leire y yo? ¡Por dios Eider, ella es como mi hermana! Desde pequeña acudía al rancho con Marco, el que después fue su marido. Cuando el murió todos intentamos  
147

ayudarla con la niña, mi tía la cuidaba muchas veces y cuando tubo edad suficiente para montar, Cinco comenzó a llevarla periódicamente. Ahora es una excelente amazona con solo nueve años–. ¿Han sido esos tres imbéciles? ¿Te han estado metiendo mierda en la cabeza en contra mía? –ruje–. ¡Porque si han sido ellos te juro que doy la vuelta!  
Los ojos empiezan a picarme y no puedo distinguir si es por el sueño o por que me siento avergonzada y tengo ganas de llorar.

–Lo siento. Ellos no me han dicho nada, yo... he sacado conclusiones... De verdad que lo siento.

–Nunca te he mentado acerca de mi vida privada. En cambio tú, mientes y mientes sin descanso. Te gusta ser como Cleopatra y estar rodeada de hombres que te consienten.

–Cleopatra estaba rodeada de hombres pero solo amaba a Marco Antonio –protesto. Él entrecierra los ojos y me siento confusa. ¡Cómo me gustaría leer su mente!–. No se lo que hacer para que me creas, ellos solo son mis amigos. El problema es que por una extraña razón, me creen sola e indefensa y quieren protegerme de todo, hasta de ti.

–¿Y quieres que crea que Miguel no siente algo más por ti?

–No voy a negarte que puede que lo sintiera –sus manos aprietan fuerte el volante–, pero eso fue antes de conocer a mi amiga Ángela. Ahora solo tiene ojos para ella. Puedo asegurarte que se ha olvidado por completo de su tonto interés por mí. Luis ha sufrido algo parecido con Valeria y por si no lo sabes, Iker está enamorado de Leire desde hace mucho. Soy así como una hermana pequeña para ellos. Quizás como lo es Leire para ti.

Por fin se relaja. Joder y yo también. Ya no voy a echar la tarta por la ventanilla.

148

## *Capítulo 12*

Cuando traspasamos la entrada al rancho los dos estamos en estado Zen. El ambiente a dado un giro espectacular de ciento ochenta grados. No puedo creerme que mi malestar se debiera a los celos. Sí, soy celosa. Recuerdo que lo descubrí en el hotel con la tal Elena. Eso es un nuevo instrumento en mi contra. Con David jamás lo fui y siempre me enorgullecía de no serlo. Ahora compruebo que tenerlos es una jodida mierda.

Gabriel disminuye cuando va llegando al aparcamiento. Noto su mirada antes de que apague el motor. Lo sé. Está pensando que llevo un vestido para asistir al parto de una yegua. *Qué oportuna y práctica.*

– No sabía que tenía trabajo esta noche, ¿de acuerdo? –murmuro.

–¿Me has oído quejarme? –Esa voz no, esa voz de quiero desnudarte aquí y ahora.

–¿Vamos? Te recuerdo que hay alguien de parto...

De mala gana se baja a la vez que yo del coche. Andamos juntos todo el trayecto en silencio. Ahora agradezco no haberme puesto tacones.

La yegua está asistida por un par de hombres sobre abundante paja. Uno le está hablando suavemente para tranquilizarla y el otro tiene su brazo dentro de la vagina. Me pregunto cual es mi finalidad aquí si todo lo tienen bajo control. Me guío hacia una pila en el fondo del establo y lavo mis manos con jabón.

–Buenas noches –saludo y me arrodillo cuando llego a su lado, colocándome el vestido con cuidado de no exponer nada a la vista.

Asienten los dos a la vez. La yegua parece estar un poco aturdida y respira agitada.

–Hola preciosa. Voy a ayudarte a que te sientas mejor.

–Andrés, José, gracias por todo. Podéis iros, yo me encargo –los despide Gabriel y cuando salen, se coloca a mi lado. Acaricio su cabeza mientras tarareo una melodía. Gabriel alza las cejas y me mira embelesado. Después sigo por su barriga y finalmente introduzco mi mano en su vagina. Solo hay que moverlo un poco y sus patas delanteras comenzaran a salir–. Tranquila pequeña –murmuro–. Se que lo estás pasando mal pero créeme, cuando tu hijo crezca, va a ser peor, o eso decía mi madre. Se marchará con los amigos y llegará de madrugada tambaleándose –Gabriel me mira como si me faltara un tornillo pero mi charla la está tranquilizando y ya estoy sacando sus patas–. Luego

149

llegará el momento en que tenga que buscarse la vida por sí solo y te abandone. Puedo asegurarte que pasarás una mala temporada cuando eso ocurra porque se habrá ido una parte de ti. –Ya está sacando la cabeza–. Mira que guapo es, se parece a su mamá. ¿Quieres verlo? –Y por fin saco sus patas traseras–. Lo has hecho muy bien bonita, ahora vamos a limpiarle la nariz a tu bebe para que pueda respirar mejor. Y cuando lo haga tendrás que darle de comer porque debe estar hambriento. En un par de horas se pondrá de pie como todo un campeón.

–Eres increíble –dice Gabriel con voz ronca. Sabía que no me equivocaba contigo, eres perfecta. –Me sonrojo girándome al instante camino hacia la pila, él me sigue y se las lava también.

Por un rato nos quedamos observando la nueva vida. Siento los ojos de Gabriel demasiado seguido en mí, empiezo a estremecerme y a temblar. Ya tenía esto claro, no voy a involucrarme con él, no puedo. Me he estado fabricando montones de excusas, buscando problemas donde no los hay. Sé la verdad, solo yo sé por que tengo que alejarme, solo yo sé que mi problema se llama Sara. Ella me lo arrebataría como ha hecho con todo. No puedo arriesgarme, con Gabriel no.

–Bueno, es hora de que me vaya, es tarde y mañana tengo mucho trabajo, me espera un largo día en el laboratorio.

–Eider... –murmura.

No dejo que termine lo que va a decirme. Me adelanto.

–¿Cómo va la búsqueda de mi sustituta? –Su cara se tensa.

–¿Sigues pensando en marcharte?

Soplo.

–Esta mañana estabas encantado con la idea, ¿a caso lo has olvidado?

Cierra los ojos inhalando fuerte, como si tratara de controlarse.

–¿Echas de menos a tu exnovio?

Me solidifico. ¿A qué viene esa pregunta? ¿Piensa que quiero irme por David? ¡Qué chiste!

Podría decirle que si y terminar de una vez, podría mentirle. No puedo.

Niego con la cabeza.

–Es más complicado que eso.

–Explícamelo –ordena.

Suelto un suspiro y me quedo en silencio.

150

No quiero discutir más esta noche. Estoy cansada de esto. De no poder dar rienda suelta a mis sentimientos por miedo.

Se está acercando a mí, rígido y enfadado, pero aún así, lo hace. Dejo de pensar, estoy en blanco. Es inverosímil la forma tan intensa en que me afecta todo de él, su presencia, su olor, la forma excitante en que tensa su mandíbula y aflora la vena de su cuello cuando se enfada, como ahora. Resulta apasionante cómo se le marcan los bíceps en su camiseta. Deseo arrancársela y perderme en los trazos negros de su tatuaje y lamerlo, me muero por lamerlo.

Aprieto los ojos.

No está siendo nada fácil contenerme.

Se planta demasiado cerca, está confuso por el recorrido turístico que acaban de hacer mis ojos sobre su cuerpo, cuando acabo de decirle que mis planes de marcharme siguen en pie. Lentamente, indeciso, lleva su mano hasta mi mejilla, suavemente me acaricia, como esperando mi consentimiento. No puedo evitarlo y un gemido involuntario sale de mi boca y para él es como si el semáforo se hubiera puesto verde de repente. Sus ojos han tomado un brillo intenso, sus blancos dientes muerden deliciosamente su labio, como quisiera hacerlo yo en este momento. Sus largos dedos siguen el camino hacia mi

boca, mi cuello, por encima de mis senos. Jadeo.

–Gabriel, esto no...

–Cállate Eider –ordena antes de devorar mis labios y saquear mi boca. Este hombre me vuelve loca. Me aprieto contra su duro cuerpo y al instante me envuelve fuerte entre sus brazos, yo me cuelgo de su cuello. La sensación se torna mas salvaje cuando noto su erección dura como una piedra presionando en mi vientre.

¡A la mierda!

–¿Hay algún pajar vacío por aquí? –pregunto respirando agitada. Gabriel se ríe en mi oreja antes de ponerme sobre su hombro. Una última vez no va a matarme. ¿O si? Después de varias zancadas me deja con cuidado sobre un bulto de paja limpia. Ni me lo pienso, creo que es la primera vez en mi vida que me desnudo tan rápido y ni siquiera me importa que Gabriel solo se haya sacado su camiseta. Su mirada hambrienta recorre mi cuerpo un instante antes de unirse a mí. Acaricio su espalda, lo araño. Él absorbe mi boca, juguetea con la lengua llevándola a cada parte sensible de mi cuerpo, atrapa uno a uno mis pezones entre sus dientes y succiona provocando una corriente eléctrica hasta mi clítoris.

–Me vuelves loco –dice con voz ronca.

151

–Y yo no aguanto más –gimo bajando sus pantalones, atrapando su duro pene en la mano y guiándolo hacia mi vagina. Si no me penetra ya, voy a perder el juicio.

–Eso es jugar sucio –murmura antes de embestirme con fuerza.

*Joder que gustazo.* Estoy tan llena y me siento tan bien que no quiero que termine tan pronto. ¿Nunca?

Llegamos juntos y Gabriel se vacía por completo en mí. No puedo explicar lo que siento ahora mismo. Aunque tomaba la píldora cuando estaba con mi ex, por precaución y miedo, nunca confié en hacerlo sin condón, ahora no puedo imaginarme haciéndolo con él. Quiero a Gabriel libre, me enloquece saber que se va a correr dentro de mí.

Por unos minutos nos quedamos quietos y abrazados, justo hasta que noto como su soldadito comienza a endurecerse de nuevo. Lentamente vuelvo a retomar el juego y me encuentro su boca sobre la mía. Lo empujo sonriendo y él frunce el ceño desconcertado, está pensando que voy a dejarlo a medio. Ni de broma. Le indico que se acueste y en un segundo estoy a horcajadas sobre él, ahora mando yo. Me muevo muy despacio al

principio mientras sus manos masajean mis pechos. Poco a poco voy aumentando el ritmo, nuestros jadeos se vuelven más fuertes, más desesperados. Gabriel me contempla como si yo fuera la cosa más excitante que ha pasado por sus brazos. Tiemblo y me abalanzo a su boca. Él atrapa mi lengua y yo juego con la suya con hambre. Me pasaría el resto de mi vida entre sus brazos sintiendo como estoy sintiendo ahora. Me garra fuerte de las caderas al ritmo que yo marco arriba y abajo, estoy segura que está apunto de correrse. Y ya no aguanto. Al compás de sus gemidos sin aliento, colapso al fin con él siguiéndome. Me derrumbo sobre su cuerpo y noto como me rodea fuerte con los brazos, hace calor y estamos sudando ¿pero qué importa? Estoy tan cansada... Después de varias horas me despierto con Gabriel moviéndose de nuevo en mi interior, le sonrío somnolienta y le rodeo el cuello con los brazos. Él me besa lentamente.

–Traidor. Me has apuñalado mientras dormía.

Él sonrío contra mi cuello y me acaricia ahí con su lengua, después sigue un camino con sus labios por detrás de mi oreja, mi mejilla, hasta mi boca. Me besa lentamente, saboreándome.

–No he podido resistirme –confiesa contra mi boca.

152

Media hora después, estamos necesitando una ducha urgentemente y le hago saber que me pone de mal humor tener que volver a casa toda pegajosa.

–No es necesario, hay duchas en la parte de atrás del establo. Ven –atrapa mi mano y me arrastra hasta allí. ¿No se da cuenta que nos estamos paseando desnudos?

–Gabriel estamos desnudos, alguien podría vernos.

–Los trabajadores comienzan a aparecer después del amanecer. Nos quedan como treinta minutos para eso.

Recibo el agua fría como una bendición deslizándose agradable por mi cuerpo.

Gabriel se une a mí con una pastilla de jabón en la mano que me pasa agradablemente por el cuerpo, se detiene más de lo necesario en mi zona sensible y en mis pechos.

Sonrío, cualquiera diría que no ha tenido suficiente. Después me masajea el pelo hasta producir la espuma suficiente con la que está satisfecho. Él se lava también y terminamos juntos debajo del choro de agua. ¿Cómo puedo estar encendiéndome de nuevo con solo ver como la espuma resbala deliciosamente por su cuerpo desnudo? No

tengo remedio, y es que mi cuerpo ha estado tanto tiempo en sequía que cuando he visto una enorme piscina no he podido resistirme a zambullirme por horas.

–Debes estar un poco adolorida ahí abajo.

–Ha valido la pena –murmuro y su sonrisa se ensancha.

Amo a este hombre y esta vez no hay tequila de por medio. ¡Qué pena que no pueda quedármelo!

Nos vestimos cuando el día comienza a clarear y descubro a Gabriel con una rara mueca en la cara.

–¿Qué pasa?

–Que ya no volveré a mirar la paja de la misma forma, ni el establo. Joder, voy a estar empalmado cada vez que entre aquí.

Suelto una carcajada.

–Eso puede resultarle raro y muy incómodo a tus hombres.

–Por el momento evitaré entrar a esta zona hasta que...

–Hasta que... –lo aprieto.

–Hasta que decidas tenerme contento todos los días.

–¿Contento? –No dejo de sonreír. Este aspecto desinhibido de Gabriel me encanta.

–Y sabes... cuando un hombre está satisfecho...

–Vale, lo he pillado. –Ahora no sé si he hecho bien en seguirle el juego. Creo que piensa que estamos juntos.

153

Termino de calzarme mis tenis y antes de que Gabriel me lleve a recoger la camioneta, le echamos un último vistazo a la yegua y a su potrillo que ya está en pie.

–¿Puedo preguntarte algo? –Tengo una duda desde que llegué la pasada noche.

–Adelante.

–¿Quién asiste normalmente los partos de tus yeguas?

El me sonrío descaradamente y entonces lo sé.

–No me necesitabas. Lo has hecho solo otras veces ¿cierto?

Para evitar contestarme se gira silbando y sale fuera del establo, hacia su todoterreno. Manipulador.

En la granja de los Sánchez todo está muy silencioso cuando me acoplo en el asiento de mi Chevrolet, no quiero ni pensar lo que tendría que inventarme si me cruzara con

alguno de ellos. ¿Un parto demasiado largo y complicado?

–Lámame cuando estén los resultados –dice Gabriel apoyado en mi ventanilla. Me mira fijamente, demasiado.

Niego lentamente con la cabeza.

–Lo siento. Tu... secretaria me lo tiene prohibido. No puedo llamarte, solo a ella. –

Contengo la risa. Él se masajea incómodo la nuca. Se aleja un paso.

–Soy tu jefe y harás lo que yo te diga. –Suena como una orden pero sé que no lo es.

–Entendido, jefe. Chao jefe. –Le sonrío antes de arrancar y pisar el acelerador. Por el espejo retrovisor lo veo subir a su todoterreno y seguirme. Cuando llegamos a la carretera principal, yo giro a la izquierda y él a la derecha.

El apartamento está en silencio cuando subo, compruebo que mis amigas duermen a pata suelta en mi cama y después de cambiarme de ropa ruedo por las escaleras hacia la clínica con mi café con leche en la mano. Como es temprano, abro el portátil que ya casi he puesto a punto en mis ratos libres y me pongo al día con mi correo aun sabiendo que puedo toparme con algún mensaje desagradable de Sara. Me arriesgo y entro.

En efecto, ahí están. Doce de Sara de hace una semana, que borro directamente sin leerlos. Dos de mi ex que acompañan a los de Sara a la papelería y por último...

Agudizo la vista... ¿Leo?

Hace más de seis meses que no se nada de él, exactamente desde que me dejó colgada en el aeropuerto. Lo esperé durante horas y ni se dignó en excusarse, directamente dejó de comunicarse conmigo. De repente, sin ningún motivo. O puede que me ojeara a

154

escondidas y no le gustara lo que vio. Seguramente no me ajusté a sus percentiles de mujer. Yo no era como él esperaba.

Reconozco que me dolió mucho. Más de lo que me permití admitir.

A veces, diría que la mayoría, anteponía mis charlas con él a pasar mi tiempo libre con mi ex. Es raro lo sé.

Pero Leo era especial, los fines de semana chateábamos durante horas, sobre todo cuando David desaparecía con sus amigos para ver el fútbol o salir de cervezas. Por un tiempo, lo tuve como mi vía de escape, nos hicimos muy amigos, creo que más que eso. Nunca le dije que tenía novio y él tampoco mencionó que él la tuviera. No le di importancia.

Hasta que quiso conocerme... En ese momento me planteé dejar a David. Iba a hacerlo. Sentía que me sobraba en la ecuación.

Abro el mensaje:

*De: Leo.*

*Para: Eider.*

*Asunto: Mis disculpas.*

*Siento no haberme puesto en contacto contigo antes.*

*Confieso que acudí a nuestra cita. Te contemplé en silencio durante unos minutos y cuando intenté acercarme a ti, alguien se me adelantó envolviéndote en sus brazos, besándote.*

*Enfurecí. En ese momento te odié y la rabia me impidió presentarme. Lo siento.*

*Sé que nunca hablamos de nuestros sentimientos, pero hasta que te vi en el aeropuerto, tan nerviosa, caminando de un lado a otro, con tu largo pelo moviéndose en consonancia con tu cuerpo y tus brillantes ojos excitados, no supe lo que realmente sentía.*

*Evidentemente no era recíproco.*

Guau. Esto sí que no me lo esperaba, estoy perpleja. Ahora que recuerdo, David apareció en el aeropuerto y nada más localizarme, me abrazó como si llevara una eternidad sin verme. En aquel momento no lo supe, pero con los meses descubrí que Sara lo alertó de mi encuentro con Leo. Ella me lo saboteó como todo en mi vida. Sin dudarle, le respondo. Esta vez pienso ser sincera.

155

*De: Eider.*

*Para: Leo.*

*Asunto: Mis disculpas.*

*Yo también sentía algo especial por ti y quería conocerte para entenderlo. Siento que las cosas salieran así.*

Lo envío y cual e mi sorpresa cuando me responde al instante.

*De: Leo.*

*Para: Eider.*

*Asunto: ¿Sentías?*

*Deduzco que ya no lo haces. Lo entiendo, ha pasado demasiado tiempo. Sigo llegando*

*tarde.*

*De: Eider.*

*Para: Leo.*

*Asunto: Sin mentiras.*

*Sigues siendo importante para mí, estuviste ahí siempre que te necesité, a veces seguí tus consejos, (menos en hacerme amiga de las serpientes, ya lo sabes, ahí no hay tregua). Eres un gran amigo, y lo digo en presente porque eso para mí no ha cambiado. Nada ni nadie va a impedirme, si tú quieres, claro, que sigamos en contacto.*

*De: Leo.*

*Para: Eider.*

*Asunto: ¿Solo amigos?*

*Quiero seguir en contacto.*

*De: Eider.*

*Para: Leo.*

*Asunto: He conocido a alguien.*

*Me gusta mucho, demasiado. Si supiera que va a durar para siempre arriesgaría todo por él. Pero soy realista y sé que no tenemos futuro. Además en unos días me marcharé y no volveré a verlo.*

156

*Después de esto voy a pasarme una larga temporada sin hombres, amigos necesitaré unos cuantos. Si quieres ser uno de ellos házmelo saber.*

*De: Leo.*

*Para: Eider.*

*Asunto: Sigo queriendo conocerte.*

*Estoy seguro que con mis sabios consejos vas a olvidarte pronto de él. Y no te preocupes por situaciones incómodas. No voy a pedirte más de lo que tú quieras darme.*

*¿Amigos entonces?*

*De: Eider.*

*Para: Leo.*

*Asunto: Amigos.*

*No te imaginas lo que te he echado de menos. ¿Sabes que en mi nuevo trabajo estoy tratando a una boa? La primera vez que la vi casi me desmayo, gracias a mi jefe no me*

*convertí en alfombra. La segunda no tuve esa suerte y caí redonda. Hasta tengo un chichón que lo demuestra.*

*De: Leo.*

*Para: Eider.*

*Asunto: ¿Tu jefe?*

*Háblame de él.*

*De: Eider.*

*Para: Leo.*

*Asunto: Mi jefe.*

*Es adicto al trabajo, dominante, serio, perfeccionista, arrogante a veces y refunfuñón.*

*De: Leo.*

*Para: Eider.*

*Asunto: Tu jefe.*

*Lo siento por ti si es como dices, no debe ser fácil trabajar para alguien así.*

*De: Eider.*

157

*Para: Leo.*

*Asunto: No es todo el tiempo así, a veces saca su lado amable y te aseguro que me encanta cuando lo hace. Además de tener la sonrisa más bonita que he visto nunca.*

*De: Leo.*

*Para: Eider.*

*Asunto: La sonrisa de tu jefe.*

*¿La más bonita? Eso es porque no has visto la mía. Cuando quieras te invito a conocerla, te aseguro que no vas a quedar decepcionada.*

*Ahora tengo que dejarte. Espero que volvamos a hablar pronto.*

*De: Eider.*

*Para: Leo.*

*Asunto: Tu invitación.*

*Acepto, estaremos en contacto.*

158

## *Capítulo 13*

A medio día, ya tengo los resultados que Gabriel me pidió, o al menos los que puedo

darle por ahora. Atrapo el teléfono y sonriendo llamo a la oficina.

–¿Rancho Veracruz? –dice una voz demasiado melosa al otro lado.

*¡Qué asco, de verdad!*

–Hola querida Lucía –me mofo–. Soy la Veterinaria del pueblo, si tienes la amabilidad de pasarte por la clínica, tengo algunos resultados que puedes llevarle a tu jefe.

–Estaré ahí en diez minutos. –Y cuelga.

Que simpática oye.

Nadie como ella se va a alegrar cuando me vaya del pueblo. Estoy segura que lo va a celebrar y todo.

Llevo mi vista hacia la calle como llevo haciéndolo las últimas horas. Quiero hacer como si nada, convencerme que no me afecta.

No lo consigo.

La sensación intranquila en mi estómago no desaparece. Tarde o temprano Sara va a aparecer, estoy segura.

Y eso me quema.

–¿Te queda mucho para cerrar? –grita Valeria desde la escalera. ¡Estoy haciendo pasta!

Hago una mueca. La última vez que me deleitó con uno de sus platos de pasta tenía suficiente sal como para provocar un infarto.

–¿Te he dicho lo mucho que me alegra que estés aquí? –le grito también.

–Como unas siete veces desde que te llevé la macedonia de frutas.

–Subo en diez minutos –alzo la voz de nuevo. Menos mal que los platos que conllevan fruta se le dan de maravilla...

De repente la puerta se abre y Lucía ocupa toda la estancia con su sola presencia.

Lleva un vestido violeta fuerte con los labios a juego. El pelo lo lleva escaldado y con

159

mucho volumen. Y los ojos, ¡dios, no sé como puede mantenerlos abiertos con toda esa pintura!

–Apuesto cincuenta euros a que tus pestañas son postizas. – ¿Lo he dicho en voz alta?

Ups.

–A eso se le llama tener envidia, mediducha de animales apestosos –dice y me pierdo

entre carcajadas. No puedo parar y me agarro el estómago.

Cuando logro serenarme me concentro en los papeles que tengo delante, los deslizo en un sobre y se lo ofrezco, ella lo coge.

–¿Sabes Lucía? Una chica bonita no tiene necesidad de tanto adorno. Los cuadros de Picasso deberían permanecer en las galerías de arte o en los museos. –Y dicho eso le guiño un ojo.

Ella se pone furiosa, dispuesta a levantarme la mano otra vez. Parece pensarlo mejor y me grita.

–¡Eres odiosa! –Me regala un dedo corazón antes de salir.

Todavía estoy riendo cuando Gabriel aparece como un huracán delante del mostrador.

–¿Qué parte de yo soy el jefe y se hace lo que yo digo, no has entendido?

–Me divierto mucho cuando viene tu secretaria, deberías mandarla a hacer recados mas a menudo, le sienta bien. Además, creo que nos estamos haciendo buenas amigas. – No puedo evitarlo y comienzo a reír de nuevo.

–No hay quien te entienda –gruñe atrapando mi mano y llevándome dentro a la sala de diagnostico.

–¿Quieres un reconocimiento completo o solo de alguna parte en concreto? – ronroneo y él me estrella contra la puerta que acaba de cerrar atrapando mis labios al instante. Me arranca la bata arrojándola lejos. Entre beso y beso lo escucho piropearme, Cabezota, insufrible, cargante...

–Nunca nadie me había dicho nada tan bonito –murmuro irónica y le pago con la misma moneda entre jadeos cuando noto sus manos debajo de mi camiseta. Prepotente, mandón, ya no me acuerdo de más, estoy nublada. Mi pantalón corto también sale volando junto con mis bragas y antes de que pueda protestar, me empala salvajemente contra la pared. Dentro, fuera, dentro, fuera. Lo rodeo con mis piernas para sentirlo más adentro, más cerca. Gimo cada vez más fuerte. Joder, vamos a hacerle un boquete a la puerta.

–Mierda, Gabriel, estoy apunto.

160

Agarra cada vez más fuerte mis caderas. Está en el mismo punto que yo y dos segundos después estallamos a lo bestia.

No me suelta. Respiramos entrecortadamente intentando recuperar el aliento.

–No vuelvas a desobedecer una orden mía –dice respirando todavía con dificultad.

–¿Esto ha sido un castigo? –Me falta el aire–. Porque si ha sido eso, pienso desobedecerte las veces que me venga en gana.

Él sonrío en mi oreja, me besa, me lame y me abraza fuerte, aún con nuestros miembros inferiores unidos.

–Deberías saber que en horas de trabajo no se te permite practicar deportes extremos

–dice con voz ronca y sexy.

–Y tú, que mi horario terminó hace cinco minutos.

–Touché.

A regañadientes me bajo de su cintura y comienzo a recoger mi ropa esparcida por la sala. Gabriel como solo tiene que abotonarse los vaqueros, le sobra tiempo de apoyarse en la puerta y observarme como un perverso. Y una sonrisa autosuficiente en sus labios.

–¡Eider! ¡Se quiere saber donde te has metido! –chilla Ángela desde recepción sobresaltándonos a ambos.

–Tengo que irme, me están esperando. –Intento apartarlo de la puerta pero no tengo esa suerte–. Gabriel... –le riño–. Tengo que salir.

Me envuelve en sus brazos devorando mis labios hasta que me deja seca. ¡Que intenso!

–Ahora puedes irte –dice arrogante mientras se aparta de la puerta.

Ángela abre los ojos como platos cuando nos ve salir a los dos sonrojados y algo despeinados de la sala de diagnóstico.

–Hola, la pasada noche no me presenté, soy Gabriel –dice sonriente antes de besar en la mejilla a mi amiga.

–Ángela –dice ella. Todavía no ha logrado encajar la mandíbula.

–Tengo que irme, nos vemos después –dice Gabriel caminando hacia la puerta.

Yo lo sigo y giro la llave en la cerradura demorándome más de lo necesario en la vista de su trasero hasta que llega a su coche.

–¿Comemos? –pregunto inocente cuando me volteo hacia mi amiga.

–Por lo que veo tú ya estas saciada –dice puntillosa.

Me encojo de hombros y paso delante de ella directa a por mi plato de pasta.

Antes de las cinco ya estoy de vuelta en el trabajo.

Le agradezco enormemente a Valeria lo rápida que ha sido terminando de poner a punto mi ordenador. Ella se pinta sola para estas cosas. La verdad es que me ha ahorrado un montón de tiempo y quebraderos de cabeza.

–Eider... –murmura una voz desde la puerta.

Lentamente levanto los ojos del informe que estoy escribiendo en el portátil. Mi pulso se acelera. Creo que no puedo abrir más los ojos de mi asombro.

–Te he echado de menos –dice cauteloso.

*Esto es una broma pesada.*

–¿A que has venido David? ¿Sara está contigo? –Alterada miro hacia la puerta. Como aparezca grito.

–Estoy solo –dice, pero no me tranquiliza.

–¿Quieres que te de las gracias por alertar a mis amigas, es eso? Pues de verdad que lo siento pero no te debo nada.

–No es eso. Yo... –Se revuelve el pelo incómodo–. Vuelve conmigo Eider.

*¿¿¿Qué???*

–Dime que no hablas en serio. –Este se está quedando conmigo.

–Te sigo queriendo, Sara fue un error, el mayor de toda mi vida.

–¡Por el amor de dios, vas a casarte con ella! ¡Me dijiste hace unos días que te habías enamorado!

–Sí, lo sé. Recuerdo perfectamente cada palabra que te dije... Pero... joder Eider...

Me equivoqué. Y la he dejado. Ahora sé que solo me utilizaba para hacerte daño.

Claro, y piensa que la tonta de Eider va a caer rendida a sus brazos. Me doy cuenta ahora de lo poco que me conoce.

–Voy a hacer como que no has aparecido hoy aquí. Voy a olvidarme de cada palabra de mierda que me has soltado, David. Vete por favor.

–¿No me has oído? ¡Acabo de decirte que te quiero, joder! –chilla. Y sin que me de tiempo a reaccionar atrapa mi cara entre sus manos y me besa.

A la misma vez que lo empujo lejos de mí, oigo un fuerte portazo en la entrada.

*Mierda.*

Gabriel sale despavorido hacia su todoterreno. Y ni siquiera va a pedirme una explicación de lo que ha visto. Gruño.

–¡Vete de una puta vez! –rujo furiosa–. ¡Sigues jodiéndome la vida! ¡Y si piensas que después de lo que has hecho voy a volver contigo, es que estas loco! ¡Eres un puto gilipollas!

Estoy que echo chispas... ¡Gabriel ha visto el beso, joder!

–Nena...

–¡No me llames así! ¡Y he dicho que te largues!

–Ya la has oído –gruñe Iker que acaba de entrar como salido de la nada a la clínica. Suelto el aire de mis pulmones.

David nos mira de uno a otro y por fin asiente.

–Te llamaré.

–Creo que no –dice Iker fulminándolo con la mirada. Por lo que acabo de presenciar, te ha dejado bien claro que no quiere verte.

Con la cabeza ligeramente inclinada hacia el suelo, por fin David se va.

Me tranquilizo.

–¿Tu ex? –pregunta.

En la pasada noche durante la cena, me sinceré con los Sánchez. Les conté la razón por la que vine a parar a Entrepinares y la aparición repentina de mis amigas.

Les hablé de Sara. De todo.

–Si. –Cierro los ojos. Mi único pensamiento ahora es Gabriel. Debe estar que echa humo... ¿qué conclusión errónea habrá sacado de lo que ha visto?

Puedo ponerme en su pellejo, puedo entender la furia con la que se ha marchado.

*¡Qué desastre!*

El teléfono fijo de la clínica comienza a sonar en este preciso instante. Me planteo no contestar, pero puede que sea importante. Me encojo de hombros mirando a Iker y respondo.

–¿Clínica veterinaria?

–Espero que no hayas olvidado nuestra cena de esta noche –dice Marta y me llevo la mano a la cabeza apretando ligeramente los ojos. No puedo creer que tantas cosas me estén pasando a la vez.

No me imagino la escena. Ni siquiera puedo imaginarme como va a recibirme Gabriel. O si por el contrario va a desaparecer para no cruzarse conmigo.

–No, –miento– estaba a punto de cerrar la clínica y darme una ducha. Enseguida estoy allí.

–Estupendo. ¿Tus amigas también vienen?

163

–No, ellas tienen otros planes. –Sonrío a pesar de que estoy echa polvo por dentro. Sus pretendientes las han secuestrado hace como media hora. Sospecho que no van a dejarlas volver a la ciudad a corto plazo.

–Bueno, en otra ocasión.

Cuando cuelgo, Iker me hace prometerle que lo llamaré si David vuelve a aparecer. También me cuenta, con un brillo intenso en los ojos, que va a ocuparse de Julia hasta que vuelva su abuela. Él se ofreció la pasada noche cuando Leire pasó a recogerla y esta accedió sin apenas pensárselo. Ahora tendrán que verse cada noche.

Y yo me alegro. Quizás de ello salga algo bueno.

He contado hasta cien y sigo nerviosa. He intentado dejar la mente en blanco y hasta me he imaginado caminando descalza por la arena de un desierto donde la temperatura es cálida. Hasta me he visto en la orilla del mar contemplando las olas y nada. Estoy echa un manojo de nervios. Nada me ayuda a ralentizar mis pulsaciones.

–¿Quién va ganando por ahora?

Pego un brinco en el asiento de la camioneta.

–¿Qué?

–Me refiero a tu batalla interna. Me bajo, o no me bajo –dice Daniel divertido.

–No... es solo... –No sé que decir. Hace más de cinco minutos que llegué al rancho y no sé como afrontar a Gabriel. No se si preferiría lidiar ahora con Margarita.

–Te acompaño, ven. –Abre la puerta y atrapa mi mano ayudándome a bajar. Entre Daniel y yo las cosas están mejor. Sobre todo después de nuestra charla en su habitación. Aprieta mi mano para tranquilizarme—. Espero que tu inseguridad no sea por mí, sé que lo que te hice no es fácil de perdonar...

–No es por ti –suspiro.

–¿Tiene algo que ver con mi hermano y la cara de psicópata que traía hace un rato? Me freno de golpe. Va a ser incluso más difícil de lo que pensaba. Y mira que me he rebanado los sesos en el camino.

–¿Tan enfadado está? –murmuro desanimada.

Él me sonrío.

—Anda vamos, tía Marta tiene una sorpresa para ti.

Espero que la sorpresa sea algo de chocolate. O nata, la nata también me viene bien para calmar los nervios y curar el alma.

Lo sigo dentro.

164

En el momento en el que pongo el primer pie en el salón, mi cuerpo entero se descompone.

*Esto no está pasando... esto no es real.*

Nada de chocolate, nada de nata...

Aprieto fuerte los dientes, al igual que me estoy clavando las uñas en las palmas de las manos. Contengo el aliento por lo que me parece una eternidad. Quiero chillar a pleno pulmón o tirarle de las greñas a la figura maliciosa que tiene sus manos con la manicura coral impecable sobre el pecho cubierto con camisa blanca de Gabriel. Un cuchillo grande y afilado acaba de traspasarme.

Abrasa como el infierno.

—¿Te encuentras bien? —murmura Daniel cerca de mi oreja. Acabo de darme cuenta que me he aferrado fuerte a su mano para no colapsar. Una hilera de hormigas invisibles trepa por mis piernas sin darle tregua a los fuertes latidos de mi corazón. Apenas puedo respirar. Inconscientemente aprieto mi pecho con la mano libre.

Desde que supe que vendría, la idea de verlos juntos, se estuvo formando como una enorme bola en mi cabeza. Siempre con una mínima esperanza de que no ocurriera, que Gabriel pudiera ver lo que ella es en realidad.

Y la bola me ha explotado.

—Hola hermanita, ¿a que te alegras de verme? —ronronea cariñosamente Sara sin apartarse de Gabriel. Ambos están de pie con una copa de vino tinto en la mano. Ella lleva un vestido rosa palo ajustadísimo con un gran escote y el maquillaje es demasiado recargado en su cara. Su pelo rubio platino lo lleva suelto cayendo en ondas perfectas sobre su espalda. Y su bronceado es totalmente artificial. Su sonrisa triunfal me está taladrando convertida en millones de agujas ocupando cada milímetro de mi cuerpo. Me pregunto como ha sabido que era él. Ha vuelto a ganarme.

Y yo la he dejado.

No tengo la palabra exacta para definir en este momento como me siento. Aquí, plantada frente a ellos como una estúpida perdedora. Pero sí hay un gran abismo que separa esta vez de la anterior. El que está con ella ahora, no es David, es Gabriel. Y juro por mi vida que jamás había sentido nada tan doloroso y asfixiante como esto.

Acabo de romperme en diminutos pedacitos.

Y por si nadie se ha percatado todavía, no he dicho ni una sola palabra.

Me contengo aguardando que mi sangre vuelva de nuevo a circular por mis venas.

165

Todos me miran ¿esperando qué?

No voy montar una escena en la casa de Marta. Ella no se lo merece.

Gabriel pasea sus ojos de ella a mí y parece muy molesto al ver que no contesto. La rabia se está haciendo paso a través de mí, cobrando intensidad a cada minuto que pasa y quiero estrujarlos a los dos.

–Hablabas con Gabriel de la sorpresa que te habrás llevado al ver a tu novio aparecer esta tarde en tu trabajo –dice calculadora.

Aprieto los dientes. No sé cuanto tiempo más voy a poder frenarme.

Es mentirosa compulsiva y disfruta con ello. Mi tortura es su diversión y me he dado cuenta demasiado tarde.

Demasiado daño.

Asco y repulsión es lo que veo en la cara de Gabriel antes de dejar su copa sobre la mesa y salir como una flecha por la puerta principal de la casa.

Mi hermana enseña su sonrisa victoriosa.

Y en este momento quiero matarla. *Acabo de descubrir que tengo una vena psicópata.*

Gabriel la ha creído y eso escuece. Y quiero cometer un acto de locura.

–David dejó de ser mi novio el día que te pillé con él en la cama, querida hermana – digo tensa pero obligando a la calma a que siga conmigo. No voy a darle el espectáculo que quiere, eso la haría más fuerte.

Daniel me mira y puedo ver asombro y comprensión en sus ojos.

–Discúlpame con tu tía, no puedo quedarme –murmuro suplicando mentalmente que no me presione.

Me alegra que Marta no haya presenciado nada de esto. Me avergüenzo de mi

hermana.

Daniel asiente.

–Adiós hermanita, me despediré por ti –suelta venenosa Sara.

Antes de que cruce el umbral de la puerta, ella me agarra del brazo.

–¿No te importará que me acueste con Gabriel, verdad? –ronronea en mi oreja antes de soltar una carcajada.

*A la mierda la calma.*

Esta vez no puedo contenerme y la abofeteo. *¡Dios qué bien sienta!*

Ella se ríe más fuerte mientras se masajea la mejilla. No la soporto.

166

Demasiado rápido llego a la casa de los Sánchez y me derrumbo nada más ver a mis amigas. Me quito los tacones y los lanzo lejos. Valeria me arrastra con ella hacia un sillón en el porche y me abraza. Ángela me flanquea al otro lado y hace lo mismo, solo que ella no cabe y se sienta en el reposabrazos.

–¿Quién te ha hecho llorar, Eider? –gruñe Miguel inclinándose frente a mí.

–¡Si ha sido ese pedazo de mierda engreído de Gabriel se va a llevar la paliza de su vida! –ruge Luis paseándose de un lado a otro del porche recogiendo mis zapatos y situándolos bajo el sillón.

Yo niego y asiento a la vez.

–No me digas que Sara... –murmura Ángela y yo asiento de nuevo.

–Está aquí. Esa perra... –gruñe Valeria abrazándome más fuerte.

–Tengo que irme, no soporto estar en el mismo sitio que ella. Y ahora quiere a Gabriel –sollozo–. Y eso es más de lo que puedo soportar.

Les cuento todo. Desde la aparición de David en la clínica hasta que me he topado con Sara acariciando al imponente cuerpo de Gabriel en el rancho. Con camisa blanca remangada enseñando sus fuertes y bronceados brazos y pantalones vaqueros negros marcando sus musculosas piernas y su duro trasero. *¡Joder que perra es Sara!*

–¡No puedes retirarte sin luchar! ¡No te dejaremos hacerlo otra vez! ¡Tienes que plantarle cara o seguirá riéndose de ti! –me regaña Valeria.

Lo sé, tiene razón. Puedo imaginarme todas las mentiras que debe estar soltándole a Gabriel en este momento. El se estará dejando consolar por ella. Y lo peor de todo es que va a creer todas y cada una de sus palabras. Ya lo ha hecho.

–Gabriel no va a caer en sus redes –dice Ángela queriendo animarme. Tiene personalidad propia, no como el pelele de tu ex.

–Él la cree. Cree que estoy con David.

–¡Pues que se vaya al puto infierno! ¡No lo necesitas en tu vida si a la primera de cambio desconfía de ti! –gruñe Luis.

–Nosotros te cuidaremos. Ha sido así desde el principio y nada ni nadie harán que dejemos de hacerlo –asegura Miguel y por primera vez en mucho tiempo noto como la pesada carga en mi espalda disminuye. Puedo respirar por fin. Nadie como ellos para hacerme sentir que tengo una familia.

¿Y qué pasa ahora con Gabriel?

167

*Capítulo 14*

*De: Eider.*

*Para: Leo.*

*Asunto: Hecho de menos hablar contigo.*

*A veces cuando las cosas me desbordan recuerdo las horas interminables que pasábamos hablando. ¿Recuerdas el chat en el que nos conocimos?*

*De: Leo.*

*Para: Eider.*

*Asunto: Hecho de menos hablar contigo.*

*Hola “amiga” Eider.*

*Lo recuerdo y también me encantaba hablar contigo. Entré en el chat por casualidad, buscaba un consejo de un veterinario y allí estabas tú. No sabes lo que me alegro por ello.*

*¿Cómo te va en el trabajo?*

*De: Eider.*

*Para: Leo.*

*Asunto: Trabajo.*

*Nunca deja de sorprenderme la gente de este pueblo con sus mascotas atípicas, pero reconozco que empiezo a acostumbrarme y me gusta.*

*De: Leo.*

*Para: Eider.*

*Asunto: Trabajo.*

*¿Y con tu jefe? ¿Cómo van las cosas?*

*De Eider.*

*Para: Leo.*

*Asunto: Mi jefe.*

*¿Tanto te interesa mi jefe?*

168

*Las cosas estás bastante mal. Repele mi presencia como el aceite al agua. En la última semana nos hemos cruzado un par de veces en su rancho y me gruñe todo el tiempo. Apenas me deja tocar a sus animales. Y Empiezo a pensar que está enamorado de sus vacas.*

*De: Leo.*

*Para: Eider.*

*Asunto: Celosa.*

*¿Estás celosa de sus vacas? Ja, Ja, Ja. Voy a tener que encontrarme contigo antes de lo previsto. Cuando me conozcas ya no tendrás ojos para nadie más y dejarán de importarte las vacas de tu jefe. ¿Tengo que ir a buscarte o vienes tú?*

*De: Eider.*

*Para: Leo.*

*Asunto: Celosa.*

*Para empezar, no estoy celosa.*

*¿Y te lo tienes muy creído no? ¿Piensas que en el segundo en el que te conozca voy a caer rendida a tus pies? Ni de broma, no señor.*

*¿Nunca te he hablado de mi ex? No, es cierto, nunca lo he hecho.*

*Leo, mi gran amigo, tendría que estar muy loca para comenzar una relación con otra persona. Los hombres sois infieles por naturaleza y mientras que la mujer tiene el cerebro en la cabeza, vosotros lo tenéis...*

*Aún así nada me impide conocerte. Lo estoy deseando.*

*De: Leo.*

*Para: Eider.*

*Asunto: Cerebro.*

*Mi cerebro está en su sitio querida amiga. Y jamás le he sido infiel a una mujer.*

*¿Hay un ex? Tienes toda la razón, nunca me has hablado de él, pero por tu resentimiento puedo ver que era un gilipollas.*

*¿Sigues enamorada de él?*

169

*De: Eider.*

*Para: Leo.*

*Asunto: ¿Enamorada?*

*No, no sigo porque nunca lo estuve.*

*Hace una semana se presentó en mi trabajo. Me pilló desprevenida y me besó sin mi consentimiento. Mi jefe lo vio y piensa que estoy con él.*

*De: Leo.*

*Para: Eider.*

*Asunto: Tú ex.*

*¿Y LO ESTÁS?*

*De: Eider.*

*Para: Leo.*

*Asunto: Mi ex.*

*¡NOOOOO! Ya te he dicho que nunca estuve enamorada de él. ¿Por qué sería tan tonta de volver? Además nuestra ruptura fue un tanto... inverosímil. Hay mas cosas de por medio y me es difícil hablar de ello.*

*...él me engañó con mi hermana. No fue cosa de una sola vez, me engañaron durante dos años.*

*De: Leo.*

*Para: Eider.*

*Asunto: Tú ex.*

*Eso es despreciable. Lo siento. Deduzco que las cosas con tu hermana no acabaron bien.*

*De: Eider.*

*Para: Leo.*

*Asunto: Mi hermana.*

*Deduces bien. Por una razón que no llego a entender del todo, ahora quiere apartarme también de mi jefe. Creo que ya lo ha hecho.*

*De: Leo.*

170

*Para: Eider.*

*Asunto: Tu jefe.*

*Voy a echarme piedras en mi propio tejado (ya sabes quiero gustarte y eso), pero te aconsejo que hables con él, sobre todo si no conoce toda la historia.*

*De: Eider.*

*Para: Leo.*

*Asunto: mi jefe.*

*Ahora mismo no está muy receptivo.*

*De: Leo.*

*Para: Eider.*

*Asunto: Tu jefe.*

*Las mujeres tenéis un don. Sea lo que sea que nos pase, solo tenéis que embaucarnos con una sexy sonrisa y nos olvidamos de todo. Pruébalo.*

*Y ahora tengo que irme. Me espera el trabajo.*

*De: Eider.*

*Para: Leo.*

*Asunto: Mi sexy sonrisa .*

*Agradezco el consejo. Lo pensaré.*

*Hasta pronto.*

Cierro el portátil con la primera sonrisa sincera de la semana, me encanta hablar con Leo. En muchas ocasiones fue mi vía de escape a la monotonía, era mi soplo de aire fresco después de un duro día de trabajo.

Una parte de mí se enamoró de él.

Quizás todavía lo está.

Ojeo el reloj de mi muñeca y me doy cuenta que va siendo hora de cerrar. Otro día sin que mi hermana de señales de vida, creo que está escondida como la rata que es preparando una nueva estrategia. Para no perder la costumbre, estará intentando convencer a Gabriel para que me eche del trabajo. Lo que no sabe es que ya me he echado yo solita y estoy a la espera de que alguien ocupe mi puesto.

Mira, por una vez en su vida, llega tarde.

Quería largarme aquella misma noche, y lo hubiera echo de no ser por los Sánchez y mis amigas. Insisten en que tengo que ser fuerte, plantarle cara a Sara y luchar por lo que quiero. He escuchado lo mismo a diario durante toda la semana. Y casi que me han convencido, o eso quiere pensar mi subconsciente.

La idea de donde se está alojando me asalta constantemente... y con quién. Y la conclusión a la que llego en la mayoría de los casos no me gusta.

Gabriel... a él lo he visto en el rancho por cuestiones de trabajo. Me llamó hace un par de días para curar una herida en la pata de una vaca, por posibles infecciones y eso. Ni siquiera se ha parado a mirarme más de dos segundos, y yo tampoco lo he hecho. Temía constantemente la aparición de mi hermana en cualquier momento revoloteando a su alrededor, recordándome que siempre consigue lo que quiere.

Gabriel y yo pasamos un momento incómodo cuando me encontró en el granero visitando al potrillo y a su mamá. No sé lo que él pensó en aquel momento pero yo estaba más roja que un tomate mirando el montón de paja. En un instante me calenté como siempre que pienso en él, deseando lo que no podía tener.

Prefirió creer a mi hermana.

Y yo salí de allí echando chispas.

Oigo los tacones de Valeria mucho antes de que aparezca. Se planta con las manos en las caderas frente a mí, mientras me quito la bata blanca. Lleva un corto vestido negro con flores rosas y su pelo, suelto sobre su espalda. Sus ojos brillan emocionados como nunca se los he visto antes, está enamorada de Luis.

–Te esperamos en el restaurante.

–No sé, vais en plan pareja y eso... –dudo—. Mejor después nos vemos en lo de Cinco.

–Ni hablar –dice Ángela que acaba de unirse a nosotras. Ella también se ha puesto un bonito vestido azul que contrasta perfectamente con sus ojos. Y su pelo rubio y rizado se balancea sobre sus hombros—. Tú vienes con nosotras –me ordena.

Si al menos Iker nos acompañara... pero se ha tomado muy enserio lo de ser niño de Julia y está en la granja con ella.

No van a aceptar un no por respuesta. Son unas pesadas.

–Está bien, voy en cuanto me duche.

Me pregunto cuando piensan volver a la ciudad, ¿qué pasa con sus trabajos?

Ruedo los ojos.

172

Subo los escalones de dos en dos directa hacia la ducha. Me desnudo rápidamente y me coloco bajo el chorro de agua templada con los ojos cerrados. Que bien sienta. Lo necesitaba.

No noto su presencia hasta que es demasiado tarde.

–Había olvidado lo hermosa que eres.

Me pasmo, abro los ojos como platos y frenética busco una toalla. David ocupa toda la puerta. Sus ojos están vidriosos y me mira con lujuria.

–¡¿Qué estás haciendo aquí?! –chillo. Por fin logro envolverme en la toalla.

–Te olvidaste de cerrar con llave abajo.

–¡Márchate! –grito.

Sin que pueda detenerlo me envuelve entre sus brazos y me besa en los labios. Yo lo empujo fuerte, forcejamos hasta que tropiezo con su pie y caigo golpeándome con la mampara en la parte superior de la mejilla.

–¡Mierda David, qué coño te pasa! –rujo llevándome la mano a la mejilla. Duele.

–Joder, Eider, lo siento, no quería hacerte daño. Solo quería que recordaras lo bien que lo pasábamos juntos.

–¿Antes o después de que empezaras a follarte a mi hermana? –rujo bruscamente mientras pongo distancia entre los dos.

–Eso fue un error –dice arrepentido.

–Vete o llamo a la policía. –Fuera de la ducha estoy dejando en reguero de agua por el suelo.

–Está bien. –Levanta su mano para tocar mi mejilla pero me alejo.

Cuando sale atranco fuerte la puerta girando la llave y me apoyo en ella, notando como resbalan por mi rostro numerosas gotas de agua. Cierro fuerte los ojos intentando controlar los latidos acelerados de mi corazón.

Todavía siguen aquí, no se han marchado. Y no confío en ninguno de los dos.

Con pasos temblorosos me impulso hacia el baño y me coloco frente al espejo.

Mierda, tengo un moretón que se extiende desde la mejilla hasta el ojo ¿cómo voy a ocultarlo? Podría llamar a las chicas y decirles que no puedo ir. No, no puedo. Estoy

segura que vendrían a buscarme. O puedo intentar ocultarlo con maquillaje. Sí, eso haré, después de aplicarme hielo.

Quince minutos después, he conseguido disimularlo colocando mi pelo suelto a ese lado y con mucha ayuda de maquillaje. Me enfundo un vestido negro ceñido con cuello

173

drapeado que Valeria se ha empeñado en prestarme y subo a mis tacones color plata como el colgante que cuelga de mi cuello. Intento plantar en mi cara la mejor sonrisa antes de salir porque quiero ser más fuerte que ellos.

O al menos lo intento.

Nada más entrar en el restaurante siento el impulso de recolocarme el pelo sobre la mejilla. Veo a mis amigos al fondo, en una mesa cerca de la ventana.

Demasiada luz. Van a notarlo.

–¡Estás para comerte! –exclama Luis y se gana un codazo de Valeria–. No puedo evitarlo, nena, Eider siempre será nuestra chica.

Miguel asiente. A estas alturas mis amigas ya saben que sus comentarios hacia mí son totalmente platónicos.

Miguel aparta mi silla y yo me acomodo dándole las gracias. Aunque ahora tengan novia, estos chicos siguen mimándome y los quiero por ello.

Nos enfrascamos en una animada conversación que da lugar a risas y carcajadas sin parar. Luis nunca deja de sorprenderme con sus anécdotas con los pollos.

Yo les hablo sobre la nueva amiguita de ocho patas de Pablo, un compañero del cole de Julia. Hizo una ruta de senderismo con su papá y la encontró debajo de una piedra. Como no, él se la trajo a casa en su mochila.

–¡Teníais que haber visto mi cara! ¡Me he puesto blanca de repente!

–Ya te dije que no habías elegido bien tu profesión. Boas, tarántulas, solo falta que alguien aparezca llevando a un cocodrilo con una correa del cuello.

Hago una mueca.

–Espero no estar aquí para ver eso.

–¿Piensas marcharte? –pregunta confundido y algo molesto, Miguel.

Tarde o temprano tenían que enterarse, que mejor momento que este.

–Sí, lo hablé hace días con Gabriel y ya me está buscando sustituta. –Apuesto a que ya tiene a alguien en mente.

–¿Ha sido cosa suya? ¿O es por tu hermana?

Niego con la cabeza.

–Soy yo la que quiere marcharse. Ya lo tenía decidido antes de que Sara apareciera.

–¿Y eso por qué? –pregunta Luis sin entender nada.

Ahora que lo pienso... ya no tengo las razones tan claras. ¿Era por Sara? ¿Por mi inseguridad con los animales poco corrientes, o por que me aterra lo que siento por Gabriel?

174

No me doy cuenta de lo que he hecho hasta que veo cuatro pares de ojos que me miran con la boca abierta. *Joder*. Inconscientemente me he llevado el pelo detrás de la oreja. Trato de llevarlo de nuevo a su sitio pero la mano de Luis me detiene.

–¿Quién coño te ha hecho eso? –ruge.

La gente a nuestro alrededor detiene sus conversaciones de golpe. Nos miran descaradamente.

–Si Gabriel te ha puesto la mano encima...

–No digas tonterías –murmuro avergonzada al sentir tantos ojos sobre mí–. He tenido un pequeño accidente en la ducha.

–En la ducha... ¿en serio?

–No miento Ángela, me resbalé y me golpeé con la mampara. –No pienso contarles que fue por culpa de David, no quiero añadir más leña al fuego.

Mis explicaciones se apagan en el mismo instante en el que Gabriel se pasea con Sara cogida de su brazo hasta la mesa de enfrente. La puta ley de Murphy. Si algo puede empeorar, ten claro que lo hará. Me recoloco el pelo estratégicamente tapando de nuevo mi mejilla y los ignoro totalmente. O al menos lo intento.

–¡Esa zorra descarada! –gruñe Valeria cuando los ve.

Me encojo de hombros. Definitivamente, Sara sigue aquí y ha conseguido lo que quería.

Ponerme histérica no va a solucionar nada. En cambio, hacer como que no me importa, puede confundir a mi hermana.

–Creo que necesito algo fuerte en este momento ¿estáis de acuerdo? –digo mientras me levanto. Durante un momento, los ojos de Gabriel tocan los míos y siento el impulso de llevármelo lejos y explicárselo todo. Desgraciadamente, la mano posesiva de Sara

sobre su brazo y su mirada despectiva sobre mí, me detienen. Totalmente.

Gabriel no confió en mí después de todo.

Les toma unos segundos comprender la situación antes de levantarse también.

–Nos debes la revancha al fútbolín –dice Luis aligerando la tensión de mi cuerpo.

–Sabes que no puedes conmigo. –Sonrío sin gana.

Al llegar a lo de Cinco, me voy topando con caras conocidas en mi camino a la barra.

Me llama la atención en particular el peón del rancho de Gabriel. El chico risueño y divertido que me ayudó a vacunar a las vacas. Me pellizco mentalmente tratando de recordar su nombre... Hugo, así se llama. Recuerdo lo simpático y atento que fue

175

conmigo y la gran ayuda que me prestó. Es un buen tipo. Lleva un polo rojo y unos pantalones cortos azul marino. Es rubio con el pelo muy corto y su sonrisa es sincera y tranquilizadora.

Nos plantamos en la barra y él viene hacia nosotros. Por lo que veo parece llevarse bastante bien con los Sánchez y en un momento se ha integrado en el grupo.

–¿Cómo van las cosas por el rancho? –pregunto después de tragarme de golpe un tapón de tequila.

–El jefe tiene un humor de mil demonios esta semana. Y empeora cada vez que aparece esa nueva amiguita suya rubia de bote.

¿Se refiere a Sara? ¿Y dice que se molesta cuando aparece? Estoy confusa en este momento.

–¿Nueva amiguita? –pregunto curiosa.

–Si, él no comenta nada, solo maldice entre dientes. Pero todos vemos que lo acosa y no sabe como quitársela de encima. Es demasiado empalagosa.

–¿Vive en el ancho con él? –contengo el aliento. Llevo toda la semana con la duda.

–¡Que va! La hemos escuchado decir que se hospeda en un hotel del pueblo vecino, no deja de repetirlo por si mi jefe se decide a visitarla, ya me entiendes.

Sí, lo entiendo perfectamente. No sé por cuanto tiempo va a resistirse a sus encantos, a David le costó como unos ¿cinco minutos?

–Pues creo que esta noche le pone fin a la resistencia. Estaban juntos en el restaurante. Y bastante juntitos, diría yo.

Hugo hace una extraña mueca.

–Esa niña caprichosa es demasiado insistente y molesta. Pero conozco a mi jefe y no es de los que se involucran con chicas así. Es demasiado serio y formal. La última vez que lo vi ilusionado por alguien fue hace unos meses. Nos hablaba de ella constantemente. Y por sus comentarios, no se parecía en nada a ésta.

¿Hace unos meses estaba con alguien?

–¿Quién era ella? –me muerdo el labio motivada por los celos.

–Nunca llegamos a conocerla, no es del pueblo. Puede ser que la conociera en algún viaje de trabajo o algo parecido. No estoy seguro.

–¿Y qué paso?

–Apenas habló del tema, estaba muy afectado. En el rancho creemos que ella lo engañó con otro.

176

La imagen de la bella y prepotente Elena me acude de golpe a la cabeza. La sacudo. No puede ser, ¿o sí? En el hotel me necesitaba para alejarla, eso me da que pensar.

–Sergio, otra ronda, por favor. –Este tapón me dura en la mano menos que el anterior.

Los celos son nuevos para mí, aún no los domino.

–Eider –me regaña Ángela. Apenas has cenado, si ahora te bebes una botella de tequila vamos a tener que llevarte en brazos a casa.

¿Y qué me importa? Al menos podré sacarme de la cabeza la imagen de Gabriel y su harén de mujeres.

Soplo.

Hace una semana él y yo teníamos algo, pensé que después de nuestro encuentro en el establo podría plantearme algo serio, iba a intentarlo. Al menos una parte de mí quería, la otra tenía sus dudas.

Y luego apareció Sara.

*Dios, mi vida es una mierda.*

Le sonrío a Hugo antes de brindar con él.

–¿Y esa revancha? –pregunta Miguel.

La paliza que les voy a dar al fútbol, sin duda va a levantarme el ánimo.

177

## *Capítulo 15*

Después de ganar tres partidas seguidas con la ayuda de Hugo, decido que estoy

demasiado cansada y quiero irme a casa, ¿casa? ¿Por cuánto tiempo?

*Repito, mi vida es una puta mierda.*

Me despido de mis amigos que resuelven quedarse un rato más y Hugo se ofrece amablemente a acompañarme. ¿Por qué no? Me cae bien, es un buen chico.

En el camino siento el impulso de sacarme los zapatos y andar descalza el corto trayecto que me resta. Y lo hago. El tequila me ha desinhibido por completo. Como punto de apoyo utilizo el brazo de Hugo. Él comienza a reírse y me rodea la cintura. Bajo la planta de mis pies el asfalto de la carretera está todavía caliente y la sensación es áspera y relajante a la vez.

Le sonrío a Hugo.

–Gracias por acompañarme, pero no hacía falta, en este pueblo está todo demasiado cerca.

–Pero también estamos los caballeros que no permitimos a una dama irse sola a casa.

–Eso es verdad.

El frenazo repentino de un coche a nuestro lado nos paraliza por un instante.

Contengo la respiración.

–Vete a casa Hugo –ruge Gabriel cuando desciende del Audi dando un fuerte portazo.

Hugo me mira y arruga la frente. El pobre no entiende nada.

–Estoy acompañando a...

–¡Vete a casa! –grita más fuerte.

–No importa –le sonrío para que se tranquilice–, ya casi he llegado.

Hugo asiente antes de dedicarle una mirada inexpresiva a Gabriel y reanuda sus pasos de vuelta a por su coche sin dejar de ojear en nuestra dirección en todo el camino.

Está tan confundido como yo.

–¡Cada vez que me doy la vuelta, un tío diferente tiene sus manos sobre ti! –ruge.

–¿En serio? ¿Me tomas el pelo? ¡Pues qué casualidad porque tú tampoco es que hayas estado solo! –grito enfadada.

–Tenemos que hablar –dice y suena como una orden.

–¿Ahora quieres hablar? ¡Pues ahora yo no quiero! ¡Que te den, Gabriel Vera Cruz!

178

–¿Que esperabas que hiciera? ¡Te vi besando a tu exnovio! –ruge.

–¡Yo no lo besé, me besó él a mí! ¡Hay una gran diferencia! –bufo–. Y hace una

semana elegiste creer a mi hermana cuando dijo abiertamente que era mi novio –hago una pausa para volver a respirar–. Hoy sencillamente es mi ex. ¿Qué te ha hecho cambiar de opinión? Porque perdona si no me trago que Sara te haya confesado la verdad. ¡Ella jamás se arrepiente de nada!

–Lo sé y punto. Ahora sube al coche –ordena nuevamente.

–No. Me voy a casa –digo tranquilamente colocando de nuevo el pelo sobre mi mejilla.

–¡Sube al puto coche, Eider! –gruñe a punto de perder la paciencia.

–¡Tú no me das órdenes pedazo de animal!

–Por favor... –ha bajado considerablemente su tono de voz. Pero sigue muy enojado. Mi poca fuerza de voluntad se va a la mierda y me veo siguiéndolo al interior del coche. ¿Cómo soy capaz de hacer esto cuando horas antes cenaba en compañía de mi hermana?

–¿Dónde está Sara? –pregunto algo más calmada cuando se desliza en el asiento del conductor.

–Espero que haciendo la maleta.

¿Se va? Ni hablar, no me lo creo.

–¿Por qué estaba en tu casa la noche en que fui invitada por tu tía? ¿Por qué estabas con ella esta noche?

Gabriel suelta el aire de golpe.

–Llegó a casa contando que era tu hermana y quería darte una sorpresa. Y que tu novio también estaba aquí. Por eso fui a la clínica. Entonces te vi con él –sisea guardando silencio unos segundos. Parece estar controlando su rabia–. Durante toda la semana ha estado intentando convencerme de que no eras la indicada para ser la veterinaria del pueblo, también ha intentado seducirme. Y esta noche solo he salido con ella porque quería que me explicara algunas cosas que he descubierto por mí mismo.

–¿Y que has descubierto?

–Eso no importa ahora, solo quiero escuchar tu parte de la historia.

Pego la espalda y la cabeza al respaldo y cierro los ojos. Suspiro fuerte.

Debería mandarlo a la mierda. No quiso escucharme antes. ¿Por qué debo explicarme ahora? No tiene ni idea del infierno de semana que he pasado, ni lo rota que me sentí al verlos juntos.

Arranca el coche y conduce en silencio durante al menos diez minutos. Cuando para, estamos en la cima del pueblo. Pequeñas luces centelleantes nos invitan a observar en silencio. Es agradable la sensación.

–Me gusta este sitio –suelto de golpe sin pensar.

–A mí también –rueda fuera del coche y yo lo sigo.

La hierba bajo mis pies silencia cada paso que doy. Inhalo y exhalo un par de veces. No me alejo porque no llevo el calzado apropiado para este terreno. Corre una suave brisa fresca. Mi pelo ondea y siento cosquillas en mi cuello por su roce.

Y entonces las palabras salen de mi boca sin mi permiso. Se lo cuento todo. Desde el principio.

Por un largo rato él me escucha en silencio, demasiado. No me gusta el no saber lo que está pasando por su cabeza. Mi bello se eriza y no es por la brisa.

Cuando termino estoy apoyada en la parte delantera del coche y ni siquiera sé como interpretar su falta de reacción. Me tenso.

–¡Joder, dime algo! –grito sin poder evitarlo.

Agotado, pasa las manos por su pelo. No ha dejado de mirarme ni un solo instante.

Cada palabra, cada movimiento que he hecho, ha sido perseguido por sus ojos.

Con pasos vacilantes se planta frente a mí. Con la rodilla me separa las piernas y se coloca entre ellas. Atrapa mi cara entre sus manos, se inclina, va a besarme. Pero no lo hace, en cambio se queda congelado mirando mi ojo. Automáticamente escondo mi cara detrás de mi pelo. *Mierda, otra vez.*

Él agarra mis muñecas con una mano y con la otra vuelve a dejarme le moretón al descubierto. Lo escucho respirar fuerte.

–No es lo que piensas...yo...

–¿Mi hermano? ¡¿Ha vuelto a tocarte?! –ruge y yo me encojo.

–Nooo. Lo juro, Daniel se disculpó conmigo y no ha vuelto ha dañarme de ninguna forma. –Me pego a su cuerpo. No me gusta verlo tan alterado.

–¿Tu exnovio? –Aprieta los dientes.

–Me resbalé en la ducha y me golpeé con la mampara, eso es todo.

–Mientes.

–Gabriel... –Logro soltarme y ahora soy yo la que atrapo su cara y me abalanzo a sus

labios. Quiero distraerlo y que no haga más preguntas. Gimo. Al principio se resiste, quiere apartarme pero no lo dejo. Lo rodeo con mis piernas empujándolo ansiosamente contra mi sexo. Él jadea contra mi boca y en un segundo está bajándose la cremallera

180  
de sus vaqueros. Lleva su mano en una caricia por debajo de mi vestido hasta encontrar mi tanga. Lo hace a un lado y con una fuerte embestida me clava sobre la chapa del coche.

–Tramposa –dice entrecortado contra mi cuello.

Lo envuelvo más fuerte con mis piernas. Jadeo por la sensación de tenerlo tan dentro. Deslizo mis manos bajo su camiseta y sin poder contenerme lo araño. Él muerde suavemente mi hombro.

–Joder Eider. ¿Qué me estás haciendo? –suspira y sé que no se refiere a los arañazos porque yo me siento igual. Esto que tenemos es inusual, imparable. Al menos yo me siento así.

Impaciente, me baja la parte superior de mi vestido y como si hubiera visto un oasis en medio del desierto, se abalanza sobre mis pechos. Juega con su lengua atormentándome, muerde, absorbe. Y yo no aguanto más.

–Gabriel... –gimoteo. Él me rodea fuerte con sus brazos, me embiste queriendo fundirse conmigo y nos dejamos llevar por un violento orgasmo.

*Dios bendito.*

Con la respiración acelerada, se deja caer encima de mí. Yo lo envuelvo con mis brazos. No quiero dejar que se vaya. Noto como su líquido caliente resbala entre los dos pero a él no parece importarle porque comienza a moverse de nuevo muy lento. Sigue duro y pronto la chispa dentro de mí, empieza a cobrar vida de nuevo. Esta vez las sensaciones son mas fuertes, hay sentimientos involucrados de por medio, puedo verlo en la intensidad con la que me mira, sin dejar mis ojos mientras se entierra en mí.

Acaricia mi mejilla magullada, después pasa al resto de mi cara hasta detenerse en mi boca. Me besa tiernamente, ya no hay tanta lujuria contenida entre nosotros, ahora son nuestras almas las que necesitan encontrarse, liberarse. Dibuja un lento camino de besos desde mi cuello hasta mis pechos, me siento adorada por el hombre más caliente y sexy del planeta. Una palabra que me aterra y pone nombre a lo que estoy sintiendo, planea como un cartel de neón por mi cabeza.

Estoy jodida.

–Perfecta –murmura y yo sonrío porque sé que no lo soy en absoluto, estoy lejos de serlo—. Pero a la vez, cabezota, terca y enigmática –agrega.

–Entonces no soy perfecta –murmuro

–Lo eres para mí y con eso basta. –Apresa mis labios nuevamente y los devora detenidamente. Incrementa el ritmo de sus caderas, me empuja hasta que toca mi útero.

181

En algún punto se vuelve insostenible y exploto de nuevo. Con un fuerte gruñido, Gabriel me sigue derrumbándose sobre mí. Trato de que mis pulsaciones vuelvan a la normalidad, me obligo a respirar más despacio y entonces es cuando la desolación comienza a engullirme. ¿Cómo voy a pasar sin esto el resto de mi vida? ¿Cómo si quiera puedo pensar en alejarme de Gabriel?

Le toma unos segundos incorporarse sobre sus codos. La sonrisa que dibuja en sus labios cuando me mira, me desarma por completo. Tengo el impulso de encerrarlo en mi apartamento bajo llave y que nada ni nadie me lo quite. Me enfurece la idea de que le haga a otra, lo que me ha hecho a mí, de que otra lo toque como yo lo hago.

–¿De verdad no te has acostado con Sara? –pregunto. No debería dudar lo sé, pero no puedo evitarlo, tantos años engañada y manipulada por mi hermana me han convertido en una paranoica.

Gabriel sopla mientras sale por completo de mí. Serio y todavía sin contestarme se pierde en el interior del coche. Cuando se acerca de nuevo lleva un paquete de pañuelos de papel en su mano, saca uno y cuidadosamente me limpia entre las piernas, después se limpia él.

Su silencio empieza a preocuparme. Respiro hondo y planto los pies en el suelo recolocándome el vestido en su sitio.

–¡Dios! ¿Lo has hecho verdad? –aprieto los puños a mis costados. No consigo respirar.

– ¡Joder, no! ¡No me he acostado con ella! ¡Y me revienta que tú lo pienses después de lo que acabamos de hacer! –ruge y yo me encojo.

–Yo... –Ni siquiera sé lo que decir para cambiar el gesto dolido de su rostro.

–Déjalo. Estoy harto de esto. Nunca vas a confiar en mí por mucho que me esfuerce.

Ni siquiera has tenido el valor de contarme la verdad sobre la contusión en tu cara. No

soy estúpido, Eider. –Bruscamente fluye hacia el asiento del Audi y cuando ruedo a su lado, sus manos aprietan el volante con fuerza. Está dolido y lo entiendo. Pero estoy segura que haría una piña con los Sánchez hasta encontrar a David.

El trayecto hasta mi apartamento lo hacemos en silencio. Cuando se detiene en la puerta de la clínica, no apaga el motor y doy por hecho que está deseando deshacerse de mí. Sin una palabra me bajo y entro. Solo cuando cierro con llave lo veo alejarse.

Con la espalda contra la puerta, suelto un suspiro. Lágrimas de impotencia resbalan por mis mejillas, Sara sigue ganando y yo sigo siendo la que se queda sin nada.

¿Patético, no?

182

Después de una hora dando vueltas en la cama intentando dormir, me levanto. La imagen de Gabriel decepcionado me persigue.

Atrapo mi portátil de la isleta de la cocina y lo llevo conmigo a mi habitación. Me siento como los indios sobre la cama y levanto la tapa. Compruebo mi correo y abro el que más me interesa, es de hace una media hora.

*De: Leo.*

*Para: Eider.*

*Asunto: Posibilidades.*

*Ahora soy yo el que necesita consejo.*

*Me debato entre hacer lo correcto o saltarme todos los protocolos y lanzarme de lleno sin importarme las consecuencias. ¿Qué opinas?*

*De: Eider.*

*Para: Leo.*

*Asunto: Posibilidades.*

*Me he perdido. ¿De qué hablas?*

*Si es algo muy importante para ti, te aconsejaría que te lanzaras. Yo estoy pensando en hacer algo parecido.*

*De: Leo.*

*Para: Eider.*

*Asunto: Daños colaterales.*

*¿Y si no resulta como quiero y lo agravo?*

*¿Por qué dices que piensas en algo parecido? ¿Tu jefe otra vez?*

*De: Eider.*

*Para: Leo.*

*Asunto: Daños colaterales.*

*Quiero confiar en él, lo intento, pero el miedo a que me engañe como hizo mi ex, me supera.*

*De: Leo.*

183

*Para: Eider.*

*Asunto: Fidelidad.*

*Todos los hombres no somos como tu ex. Yo soy un ejemplo. Como ya te dije, jamás le he sido infiel a una mujer.*

*De: Eider.*

*Para: Leo.*

*Asunto: Fidelidad.*

*Qué pena que no te haya conocido antes.*

*De: Leo.*

*Para: Eider.*

*Asunto: Abatido.*

*¿Ya no hay esperanza para mí? Siento eso. ¿Tan pillada estás por tu jefe?*

*De: Eider.*

*Para: Leo.*

*Asunto: ?*

*Nos hemos desviado del tema, ¿no necesitabas mi consejo?*

*De: Leo.*

*Para: Eider.*

*Asunto: Duda resuelta.*

*Ya me has ayudado más de lo que crees. Seguiremos en contacto.*

*De: Eider.*

*Para: Leo.*

*Asunto: ¿Resuelto?*

*Eres un gran enigma para mí, Leo.*

*Examino detenidamente cada rayo de sol que se cuele por la ventana de mi*

habitación. Me estiro sobre la cama esperando que me llegue la emoción de empezar un nuevo día en Entrepinares. No llega. Doy media vuelta quedando bocabajo y me tapo la cabeza con la almohada. Suelto un grito amortiguado.

184

Mi móvil comienza a sonar sobre la mesita y me pregunto si serán mis dos amigas para contarme donde han pasado la noche. Automáticamente lo cojo sin molestarme en comprobarlo.

—¿Quién?

—¿Podrías bajar y abrirme la puerta de tu asquerosa clínica? —escupe Sara—. Tengo algo importante que decirte.

Me impulso hasta la ventana y la veo. Cuelgo al instante y con mi fino pijama de camiseta de tirantes y pantalón corto, ruedo descalza por las escaleras. Sé que no debería escucharla pero la curiosidad puede conmigo.

Abro de golpe. Lleva unos vaqueros ajustados y un top rojo enseñando su bonito ombligo. Inclinando la cabeza la animo a entrar y cierro la puerta tras ella.

—¿Y bien? —pregunto.

—¡Estas echa un asco! ¿Qué le ha pasado a tu cara? No, déjalo, no me interesa. —Se recoloca el pelo y continúa.

Resoplo.

—Te devuelvo a tu querido David. La verdad es que nunca tuve intención alguna de casarme con él, solo lo dije para molestarte. —Se mira las uñas dándole más importancia que a lo que tiene que decir—. Reconozco que no soporto verte feliz y realizada, las constantes alabanzas que te hacía mi padre en los estudios y en el trabajo me dolían porque a su propia hija jamás la animó a nada. —Sonríe amargamente—. Si, sé que no eres mi hermana, eres una pordiosera sin familia que me robó lo que era mío, ahora te estoy dando tu propia medicina.

—Yo no te he robado nada, tú elegiste no estudiar y buscarte ese trabajo de camarera porque te daban buenas propinas. Tus padres intentaron quitarte la idea millones de veces, pero siempre te gustó desafiarlos. Querías dinero rápido para tus caprichos y ellos no podían dártelo.

—¡Claro! ¡Porque tenían que pagar tu maldita universidad!

—¡Sabes que eso no es cierto, yo pagaba la mayor parte con mi trabajo en la protectora

de animales!

–Mira, no he venido a escuchar tus patéticas explicaciones. No me interesan.

–Entonces, ¿a qué has venido?

–Quiero avisarte. Sé que vas detrás de Gabriel y puede que le interesaras antes de conocerme, pero eso ya se ha acabado. ¿Aún no te has dado cuenta que ninguno puede resistirse a mí? Todos y cada uno de los hombres de los que te enamores pasarán tarde o  
185

temprano por mi cama, eso te lo garantizo. ¿Sabes lo que estuvimos haciendo la pasada noche después de cenar?

Dibujó una lenta, lenta sonrisa en mis labios. Te pillé, Sara Silva.

–Me imagino que pasasteis toda la noche en la cama de tu hotel, ¿a que sí?

–Exacto.

Por fin desde que ha entrado por la puerta me relajo, tanto que hasta me permito dibujar una enorme sonrisa en mi cara.

–¡Por dios Sara, cuando te inventes una mentira, asegúrate primero que puede sostenerse!

–¡No miento!

–¿Has acabado? Si no te importa tengo trabajo que hacer.

Sara frunce el ceño sin entender mi conducta.

Me llama la atención un coche patrulla que se estaciona justo en la puerta. Agudizo la visión por la ventana de cristal. Dos hombres uniformados vienen hacia aquí. Ni siquiera presto atención a la verborrea de Sara, ya no me importa lo que tenga que decir.

–Buenos días –dice uno de los agentes al entrar. Después me recorre de arriba abajo.

–Usted debe ser la señorita Eider.

–La misma.

Él me sonrío descaradamente dirigiendo una mirada cómplice a su compañero.

–En el pueblo se habla mucho de usted.

Lo sé. Debo tener más etiquetas que un jamón de pata negra.

–Eso he oído. –Curvo mis labios.

–Y usted es...

–Sara, la hermana de Eider –se presenta con una amplia y falsa sonrisa.

–Sara Silva, ¿estoy en lo cierto? –investiga el oficial.

–Si, agente, esa soy yo –dice con voz acaramelada.

–El señor Gabriel Vera Cruz ha interpuesto una demanda contra usted por acoso, lo respaldan una docena de peones del rancho. Puede acompañarnos a comisaría por las buenas o esposada, usted decide.

Mi boca se abre tanto como mis ojos. ¿Gabriel ha hecho esto?

–¡Esto es cosa tuya! ¡Gabriel no me haría esto!

–Lo he hecho –confiesa una voz familiar y profunda desde la puerta. Con un asentimiento de cabeza saluda a los oficiales y luego se detiene más de lo necesario en

186  
mí. Poco a poco su cara se va convirtiendo en una máscara furiosa. Aprieta los dientes cuando me mira el pecho. *Mierda*. Automáticamente me cruzo de brazos. ¡Voy en pijama y no llevo sujetador! A grandes zancadas se planta ante mí tapando la visión a los agentes.

–¡No podías haberte vestido antes! ¡Se te marcan los pezones! –susurra en mi oreja y yo me estremezco a lo grande.

–No se marcaban hasta que has aparecido por la puerta –contesto deseando darle un achuchón y apretarle el trasero. Por vergüenza me contengo. Como si fuera a romperme, me acaricia la mejilla que ni me he molestado en mirar esta mañana. ¿Lo tendré peor que ayer? Automáticamente me tapo con el pelo.

Uno de los agentes carraspea y Gabriel se gira ocultándome de ellos.

–Os acompaño a comisaría –dice.

–¡Yo no he hecho nada! –chilla histérica Sara.

Uno de los agentes le hace un gesto imperceptible a Gabriel antes de hablar.

–Usted tiene una orden de alejamiento, se la prohíbe volver a Entrepinares. En caso de que no cumpla con la orden, será detenida de inmediato y pasará a disposición judicial. Si se marcha ahora, podrá librarse de pasar unas cuantas noches en el calabozo por perturbar la paz en este tranquilo pueblo y calumniar a nuestra veterinaria.

Su cara se ha puesto en un tono verdoso de repente.

–No será necesario. ¡Me voy ahora mismo! En este pueblo sois todos unos paletos. – dice bruscamente arrugando la nariz. Alzando la cabeza sale de la clínica.

–¡Adiós Sara! –chillo mas contenta de lo que he estado en mucho tiempo. ¿Cómo ha podido tragarse toda esta pantomima?

Los oficiales sonríen entre ellos y palmean a Gabriel en la espalda.

–Nos debes una cena –le dice uno de ellos antes de poner los ojos sobre mí.

–Y llévate a tu chica –dice el otro– creo que somos los únicos que no hemos tenido el placer de conocerla.

–¿No tenéis que perseguir a algún ladrón de pollos o algo? –refunfuña Gabriel y ellos sueltan una carcajada antes de salir.

–Ni siquiera me han dicho sus nombres –me quejo.

–Ni falta que te hace saberlos. Si tienes algún problema, me llamas a mí –dice muy serio– Y ahora si no te importa, ¿podrías subir a ponerte algo de ropa?

–Ah eso, es que Sara me ha pillado de imprevisto y...

187

–Eider... –la advertencia en su voz me hace sonreír. Hasta hace solo unas horas estaba furioso conmigo y ahora... A veces me pregunto qué lo impulsa a cambiar su estado de ánimo de un día para otro.

–No se como agradecerte lo que has hecho...

–Si no te tapas ahora mismo voy a follarte encima del mostrador a la vista de todos – gruñe acercándose a mí. Yo retrocedo notando como se endurecen mis pezones y se instala un calorcito excitante entre mis piernas.

Si pensaba que ya no podía sorprenderme más, va y me habla sucio. ¿A qué mujer no le gusta escuchar esas palabras?

Lo reto.

–Antes tengo que darme una ducha... ¿Te importa cerrar con llave? –Mi coqueteo es evidente y la mirada hambrienta de Gabriel me hace correr hacia el piso de arriba.

Me alcanza en el momento que estoy apunto de meterme en la ducha. No discuto cuando me envuelve en sus brazos pegando mi espalda a su pecho. Inclino la cabeza hacia atrás apoyándome sobre su hombro. Está desnudo como yo. Con el agua resbalando por nuestros cuerpos, Gabriel desliza sus manos por mis pechos, mi estómago, jadeo en el momento en que llega al íntimo lugar entre mis piernas. Allí se recrea hasta que me oye suplicar. Me gira entre sus brazos alzándome, le rodeo la cintura con mis piernas y me froto con su miembro. Él jadea contra mi boca. Podría acostumbrarme a esto, lo quiero todos los días, quiero enroscarme a este pedazo cuerpo por el resto de mi vida.

*Capítulo 16*

–Tengo que trabajar –murmura Gabriel a regañadientes cuando sale de mí, en la ducha.

Consigo estabilizar las piernas, el orgasmo ha sido tan intenso que todavía me tiemblan. Él se da cuenta y me sostiene fuerte. Noto como sonrío en mi cuello.

–Yo también. –Logro escabullirme de sus brazos y envolverme en la toalla, le paso otra a Gabriel.

–¿Dónde estamos ahora?

Arrugo la frente. ¿Se ha dado un golpe?

–¿Lo dices en serio?

Él asiente.

–¡Pues en el baño de mi apartamento! –Le toco la frente por si tiene fiebre y delira.

–No me refiero a eso –dice serio.

¡Y entonces me doy cuenta! ¡Y no sé qué contestarle a eso!

Salgo del baño, directa al armario a por mi ropa. Él me sigue y atrapa mi muñeca.

Cierro los ojos. El corazón me late a mil por hora. No quiero fastidiarla, pero tampoco quiero arriesgarme cuando no tengo ni la más remota idea de lo que siente por mí. ¿Y si solo soy un pasatiempo?

–Ahora no, Gabriel. –No se lo que espero cuando digo esto, pero no es que se vista en un santiamén sin mirarme y se largue.

Y yo lo he dejado hacerlo, sin detenerlo, sin decirle ni una sola palabra.

Estoy enojada conmigo misma, mucho.

Soy una cobarde.

Con las manos en los bolsillos de sus vaqueros y con una sonrisa radiante, Daniel me sorprende cuando estoy tomando nota de la última visita.

–¿Y esa sonrisa? –no puedo evitarlo pero después de la charla que mantuvimos en su habitación, me cae mejor y casi le he perdonado el incidente cuando iba bebido.

–Tengo una cita con una importante editorial. ¡Y todo gracias a ti!

–¿A mí?

–Necesitaba que alguien me diera un empujón y tú lo hiciste. Por eso te he hecho

algo, ven. –De la mano me lleva hacia la calle. Nos paramos al lado de su coche y del asiento trasero saca una carpeta grande y me la ofrece.

Impaciente la abro. Mis ojos se agrandan cuando me veo a mí misma reflejada en un dibujo en color. Estoy sonriendo y el pelo me cae en suaves ondas. Ha captado a la perfección el verde oscuro de mis ojos, incluso mis labios están delineados con delicadeza en un tono rosado.

Levanto la vista del dibujo y mi sonrisa se amplía.

–Es... precioso, ¡me encanta! –en un impulso lo beso en la mejilla.

–Si lo llego a saber antes, te conquisto con montones de ellos.

Ruedo los ojos.

–Si consigues un contrato, ¿te irás del rancho? –Me preocupa Gabriel, ¿no será demasiada carga para él solo?

–Definitivamente, Eider –asegura.

–Te deseo toda la suerte del mundo, en serio. Creo que tienes mucho talento.

–Gracias, en serio. Necesitaba escuchar eso.

Exhalo un suspiro cuando vuelvo a la clínica y me cruzo con Ángela y Valeria arrastrando de mala gana sus maletas. Llevan el abatimiento dibujado de cien formas diferentes en su cara. Puedo entenderlas perfectamente porque yo también he encontrado una razón para quedarme. Hemos hablado hace un rato sobre lo que ha pasado con Sara y han decidido que ya era hora de volver a la ciudad, a su trabajo.

–Dais pena.

–¿Tanto se nota? –pregunta Valeria mordiendo su labio. Está a punto de echarse a llorar–. ¿Sabes que es la primera vez en mi vida que me enamoro?

–Y espero que sea la última –dice Luis con voz ronca desde la puerta. Valeria se arroja a sus brazos como si hiciera siglos que no lo ve.

Agrandando los ojos.

A mi lado los sollozos de Ángela me dejan todavía más perpleja. ¿Pero que les pasa a estas chicas? ¿Cuánto llevan aquí, algo más de una semana? ¿Y ya están enamoradas locamente?

–¿Y tú qué dices? –Miguel hace su entrada y Ángela sigue los pasos de Valeria y se hunde en sus brazos.

–Que si tu quieres, en un par de semanas vuelvo y...

–Solo si vienes para quedarte –murmura Miguel y ella asiente.

Me he perdido tres pueblos. ¿Dónde he estado mientras ellos se hacían tan íntimos?

–Vale, vale, tanto amor en el ambiente me está dando grima. ¿No tenéis un tren que coger?

–Lo que a ti te pasa es que no tienes el valor de reconocer que te mueres por los huesos del ranchero –dice Valeria sorbiéndose la nariz.

–No soy perfecta que le vamos a hacer –refunfuño.

–Eso es un comienzo, al menos no lo has negado –concuerta Ángela.

Me encojo de hombros.

Les pongo la excusa del trabajo para no ir a despedirlas pero ese no es realmente el motivo. ¿A quién le gusta despedirse de sus seres queridos en una estación? Me sentía bien sabiendo que estaban a mi alrededor, voy a echar de menos sus ropas invadiendo mi armario, sus zapatos en cualquier rincón del pequeño apartamento. Hasta mi baño parecía haber encogido con tantas cremas y maquillaje esparcidos por el lavabo.

Pero me gustaba.

Al caer la tarde y con la clínica vacía, me dedico a colgar el dibujo de Daniel en la sala de espera. Me encanta y quiero que todo el mundo en el pueblo conozca su talento.

–Es de mi sobrino, ¿verdad? –me sobresalta la voz de Marta a mis espaldas. He estado tan sumida en mis pensamientos que no he sentido la puerta.

–Sí... pero ¿cómo...? Él me dijo que no lo sabía nadie.

–Reconozco que he entrado un par de veces a su habitación cuando estaba en el trabajo. –Se encoje de hombros–. Desde el primer momento en que nos prohibió a todos invadir su intimidad, sabía que escondía algo. –Sus ojos se llenan de lágrimas–. ¿Tiene talento verdad?

Asiento.

–¿Por qué no le has dicho lo que piensas?

–¿Y reconocer que he husmeado en sus cosas? Creo que no. No podría verlo enfadado conmigo como lo está con su hermano.

–No importa. De todas formas a partir de ahora creo que ya no va a importarle que su secreto se sepa. –Le cuento sobre su reunión en la ciudad y Marta me abraza de repente.

–Gracias por lo que estás haciendo por mis chicos, Eider. Es la primera vez en mucho

tiempo que veo brillar los ojos de Daniel y Gabriel ya no está tan obsesionado con su trabajo como antes.

191

–Yo no he hecho nada.

–Créeme que sí. Lo que me recuerda a lo que he venido. La verdad es que no se exactamente lo que te ocurrió la otra noche con tu hermana, ni por qué te fuiste, pero esta vez, no tienes excusa. Te espero en una hora. –Suena como una orden y no puedo negarme. Asiento. Además he perdido la cuenta de las veces que la he plantado y me siento culpable.

–Allí estaré.

Cierro la puerta con llave cuando sale Marta y me apresuro por las escaleras hasta el baño. Después de darme una ducha, me seco el pelo y me lo dejo suelto. Me aplico un sutil maquillaje (en el moretón un poco más) y me enfundo un vestido ceñido negro con escote de pico y espalda totalmente al descubierto, regalo de Valeria. Es sexy, el problema es que no puedo ponerme sujetador. Me encojo de hombros. Encuentro mis zapatos de tacón altísimo negros debajo de la cama y me los coloco.

Estoy lista.

Después de tres intentos de girar la llave en mi Chevrolet, desisto. No arranca.

Exhalando un fuerte suspiro, agarro mi móvil del bolso y llamo a Gabriel.

–Eider... –dice serio.

–Necesito que vengas a buscarme, no arranca mi camioneta y tu tía se va a enfadar si no aparezco.

Me cuelga. ¡Me cuelga! Ahogo un grito en mi garganta. ¡Estoy furiosa!

Salgo del coche y apoyo mi espalda en la puerta. Respiro hondo varias veces. Es totalmente impredecible. Nunca sé cómo va a reaccionar.

Atrapo de nuevo el móvil dispuesta a llamar a Marta cuando un chirrido de ruedas llama mi atención. Gabriel frena de golpe a mi lado y juro por Dios que lo fulminaría ahora mismo si pudiera.

–Sube –me ordena.

Le saco mi dedo de en medio. Él aprieta la mandíbula antes de salir como una fiera del coche.

–Se acabó, ¿me oyes? ¡Fue un error darte el trabajo, fue un error dejar que te

quedaras! –chilla furioso–. ¡Sube al puto coche!

192

Estoy petrificada y apunto de echarme a llorar. Mi estomago se encoge ante sus palabras de desprecio. Inclino la cabeza y me deslizo en el asiento sin decir nada. ¿Qué coño le pasa ahora? Está más loco que yo y eso ya es decir mucho.

Cuando llegamos al rancho me doy cuenta que estoy temblando. Nunca pensé que estar bien con Gabriel fuese vital para mí, ahora sé que nunca podré quedarme aquí si no estoy con él. Es un pilar fundamental para mí.

No me doy cuenta que se ha bajado del coche hasta que abre mi puerta. Pongo los pies en el suelo pero no se aparta. Trato de encontrarme dentro de sus ojos pero solo veo decepción. Quiero zarandearlo y que me explique por qué de repente me odia. ¿Solo por no decirle esta mañana lo que sentía?

–Eider, querida, ¡por fin estás aquí! –vocifera Marta desde el porche.

Gabriel se aparta y yo camino primero. A mi espalda oigo una serie de maldiciones antes de que me agarre del brazo. Me detengo.

–¿Tía, puedes esperarnos dentro? –pide Gabriel con los dientes apretados. Marta no parece darse cuenta de la tensión entre nosotros.

–Claro hijo, pero no tardéis.

–Joder Gabriel, no hay quién te entienda ¿Qué te pasa ahora?

–¿Lo haces para torturarme, no es así?

–Te juro que no sé de qué hablas.

–¡De tu vestido! ¿Qué ha pasado con la tela que falta en tu espalda?

¿En serio?

Me olvido de respirar.

–Ni siquiera llevas sujetador –gruñe con voz ronca.

–Obvio. No puedo llevarlo con este vestido.

–¿Te lo has puesto por él?

Vuelvo a contener la respiración. A este paso voy a morir por falta de aire. ¿Qué me he perdido?

–¡De quién coño me estás hablando! –chillo colocando mis brazos en jarras.

–Os ha visto todo el pueblo, Eider. No lo niegues. ¡Has besado a mi hermano en mitad de la calle!

Exhalo un largo suspiro. ¡Un día de estos me va a dar un infarto por culpa de los cotillas de este pueblo!

–Solo le agradecía por un bonito regalo. ¡Entre Daniel y yo no hay nada!

–Entonces, ¿por qué te vistes así?

193

–¿Así como?

–Caliente como el infierno –murmura con voz ronca.

–Para provocarte –confieso alzando la barbilla. Me cuelo dentro de la casa. Él me sigue no sin antes maldecir de nuevo.

Es imposible comparar la comida de Marta con la de Gloria. Realmente saben cocinar en este pueblo y eso es algo que me hechiza.

–Me encantaría aprender a cocinar tan bien –digo llevándome una cucharada de mousse de chocolate recubierta de nata a la boca. Atrapo a Gabriel mirando mis labios y me relamo para pincharlo. Mi zorra interior pega un brinco cuando su mirada se vuelve penetrante y oscura. Está deseando castigarme de alguna forma por mi comportamiento atrevido de toda la noche.

–Me encantaría enseñarte –ofrece Marta sin percatarse de nada.

Daniel en cambio se está divirtiendo con nuestro intercambio de miradas y gestos sin definir.

–Sobre todo postres –suelta Gabriel y yo me sonrojo.

Soy una golosa, no puedo evitarlo.

–Gabriel me comentó que querías marcharte. ¿Acaso no estás a gusto? ¿Te ha molestado alguien? –Mira a Gabriel cuando dice esto último.

Sé lo que dije y no solo una vez sino varias.

–No. No me ha molestado nadie. –Daniel carraspea incómodo. Se lo que está pensando y por una parte lleva razón. En su momento él fue una de las razones de peso por las que quise irme, pero ya no pienso igual. Dejo la cucharilla en el plato.

Repentinamente se me han quitado las ganas de postre. ¿Me habrá buscado Gabriel una sustituta?

–Tengo algo que contaros –interrumpe Daniel percibiendo mi incomodidad. Respiro agradecida mostrándole una débil sonrisa.

Todos los ojos en la mesa se dirigen a él.

–Mañana tengo una importante reunión con una editorial.

Marta se levanta de la mesa y corre a abrazarlo. Gabriel está mudo.

–Ya era hora, ¡tienes mucho talento! –exclama.

–¿Lo sabías? –pregunta Daniel sorprendido.

–Como no voy a saberlo, ¡soy tu tía! He visto los dibujos en tu habitación y el que Eider tiene en la consulta es precioso.

194

Gabriel se levanta de la mesa sin decir nada y sale de la casa.

¿No se alegra por él?

–Voy a ver que le pasa –murmuro antes de seguirlo.

Lo encuentro sentado en un sillón en las sombras del porche. Su cara es indescifrable.

–No es justo que te muestres indiferente. Todos tenemos derecho a perseguir nuestros sueños y Daniel lleva reprimiendo el suyo mucho tiempo.

–Veo que lo conoces muy bien –escupe.

–No estás siendo justo. Si no te lo dije antes, es porque pensó que no lo tomarías en serio. Aunque no te lo parezca, Daniel te respeta. Eres la figura paterna que perdió, siempre te ha visto como el serio y responsable hermano mayor, pero infranqueable a la vez.

Gabriel suelta una risa amarga.

–Llevas apenas unas semanas y ya crees conocernos, mi hermano es el frágil incomprendido y yo el inaccesible. –Se levanta, pasa delante de mí y rueda por las escaleras del porche. Titubea en el último escalón y se gira. Puedo ver el tormento reflejado en sus ojos.

–No sabes una mierda, Eider. Me he sacrificado por todos y cada uno de los miembros de mi familia, de los trabajadores, todo para que nadie perdiera su fuente de ingresos. Yo también tenía sueños... –Sonríe irónico– ¿Crees que es fácil para mí llevar toda esta carga? Nunca me dieron opción, la muerte de mis padres fue mi propio entierro en este pueblo.

Poco a poco he ido acercándome a él, solo nos separan un par de escalones. Noto que estoy agarrando demasiado fuerte la barandilla de madera y los nudillos se me han puesto blancos. Nunca pensé que Gabriel, el estricto, serio y temido, se derrumbara de esta forma. Mi estómago se ha encogido y solo necesito abrazarlo para que vuelva a su

lugar.

–Solo una puta vez en mi vida me he dejado llevar. No me importó dejarlo todo y salir corriendo a por lo que quería. –Inhala, exhala–. Crucé medio país para encontrarla, pensé dejarlo todo por ella... –Inclina la cabeza en dirección al suelo y yo he dejado de respirar, literalmente. ¿Está enamorado de otra? Aprieto los puños hasta que noto las uñas clavándose en mi carne.

Duele.

Obligando a mis pies a moverse y a mis pulmones a que realicen su trabajo, me giro hacia la casa. En cuanto recupere mi bolso salgo pitando de aquí.

195

–Tengo que irme –murmuro de espaldas a él.

–¿Te has acostado con mi hermano?

Me congelo. Los pies no me obedecen. Cuento hasta cinco antes de poder hablar.

–Es gracioso que me estés haciendo esa pregunta cuando acabas de confesarme que estás enamorado de alguien que está lejos.

–Yo no he dicho que ella esté lejos.

Oh, mi Dios, ¿está aquí en el pueblo? ¿La conozco? Sus palabras rebotan en mi cerebro. Me asquea la facilidad que tienen los hombres de saltar de una cama a otra sin comprometer sus sentimientos. Estoy que muerdo.

Me persigue el estigma de la infidelidad.

–Sigues sin contestar mi pregunta –dice tras unos segundos en silencio.

–Que te jodan –le contesto antes de precipitarme dentro.

Cuando vuelvo, Marta y Gabriel me miran interrogantes y reconozco que no estoy preparada para contestar a ninguna de sus preguntas. Estoy temblando como una hoja y quiero salir lo más rápido posible de aquí.

Le doy las gracias por la exquisita cena y me despido quitándole importancia. O al menos eso intento.

Aunque me niego, Daniel insiste y me acompaña al coche. No veo a Gabriel por ninguna parte y mi cuerpo traidor se decepciona, mi cabeza me dice que es lo mejor.

196

## *Capítulo 17*

Esta noche, sintiéndome peor de lo que he estado en mi vida, me acuesto en la cama

sobre mi estómago y enciendo el portátil. Voy directa a mi correo y sin pensarlo me encuentro tecleando para Leo.

*De: Eider.*

*Para: Leo.*

*Asunto: Monogamia.*

*Nunca entenderé la manera de actuar de los hombres ¿Tenéis algo en contra de la monogamia?*

Tamborileo los dedos sobre el teclado. Reconozco que estoy ansiosa. He llegado a apreciar mucho sus comentarios y esta noche los necesito un montón. Leo es divertido y me sorprende cuando su respuesta llega unos minutos después, debe tener su correo ligado al móvil. ¿Cómo no se me ha ocurrido a mí hacerlo antes?

*De: Leo.*

*Para: Eider.*

*Asunto: Monogamia.*

*No sé nada de los hombres de tu vida, pero te aseguro que yo soy monógamo.*

*¿Problemas con tu jefe otra vez?*

*De: Eider.*

*Para: Leo.*

*Asunto: ¡Mi jefe!*

*Ha reconocido que está enamorado de otra... después de que... bueno yo pensé que teníamos algo. ¡Tengo ganas de matarlo en este momento!*

*De: Leo.*

*Para: Eider.*

*Asunto: Tu jefe.*

197

*Es un jodido imbécil si no sabe apreciarte. ¿Estás segura que hay otra? ¿Y en tu vida hay alguien más?*

Frunzo el ceño al leer esa pregunta. Espero que no se esté refiriendo a él, porque ahora mismo solo lo veo como un buen amigo.

*De: Eider.*

*Para: Leo.*

*Asunto: ¿Alguien más?*

*Te recuerdo que acabamos de hablar de la monogamia. ¿Cómo voy a tener a alguien más? NO. LO. TENGO.*

*De: Leo.*

*Para: Eider.*

*Asunto: Tu hombre.*

*Olvídate de tu prepotente jefe. ¡Yo soy tu hombre! Estoy seguro que vas a amarme en el mismo instante en que me conozcas. Te lo garantizo.*

Suelto una carcajada.

*De: Eider.*

*Para: Leo.*

*Asunto: Mi hombre.*

*Te aseguro que si consigo sacarme a Gabriel de la cabeza, no dudaré en conocerte.*

*De: Leo.*

*Para: Eider.*

*Asunto: tu hombre.*

*Estaré esperando.*

Es curioso lo que pueden lograr unas simples palabras de alguien que no he visto en persona. Ni siquiera en foto. Podría ser el hombre más guapo del planeta o el menos agraciado, pero no me importa, es Leo y me hace sonreír.

198

Fuera, un cielo repleto de estrellas y la suave brisa fresca, me invita a dejar la ventana abierta. Recogiendo mi pelo me recuesto en la cama con solo unas bragas negras de encaje. El tacto suave de las sábanas limpias rozando mi cuerpo, me hace suspirar y cierro los ojos esperando que Morfeo me envuelva en sus brazos.

No va a ser tan fácil.

Un sonido proveniente de abajo me pone alerta ¿habré olvidado otra vez girar la llave en la cerradura? Espero unos segundos notando como aumentan mis latidos, y de nuevo lo escucho, esta vez es como un crujido en las escaleras. De un salto me pongo en pie. No estoy siendo paranoica, realmente hay alguien subiendo a mi apartamento. Corro para poner el cerrojo en la puerta de arriba pero una sombra parada en el umbral me lo impide. El corazón me late desbocado. Quiero gritar pero su boca me lo impide atrapando la mía, me aprisiona entre sus brazos. Forcejeo hasta que reconozco el sabor y

su familiar olor inunda mis fosas nasales. Aliviada suspiro contra sus labios a la vez que llevo mis manos a su trasero y lo empujo contra mí. El jadea fuerte. En otro momento pensaré seriamente en los cambios repentinos de Gabriel. En otro momento...

–¡Espera! –Lo empujo. Él me suelta–. ¡Joder! ¡No pienso ser el segundo plato de nadie!

–Y no lo eres –gruñe y al instante me lleva de nuevo a sus brazos. No puedo resistirme y lo dejo que me devore. Entera.

–Mierda, Eider ¡no llevas ropa! –Me alza hasta envolverme las piernas en su cintura. En el camino a la cama se lleva mis pezones a la boca y yo tiro de su pelo. Gimo cuando me arroja sobre la cama, se coloca entre mis piernas y comienza un lento recorrido con su lengua por todo mi cuerpo. Saca su camiseta por la cabeza y desabrocha sus vaqueros, todo en una lenta agonía para mí que estoy deseando tenerlo dentro. Jadeo fuerte en el momento que siento la intromisión, me siento llena y deseosa de que se mueva fuerte y duro. Lo necesito. Quiero verlo derrumbarse tembloroso sobre mi cuerpo después de su liberación, quiero que se quede después y me abrace durante toda la noche. Lo quiero todo.

–Joder, Eider –jadea.

Lo animo a incrementar el ritmo hasta que ninguno puede llevarlo más lejos y colapsamos. Lo abrazo fuerte y lo beso. Gabriel se incorpora apoyándose en los codos y me mira intensamente. ¿Advertiré en mis ojos lo que siento?

199

La luz que se cuelga por la ventana es suficiente para iluminar su perfecto rostro y no puedo imaginar compartir esta intimidad con alguien más en mi futuro. Lentamente se inclina sorteando pequeños besos por mi cara.

–¿Te duele? –pregunta cuando roza mi contusión.

–No, ya casi ni se nota.

–¿Vas a contarme cómo te la hiciste? Y no me digas que fue un accidente porque sé que mientes.

–No es para tanto en serio. Y te lo contaré cuando tú me hables de esa chica... –Me arrepiento en el mismo instante en que lo menciono porque se agita y se hace a un lado dejándome vacía, sin su calor.

Entra al baño. Cuando sale lleva una toalla mojada en su mano y pacientemente me

limpia entre las piernas. ¿Puede imaginarse por un segundo lo que me provoca que se ocupe de mí? Dios, amo a este hombre aunque no vaya a confesárselo nunca.

Del suelo va recuperando su ropa y siento pánico cuando se desliza dentro de sus vaqueros. Pego un salto, voy desnuda, lo sé. Me planto frente a él.

–¿Dónde te crees que vas? –pregunto con los brazos en jarras.

–A dormir. Estoy cansado. –Un amago de sonrisa aparece en sus labios.

–Entras en mi apartamento como un vulgar ladrón, me seduces, te metes entre mis piernas y ahora, dices que te vas.

–No entré como un ladrón. Tengo una copia de las llaves. Y si no quieres que me vaya, solo tienes que pedirlo.

–Haz lo que quieras –digo con cautela esperando que se quede.

–Hasta mañana.

No le respondo y me meto desnuda en la cama de espaldas a él. Si quiere irse, que se vaya. No pienso rogarle. *Aunque me muero por hacerlo.*

Después de lo que parece una eternidad para mí, siento su peso al otro lado de la cama y mi zorra interior salta de júbilo. Se queda. Me abraza pegando mi espalda a su pecho, yo me aprieto contra su bulto hinchado. El suspira liberando el aire de sus pulmones sobre mi cuello y puedo asegurar que soy la mujer más feliz del mundo en este momento. Besa mi pelo.

Cuando escucho su respiración uniforme y acompasada sé que está durmiendo y no puedo alejar de mi cabeza su reacción cuando le he pedido que me hable de esa chica. ¿Soy yo la otra? ¿La engaña a ella conmigo? Si es así no podría soportarlo. Estaría haciéndole lo mismo que Sara me hizo a mí. Y lo odio.

200

Abro los ojos con el sonido de la ducha de fondo. Me estiro como una gatita saciada y me impulso fuera de la cama. La ropa de Gabriel está desperdigada por el suelo y después de deslizarme en su camiseta, recojo sus vaqueros y su cartera que imagino que está abierta por la violenta caída. Varias de sus tarjetas están esparcidas y me llama la atención su dni. Lo leo, releo y mi boca sigue todavía abierta la tercera vez que lo hago. ¿En serio? Lo guardo todo en su lugar y dejo la cartera sobre la mesa. Salgo en silencio y me dedico a preparar café y unas tostadas. *Puede que sea una coincidencia.* Me repito en mi cabeza una y otra vez.

–¿Has visto mi camiseta? –pregunta desde la habitación.

–Eh, si –digo alzando la voz.

En un instante me encuentro envuelta entre sus fuertes y musculosos brazos. Me besa en el cuello y se frota juguetonamente contra mí. Este Gabriel me encanta.

–Lo siento pero la necesito, sería un poco difícil tener que explicar mi falta de ella a mi tía –ronronea en mi oreja llevando sus manos por debajo de la camiseta hasta mis pechos. Los acaricia deteniéndose en pellizcar suavemente mis pezones.

–¿No descansas ni los domingos? –pregunto de mala gana.

–Los animales también comen y beben los domingos. –Me da un fuerte beso en la nuca–. Aunque en el futuro podría delegar ese trabajo en otro, al menos los domingos. Noto como vuelve a estar duro y sonrío. A eso de las cuatro de la madrugada, sus caricias y su rígido pene han vuelto a reclamarme. Yo por su puesto no he tenido nada que objetar. Pero ahora si lo tengo. Me separo a regañadientes con la excusa de servirle el desayuno. *Y porque estoy excitada y no quiero acabar montándolo como una posesa.* Necesito estar sola para darle forma a la idea que está tomando forma en mi cabeza. Retorcida pero podría estar en lo cierto.

Cuando por fin se marcha veinte minutos después, me ducho, me visto con mis vaqueros cortos y una fina camiseta de tirantes blanca y me deslizo en el taburete de la isleta de la cocina delante de mi portátil.

Respiro hondo.

Siempre he tenido la extraña sensación de que no he acabado en Entrepinares por azar y pienso comprobar que hay de cierto en ello.

Allá voy.

201

*De: Eider.*

*Para: Leo.*

*Asunto: Mi hombre.*

*He estado pensando mucho en tu oferta. Tienes razón, debería conocerte en persona y ver donde nos lleva. Reconozco que me siento atraída por ti.*

Lo envío y espero nerviosa. Me levanto, paseo de un lado a otro del salón cocina. Los latidos de mi corazón se sienten como fuertes martillazos. *¿Es posible esto?* A los diez minutos contesta. Con manos algo temblorosas atrapo el móvil de la isleta de la cocina.

Contengo el aliento.

*De: Leo.*

*Para: Eider.*

*Asunto: Tu hombre.*

*¿Qué ha pasado con tu jefe?*

*De: Eider.*

*Para: Leo.*

*Asunto: Mi jefe.*

*No estoy segura, tengo dudas y creo que no es lo que busco. Somos muy diferentes y con el tiempo eso terminaría pasándonos factura. Y no estoy dispuesta a perder de nuevo.*

*De: Leo.*

*Para: Eider.*

*Asunto: Cambio de opinión.*

*¿Y qué buscas?*

*De: Eider.*

*Para: Leo.*

*Asunto: Cambio de opinión.*

*No tengo una respuesta a eso. Lo que sí sé es que tengo que conocerte, he pensado mucho en ti en los últimos días.*

*¿Volvemos a intentarlo? Dime donde y estaré ahí.*

202

*De: Leo.*

*Para: Eider.*

*Asunto: ¿Segura?*

*No me importa ir a buscarte. Solo dame tu dirección o dónde quieres que nos veamos y allí estaré. Digamos en... ¿dos días?*

*De: Eider.*

*Para: Leo.*

*Asunto: Segura.*

*Me parece perfecto. Vivo en Entrepinares, un pueblo pequeño en el sur. Confío en que sabrás encontrarlo. ¿El martes a las ocho en el bar de Cinco s? Es un sitio muy*

*conocido en el pueblo, fácil de localizar.*

*De: Leo.*

*Para: Eider.*

*Asunto: GPS.*

*Lo encontraré. Allí nos vemos.*

Suelto fuerte el aire de mis pulmones cuando cierro la tapa de mi portátil. Estoy dudando. Ha sido demasiado fácil ¿y si me equivoco? Dios, espero que no.

Limpio el apartamento de arriba abajo, pongo una lavadora y para la hora de comer ya no tengo nada que hacer. Decido prepararme algo de pasta cuando unas rápidas pisadas en las escaleras me alertan. La increíble figura de Gabriel aparece en la puerta. –Tienes que dejar de hacer eso. Me has asustado –digo, pero él no responde. Se limita a mirarme peligrosamente. Yo lo miro también sin saber para nada lo que tiene en mente. Lo compruebo enseguida. En dos zancadas me agarra violentamente rasgando mi camiseta, después tira de mis vaqueros dejándome en ropa interior. Me alza en sus brazos y yo lo rodeo con mis piernas. Acaba de poner en números rojos mi nivel de excitación. Me empuja contra la pared mientras se desabrocha el pantalón y al instante me empala en una fuerte embestida. Dejo que tome posesión por completo de mí, me llena salvajemente una y otra vez. Quiere castigarme. Y ya no tengo ninguna duda. Te pillé señor Gabriel Leonardo Vera Cruz.

203

Gruñe en mi oreja a la vez que noto su líquido caliente llenarme. Se me nubla la razón y lo sigo también. *Joder, qué intenso.*

Sin decir una sola palabra, sale de mi, dejándome sola y temblorosa, apenas recuperándome del explosivo orgasmo. Trato de adivinar su siguiente paso en el momento que lo veo abrocharse los vaqueros apresuradamente y sin vacilar. Me sorprende mirándolo y entrecierra los ojos. La curiosidad por saber lo que está pensando en este instante me está matando. Me dan ganas de arrojarme a sus brazos cuando veo su intención de marcharse. Me contengo.

Y se va, lo dejo que se vaya.

Sin soltar una sola palabra. Nada.

No me ha gritado en la cara lo perra que estoy siendo.

Me enfundo de nuevo en mi ropa después de una ducha rápida, con otra camiseta

claro. La que el me ha rasgado la dejo para limpiar el polvo del apartamento. Y me cruzo de piernas sobre la cama. Comienzo a hilvanar el hilo, voy cosiendo cada pieza, cada escena que recuerdo... No le sorprendió en absoluto mi miedo a las serpientes porque ya lo sabía, como también sabía que cuando estoy nerviosa, me tranquiliza que me acaricien el pelo, conocía perfectamente mi vino favorito, me confesó que fue su decisión la definitiva a la hora de contratarme, vino a buscarme al tren con una falsa compra de ganado. Apuesto lo que sea que nunca ha tenido intención de buscarme una sustituta.

Gabriel fue la persona que me dejó plantada en el aeropuerto cuando me vio con David. Gabriel es Leo. Siempre he recelado de sus bruscos cambios de humor y ahora me doy cuenta que siempre sucedían después de haber chateado con Leo.

Hago lo que no he hecho desde que tenía seis años, río y salto como una loca sobre la cama.

204

### *Capítulo 18*

A las cinco en punto de la tarde, el móvil me despierta de una reparadora siesta frente a la televisión de pantalla plana. Me estiro en el sofá, alargo la mano hacia la pequeña mesa de centro y soplo cuando veo quien es. En el pasado he ignorado montones de llamadas tuyas, pero ya no me importa contestar. He pasado página.

–David...

–Llamaba para disculparme otra vez y saber si ha mejorado tu mejilla.

–Sí, está mucho mejor –suelto sin emoción alguna en la voz.

–¿Puedo invitarte a cenar antes de irme?

¿Todavía sigue aquí? Pensé que se había largado con Sara. ¿Me seguirá mi pasado a todas partes como un lastre para el resto de mi vida?

–No creo que sea buena idea.

–Solo una cena Eider y después ya no volverás a verme –insiste.

Suelto un suspiro. Si eso es cierto voy a acceder sin pensármelo.

–Está bien, ¿conoces el restaurante Vera Cruz?

–Sí, he estado un par de veces.

–Nos vemos allí en –ojeo mi reloj– tres horas.

–Gracias nena– y cuelga.

Hundo la cabeza entre mis manos. Voy a arrepentirme de haber aceptado, lo sé.

¿Cuánto va a tardar en llegar el chisme a oídos de Gabriel?

Me sobresalto, otra vez, con la fuerte pitorrada que viene desde la calle, justo bajo mi ventana. Mi sonrisa se amplía y en un instante estoy en la ventana contemplando a mis fieles amigos. Iker es el primero en hablar.

—¿Te apetece un trago en el bar de Cinco?

—¡Solo si los muermos de tus hermanos cambian esa cara de perrito abandonado! —chillo divertida.

Iker suelta una carcajada.

—¡Eso es lo que te hace el amor, pequeña! ¡Te atonta!

—¡Habla la voz de la experiencia! —protesta Luis desde el asiento del conductor.

—¡Dios, necesito emborracharme! —lloriquea Miguel desde el asiento de atrás.

205

—¡Bajo enseguida! —grito volviendo dentro. Hago un rápido reconocimiento a la ropa que cuelgo de mi armario y me decido por unos vaqueros y una camiseta roja ceñida con un solo hombro con unas cuñas altas a juego. De nuevo cortesía de Valeria, que no ha dudado un segundo en dejar parte de su vestuario en mi armario. Sonrío. Sé que lo ha hecho porque no va a tardar en regresar, justo el tiempo que necesite para llegar a un acuerdo en el trabajo para redactar los artículos desde aquí.

En cinco minutos estoy lista con mi pelo suelto y un brillo discreto en los labios.

—Me parece una estupidez que os llevéis el coche cuando el bar está solo a unos metros —bufo. Los hombres y sus manías de aparcar siempre en la misma puerta.

—Es por si tenemos que sacar a alguno de estos en brazos, tienen pinta de querer tragarse todo el alcohol del local —dice Iker curvando exageradamente los labios.

—Que te jodan hermanito. Te diviertes a nuestra costa solo porque tu querida Leire va a estar en la barra poniéndote ojitos —lo increpa Luis.

—Si quieres yo te pongo ojitos a ti —le ofrezco divertida.

—¿Harías eso por mí? —pregunta esperanzado.

—Umm... no. Definitivamente. Sois demasiado cotillas en este pueblo, lo malinterpretáis todo.

—Si lo dices por Gabriel, no creo que realmente se tome todo lo que oye en serio. Si así fuera, nos hubiera sacado la mierda a golpes a más de uno.

–No lo creo, puede que lo parezca pero no es para nada violento.

Los tres a la vez sueltan una carcajada.

¿Qué es lo que tiene tanta gracia? ¿Me he perdido algo?

Los miro extrañada.

–En serio Eider... Decidimos no decirte nada al respecto, pero creo que va siendo hora de que lo sepas –se miran cómplices entre ellos y empiezo a ponerme nerviosa–. La contusión en tu cara.

–¿Qué pasa con ella? –pregunto cautelosa.

–La mañana siguiente a que te la hicieras, se plantó en la granja. Nos amenazó a los tres con darnos una paliza si no le decíamos quien te lo había echo. Imagínate cual fue su reacción cuando no pudimos darle una respuesta. ¡No lo he visto tan fuera de sí en la puta vida, Joder! Se culpó y nos culpó por no protegerte. A Lucas le enfureció que nos acusara y se liaron a puñetazos. Miguel y yo los separamos. Creo que después de eso fue a buscar a tu ex.

206

–No tenía ni idea –confieso. ¿Tengo que preocuparme por David? Sé que ha sido un cabrón conmigo, pero aún así no quiero que Gabriel le haga daño, o viceversa. Al menos sé de buena tinta que está vivo.

–¿Piensas contarnos ya lo que te ocurrió en realidad? –pregunta de repente Miguel. Resoplo.

–No mentí cuando os dije que fue un accidente. Pero sí omití mencionar... –carraspeo– que me golpeé cuando escapaba, por así decirlo, de David.

–¿Escapabas? –gruñe Iker.

–Bueno, él me sorprendió en la ducha y quiso... ya sabéis. Yo me golpeé cuando quise apartarme.

–Hijo de puta –ruge Luis.

–Me olvidé cerrar la puerta. –Trato de excusarlo–. Él no quiso hacerme daño. De verdad, chicos, David no me haría daño. Físicamente, claro, emocionalmente eso ya es otra historia. –No les digo que pienso cenar con él esta noche, ni de broma.

–Vamos por ese trago o al final voy a tener que reventar a alguien –resopla Miguel, y con la boca abierta por sus palabras, lo seguimos dentro.

Quién lo diría de él.

En la barra nos recibe una preciosa y sonriente Leire. Puedo ver en sus ojos la determinación de permitir la entrada de Iker a su vida, aunque muy poco a poco. ¿Tendré yo la misma mirada cuando Gabriel está a mí alrededor? Joder, espero que no ser tan evidente.

Pido una cerveza y para animar a las dos almas en pena que me flanquean, los reto al fútbolín. En la segunda partida, me apiado de ellos y los dejo ganar. La sonrisa autosuficiente de Lucas me dice que ha merecido la pena despistarme un poco. –Perdona bonita –me dice una voz chillona a mis espaldas y al instante dejo los mandos y me giro. No puedo evitar la mala uva que me traspasa cada vez que la veo. Sus labios rojo fuerte y su excesivo rimel me dañan la vista. Lleva un escote tan exagerado que es imposible hablar con ella mirando hacia su cara.

Con la sonrisa más falsa que puedo encontrar en mi repertorio, le contesto.

–Hola a ti también Lucía. ¿Qué te trae por aquí? Pensé que te gustaban los lugares mas sofisticados que este.

Me regala una de sus sonrisas malvadas y señala hacia la barra. Yo sigo sus ojos y mi mala uva se incrementa cincuenta veces más. *¿Ha venido con Gabriel?*

207

Cuento mentalmente hasta diez.

Esto no va a acabar nada bien.

–Gabriel va a llevarme a cenar. Hemos decidido tomar una copa antes –suelta la bomba la hija de...

¿Ha dicho a cenar?

¡Mierda! Echo una rápida ojeada a mi reloj y descubro que en veinte minutos tengo que estar en el restaurante. ¿Va a llevarla allí también? Estoy híper ventilando en menos de un segundo.

No, nada bien.

–Me alegro por ti, mona –siseo. Pero cuida tu dieta o Gabriel va a confundirte con una de sus vacas.

Me dedica una mirada afilada. Se que me estoy ganando un tirón de pelos pero su sola presencia hace sacar a la arpía que hay en mí.

–¿Lo dices por experiencia verdad? Tengo entendido que comes como una cerda. Cuando estoy apunto de arañarla, los brazos de Lucas me sujetan.

–¡Suéltame Lucas! ¡Voy a borrarle esa puta sonrisa falsa y recargada de la cara!

–¿No te enseñó tu mamá a perder con dignidad? –La muy perra está disfrutando de su victoria.

–¿Algún problema? –pregunta calmado Gabriel. Me giro hacia el sonido de su voz.

Juro que puedo ver llamas ardiendo en sus ojos. ¿Cabreado o excitado? Me evalúa de arriba abajo y se detiene en el brazo de Luis que me rodea justo por debajo del pecho. *Cabreado.*

Respira hondo y sé que está tratando de controlarse con todas sus fuerzas.

–Vamos, nena, no merece la pena –dice Lucas enfatizando la palabra *nena*. Ruedo los ojos. ¿Desde cuando me llama nena? Y entonces lo veo claro. La cara de Gabriel se ha teñido de seis tonos diferentes de rojo. Lucas ha conseguido lo que pretendía.

Me sacudo de sus brazos.

Estoy que muerdo.

¿Por qué está con ella?

–Tengo que irme –anuncio atrapando mi bolso–. En este local hay demasiadas víboras y no me llevo nada bien con ellas –dio entre dientes.

Es largarme o atraparla de las greñas.

¡Te vas a enterar cuando pille mi portátil esta noche Gabriel Leonardo!

–¿No vienes a casa a cenar? –pregunta Miguel.

208

–Hoy no, he quedado con alguien.

–¿Con quién? ¿Con uno de los peones de Gabriel? –el sarcasmo en la voz de Lucía me detiene. Me giro para enfrentarla de nuevo. Me hierve la sangre. La muy zorra me está buscando.

Me muerdo la lengua a punto de chillarle que he quedado con su puta madre. Por el contrario le sonrío malvadamente.

–Yo al menos no los persigo como una perra en celo. Ellos vienen solitos. –Le guiño el ojo antes de desplazarme triunfal hacia la calle con *How you remind me* de *Nickelback* de fondo.

Hay queda eso.

–¿Qué pretendes? ¿Quieres volverme loco? –gruñe Gabriel alcanzándome en la puerta.

–Que. Te. Jodan. –escupo. Vuelve a detenerme en la calle. Esta vez me agarra del brazo.

–Estás agotando mi paciencia –sopla. ¿Con quién coño has quedado?

–No quiero romperte de un puñetazo tu bonita nariz, así que suéltame. ¿Te he preguntado yo a ti que coño haces con ella?

Al instante me suelta y es como si me estuviera retorciendo un puñal en el pecho. No va a decirme una sola palabra.

A la mierda.

Me voy.

Él vuelve dentro.

Sigo el corto trayecto hasta el restaurante y mira tú por donde, casualidades de la vida, David está aparcando su amado mercedes Benz plateado. Por encima de todo, él ama su coche. Siempre me he preguntado de dónde sacó el dinero para hacerse con uno. Dios, ahora me doy cuenta que nunca me importó realmente nada de su vida. ¿En qué me convierte eso? No soy mejor que Sara, joder. Ella al menos se ocupaba de complacerlo.

–Pensé que no vendrías –exhala cuando llega a mi lado en la acera.

Lo estudio en silencio. Su pelo es rubio oscuro, sus ojos color miel, no es guapo pero es atractivo y tiene un cuerpazo. Producto de las horas que pasa en el gimnasio, al menos antes lo hacía. Lleva vaqueros y una camisa negra enrollada hasta los codos, mostrando los músculos de sus bíceps.

209

También me fijo en su labio ligeramente partido. Hago una mueca. Eso debió de dolerle.

Gabriel.

–Lo siento por eso –murmuro señalando su boca.

–Quizás me lo merecía.

Hago lo que nunca pensé que volvería a hacer. Lo abrazo. Y ni siquiera sé por qué. Pero me siento bien, más ligera. Ya no siento rencor. Pena sería lo más acertado. Sara lo engañó también. Jugó con sus sentimientos como lo hizo con los míos. Fuimos dos marionetas en su espectáculo.

–¿Cenamos? –sugiero apartándome antes de que se haga una idea equivocada.

Nos recibe una sonriente Claudia que nos acompaña a una mesa del fondo. Cuando estamos acomodados, nos entrega las cartas y se va.

–Lo siento –murmura.

–Ya casi no se nota ¿ves? –me señalo la mejilla.

–No me refiero a eso. Yo... –hace una pausa– fui un hijo de puta tratándote como lo hice, nunca debí haberme liado con tu hermana.

–Pero lo hiciste. Y eso demuestra que ni tú ni yo estábamos hechos el uno para el otro. Si realmente me hubieses querido, nada ni nadie te hubiera apartado de mí y lo mismo va por mí. Lo nuestro no era amor David, quizás en un principio se pareciera, pero después, pasamos a ser solo amigos que de vez en cuando compartían cama y apartamento, nada más.

–¿Estás decidida a no volver conmigo cierto? –pregunta desanimado.

Asiento.

–¿Y a ella? ¿La perdonarás algún día?

–No lo sé –confieso. Es mi hermana pero mi pecho todavía duele.

Claudia nos toma nota y por extraño que parezca, entablamos una conversación sobre mi trabajo en Entrepinares.

Lo sé. Es... ¿raro, inverosímil?

Las palabras de bienvenida de Claudia a su primo Gabriel, consiguen cerrarme el estómago. Joder, ¿por que todo el mundo tiene que venir a cenar aquí?

Ya, he dicho una estupidez, no hay otro sitio. Pero podría haberla llevado a su rancho.

Automáticamente me toco la frente. Puedo fingir que estoy enferma y pedirle a Claudia que nos envuelva la cena para llevar.

O simplemente salir de aquí.

210

–¡Por el amor de Dios! –gruño en voz baja cuando Claudia los coloca justo en la mesa de enfrente. Gabriel está a punto de matar a alguien y creo que no es a mí, todavía. El primero en caer va a ser David.

Pobrecito.

–Si quieres nos vamos –sugiere David, que también ha reparado en ellos. No se quien teme mas la reacción de Gabriel, si él o yo.

Me pellizco en el brazo ¿y por que debería importarme? ¡Está con Lucía!

No le contesto porque acabo de quedarme embobada. Y paralizada. Gabriel acaba de levantarse y viene hacia nuestra mesa. *Mierda.*

–Ven conmigo –me ordena.

–Ni lo sueñes.

–Déjala en paz –sisea David.

Gabriel le dedica una mirada glacial y sé que estoy metiendo a David en problemas.

Me levanto de golpe. No quiero que vuelvan a pelearse por mi culpa. Le hago una seña de asentimiento a David como que no pasa nada.

–Está bien.

Me agarra del brazo y me arrastra hacia la calle, hasta su todoterreno. Después abre la puerta del copiloto.

–Entra –ordena para no perder la costumbre.

–No me des órdenes –murmuro con los dientes apretados–. Si voy es porque quiero.

Y espero que sea rápida la charla de mierda que quieres soltarme. Estoy con David y tú con...

–Sé perfectamente con quién estás –dice con la mandíbula apretada–. Y ahora, sube al puto coche.

Le hago caso.

Cuando se instala a mi lado, el motor del coche comienza a rugir y en un instante estamos en la carretera. No puedo explicar lo que estoy sintiendo en este momento pero no es miedo, es una mezcla entre ansiedad, expectación y curiosidad.

Gabriel jamás me haría daño. De eso estoy segura. Es una de esas cosas que tu instinto te dice.

Acabamos en el mismo lugar donde me llevó hace un par noches. La diferencia es que todavía no ha oscurecido y las luces del pueblo no pueden verse. Pero aún así, el sitio es precioso.

–Pásate al asiento de atrás –ordena de nuevo.

211

Y ahora sé exactamente lo que pretende.

–No, de eso nada. No vas a follarme cada vez que estés enfadado conmigo.

–Voy a follarte cada vez que me venga en gana, duro. Hasta que comprendas que eres mía.

¿Suya? ¿De qué cueva se ha escapado?

–No eres mi dueño, ¡y yo no soy una de tus vacas!

–Soy consciente de ello, Eider. Absolutamente. Y ahora o te pasas al asiento de atrás o te arrastro y te clavo sobre la hierva de fuera. Tú decides.

¿Hierva? ¿Con bichos y hormigas? De eso nada. Me quedo con el asiento de atrás.

Paso una pierna y después la otra mientras que Gabriel lo hace por fuera del coche.

Cuando se desliza a mi lado en el asiento me lleva bruscamente a su regazo y me coloca a horcajadas. Mi camiseta es la primera en salir volando y el sujetador le sigue después.

Hunde la cara entre mis pechos, me aprieta contra su torso y suelta un fuerte suspiro antes de devorar mis pezones. Joder, voy a tener que enfadarlo todos los días si consigo algo tan bueno como esto. Le saco su camiseta y él se dedica a mis vaqueros hasta que me los quita por completo. Luego se baja los suyos dejando su enorme erección apuntándome.

–Móntame –ordena con voz ronca.

Lo hago y gimo. Él me agarra de las caderas y comienza a envestirme. Arriba y abajo. Yo lo monto como él quiere, salvajemente.

–Mírame –murmura firme sin apartar sus ojos de los míos–. Tú. Solo. Follas.

Conmigo. –Marca cada palabra–. Te guste o no, eres mía. –Atrapa mi cara y devora mis labios salvajemente, después vuelve a mirarme.

*Joder.*

Noto como su respiración es cada vez más entrecortada, el deseo que revelan sus ojos me lleva al borde, voy a correrme fuerte. Gabriel incrementa el ritmo y me empuja hasta el fondo, y entonces no lo controlo, estallo. Él lo hace conmigo y prometo que hay pájaros sobrevolando mi cabeza. *En serio.*

Poco a poco nuestras respiraciones se ralentizan volviendo a su estado normal. En ningún momento ha apartado los ojos de los míos. No sé que pretende realmente.

–Ya puedes volver a tu cena –dice de repente sacándome de su regazo.

–¿Por qué estás con ella? –pregunto algo confundida por su fulminante reacción.

Se abrocha los vaqueros y me mira enfadado.

–Yo podría preguntare lo mismo.

212

–Solo es una especie de cena de despedida. He descubierto que el pasado ya no me

afecta y quería cerrar ese capítulo y asegurarme de que David lo supiera.

Asiente mas relajado.

–Le partiste el labio.

–Se lo merecía. –Me rodea la cara con ambas manos y me da un beso violento y posesivo antes de salir del coche y deslizarse tras el volante.

–Tú aún no has contestado –digo al rodar en mi asiento, ya vestida.

Él arranca muy serio.

–¿Qué somos tú y yo?

Otra vez esa pregunta. ¿Qué quiere que le conteste a eso? ¿Amigos con beneficios, novios? ¿Una mezcla? Ni siquiera sé lo que el tiene en mente sobre lo que tenemos, ¿cómo puedo arriesgarme?

–No sé lo que esperas de mí, pero no pienso exponerme de nuevo a que me hagan daño.

Sopla frustrado.

–Jamás le he sido infiel a una mujer ni pienso serlo.

–¿Y esa otra mujer? ¿Por la que no te importó abandonar el rancho?

–No quiero hablar de eso ahora.

Bufo molesta.

–Bien, pues hemos terminado esta conversación –suelto abruptamente.

Pisa a fondo el acelerador.

213

### *Capítulo 19*

De vuelta al restaurante me encuentro a David sentado en la barra conversando con Claudia. Lucía sigue sentada en su mesa inflándose a vino y en el instante en que nos ve, su mirada se agudiza lanzándome dardos venenosos.

Yo me voy hacia la barra y Gabriel recorre el camino hasta Lucía.

–Perdona –murmuro cuando me uno con David en la barra.

–No importa, si quieres nos vamos –menciona revolviéndose el pelo de la nuca. Es un momento incómodo porque creo que se imagina lo que he estado haciendo.

Automáticamente me llevo la mano a la boca, debo tenerla marcada de alguna forma por los besos furiosos de Gabriel.

–De eso nada, tengo hambre. –Pero no pienso comer con esos dos, a solo unos

metros, me niego. Por eso le pido amablemente a Claudia que nos cambie de mesa, justo al otro extremo de la que teníamos antes y ella asiente sin pedirme explicaciones. Huelo a Gabriel en mí durante toda la cena y eso no me ayuda a detenerme de ojear clandestinamente en su dirección cada vez que puedo. Estoy celosa a rabiar y me encrespa que no haya contestado a ninguna de mis preguntas. Esa mujer de su pasado sigue siendo una incógnita para mí, me afecta más que el hecho de que esté aquí con Lucía.

Antes de que llegue el postre me excuso con David y me deslizo silenciosamente al baño. Me viene estupendamente bien el agua fría sobre mi cuello y mi cara. Estoy sofocada y no es por el vino. Apoyada sobre el granito del lavabo miro mi reflejo en el espejo. Un rubor intenso cubre mis mejillas y estoy segura que se debe a la mano de Lucía sobre el brazo de *mi* Gabriel. He dicho mí, lo sé. Pero él es mío aunque todavía no haya tenido el valor de reclamarlo.

*Cobarde.*

La puerta se abre de golpe y me encuentro cara a cara con Lucía y una sonrisa autosuficiente que estoy deseando borrar de su cara desde que la he visto en lo de Cinco, a ser posible de un puñetazo. Pero me recuerdo que yo no soy violenta, o no lo he sido hasta ahora... ¿cuenta la vez que la amiguita de Gabriel, la tal Elena, cayó de culo en el baño?

–Creo que se te ha corrido el rimel –digo divertida y ella corre a mirarse al espejo.

214

–No puedes competir conmigo, Gabriel y yo nos conocemos desde hace muchos años. Puede que se divierta contigo de vez en cuando, al fin y al cabo es un hombre... Pero que te quede claro que va a casarse conmigo. –Me enseña su mano y el brillo de un diamante me paraliza–. ¿Ves? Acaba de pedírmelo.

Noto como la sangre caliente burbujea por todo mi cuerpo, me falta el aliento y apenas consigo llevar aire a mis pulmones. ¡Hijo de puta! La dejo sola mientras la rabia me impulsa a sacarle los ojos a Gabriel, luego vuelvo a por ella.

–Me importa una mierda que no me hayas buscado sustituta, ¡mañana a primera hora me largo! –rujo al llegar a su mesa.

–¿Que coño te pasa ahora?

–¡Me pasa que mi cupo de hijos de puta está cubierto! –Atrapa mi mano cuando

intento marcharme—. ¡No vuelvas a tocarme! —chillo y todo a mi alrededor se silencia. Debería estar avergonzada pero ahora mismo estoy tan furiosa que no me importa que todo el pueblo lo sepa. David llega a mi encuentro retando a Gabriel con la mirada.

—Ya la has oído —gruñe con los dientes apretados.

Lucía está presenciando la escena en segundo plano con la sonrisa triunfal más grande que he visto en mi vida. *Zorra*.

—A ver chicos, estáis asustando a los clientes —razona Gloria prudente—. ¿Podéis arreglar vuestras diferencias fuera?

Los dos hombres se calman un poco.

—No hay nada que arreglar, yo ya me voy.

—¡Y una mierda te vas! —ruge Gabriel y como por arte de Magia mis tres caballeros andantes acuden a mi rescate. ¿De donde han salido?

—¿Tienes algún problema con nuestra chica? —Miguel se dirige a Gabriel.

Gloria pone los ojos en blanco.

—¡En mi restaurante no, salid fuera! —grita.

—¿Qué hacéis vosotros aquí? —le susurro a Iker.

—Alguien nos avisó de que estabas en problemas.

—¿Alguien?

—Tú sabes, este es un pueblo pequeño y nosotros estábamos cerca.

—No vas a dejarme, Eider. Ni mañana ni nunca —murmura—. Me importa una mierda si tengo que pasar por encima de todos ellos, Tú. No. Te. Vas.

215

—¡Acabas de pedirle a Lucía que se case contigo y te atreves a ordenarme que no me vaya! ¡Estás enfermo!

—¿Casarme? ¿Con lucia? ¿Pero qué mierda es esa?

Ruedo sigilosamente hacia la puerta mientras que él busca a Lucía que misteriosamente parece haber desaparecido. Cuando vuelvo a girarme en su dirección los Sánchez lo mantienen sujeto. ¡Y él está a punto de explotar!

—Puedes regresar conmigo mañana —hace una pausa— si quieres, claro —ofrece David. Estamos al lado de su coche y mis ojos no dejan de desviarse hacia la puerta del restaurante. No quiero ni pensar lo que estará pasando dentro.

—Quiero —afirmo. Se acabó este pueblo para mí, se acabó Gabriel, se acabó Leo.

–Cálmate, respira hondo –me digo mientras voy colocando una a una mis prendas en la maleta. Apenas las distingo porque las lágrimas no me dejan ver, pero no me importa. Va a casarse con ella. ¡Va a casarse! Me mintió todo este tiempo. Me hizo creer que era suya y él mío. En exclusiva. Soplo fuerte. ¿Hay algún hombre que sepa mantener su pene en los pantalones?

*¡Qué asco, joder!*

El tono de alerta en mi portátil me avisa que tengo un mensaje. Ni siquiera sé por qué lo he encendido cuando he llegado a casa. Ahora me da miedo lo que vaya a encontrarme. Me recorro el pelo con la mano, dudo, me desarmo y acudo a la bandeja de entrada. Lo que me temía. Me limpio bruscamente las mejillas con la palma de la mano y pincho.

*De: Leo.*

*Para: Eider.*

*Asunto: Mujeres desconfiadas.*

*Me dirijo a ti porque eres mujer y puedes sacarme de dudas. ¿De verdad os cuesta tanto confiar en un hombre? Hay alguien que me tiene frustrado y muy muy enfadado. Cree que le he mentado y no soporto que me vea como creo que lo está haciendo. Decido seguirle el juego.*

*De: Eider.*

216

*Para: Leo.*

*Asunto: Mujeres desconfiadas.*

*Te recuerdo que tú y yo tenemos una cita ¿pensando en dejarme plantada por otra? No es que tenga una amplia experiencia en hombres, pero los pocos que he llegado a conocer realmente me han defraudado. ¿Cómo saber si te mienten?*

*De: Eider.*

*Para: Leo.*

*Asunto: Confianza.*

*Los ojos no mienten Eider. Deberías mirar ahí y encontrar la verdad en ellos. En sus gestos, en su forma de amarte.*

*¿Debería creerle?*

*De: Eider.*

*Para: Leo.*

*Asunto: Confianza.*

*Muy bonita la frase, pero nada convincente. Algunos hombres están entrenados para mentirte en la cara y que no se les note.*

*Y cambiando de tema. La cita de mañana se cancela, voy a regresar a la ciudad.*

*Pasan cinco minutos y no contesta. Cuando pienso que se ha rendido, suena de nuevo la alerta.*

*De: Leo.*

*Para: Eider.*

*Asunto: ¿Decisión acertada?*

*Tu jefe no debe estar nada contento con esa decisión.*

*De: Eider.*

*Para: Leo.*

*Asunto: Decisión acertada.*

*A él no le importa, va a casarse con una de sus secretarias. Ella misma me lo dijo. ¡Le ha regalado un anillo de compromiso y todo!*

217

*De: Leo.*

*Para: Eider.*

*Asunto: Compromiso.*

*Si tanto te molesta que se case con otra, ¿por qué no se lo dices?*

*Después de esto ya no le contesto. Mi cuerpo solloza violentamente y acabo de arrojar el portátil lejos sobre la cama.*

*¿Acaba de confirmarme que va a casarse? Suelto un grito de frustración.*

*Hijo de puta. ¿Qué he sido? ¿Un juguete para él todo este tiempo? Tanto siendo Leo como siendo Gabriel, se ha estado divirtiendo a mi costa. Y Ya pasé lo suyo con Sara, ahora también él...*

*Pero juro que es la última vez que alguien me vapulea. Esta vez no me voy a un rincón perdido y alejado del país. Esta vez me voy fuera del país, donde no conozca ni el idioma. Ya me las apañaré. Total, siempre he salido adelante sola.*

*Dejo en un lado de la cama perfectamente hecha las cosas que Valeria se dejó y acabo de empacar las mías. Ya lo tengo todo listo, a excepción de la bolsa de aseo que*

colocaré en la maleta por la mañana.

Me alegra saber que por lo menos mis chicas van a encontrar la felicidad aquí. No me imagino a nadie mejor que Miguel y Luis para ellas. Estoy segura que las van a tratar como nunca imaginaron. Son atentos, cariñosos y sobre todo saben cuidar lo que es suyo. Y ellas van a serlo a partir de ahora. ¡Y encima una suegra que cocina de vicio! Sonríe pese a sentirme como un merengue derretido. Al menos ha salido algo bueno de mi estancia aquí.

Minutos después cuando hago el intento de relajarme, atrapo el móvil de la mesilla que no ha dejado de sonar en los pasados cinco minutos. Cuando confirmo la pantalla, no sé si suavizarme o volver a echar a llorar.

–¿Papá? –murmuro en el auricular.

–Hola pequeña. Siento llamar tan tarde pero es lo que tiene estar en Tokio. Los horarios no coinciden. ¿Cómo has estado?

No puedo evitarlo y me echo a llorar.

218

–¿Qué tienes? ¿Por qué lloras?

–¿Por qué te separaste de mamá? ¿Le fuiste infiel? –pregunto de repente y sin pensar. Oigo un suspiro. Pasan unos segundos y al fin contesta.

–No cariño, jamás le fui infiel a tu madre. –Se queda en silencio de nuevo antes de continuar. Está sopesando si contarme o no la verdad. Al final lo hace—. Ella a mí, sí. ¿¿Quéééééé?? Dios, ahora sé a quién ha salido Sara, ¡y yo culpándolo siempre a él! ¡Y mamá nunca lo desmintió!

–Pero ella nos dijo...

–Lo sé. En aquel momento decidimos que era lo mejor para vosotras. Al fin y al cabo teníais que seguir viviendo con ella y yo no quería que la odiarais.

–Yo nunca te odié. A pesar de no ser mi verdadero padre, me sentí muy querida por ti, todavía lo hago y te amo por ello.

–Yo también te amo, y eres tan hija mía como Sara, eso no lo dudes nunca. ¿Y ahora vas a decirme por qué llorabas? Si tengo que volar miles de kilómetros para partirle la cara a alguien sabes que lo haré.

–Lo sé papá, es solo que extrañaba demasiado escuchar tu voz –digo una verdad a medias.

En los próximos minutos le cuento sobre mi nuevo trabajo en Entrepinares y le hablo de la gente de aquí, omito decirle que a partir de mañana todo formará parte de mi pasado. No quiero que esté preocuparlo por mí.

–Podrías venirte a vivir conmigo si decides que ese no es tu sitio –dice muy serio.

–¿A Tokio? –Suelto una carcajada–. Creo que no, pero te aseguro que pienso ir a visitarte en cuanto pueda.

–Eso me gustaría mucho. Y si necesitas dinero para el billete házmelo saber. Se que siempre has sido muy independiente pero te aseguro que estaría más que feliz si de vez en cuando me dejaras ayudarte económicamente.

–Lo sé. Lo hemos hablado muchas veces pero sigo pensando que no es necesario. Lo escucho suspirar de nuevo.

–Qué distinta eres de tu hermana. ¿Al menos me dejarás pagar tu boda cuando te cases?

–Antes tengo que encontrar al hombre que quiera aguantarme el resto de su vida, ¿no crees? –Me trago mi miseria y río.

–Eso no será tan difícil.

Si él supiera...

219

–¿Y tú, papá? ¿Has encontrado a alguien?

–Me costó mucho tiempo volver a confiar en una mujer –hace una pausa–. Tu madre no es que me dejara bien parado, no lo pasé muy bien en un largo tiempo. La amaba mucho ¿sabes? Ahora las cosas son diferentes. Hay una buena mujer que revolotea a mí alrededor suspirando porque le conceda una oportunidad y te confieso que he decidido dársela.

–No sabes cuanto me alegra que digas eso, ¿es bonita, joven, mayor, es de Tokio? –pregunto emocionada. Quiero a mi padre y le deseo que sea feliz, tanto como pueda. Mi padre se ríe.

–Es diez años menor que yo, trabaja conmigo desde siempre, a estado a mi lado en cada viaje al extranjero, me confesó que lo dejó todo para seguirme. Siempre ha sido mi mayor apoyo y realmente, hasta hace muy poco no vi lo mucho que yo significaba para ella. Es muy bonita, su sonrisa es capaz de iluminar el día más sombrío.

–Me encanta oírte hablar así, papá, no sabes lo contenta que estoy por ti.

–¡Y a mí me gustaría poder conocer a mis nietos antes de morirme! –exclama divertido. Es la misma frase que sueltan todos los padres.

–¡Papá! –lo regaño.

–No me culpes ¿es la ilusión de todo padre no?

–¡Primero deja que encuentre un marido!

Un carraspeo en la puerta del apartamento me sobresalta. ¿Por qué mierda no le pedí que me entregara la copia de las llaves? ¿Cuánto lleva ahí?

Presiono la mano en mi pecho. Bajo la palma, noto como aumenta el ritmo de mis latidos. No quiero ver a este hombre.

–Me ha hecho inmensamente feliz tu llamada. Te prometo que voy a ir a visitarte en cuanto pueda –me despido de mi padre.

–Te estaré esperando pequeña.

–¿Vienes a ayudarme a hacer las maletas? –le pregunto seriamente. Él da un paso y después otro. Veo su intención en el instante en que lo miro a los ojos. ¡Esto es increíble! ¡Será cerdo!

–Ah, no. Esta vez no vas a salirte con la tuya, si me pones una mano encima grito. –A la vez que hablo voy alejándome de él, la cama queda entre nosotros.

–Si gritas, te ato a la cama –dice muy serio sin dejar mis ojos en ningún momento.

220

*Joder, no ha dicho eso. ¿Cómo puedo rechazarlo si me dice eso?*

–Márchate –me ha salido tan deprimente y poco creíble que el muy canalla está sonriendo.

–Esa no es una opción.

–No soporto tenerte delante cuando vas a casarte con la víbora.

Suelta una carcajada.

–¿La llamas víbora?

–Bueno y serpiente, y zorra, y Barbie pechugona y recargada... –Dios se me va a salir el corazón del pecho...

–Ya, me hago una idea. –Intenta rodear la cama y yo salto sobre ella para escaparme con la mala suerte que apresa mi tobillo y cae sobre mí. Estoy atrapada. Trepa sobre mi cuerpo hasta que me tiene justo donde quería. Debajo. Forcejeo pero es mucho más fuerte que yo y agarra mis manos por encima de mi cabeza. Inmovilizándome

completamente—. Has llorado —me acusa deslizando suavemente su pulgar bajo mis ojos.

—No es cierto, he estado pelando cebollas.

Suelta otra carcajada.

—Eres la mujer mas cabezota que he conocido en mi vida, ¿tanto te cuesta reconocer lo que sientes?

—No pienso hablar contigo de mis sentimientos. Eres un mentiroso, un cerdo y un gilipollas.

Me da un dulce beso en los labios sin dejar de sonreír en ningún momento.

Su cinismo me atraviesa. ¿Por qué no está con su prometida celebrándolo?

Observo detenidamente su rostro y por lo que veo, ninguno de los Sánchez se ha cebado con su bonita cara cuando he salido del restaurante. Dudo, en si enfadarme con ellos por no darle su merecido o agradeceréselo porque pienso hacerlo yo en cuanto consiga escaparme.

—No sé de donde ha sacado Lucía la idea de que voy a sacarme con ella, pero es totalmente falsa. Jamás he tenido nada con ella ni pienso tenerlo.

—¿Y el anillo? —murmuro esperanzada.

—Tampoco sé de donde lo habrá sacado pero no es mío. Yo no se lo regalé.

—¿Y por qué estabas con ella?

Me besa de nuevo y comienzo a calmarme.

221

—Le dije que teníamos que hablar y lo malinterpretó. Ya tenía reservada la cena en el restaurante y no pude negarme.

—¿Y de que tenías que hablar con ella?

—Sobre los nuevos turnos de los trabajadores. Necesito los domingos libres.

Recuerdo eso. ¿Lo hace por mí?

Entierra cu cabeza en el hueco de mi cuello y me besa allí. Me derrito.

—Me confundes —gimo.

—No tanto como tú a mí. —Atrapa mis labios—. ¿He escuchado que buscas marido?

Me sonrojo violentamente.

—¿Yo, qué dices? ¡Era una broma con mi padre!

—¿Tu padre?

–Si, está empeñado en que le de nietos. –Joder, ¿por qué he dicho eso?

–A eso puedo ayudarte –sonríe contra mi boca–, definitivamente que puedo y quiero hacerlo. Y estoy seguro que van a salir muy guapos.

¿Este es Gabriel? ¿El serio, sensato, dominante y autoritario de Gabriel?

–¿Te has dado un golpe en la cabeza?

–¿Tan absurda te parece la idea de tener bebés conmigo? –pregunta muy serio. Me suelta y yo aprovecho para incorporarme en la cama.

–No creo que debamos mantener esta conversación. Tú y yo ni siquiera somos una pareja.

–¿Qué somos?

Otra vez la vendita pregunta. Y yo lo he incitado.

–Yo podría preguntarte lo mismo.

–Sabes perfectamente que yo quiero algo más que estos encuentros esporádicos de sexo. Cuando llegamos de nuestro viaje en tren, te dejé claro que quería más, fuiste tú la que se negó. Lo que me lleva otra vez a la pregunta: ¿Qué somos?

Ruedo los ojos.

–No me hagas decirlo. –Me sonrojo ocultando mi cara entre las manos. Por dentro estoy sonriendo como una loca.

–Dilo –ordena atrapando mi cuerpo nuevamente bajo el suyo.

Agarra mis manos y las lleva sobre mi cabeza. Estoy totalmente inmovilizada.

Pacientemente espera en silencio a que diga lo que quiere oír. Ya no sonrío, al contrario. Mi falta de palabra lo está desanimando, no cree que vaya a hacerlo.

Pero lo hago. Después de coger aire.

222

–¿Pareja?

–No. Lo otro.

Me conoce, sabe lo difícil que es para mí admitirlo. La palabra novios es demasiado comprometida en este momento. Me niego. Han pasado demasiadas cosas.

–Confórmate con eso, no me aprietes.

Me aparta cuidadosamente un mechón de pelo de la cara y lo lleva detrás de mi oreja.

Su humor parece haber cambiado, se ve más relajado.

–Testaruda –dice conteniendo la risa.

–¿Te estás divirtiendo, eh? –Forcejeo intentando soltarme. Ahora mismo quiero golpearlo.

–Mucho –admite.

Lo que no sabe es que tengo un as bajo la manga, y el que ríe el último...

–Ya que has conseguido lo que querías, puedes largarte por donde has venido. Tengo sueño –refunfuño.

–De eso nada, antes tenemos que celebrar nuestro nuevo estado.

Corta mi réplica estampando sus labios contra los míos. Y yo soy tan débil que le permito hacerme lo que tiene en mente. Oh, si. Las quejas las guardo para mañana. Definitivamente.

A la mañana siguiente me despierta el insistente trino de un pájaro posado en la rama del árbol que ocupa una parte de la acera. Hago una mueca de fastidio a la vez que extendiendo la mano y compruebo que estoy sola en la cama. Soplo. Gabriel y su costumbre de levantarse a las cinco de la mañana.

Después de ducharme y desayunar, le mando un mensaje a David para que no pase a recogerme. Dadas las nuevas circunstancias, no sería lógico que dejara Entrepinares ahora. Se lo explico escuetamente y él me responde al instante con un ok, y que seas feliz. Corto, pero lo prefiero así. David es mi pasado y aunque en su momento me abrió una brecha en el pecho, ya no le guardo rencor. Él fue utilizado al igual que yo.

Rescato mi portátil del rincón en el suelo donde lo deposité con prisas la pasada noche y coloco en mi rostro la sonrisa más maléfica que encuentro cuando lo abro.

Comienzo mi venganza por lo que Gabriel me ha hecho reconocer, o casi. No le he declarado amor eterno pero por su cara satisfecha, es como si lo hubiera echo. Espero

223

que de momento sea suficiente porque esas dos palabras románticas se me atascan la garganta como un enorme trozo de carne cruda.

*De: Eider.*

*Para: Leo.*

*Asunto: La cita.*

*Si todavía te apetece, me gustaría quedar esta tarde. ¿Podrás llegar a tiempo?*

Me froto las manos esperando nerviosa que vea el mensaje en su móvil. Un minuto, dos, tres...

*De: Leo.*

*Para: Eider.*

*Asunto: La cita.*

*¿Cambio de planes? Creía que te marchabas.*

*De: Eider.*

*Para: Leo.*

*Asunto: La cita.*

*Prefiero conocerte antes. ¡Quién sabe! ¿Y si resulta que eres el hombre de mi vida?*

*De: Leo.*

*Para: Eider.*

*Asunto: La cita.*

*A tu jefe no creo que le guste nada que te veas conmigo.*

*De: Eider.*

*Para: Leo.*

*Asunto: Gabriel.*

*Mi jefe no tiene por qué enterarse. Ya sé, puede sonar a que soy una perra, pero siento que tengo que conocerte antes de tomar cualquier decisión importante en mi vida. Lo sé porque tengo sentimientos encontrados. Cuando estoy con él pienso mucho en ti y no sé como manejarlo. Necesitamos vernos y hablar en persona para poder resolver el lío que tengo en mi cabeza.*

*Te veo en el bar de Cinco s a las nueve en punto. No faltes.*

224

Esta vez su contestación no llega, debe estar que echa humo.

Me enfundo mis vaqueros cortos y una camiseta negra de tirantes anchos. En los pies, mis zapatillas de deporte, porque si no me equivoco las voy a necesitar. El pelo, pese al calor, lo dejo suelto sobre mi espalda.

Ojeo el reloj de mi muñeca. Si estoy en lo cierto, en cinco minutos va a subir muy cabreado por la escalera y no quiero que consiga lo que quiere. Castigarme por querer conocer a otro. Tengo que salir antes de que llegue.

En el momento en el que abro la puerta directa a saltar a la calle, su todoterreno estaciona bruscamente en la puerta y baja como un tigre dando un fuerte portazo.

Mierda, ha llegado antes de lo que pensaba. Lo observo controlando mis labios que

quieren curvarse. Joder, luce caliente, muy, muy caliente con sus vaqueros desgastados y su camiseta blanca. ¡Dios vendito, te juro que me tiemblan las piernas! Su pelo lo lleva alborotado, como si se hubiera pasado la mano repetidas veces. Suele hacerlo cuando se enfada o cuando está frustrado y ahora mismo creo que son las dos cosas. Se acerca peligrosamente hacia mí.

–Hola –saludo animada con la sonrisa más divertida que tengo en mi repertorio.

–Entra a la clínica –ordena fríamente.

–No puedo, lo siento. Tengo trabajo, el perro de una vecina se ha puesto enfermo –mientras enrosco distraídamente un mechón de mi pelo en el dedo.

–¿Y por qué no lo ha traído hasta aquí?

–Evidentemente porque está muy mal. Le he dicho que no lo moviera.

–Te acompaño.

*Mierda.*

Busco en mi cabeza algo convincente que decirle pero su cara de sargento no me deja pensar.

–¿No tienes trabajo? –pregunto alentada.

–Mucho.

–¿Entonces?

–Para mi “fiel” pareja siempre tengo tiempo –murmura enfatizando fiel. Me agarra de la cintura pegándome salvajemente contra él–. ¿Tienes algo que decirme?

–Pues... no –digo juguetona mientras le acaricio la mejilla–. ¿Debería?

Sopla revolviéndose de nuevo el pelo. Su enfado está subiendo como la espuma.

225

–Estupendo, tú te lo has buscado –lanza dolido y enfadado. En un impulso me alza en sus brazos y me arroja al asiento del copiloto de su coche. Cierra de un portazo y toma asiento tras el volante, a mi lado.

Ahora veo que no ha sido buena idea planear esta especie de venganza. Está realmente enfadado y me siento como la mala del cuento. He logrado que sienta celos de él mismo y creo que ha sido un error.

Conduce más de media hora en silencio. Sé lo que debe estar pensando, que soy una zorra, que he quedado para conocer a otro y ver si me interesa más que él. ¡Le he dicho que pienso en Leo cuando estoy con él! Suena retorcido ahora que lo estoy repitiendo en

mi mente, lo sé.

Suspiro fuerte cerrando los ojos.

–Gabriel, por favor. Para el coche –murmuro. Él ni siquiera pestañea, su mirada sigue firme sobre la carretera.

–¡Joder, para! –chillo.

Frena bruscamente y yo me congelo. Histérica miro de un lado a otro esperando en cualquier momento que otro coche nos embista. Trago fuerte. Gracias a Dios estamos solos en la carretera.

–¿Puedes hacerte a un lado en el arcén? –pregunto temblorosa y milagrosamente él lo hace-. ¿Intentas matarnos?! –grito pero sigue sin moverse y yo no aguanto más.

Desabrocho mi cinturón y después el suyo, me subo a su regazo y atrapo su cara entre mis manos hasta que por fin me mira-. ¿Por qué estás tan enfadado? –murmuro antes de besarlo. Él no se aparta, por el contrario me abraza fuerte y continua sacándome la camiseta por la cabeza.

Quiero contarle la verdad, quiero que sepa que jamás le seré infiel, que lo amo, bueno, eso ultimo no voy a decirlo por ahora, esa palabra sigue siendo tabú pero...

–Te mereces que te encierre bajo llave –murmura contra mis labios mientras me desabrocha los vaqueros. Yo lo detengo.

–Gabriel, por favor... No se lo que pasa en tu cabeza pero no podemos hacerlo aquí, podrían detenernos.

–No me importa.

–A tu tía le daría un infarto. Su serio y formal Gabriel detenido por practicar sexo en la vía pública.

–Sigue dándome igual.

226

–Gabriel, no puedes aplacar siempre tus enfados de esta forma. Háblame. Dime que sucede.

–A ti te gusta lo que te hago –dice con voz ronca.

Pues claro que me gusta ¿y a quién no le gustaría sentirse dominada por este hombre?

–Eso es cierto pero aquí no. No cuando puede sorprendernos cualquiera.

Suelta un fuerte suspiro mientras me envuelve más fuerte. Descansa su cabeza sobre mi pecho y la ternura que me invade casi me convence de contárselo todo.

Pero logro contenerme.

–Tú. Eres. Mía –gruñe atrapando mi boca. Sus fuertes latidos que chocan contra mi pecho, retumban en mis oídos y puedo asegurar que es una sensación inquietante. Me calma, me apacigua, me llena. Y nunca he sentido nada parecido antes.

–Estás medio desnuda y cualquiera podría verte –me acusa y no puedo evitar poner los ojos en blanco.

–¿Te das cuenta ahora?

A regañadientes me aparta de su regazo y me recolocho la ropa en el asiento de al lado.

–Volveré a preguntarlo: ¿tienes algo que decirme? –dice controlado y serio.

–¿Y tú? ¿Hay algo que quieras contarme?

–No.

–Pues yo tampoco.

Después de soltar una serie de maldiciones arranca el todoterreno y se incorpora a la carretera. Durante los primeros diez minutos, viajamos en silencio hasta que cansada, busco alguna cadena interesante en la radio. Me decido en el momento en que la voz de Ed Sheeran sale por los altavoces y animada tarareo la canción.

–Esta noche paso a recogerte a las nueve –me sorprende de repente.

–No puedo, tengo algo que hacer.

–¿No puedes dejarlo para otro momento?

–Imposible.

–Me paso cuando termines.

–No creo que sea buena idea Gabriel, puede que me ocupe mucho tiempo, quizás toda la noche.

–Toda la noche... –suelta fríamente.

Suspiro aliviada cuando estaciona en la puerta de la clínica. Rápidamente salto a la acera librándome de soltar otra respuesta inventada.

–Hasta mañana –canturreo despidiéndome con la mano.

227

## *Capítulo 20*

A las ocho y media ya estoy lista y preparada para la batalla. Llevo un vestido ajustadísimo rojo con un escotazo de vértigo y la espalda totalmente al descubierto.

Cuando digo totalmente, estoy diciendo hasta el nacimiento de mi trasero. Me hago un

guiño en el espejo. Lo he conseguido con zapatos a juego y todo en una de las tiendas exclusivas del centro comercial del pueblo vecino. Todo bien, menos la cantidad desorbitada que he pagado por él. Espero que merezca la pena haber dejado mi cuenta en números rojos.

Me aplico los últimos retoques de maquillaje, labios matadores y rojos por supuesto, y recoloco mi pelo suelto y ondulado por última vez.

Estoy lista.

Pero antes de salir... un último mensaje a Leo.

*De: Eider.*

*Para: Leo.*

*Asunto: La cita.*

*Espero y deseo que no te hayas echado atrás, estoy de camino.*

Aguardo nerviosa, no sé si va a aparecer o su enfado no va a permitirselo.

Me sorprende cuando me contesta.

*De: Leo.*

*Para: Eider.*

*Asunto: La cita.*

*Yo siempre cumplo mis promesas. Pero... ¿crees que es justo para Gabriel?*

*De: Eider.*

*Para: Leo.*

*Asunto: La cita.*

*A eso te contesto en persona.*

228

Cierro el portátil, respiro hondo y me deslizo por las escaleras, paso por la clínica y salgo a la calle. Voy a darle a los chismosos de este pueblo otra razón para hablar de la veterinaria. Ahora mismo luzco como la novia del mismísimo demonio.

En el momento en que llego a la puerta del bar, se han ofrecido como tres chicos diferentes a llevarme a mi destino, uno de ellos incluso se ha bajado con la camioneta en marcha y me ha pedido mi número de móvil. Por supuesto, yo me he negado, ¿pero que sentido tiene si todos saben el número de la clínica?

Contengo el aliento cuando traspaso la puerta y mis ojos lo buscan frenéticos. Está ahí, en alguna parte. Su todoterreno está aparcado fuera.

Y lo encuentro, está de espaldas a mí, sentado en un taburete en la barra. Cabizbajo. Me cuesta respirar.

El silbido de Cinco desde la barra, es secundado por el grupo de trabajadores que están en una esquina echando una partida a los dardos. Todos me están mirando de arriba abajo.

Y ese es el momento en el que Gabriel se gira y su mandíbula se tensa. Tanto que creo que va a rompérsela. *Mierda.*

Trato de no reflejar diversión en mi cara y cautelosa, me acerco. Me muerdo el labio, estoy deseando arrojarme a sus brazos pero me contengo. Mucho.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunto inocentemente.

Puedo ver como se hincha la vena de su cuello y maldice en silencio cuando repara en mi escotazo delantero.

—Tienes exactamente tres segundos para volver a salir por esa puerta —ordena y mis piernas se tambalean de excitación.

—No me has contestado.

—Cinco, cuatro, tres...

—¡Para! ¿Qué es lo que te pasa?

—Dos... uno. Te lo advertí —gruñe.

Me asusto cuando lo veo levantarse y sin pensarlo me giro rápidamente hacia la puerta para marcharme.

—¡Joder! ¡Vas medio desnuda! —ruge antes de alcanzarme cuando repara en mi espalda, y encendido me coloca sobre su hombro. Me lleva a alguna parte a pasos agigantados.

—¡Bájame ahora mismo!

229

—¡Y una mierda! Nadie va a comerse con los ojos lo que es mío. ¡Y ese puto vestido, lo quemó esta noche!

—¡No puedes quemarlo! ¡Me ha costado una pasta!

—¿Para quién te lo has puesto? —ruge dejándome en el asiento de su coche. Apoyado en la puerta me está mirando como un asesino en serie. Lleva un elegante pantalón de vestir negro y una camisa del mismo color con los dos primeros botones sueltos. Y su pelo lo lleva otra vez revuelto. Imagino que mientras me esperaba se ha pasado la mano

unas cuantas veces. ¿Demasiado nervioso? ¿O cabreado?

–He quedado con alguien –murmuro mordiéndome el labio para no romper a reír.

Traga saliva cuando sus ojos vuelven a posarse en mi pecho excesivamente expuesto por la abertura que llega hasta el ombligo. Vuelve a mi cara y su frialdad me sobrecoge.

Puedo ver cuanto le duele mi traición.

Y entonces lo sé. No puedo seguir con esto, no soporto hacerle daño.

Lo amo joder.

–Está bien –suelta agotado y vencido–. Vete. No voy a perseguirte, estoy harto. Si quieres estar con alguien más, de acuerdo. Si yo no te valgo, lo acepto. Se acabó, Eider.

–No puedo irme –murmuro.

Me mira sin comprender.

–Asunto: Tu cita está aquí –murmuro y una chispa ilumina sus ojos. Llevo mi mano a su frente y le aparto un mechón de pelo. Poso la palma en su mejilla.

–¿Lo sabías? –pregunta con voz ronca.

Asiento.

–Encontré tu dni en el suelo y leí tu nombre completo. Desde ese día puede que te haya dicho algunas cosas para cabrearte, pero fue mi forma de asegurarme de que eras tú. Claro que después, otras las dije porque estaba celosa y enfadada.

–¿Me has estado volviendo loco a propósito? –Cierra demasiado fuerte mi puerta y rodea el coche hasta deslizarse en el asiento del conductor. Suelta fuerte el aire de sus pulmones y por unos largos segundos se queda quieto agarrando fuerte el volante.

Puedo ver como su pecho va subiendo y bajando a un ritmo acelerado y él está intentando recuperarse.

Este hombre me quiere de verdad, ya no tengo duda. Lo malo es que me va a costar bastante cambiar ese hábito molesto de hombre de las cavernas.

Por fin arranca.

230

–No es solo mi culpa. Lo tuyo es peor. Sabías desde el principio quien era, me contrataste por eso.

No lo niega.

–Sí, lo hice.

–¿Por qué no me lo dijiste entonces?

–Porque estaba jodido –reconoce–. Dejé atrás el rancho sin importarme si regresaría o no. Les hablé a todos durante días de ti... ¿y todo para qué? Para encontrarte en el aeropuerto en brazos de tu novio... –suspira fuerte–. Me sentí traicionado, un puto imbécil. Después de unos meses, cuando Rafael decidió jubilarse, apareció delante de mí tu curriculum y no pude evitar hacer lo imposible por contratarte.

Dios del cielo ¿acaba de reconocer que yo soy esa chica de la que estaba enamorado? ¿Por la que no le importó abandonarlo todo?

Estaba celosa de mi misma.

*El karma es un asco.*

Voy a desmayarme y esta vez no es culpa de Margarita.

–Pensé que me habías plantado –murmuro–. En ese momento supe que me afectabas más de lo que pensaba.

Detiene el coche de nuevo en nuestro sitio apartado del bosque. Se gira y por un tiempo nos miramos en silencio.

–¿Sabes el infierno que me has hecho pasar esta noche?

–Lo siento –susurro mordiéndome el labio.

–¡Joder, Eider! ¡Pensé que no te importaba!

–¿Cómo no vas a importarme? ¡Me he gastado ochocientos euros solo para impresionarte!

–La próxima vez que quieras impresionarme, hazlo cuando estemos solos y preferiblemente donde nadie pueda vernos. Así podré hacerte todas y cada una de las cosas perversas que se me han ocurrido al verte.

–Entonces... ¿reconoces que te ha gustado mi vestido? –ronroneo.

–Estás caliente como el infierno con él. Pero... Jamás. Vuelvas. A. ponértelo. En. Público.

Respiro aliviada, está visiblemente más relajado y la tensión de su cara ha desaparecido.

Este es mi Gabriel.

231

–Entonces, ¿Ya no estás enfadado? –Casi que prefiero que lo esté para desquitarse conmigo en el asiento de atrás.

–Evidentemente no puedes librarte del castigo –dice con una sonrisa lobuna–. Pero

antes hay algo que quiero decirte. Salgamos fuera.

Salto sobre la hierba con mis tacones de doce centímetros y lo acompaño hacia la parte delantera del coche. Me apoyo como él y juntos miramos las pequeñas luces parpadeantes que empiezan a iluminar el cielo. Entrelaza los dedos de su mano con los de la mía.

Estoy algo confusa. ¿Qué va a decirme?

–¿Es cierto todo lo que escribías sobre tu jefe?

–¿Qué parte?

–La que insinuabas discretamente que estabas enamorada de él.

–Ah, esa... bueno.

–Quiero la verdad.

–Sí, es cierto pero no se lo digas. ¿Sabes? Me cuesta muchísimo decírselo en persona.

Esas dos palabras se me atascan en la garganta.

–Quizás se atascan porque no las sientes realmente, quizás estás confundida –dice sombríamente.

Avanzo hasta colocarme entre sus piernas. Nos miramos a los ojos.

–¿Tu crees? Entonces tengo que enumerar los síntomas para averiguarlo. A ver...

déjame que piense... Me derrito con cada toque suyo por muy pequeño que sea. Cuando me mira, me hace sentir la mujer más hermosa y deseada del planeta. Lo echo de menos cuando no lo tengo cerca. Dormir a su lado después de hacer el amor es fascinante y nunca en mi vida me he sentido más segura que entre sus brazos, lo deseo a cada momento. Cuando aparece de repente en cualquier sitio que yo esté, mi pecho late desbocado anhelando que me envuelva entre sus brazos. Siento celos enfermizos por cada una que lo toca o incluso cuando lo miran. Lo quiero solo para mí, no solo para una temporada, lo quiero por siempre.

Contengo el aliento mientras trato de leer su mente.

Gabriel asiente después de parpadear. Está embobado mirando mis labios.

–También es al único que quiero en mi vida y con el único que quiero hacer eso de...

–Qué –dice con voz ronca.

–Eso, ya sabes... tener bebés –confieso avergonzada y prometo que ahora mismo quiero esconderme en el hueco de su cuello. Lo hago y él me abraza fuerte.

–Te has olvidado eso de casarse –murmura divertido.

–Ah, eso... bueno.

–Tu jefe debe estar tremendamente orgulloso de que sientas todo eso por él.

–¿Tu crees?

–Estoy seguro.

–Bien. Porque a mí me gustaría escuchar lo que él siente por mí.

–Se de buena fuente que tu jefe te adora desde hace mucho tiempo. Y desde que te vio en la estación ha muerto una y otra vez por una sonrisa tuya, un roce, una caricia. Tu jefe sube al cielo cada vez que te hace el amor y te juro que hasta cuando duerme a tu lado, sigue en él. Eres la mujer que lleva esperando toda su vida, y enloquece cada vez que otro te toca o simplemente te mira. Te ama con cada fibra de su ser y estoy seguro que también quiere tener un montón de bebés contigo.

–¿Y eso de casarse? –pregunto emocionada con lágrimas en los ojos.

–Eso también. Apostaría a que está pensando seriamente en pedírtelo.

–¿Eso crees?

–Incluso quiere construirte la casa más bonita que puedas imaginarte, aquí mismo.

Me aparto del nido de su cuello y estudio su cara. Habla en serio.

–¿Estás diciendo que este sitio es tuyo? –pregunto asombrada.

–Nuestro, en cuanto estampes tu firma al lado de la mía.

–Esto... yo no sé... –Me quedo en blanco. ¿Qué contesto a eso?

–Cuando te traje aquí la primera vez, te pareció un sitio hermoso, a mí también me lo pareció porque tú estabas en él. Al día siguiente hablé con su dueño y le hice una oferta que no pudo rechazar.

–Pero... ¿no puedes comprar un terreno solo porque a mí me parezca hermoso!

–Puedo y lo he hecho. –Coge mi barbilla y se acerca para besarme. Lo detengo.

–Gabriel, yo... –dudo.

–Por favor, Eider, no busques más excusas, no tengas miedo, yo voy a estar ahí, siempre contigo. Te quiero.

–Eso ya lo he oído antes y terminé postrada como una alfombra en la habitación de tu hermano –refunfuño—. Espera... ¿Has dicho?

–¿Puedes ser seria por una vez en tu vida? Y sí, lo he dicho.

Asiento volviendo al hueco de su cuello, inhalo su olor a limpio y perfumado y lo

abrazo más fuerte. Él me acaricia el pelo soltando un suspiro en mi cabeza. ¿Por qué se me siguen atascando esas palabras?

233

–Te conozco y sé que estás asustada. Yo también lo estoy. Pero juntos haremos que funcione.

Asiento.

234

### ***Epílogo***

–¡Joder Daniel, no puedes pedirme eso! –grito.

–Solo serán un par de semanas, hasta que encuentre un apartamento en la ciudad.

¡Un par de semanas! Híper ventilo, voy a desmayarme otra vez, noto el familiar sudor frío mojando mi frente y mi cuello.

Unos brazos de alguien que reconozco a la perfección me envuelven desde atrás y me besa la sien, detrás de la oreja, en el cuello ¡gracias a Dios! Me apoyo en él como un salvavidas y poco a poco mi respiración va volviendo a la normalidad. No puedo quejarme de su método de distracción.

–No hay problema, nosotros cuidaremos de ella –dice Gabriel a su hermano y vuelvo a tensarme.

–No pienses ni por un instante que va a vivir en el apartamento, con terrario o sin él.

¿Y si se escapa por la noche y se arrastra con nosotros a la cama? –susurro para que Daniel no me oiga–. Que sepas que me voy a la nueva casa aunque esté sin terminar. Tú te las apañas con Margarita.

Gabriel me sonrío con adoración como lleva haciendo los últimos ocho meses. Está loquito por mí, qué puedo decir, excepto que yo me siento igual.

Además de sentirme la mujer más feliz del planeta por vivir en este pequeño pueblecito. Bueno, no sé si la que más porque mis dos locas amigas se sienten igual. No tardaron ni tres semanas en solucionar sus cosas en la ciudad y mudarse aquí.

–No va a escaparse –me tranquiliza, o al menos eso piensa que está haciendo.

Se equivoca.

–Bueno, entonces no se hable más, voy a casa a por ella –dice animado Daniel antes de salir por la puerta. Me alegra que hayan limado asperezas entre ellos, no son los mejores amigos, pero estoy segura que con el tiempo lo serán. Soy muy persuasiva

cuando me propongo algo.

Me giro en los brazos de Gabriel y lo fulmino.

–Si me da un infarto, no digas que no te lo advertí.

–No te va a dar ningún infarto porque no vamos a estar aquí en esas dos semanas.

–Pero, le has dicho... ¿y donde vamos a estar?

235

–Margarita no va a estar sola, por fin vas a tener lo que tantas veces me pediste, una sustituta.

–¿Qué? ¡Me despides! –rujo.

Suelta una carcajada.

–Técnicamente solo te va a sustituir mientras que estemos fuera, después será tu ayudante. Para, ya sabes... dejarte un poco de tiempo libre para cuidar a tu marido.

–¿Marido? Bastante me ha costado colocarte el título de novio para que quieras cambiarlo por el de marido. Ni hablar.

–¿Estás segura? –Me arrastra por las escaleras hacia el apartamento y me empuja sobre la cama.

Estoy sonriendo como una loca.

Saca mis zapatos y luego le siguen los vaqueros. Bruscamente me arranca el tanga. Se zambulle entre mis piernas y yo agarro su pelo. *Oh, dios*. Chupa, succiona, me enloquece. Cuando estoy apunto se detiene de golpe. Levanta la cabeza y me contempla serio pero con una chispa divertida en sus ojos.

–¿Estás segura? –vuelve a preguntarme.

–¡Joder Gabriel solo acaba!

–No.

–¿Qué quieres que te diga?

–Que vas a casarte conmigo

–¿Y si no lo digo?

–Te castigaré una temporada sin sexo.

–¡Y una mierda!

Vuelve a perderse entre mis muslos y me atormenta con fuertes lametones. Jadeo fuerte.

Él se detiene de nuevo. ¡Voy a matarlo!

–¡Gabriel!

–Y el tiempo sin sexo comienza en... cinco, cuatro, tres, dos...

–¡Vale! ¡Me caso contigo!

Su sonrisa se amplía iluminando salvajemente su cara.

Y para mi satisfacción termina lo que estaba haciendo. Después nos desnudamos completamente y celebramos intensamente el nuevo título, más lentamente y llegando a cada zona oculta de nuestro cuerpo.

Prometidos.

236

Noto como desliza algo frío en mi dedo en el momento culminante. Gimo cuando veo el impresionante anillo de platino y diamantes y no sé si es por el orgasmo o por la intensidad de lo que crece en mi pecho. Lo abrazo fuerte.

–¿Piensas decírmelo de una vez? –jadea en mi cuello.

–Decirte qué. –Trato de controlar los latidos descontrolados de mi corazón. Respiro hondo.

–Lo que se te atasca en la garganta desde hace más de ocho meses.

–¿Necesitas que te lo diga?

–Sí, yo te lo digo a diario.

*Lo sé. Eres mucho mas y mejor de lo que yo pensaba, eres todo para mí y...*

–Te amo –digo sin pensar y descubro que lo he sacado sin esfuerzo.

Gabriel me sonrío como un bobo enamorado y se tira de espaldas en un ruido sordo sobre la cama.

–¡Dios, ya puedo morir en paz! –grita divertido.

–De eso nada, nada de morir. –Me subo a horcajadas sobre él y lo beso fuerte–.

¿Para que necesito sustituta durante dos semanas?

–Voy a llevarte a un previaje de novios.

–¿En serio? ¿Dónde? ¿Y el rancho?

–Al Caribe.

Suelto una carcajada porque recuerdo perfectamente la conversación donde le dije que en invierno estaría en el Caribe.

–Y mis hombres pueden arreglárselas perfectamente hasta que vuelva.

–Gabriel... no es necesario, yo... reconozco que me encanta la playa y eso pero...

solo fue un comentario...

–Olvidas que soy Leo y mantuvimos infinitas conversaciones. Pasamos horas y horas chateando, te conozco mejor de lo que crees. Y sé que uno de tus sueños es ir allí con el hombre de tu vida. Bien, como al hombre ya lo tienes, faltan las paradisíacas playas del Caribe.

Me acuesto sobre su pecho con el latido controlado de su corazón bajo mi oreja. ¿De verdad este hombre existe y es para mí?

–Además, te lo mereces por haber desatascado tu garganta para mí.

Sonríó levantando la mano a la altura de mis ojos. Contemplo el anillo y siento los brazos de Gabriel apretarme con fuerza.

–¿Te gusta?

237

–No puedo imaginarme algo más perfecto que esto. –Y no me refiero solo al anillo.

–Yo sí. Tú.

*FIN.*

238

***Dedicado a mis dos hijos. Por estar ahí, proporcionándome el impulso que necesitaba. Dándome una razón para mejorar, para seguir adelante cuando apenas tenía fuerzas. Ellos saben por qué. Jamás podré expresar con palabras lo que hicieron por mí. Os amo.***

239